


Archivo General de la Nación  
Volumen CCCXVIII

A black and white portrait of a man with dark, curly hair, wearing a dark suit, white shirt, and dark tie. He is smiling slightly and looking towards the right. The background is dark with some out-of-focus lights in the upper right corner.

**Palabra,  
canto y  
testimonio**

**FERNANDO CASADO**



Palabra, canto y testimonio

A mis hijos Fernandito y Fernando,  
Celeste, Nancy, Maribel, Luguerris  
... y Verónica, mi cariño eterno  
más allá de la vida.

Archivo General de la Nación  
Volumen CCCXVIII

Fernando Casado

# PALABRA, CANTO Y TESTIMONIO

Santo Domingo, R. D.  
2018

Cuidado de edición, diagramación y cubierta: *Orlando Cordero*  
Motivo de cubierta: *El artista en escena*  
Fotografías: *Fondo Listín Diario, Fernando Casado, Edgar Valenzuela y Orlando Cordero*

Primera edición, abril 2018

© De esta edición:  
Archivo General de la Nación (Vol. CCCXVIII)  
Departamento de Investigación  
Área de Publicaciones  
Calle Modesto Díaz Núm. 2, Zona Universitaria  
Santo Domingo, República Dominicana  
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110  
[www.agn.gob.do](http://www.agn.gob.do)

ISBN: 978-9945-9072-7-8  
Impresión: Editora Centenario, S. R. L.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

# Índice

Presentación	
<i>ORLANDO CORDERO</i> . . . . .	9
La Voz Dominicana . . . . .	15
Radio Caribe, a un paso del abismo . . . . .	29
Guerra, solo un apellido . . . . .	71
30 de mayo, una noche trágica para jugar softball . . . . .	85
Trujillo, su último año nuevo . . . . .	101
<i>Caña Brava</i> , un escenario junto a Javier Solís . . . . .	113
El momento desafiante de la Radio Constitucionalista . . . . .	135
La enfermiza visión del invasor . . . . .	153
Las horas tensas del Matum . . . . .	191
En la mira del FBI . . . . .	197
Conclusiones de Abril . . . . .	207
Frente a Ramfis Trujillo . . . . .	213
El rastro de la sangre . . . . .	221
Mis Universo 1977 . . . . .	231
La guerra del humo . . . . .	273
La Gaviota, más que una criolla . . . . .	285
La queja de Balaguer . . . . .	295

El siglo eterno de la voz nacional . . . . .	309
¡Volvamos al festival! . . . . .	317
Al pie de la vieja ciudad . . . . .	323
La canción lírica como folklor . . . . .	335
El robo del siglo . . . . .	351
Los Idus bohemios de marzo . . . . .	365
Galería . . . . .	373
Índice onomástico . . . . .	381



## Presentación

El arte en Santo Domingo a comienzos de los años 50 fue desbordante y contiguamente lleno de matices, y se enriqueció de la experiencia de numerosos profesores de varias partes de Europa. Los países con mayores aportaciones docentes fueron España e Italia, que trajeron al país las impresiones de las escuelas de vanguardia que habían hecho eclosión en el viejo continente. Para esa época los nuevos profesores dominicanos acogieron con beneplácito, de igual forma, esas enseñanzas europeas y comenzaron a transmitírselas a la juventud entusiasta que iba emergiendo de los diversos sectores de la ciudad capital.

Fernando Casado, nacido en 1932 en el seno de una familia que respondía a las valoraciones del arte, surge de la experiencia de esos años, en donde se comenzaba a debatir sobre los movimientos vanguardistas y sobre las metamorfosis que se iban produciendo aceleradamente producto de esa interacción de francas motivaciones, en base a lo que se discutía en el mundo. Sin embargo, es bueno aclarar que dichas corrientes artísticas llegaron tardíamente a un Santo Domingo que comenzaba a emerger del marasmo, y que a su vez se encontraba sujeto a una dictadura que ya tenía 20 años en el poder.

Los españoles que llegaron exiliados a partir de 1939 trajeron consigo innumerables propuestas sociopolíticas que además de enriquecer y ensanchar las posibilidades artísticas del estudiantado (que, por demás, fueron una chispa), también chocaron con las convicciones nefastas de la dictadura, y comenzaron a ser rechazadas de forma contundente por el *establishment* trujillista, por lo que muchos de estos docentes tuvieron que proseguir raudos el exilio hacia otras latitudes americanas por temor a represalias.

Las etapas de un artista principiante en Fernando Casado se remontan a los años 47 y 48 cuando —según el propio artista—, su introducción al canto se debió a la “pura casualidad”, ya que se encontraba persuadido de que su vida artística iba a moldearse sobre los presupuestos de la dramatización, debido a que la atmósfera de sus amistades fluctuaba en torno al teatro. Fue precisamente Salvador Pérez Martínez (*El Pera*) quien capitaliza la persuasión a estudiar artes dramáticas al grupo de amigos que frecuentaban la *bohème*, para que asistieran a la Escuela de Arte Nacional, para ese entonces ubicada en uno de los edificios neoclásicos de la calle del Conde.

Pero volviendo a lo del canto y a la polémica frase “pura casualidad”, Casado afirma que su introducción al mismo se debió a la ausencia por enfermedad de un compañero de aulas apodado *Manén* (Manuel Emilio Gómez Pietersz), ya que sus familiares enviaron una notificación que argumentaba que Manén se encontraba enfermo de una gripe malísima, por lo que ese día no podría asistir a cantar. La profesora en cuestión, doña Elila Mena, prominente pianista y maestra de varias generaciones, preguntó a la concurrencia “quién de ustedes se sabe la canción, para que me acompañe y la cante en La Hora Escolar”. Al principio hubo un silencio que marcaba una sutil reticencia, pero sobre el calor de esa pregunta y de un relojear a ver quién se atrevía, surge un único alumno que casualmente conocía al dedillo las letras de aquella canción. Fernandito, que con unos

pocos ensayos y una decidida aptitud, entona la canción de manera meritoria e impresiona rotundamente a la laureada pianista.

Aquel momento resultó ser la entrada mágica al canto, pues según el autor de este libro, le tomó un gusto tan especial que arrojó totalmente su vida, ya que recibió —según él confesó—, “elogios inmerecidos” de doña Elila Mena por ser el cantante persistente a La Hora Escolar.

A pesar de su inesperada afición por un arte desconocido en su estructura formal, y que de hecho lo había deslumbrado, no se ausenta de las actividades del arte dramático, y permanece en los círculos teatrales en los que cohabitaban sus amistades. Pero es bueno señalar que Casado siempre estuvo imbuido del canto, debido a que cumplía un inverosímil horario en sus encuentros con sus amigos para serenarse y cumplir con un certero mandato que exigía la *bohème*.

Conforme pasa el tiempo, a viva voz el Magistrado Fernando Casado ha hecho pública su expresión de que “quienes me descubren como cantante y me estimulan en el oficio son precisamente la maestra Antonia Blanco Montes y los locutores Manuel Ruiz Bastardo y Frank Hatton”. Pero, sin dudas, la eminente pianista Elila Mena fue la chispa generadora de todo el encendido artístico.

Curiosamente, el prurito del canto pudo germinar a pesar de tropiezos y andaduras, y sin embargo Casado debió cumplir un estricto horario en un banco capitalino, y en las lindes de diversas radiodifusoras que lo mantuvieron en continuas expectativas sobre sus posibilidades de crecimiento en las corrientes del arte.

Posteriormente surge un “enviado especial” que, a través de una sorpresiva propuesta para cantar en un prestigioso hotel, le abre un abanico de inquietudes que le cambia definitivamente la vida. Se trata del maestro Rafael Solano, que, según nos cuenta el autor, “llegó de sorpresa y arrojó sobre la mesa todo un mar de inquietudes artísticas”.

Cercano a ese hecho trascendente para su vida artística, ocurre el histórico desenlace esperado no solo por dominicanos, sino también por toda Latinoamérica: el destrono de la dictadura en 1961. Este hecho, que conmociona a toda América, abre numerosas expectativas de crecimiento para un cantante que comienza a abrirse paso en el mundo del espectáculo.

Una década de experiencias artísticas le ofrecía confianza al Magistrado en cada una de las vertientes en que discurría, y de repente surge otro hecho que marca su vida; se trata de los acontecimientos acaecidos aquel sábado 24 de abril: la Revolución de Abril de 1965. Es un momento clave y de mucha incertidumbre, pero decididamente se convierte en un constitucionalista de singular trascendencia. Estos acontecimientos del 24 de abril trajeron como consecuencia muchas secuelas negativas, que en este libro el Magistrado relata con entera pasión.

Correspondiendo a esa amalgama de hechos relevantes que le tocó vivir, esta obra que nos presenta Fernando Casado: *Palabra, canto y testimonio*, arroja un variadísimo contenido que esquematiza un singular testimonio que pone a prueba nuestros conocimientos sobre algunos hechos turbulentos acaecidos en aquellos años.

Asimismo, pone en relieve hechos muy particulares en los que el autor nos revela, a través de la belleza de un lenguaje sencillo y modesto pero claro, una trayectoria de vida que conmueve hasta el tuétano, y ofrece puntos de vistas de esos hechos de más de 50 años de los que fue testigo fiel y actor incondicional. Casi toda la obra es un mestizaje que contempla vertientes desde el diálogo novelado, esencias del drama, pero sobre todo el vigor inequívoco de los hechos históricos.

El autor aborda, respecto a su novel etapa de crecimiento, las vicisitudes que experimentó en La Voz Dominicana y las terribles ocurrencias de algunos vasallos que respondían incondicionalmente a las directrices del otrora Palacio Radio Televisor, en donde se exponía un canon grotesco de segregaciones

e intrigas, pero luego incursiona en 1959 a las frescas iniciativas de un Rahintel que comenzaba a liberar las ansiedades que producía el traumático estrés de La Voz Dominicana. Sin embargo, con todas las truculencias que se experimentaban, dicho plantel albergaba a extraordinarios artistas y también a un personal técnico que representaba la dignidad en sus comportamientos.

En ese mismo tono, el Magistrado relata sus posteriores experiencias en Radio Caribe, donde le tocó observar descaradamente, todo un entramado de simulaciones y de intrigas que brotaban de unos sombríos personajes, como Johnny Abbes y otros, que respondían tajantemente a la Era, como el caso de Nene Trujillo.

Casado ha sido uno de esos pocos artistas versátiles que ha incursionado en diferentes vertientes del arte, y en cada una de ellas ha depositado una ponderación importante en la que ha merecido innumerables elogios.

De un tiempo marcado por la falta de libertades en la que nació, creció y se desarrolló como artista a fuerza de estremecimientos y de una férrea voluntad para no dejarse arrastrar por intrigas y desavenencias; el autor en cuestión creó su propia coraza que le sirvió de defensa y le preparó el camino para introducirse en la madurez, a los fines de poder sobrevivir a la Era de Trujillo.

*Palabra, canto y testimonio* explora las inquietudes investigativas más variopintas del nacimiento del son y los acalorados debates que tras de esta historia se tejen. Pero es el año de 1977 que enmarca una rotunda extensión de anécdotas y curiosidades, ya que representa el momento cumbre de su historial artístico. Es ahí donde el autor hace gala de un despliegue de anécdotas personales en las que muestra la sensibilidad de su repertorio y un verdadero triunfo del arte de cantar, ya que se trató del primer latinoamericano en participar para un espectáculo de multitudes como lo fue *Mis Universo 1977*.

A través de un espíritu indagador y motivado por el magnífico repertorio olvidado de las *criollas* y por una personalísima inquietud artística, emprende la búsqueda para rescatar del olvido las piezas más características y significativas y realizar una grabación de dos discos de larga duración de este género musical que coronaron figuras cimeras tales como José Dolores Cerón y otros.

Fernando Casado es uno de los cantantes más celebrados del arte nacional, quien ha instaurado un estilo inconfundible que lo elevó a las más altas cumbres sin perder un solo ápice de su propia cordura. Su voz, llena de tonalidades y admirada por todos, alberga un repertorio de canciones mundialmente conocidas de contenido popular, que atestiguan una intensa historia musical de grandes logros. Su carrera artística, premiada y extensamente difundida por el mundo, fue galardonada con el premio El Soberano, por toda su trayectoria musical.

Es por ello que el Archivo General de la Nación, dentro de su propósito de dar a conocer el acervo histórico nacional, mediante la presentación de obras de tanta trascendencia como *Palabra, canto y testimonio*, del Magistrado Fernando Casado, se complace en ponerla en conocimiento de las presentes y futuras generaciones, ya que esta publicación corona su trayectoria artística y ofrece un valioso legado a toda la nación.

ORLANDO CORDERO

# La Voz Dominicana



La Voz Dominicana era la radiodifusora más potente y moderna del área del Caribe, para luego convertirse en 1952 —a instancias del Benefactor— en la cuarta estación televisiva de Latinoamérica. En esa institución se aglutinó a toda la clase artística pujante del país y se realizaron jornadas de estudio para todos los participantes.



*L*o sabíamos. Flotaba entre aquellos conquistadores de sueños, como boceto gris, un entusiasmo artesanal, fundamentado en la improvisación, en lo mimético; rasgos innatos de estridencias de auténtico talento, medrando sin destino entre las calles de nuestra aprisionada sociedad aislada, justificaron las luchas en donde posar la ilusión de un conquistable estrellato y poder convertir el arte en una razón de vivir. Los héroes fueron los artistas, no otros. Solo aquellos fueron capaces de desglosar historias, nombres y muchos desengaños, garabateando el improvisado libreto del día a día, casi siempre a muy elevado precio, desbrozando un camino de ilusiones marcado de cicatrices, empujados al azar, como semillas al surco de la incertidumbre.

Deslumbrantes mujeres cual hermosos trofeos de pasillos, decoraban aquel vedado entorno de mórbidas caderas y taconeos tumultuosos, aunque admisibles de admiración solo para asexuales y discreta contemplación de asépticos escrúpulos, exentos de pretensiones riesgosas o entusiasmos atrevidos.

Descansaba jadeante cierta fractura superficial de tolerancia insípida, inodora, respirable apenas sobre el balcón aislado de una prudencia contemporizadora,

asustadiza. Atreverse más allá en aquel vaho ambiental, podía desatar estridencias letales de acreditados profesionales del abuso, ansiosos, por demás, en justificar eficiencia y estilo. Agazapados detrás de monturas en vigilia, pensamientos oscuros y tosquedades retorcidas, se enroscaban venenosas serpientes. Un simple capricho podía desquiciar el destino de una vida.

Hembra dotada, derramaba a su paso el rastro inocente de su gracia innata. Su estela de sencillez impensada, desparramaba el candor inocente de tentaciones devotamente vedadas. Esto, sin dudas, le aportaba. Como llovizna refrescante en la brisa agitada, resbalaba inevitablemente en su naturaleza joven, una humedad perturbadora.

Lastimar aquella privacidad de cuartel, constituía un atentado de gravedad intolerable. Abierto e irrespetuoso desafío a establecidas fronteras, que exponían a consecuencias de Cuartel. Aquellas apetitosas exclusividades, constituían golosinas solo disfrutables al concupiscente apellido; su violación podía desatar, desde represalias manipuladas por la adulonería maliciosa en sus favores oportunistas, hasta predisposiciones caprichosas de policial estilo, siempre entusiastas en estigmatizar desafectos favoritos, sin consideraciones ni distingos, habituados a una violencia sin estilo. Un mal destino detrás de unos barrotes sin respuesta, desgarrado en el fangal desnudo



El Magistrado en sus comienzos fue descubierto por Antonia Blanco Montes, Manuel Ruíz Bastardo y Frank Hatton.



Fernando Casado junto a La Soberana, Casandra Damirón. Esta artista representó la síntesis del arte en las décadas 40, 50 y 60. Participó artísticamente en las emisoras La Voz del Yuna de Petán Trujillo y en la HIG de Pupo Cordero, las cuales colaboraron para empujar hacia el estrellato su carrera de cantante, pero fue en La Voz Dominicana en donde esta artista alcanzó un repunte definitivo.

de una acera, o arrojado en el rubor lodoso de un zanjón a la orilla anónima de cualquier camino.

Arribé esa mañana con toda normalidad y penetré al estudio 2-B para nuestro compromiso de actuación en la novela radial de las 10:30, completamente ajeno a lo que se gestaba. El recibimiento fue de funeraria. No llegué a tomar asiento. Capté de entrada una tensión extraña en el ambiente. Sin ocultar expectación ni disimulos, aguardaban dramáticamente por mí. Doña Divina Gómez, directora del Cuadro de Comedias de La Voz Dominicana, visiblemente contrariada, me indicó, escuetamente, pasar por el Departamento de Prensa. Allí recibí un breve memorándum, cancelando mi nombramiento como actor-locutor. Sin cruzar palabras di la espalda y me marché.

Al atardecer del día siguiente, mientras aguardaba para mi compromiso de actuación en la novela de las 7:15, programa, lógicamente, independiente a La Voz Dominicana, patrocinado por la Sterling International, y como habitual costumbre rutinaria para todo personaje involucrado en la Voz, hacíamos tiempo distraído en un rincón del jolgorio tumultuoso del clásico colmado del bondadoso Agustín, una antesala improvisada y efervescente recostada a aquella esquina emblemática inevitable frente al Palacio Radio Televisor, enferma de historias, chismes, temores y sobre todo deudas.

Un encelado y predispuesto sargento Roquel, se me acercó “petánicamente” y me increpó agresivo, crecido en su uniforme, más allá del deber herido. Parecería, o de hecho lo era, el más ofendido:

—Oiga Casado, ¿a usted no se le dijo que no entrara a la emisora? ¿Por qué usted entró ayer tarde?

—A mí nadie me dijo que no entrara, si me lo hubieran dicho, no entro. Pero yo estoy protagonizando con Monina la novela de las 7:15 y tenía que venir.

—Venga, camine. Vamos a la Dirección General.

Me condujo militarmente a la Dirección General. Frente a mí, un patibulario Abraham Santamaría Demorizi. Aunque simulaba no parecerlo, su discurso resultaba afectado y resentido, tan mortificado como el purulento sargento Roquel. Había pisado parte de un terreno apertitosamente vedado. Al parecer no solamente resultaba lastimado el interés goloso de Petán Trujillo.

—Uno trata de ayudarlos a ustedes, y ustedes no hacen caso.

—A mí no me interesa que nadie me ayude.

Guillermo Peña intervino:

—No hables así, no hables así Fernandito.

—Usted no puede volver a entrar aquí, ni siquiera a las novelas de la Sterling.

—No me interesa. Eso dígaselo a la Sterling.

Volví la espalda y salí de la Dirección. Yo era apenas un muchachete, pero había dignidad. Comenzaba a aprender a forcejear con la maldad y con la vida.

Para mi suerte, no estaba presente Petán Trujillo. De haber estado, sin duda hubiese sucedido una desgracia. Sabe Dios adónde hubiese ido a parar. Tal vez, el natural instinto de conservación enfrentado a su severa e implacable reputación draconiana, nos hubiese obligado a expresarnos con mucha más prudencia en tan irrespetuosas respuestas. Solo la moderadora presencia casual de los locutores y amigos Ramón Rivera Batista y Guillermo Peña. Fui temerario e irrespetuoso, aunque ello implica dignidad y no admitir humillaciones. Riesgos malcriados de no toda juventud.

Me fue vedada la entrada al recinto. Sin respeto alguno por los patrocinadores y radioescuchas de aquella emblemática serie radial *Cárcel de mujeres*, no se nos permitió continuar protagonizando en aquella popular serie de novelas donde figurábamos, bajo patrocinio independientemente de La Voz Dominicana.

Durante tres largos años, se me prohibió pisar la puerta de aquel entorno. Solo cuando el director Abraham Santamaría fue sustituido por Miguel de Pol, doña Antonia Blanco Montes, a solicitud mía, se aventuró a incluirme de nuevo en el reparto de *Cárcel de mujeres*, enmascarando disimuladamente mi nombre, tratando de que no fuese asociado con el proscrito Fernando Casado. Se promocionaba: Protagonizan Monina Solá y Fernando C. Linares. No mortificaba, amaba el radio-teatro. Un año después enfermó el señor de Pol y regresó Santamaría. Volvieron a echarme a la calle.

No hay que lamentarse. Tórridos e indiferentes, desnudando madrugadas, bastábamos para recomenzar el mundo, inocentes y apasionados, nos importaron más

nuestras manzanas prohibidas, con sus apasionados olores edénicos.

¡En aquel cerco obligado de tentaciones frustradas, era un pecado envidiado!

Mientras avanza el vivir, el azar, caprichoso, suele decorar a tropezones el color del camino. Ese manoseo agridulce de esperanzas e ilusiones frágiles, que es la vida, nos sacude y quebranta en el vaivén de su monotonía. Su huella, violenta a veces, nos marca de experiencias para siempre.

Sin embargo, deberás atreverte. No hay otra manera de reencontrar, redescubrir o recrear con principios el tesoro de la interna reciedumbre, base de cada perfil en la sustancia fundamental de la naturaleza humana. La escenografía de la vida va desmantelando lo rutinario y el desafío de los valores auténticos comienzan a tener conciencia y sentido. El *azar* es sabio, debemos aprender a interpretar su lenguaje.

Ante mi drama, doña Antonia Blanco Montes, directora de las radionovelas *Cárcel de Mujeres*, quien había seguido mis inicios en el Teatro Escuela, en el cual fungía como subdirectora, cuando junto a Salvador Pérez Martínez, Julito Padilla, Rolando Veloz y Euclides Marmolejos ingresáramos, influidos por el entusiasmo del talentoso Perita, me recomendó a don Frank Hatton en HIZ. Una grata experiencia de profundas repercusiones personales y profesionales.

Allí conocimos al extraordinario Ellis Pérez, un duendecillo muy joven. Su emblemático programa *Your Hit Parade* coincidía en mis horarios dominicales de trabajo como locutor y disfrutaba ser su compañero y entusiasta control de sonidos. Una amistad que fue sembrando profundas raíces de credibilidad y respeto afectuoso.

En HIZ me inicié como cantante. Ellis me habría escuchado quizás, cuando Hatton, a insinuaciones del histórico locutor Manuel Ruiz Bastardo, quien oyéndome

cantaletear junto a los discos en la cabina, fue capaz de asegurarle, grosera e inmerecidamente, que Fernandito canta mejor que ese cantante que tiene la orquesta de Papatín. Don Frank ordenó que Poteleche, el siempre predispuesto *utíli*, me hiciera una grabación de prueba en el estudio. Su bendición fue: Ahora lo que falta es que te llamen de allá arriba. Se refería, claro, a La Voz Dominicana.

Debutamos con el pianista Charles Gibbs y su conjunto a la 5:30 de la tarde. Y comenzaron a llegar cartas, cartas y cartas. Hatton creyó en nosotros. ¡Se multiplican ángeles y duendes!

Dejé la radio cuando entré a trabajar al Banco Nova Scotia. Mi padre, desde la dirección de la oficina del exclusivo Country Club, había cultivado importantes relaciones, una de ellas era Mr. Edward Hunter, presidente del Country Club y a la vez subgerente de Banco Nova Scotia en ese entonces. Hasta allí se descolgó una mañana entre nubes Rafael Solano. No le conocía personalmente, solo de vista, entre estridencias geniales de director niño de la Orquesta Angelita en aquella tronante Voz Dominicana y luego, desde el punto y aparte de La Hora del Moro del canal 7 de Rahintel.

—Fernando, ahí te está buscando el tipo ese de La Hora del Moro.

—¿Quién?

—Solano, el de La Hora del Moro, anda ve que está en el *front-desk* preguntando por ti. Te está esperando.

Me aproximé interrogante al *front-desk* y observamos, detrás de una sonrisa humilde y afectuosa, la imagen común y corriente, retrato del personaje discreto, modesto, reposado, ajeno a estridencias. Apenas dispuesto a levantar las palabras y destacar el tamaño de su figura, solo un poco más arriba del tono de la voz. Portador inconsciente de unas manos desproporcionadas, delataba indiscreto,

el pianista excepcional escondido en la timidez de sus teclas, capaz de garabatear con sus dedos llameantes, las estrofas aún inéditas de un bíblico salmo de amor regalando una estrella o primaveras mundanas de gloria interminable. Detrás de un singular, desteñido e insospechado exmonaguillo, el visionario apremiante y decidido. Sr. Solano. Me sentía ligeramente desconcertado. Ni siquiera asociaba su presencia allí a nada relacionado con mi persona, aun menos la posibilidad de una oferta para debutar en aquella fantástica Hora del Moro. Era la primera vez que la vida nos acercaba y nunca sospechamos el premio invaluable de lo que representaría, particularmente para nosotros, desde aquel mágico momento, su amistad y formación, su sana y experta orientación, y su talento e inteligencia excepcional, para el resto de nuestra vida.

—¡Qué tal Casado, un placer!

—Mucho gusto.

—Mira Casado, vine a invitarte al programa, para que vayas este domingo a cantar a la Hora del Moro, en Rahintel.

—¿A cantar? Perooo, ¡yo no canto!

—Sí, sí, sí, ¡tú cantas! Y quiero invitarte para que estés con nosotros. ¿Qué te parece? Queremos contar contigo. Te esperamos el domingo.

Mi coraje y vanidades no alcanzaban hasta ese punto. No me atreví a presentarme a Rahintel ese domingo. En lugar de ello, les comenté el suceso a los amigos del barrio. Estos me increparon y exigieron, como si fuese un deber militante ineludible:

—¡Cómo! Pero tú eres el representante de este barrio. ¡Tú tienes que ir! No, no, no, no, tú tienes que ir.

Unos tragos de ajuste la noche anterior, con el estímulo de mitin crucificante de los tumultuosos muchachos de la calle Gaspar Hernández y a la mañana siguiente de aquel domingo. Comenzó la historia.



En ese entonces, el talento sobrado y las capacidades atrevidas de Ellis, le habían situado ya como director de espectáculos en una reconocida línea internacional de cruceros turísticos.

Apareció con su imagen sonriente de niño bueno en el *front-desk* del Scotia, como ya, tiempo antes, había surgido Rafael Solano. Me exhortó, temerario, a no desperdiciar oportunidades y abandonar sin tristeza aquel enrejado de escritorio. Me ofertó un tentador compromiso como artista en los escenarios de mil ojos y oleaje de sueños de la Compañía de Cruceros. Creía en mí. Vio cosas que uno mismo aún no había sido capaz de descubrir, ni pensar. ¡Acepté! Ellis tiene poder de convencimiento.

Cuando volvió a finiquitar el negocio, mis cobardes y miedosas palomas posadas, pesaron más que las aventuras aladas que volaban libérrimas y alegres, tentando la incertidumbre del futuro.

Un futuro decorado por Rafael Solano y aquel mismo Ellis, aguardaba sin prisas desde el fogueo diplomado del hotel Embajador. Me tocó ser uno de los primeros artistas de aquella emblemática Hora del Moro, a quienes la complicidad misionera de Solano y el Caballero, arrojaron, calculadoramente, al *spotlight* del destino. Sonó el teléfono de mi escritorio en el banco, era el bíblico y comprometedor maestro Solano:

—Fernando, ¿tú te atreves a hacer esta semana el Show del Embajador?

—¿Quéee?, ¡Nooo, tú ta' loco!

—Te van a pagar ¡\$100 pesos!

—¿Cómo? ¡Cóoomo!

—¡\$100 pesos!

Tenía un sueldo de lujo en el Scotia de \$75.00 al mes. Si tomamos en cuenta que en HIZ ganaba solo \$4.68 a la semana. Iba a ganarme en esa semana, más de lo que recibía de sueldo en el Banco en todo un mes, y ¡cantandoooo!

Me temblaban las piernas cuando salí al escenario. Me bebí \$70.00 de tragos con sabor a coraje. Pero salí de escena con un pensamiento atrevido, aún indefinido, turbador, inconscientemente temeroso, un poco más allá de aplausos o del brillo pretencioso del esmoquin y el charol. Sin saberlo, aquel momento nos cambió para siempre. Presentía que un día, inevitablemente, tendría que decidir.

Comencé a olvidar las serenatas y trasnoches con los muchachos del barrio. Unas semanas después el señor Lovatón volvió a posarme en el Embassy. ¡Esta vez, solamente soda!

Desde su banqueta tranquila y la sonrisa discreta del teclado, ¡había triunfado! ¡Misión cumplida! Aquél visionario Maestro que apenas meses atrás se había asomado al Banco, como Ellis, e insistido en invitarme a su modesta Hora del Moro. Una Hora y un Moro. Bastante largos y abundantes...



En la imagen los cantantes Lope Balaguer, Luchy Vicioso, Fernando Casado y Niní Cáffaro.

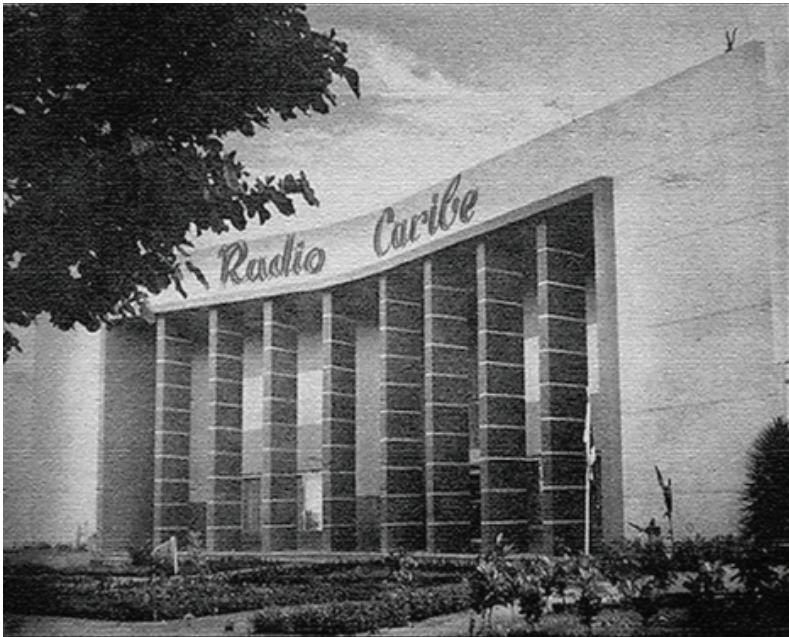


El Magistrado rodeado de artistas, celebrando el sexto aniversario de Rahintel.



Fernando Casado junto al maestro Rafael Solano.

Radio Caribe,  
a un paso del abismo



Fachada de Radio Caribe, que según el anuncio que se promocionaba en aquella época, era *la voz antillana que le da la vuelta al mundo*. Estaba ubicada justamente en frente del parque Ramfis y detrás del Partido Dominicano. Los equipos electrónicos que utilizaba esta radiodifusora eran superiores a cualquier emisora del área del Caribe. Su personal técnico fue igual de superior, y utilizó a los locutores más renombrados del país.

**A**rribé sin premura junto al olor del mar. Marqué con ritmo los breves escalones, sin reparos de vanidad en mi imagen reflejada en los cristales de la puerta de entrada al edificio de Radio Caribe. Empujé aquella puerta con los latidos agónicos de aquel domingo temprano de un octubre indiferente veladamente trágico.

Corría un sombrío 1960, salpicado de duelos y cadalsos, nublado de barrotes oscuros, catacumbas selladas de horrores y alaridos del infierno, desgarrando las soledades de aquella noche eterna. Sin embargo, detrás de los silencios torvos y el martirio heroico, se incubaban las voluntades suicidas, se sembraban de relámpagos y truenos desafiantes las iras de la rabia joven en mitad de junio, el crujir rompiente indetenible de la tormenta encadenada y el huracán inevitable.

La ciudad en llanto arrastró con sus penas al campanario ajeno y comenzó a rezar su rabia estoica en voz más alta sobre el altar belígero. De pie ante la historia, la iglesia se elevó desde sus púlpitos y su ardor montesino de siglos dejó de escucharse de rodillas.

Era el temblor angustioso de los estertores desbordados, el “totototo” tenebroso del cepillo maldecido, temido en el silencio. Las furias desorbitadas y el encono malvado de aquella decrépita dictadura, aterrada detrás de su cólera despiadada, agitando sus estertores de agonía en el trillo de una calle de 40 nombres al doblar del infierno, en la locura desesperada por callar el grito maldiciente y el



Sadismo y crueldad se conjugaban en la figura nefasta de Johnny Abbes García, el cual, en el poco tiempo que estuvo a cargo del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), implantó el terror de una forma espantosa y cruel que tocó los más hondos cimientos de la nación. Su personalidad era, sin lugar a dudas, la de un hombre que declaraba un desequilibrio mental que permeó profundamente en los directivos de Radio Caribe. En sus *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*, Balaguer lo calificó como un Fouché de nuevo cuño.



heroísmo. Moribunda, se debatía en su impotencia ciega, con la agresividad vencida de un animal herido.

Johnny Abbes, tenebroso y soberbio, aquella víbora venenosa de alma retorcida, que desangrara a zarpazos de monstruo enloquecido su trocha de animal salvaje, que derramara el olor del odio y las culpas perversas sobre el rostro ajado de la Era, que dislocara sus oscuros abismos desde detrás del trono incendiario de un Trujillo apocalíptico y brutal, empecinado desde los ángulos sombríos del averno de su alma animálica, en sanguinaria soberbia paranoica, mesiánicamente incapaz de entender con racionalidad, ni la inminencia de una madura realidad inevitable, ni la elocuencia sentenciosa de su irremediable final. Abbes era amo de vida o muerte, dentro y fuera de aquella poderosa Radio Caribe, que terminara ardiendo en llamas, maldecida entre las iras del pueblo. Todos lo sabíamos y le temíamos.

Aunque la función fundamental de aquella hora, la auténtica razón de ser de aquella glamorosa Radio Caribe, no era otra que el sostenimiento desesperado de un obsesionado y desafiante Trujillo, frente a una Norteamérica nerviosamente alérgica a dictaduras, luego del triunfo de la Revolución Cubana, y a contrapelo de que ya existía desde siempre La Voz Dominicana de Petán Trujillo, realmente, Radio Caribe había venido incubándose morbosamente en el experimento antecedente de Radio Handicap. Una vez ensamblado el tenebroso proyecto, se dio curso a su verdadera razón de ser.

Un elenco artístico de primer orden del que formamos parte los más sonados nombres del grupo Solano surgidos desde Rahintel, pasamos a ser parte del rostro estético de aquella hora, un fulgor de candelabros en aquel minuto acorralado de agresividad enfermiza, un desesperado callejón sin salida para aquella impia tiranía.

Como todos los domingos, el espectáculo artístico principal estaba programado para las 8:00 de la noche. Aquel domingo trágico, como acostumbraba habitualmente, quise arribar con la disponibilidad de tiempo suficiente para coloquial amenamente entre compañeros, músicos y el relax sereno, a la hora de retar el escenario. Cuidaba el hecho de que había sido seleccionado por la Dirección, junto a otros artistas y la flamante Orquesta Caribe, para debutar, en mi primera experiencia artística fuera del país, en un espectáculo a celebrarse en el vecino Haití. El filoso incidente cercenó de plano esta posibilidad, luego de que, entusiasmados, habíamos diligenciado ya el permiso en el Banco donde trabajábamos.

Mi inclusión en un LP con canciones de Radjillo (Radhamés Trujillo), junto a Lope Balaguer, Elenita Santos y la puertorriqueña Gloria Mirabal, que habíamos grabado en conjunto anteriormente, no resultó afectada, ni fuimos cancelados del staff de artistas de Radio Caribe, luego del evento que paso a relatar. Sin embargo, de ahí en adelante, la intención obsesionada del estilo más sofisticado de la temible Intelligencia de aquel SIM implacable, fijó su mirada siniestra en nosotros. Después de todo, tuvimos más que suerte; no solían haber segundas oportunidades para ningún dudoso. No era el estilo.

Iba a subir los escalones que daban al segundo nivel para seleccionar los arreglos musicales para mi actuación de esa noche, cuando súbitamente, me corta el paso un sombrío Santiago Lamela Geler. Santiago, era un viejo conocido desde los tiempos en que estudiaba yo en el Teatro Escuela de Arte Nacional y él figuraba como actor oficial del mismo y luego, cuando pasé a formar parte en las radionovelas del Cuadro de Comedias Sterling en La Voz Dominicana. Alternábamos papeles de galanes protagónicos en la emblemática y popular serie *Cárcel de mujeres*, junto a Monina Solá, Antonia Blanco Montes, etc., cuando aún no existía la televisión.

Lamela había vendido su alma al diablo. Era dueño de un talento excepcional, poseedor de una privilegiada voz de galán, a propósito para el muy en boga teatro de radio-novelas, aunque sus posibilidades como actor de escenario no alcanzaban la misma fortaleza. Su imagen bilingüe de experimentado periodista le había matizado de cierto glamour. La incoherencia de sus debilidades y desviaciones, desquiciaron la prudencia de su perspectiva de la vida, y la sabiduría juiciosa de ubicarse en el lugar adecuado y prudente que sus sobradas dotes e inteligencia debieron intuitivamente advertirle, en aquel álgido entramado circense de trapezistas y maromeros trujillistas saltando al vacío sin seguros de vida.

Lamela se convirtió, junto a Freddy Nanita, en la arrogante Voz editorial de una Radio Caribe que vociferaba sarcástica un trujillismo irrespetuoso e irritante. La irónica frase con que desnudaba sus editoriales era un logo sacrílegamente impúdico, abierta e irrespetuosamente provocador, una atrevida alusión pretensiosa y descaradamente ridiculizante y mojíanguera, al acreditado órgano oficial de información del venerado Estado Vaticano, el prestigioso Observatorio Romano.

Su repetición incisiva llegó a ser perturbadora y asumida con asco mortificante. Con su estilo provocador de molestosa gangosidad feminoide, esputaba desafiantes sus soeces insultantes al rostro de la Iglesia, acentuando el tóxico de su morbosa pronunciación manipulada: *Il Nostro Observatore*, pero no Romano, sino Dominicano. Era el eco desbarrante de un ser sin Dios, desaforando injurias y vomitando obscenidades a los cielos. Todos se sintieron lastimados. Su talento radio-teatral le permitió exagerar aquel estilo irrespetuoso, con un efecto notoriamente rotundo.

Pareció no intuir las inevitables consecuencias que desencadenaría su flameante osadía. Le importaba poco exponerse a enfrentar el respeto histórico a nuestra anciana

iglesia de siglos. Evidentemente, uno de los más venenosos intentos de la dictadura.

El blanco de sus dardos era el pueblo. Contrariar las bases de su anciana fe, debilitar sus canónicos cimientos socavando nuestro tradicional y respetuoso acunamiento antiguo de espiritual pesebre religioso, sembrado por siglos entre los muros y rezos de una ciudad de vetustos altares y campanarios, arrodillado de fieles y posado entre palomas. Derrumbar las bases del credo místico de una iglesia histórica, elevada por siglos entre las piedras del alma común, era fomentar el caos.

El fermento gratuito del odio sin sentido y su agresividad volcánica, predispusieron la sensibilidad del alma arisca del indignado e intranquilo espíritu socioreligioso colectivo. Como lava fétida de indignación letal, se desbordó el asco social de aquella rabia justa sobre su figura propasada, ahogándole entre sus propias heces.

Tan evidente y comprometido se percibía el riesgo de una reacción general, tanto como el descontento de sectores respetados de tradición religiosa, que los espantados ideólogos, alarmados ante las temperaturas que nublaban el horizonte, concibieron dar curso legal a un burdo montaje teatral de acusación en contra de Santiago Lamela Geler, basado en ofensas a la iglesia y sus ministros.

La improvisada pretensión de justificar y aparentar correspondencia ante y con la indignación popular, pretendía en su improvisación, exhibir un Lamela humillado como único responsable, y exculparse de la excremental fetidez que irremisiblemente arrojaba ya la imagen enferma de Radio Caribe.

Lamela se transformó en un líder enronquecido y perverso. Volcó incitador la gleba del desorden con tufo de clerenes y rones en los caminos, espantando el pudor de la arboleda lejana. Las ofensas vulgares de prostitutas de impudores desnudos, profanaron el espanto arrodillado

del rezo en los altares. Hordas de homosexuales atorrantes desbordados sobre los pueblos, iglesias y obispos aterrados, saquearon indolentes los santuarios y templos escupiendo a los cielos, ensuciando sus orillas ancianas de respetuosa tradición, manchando la oración de los púlpitos tranquilos del San Juan de la histórica Maguana.

Los ecos de una respuesta sin rostro retumbaron feroces. Justificó su ira vertical el hombre enfurecido. No quedó piedra sobre piedra. Ni siquiera una simple metáfora morbosa que ubicara el lugar exacto en que abortara el infierno. Entre montañas crepitantes de indignación crecidas, de puñales flameantes desgarrando airados el rostro manchado de las nubes, el latigazo hiriente estalló entre relámpagos desbocados como vómito de hastío. Llamadas de furia incontenible revolcaron de rabia el volcán de sus lenguas airadas y su eructo de fuego, rebotando entre alaridos de un idioma enloquecido, arrasó para siempre las caderas vendidas de su mal destino.

Estremecida en sus cimientos, la ira incontenible de todo un pueblo se desbordó rabiosa más allá de su voz, incinerando culpas entre los laberintos tenebrosos y pasillos sepultados en cenizas de una llameante Radio Caribe. Detrás de sus insultos y sus muros enfermos no volvieron a elucubrarse en voz baja las dagas de Almoina, los destinos secreteantes sobre Rómulo Betancourt, ni las ofensas malditas al Dios eterno que concibió la Creación y al Hombre.

El enojo de lo justo como volcán hirviendo al rojo vivo, sentenció su castigo final. Radio Caribe terminó sepultada entre llamas y cenizas para siempre, sin tumba ni epitafio, sin rezos y sin lágrimas. Ni siquiera sus aberrados protagonistas le han guardado luto. ¡Es imprudente ofender a Dios!

Lamela surge incisivo desde una puerta tenebrosa, a la derecha, al pie de los escalones. Nunca me atreví, prudentemente aséptico, ni siquiera pensar cuál misterio del

averno podría ocultarse tras el abismo de aquella puerta tenebrosa. Sospechaba la oficina de cadalsos de Johnny Abbas. Su pregunta está muy lejos del tono teatral del actor experimentado:

—Fernandito, ¿tú conoces una mujer que se llama Luz Mercedes Medrano de Figueroa?

Me detengo unos segundos conmigo mismo y luego respondo, pensando más bien en algún interés frívolo y atrevido de alguna liviana amiga de su personalidad vulnerable:

—No. ¿Por qué?

Pareció saborear palabra por palabra la venenosa respuesta. Había casi una mueca de placer detrás del gesto ponzoñoso de su sonrisa mecánica, inconscientemente maliciosa:

—Porque esa persona fue al SIM y te hizo un expediente de dos páginas.

Titubeo, sin asumir aún la tenebrosa gravedad del drama; mi mente está todavía en blanco.

—¿Cómo tú dices que se llama?

—Luz Mercedes Medrano de Figueroa.

Aún estoy frío, no asumo la catastrófica peligrosidad del drama, el abismo sin fondo que significaba en aquella "Era", para cualquier desdichado, la simple denuncia al SIM, fuese o no falsa o verdadera. Casi siempre una sentencia de muerte. Respondo aún calmado, luego de pensar un momento, escarbando cándidamente en mi lógica ingrátida, aun sin temperatura:

—¡Aaah! ¡Esa debe ser Lucy! Lo que pasó es que ella se emborrachó, celosa con una muchacha que vive en el primer piso de enfrente, de quien yo ni siquiera sé su nombre, y me marchó con un cuchillo, pero yo no creo que le hagan caso a eso.

El incidente había sucedido, exactamente como le había dicho. Lucy, desorbitada en los abismos de su alma oscura,

desbordada por la rabia enfermiza de los celos, aturdida de alcohol y trastornada violencia, desbocó sus demonios desordenados y se lanzó contra mí, enarbolando el odio filosófico de un cuchillo tan largo como la ira temblorosa de su mano derecha. Salté instintivo entre estocadas diestras sobre las brasas de la cama hacia el lado opuesto del abismo; pude tomar el colchón como escudo y lanzándole encima mis instintos desesperados y mis miedos, logré hacerle trastabillar, perdiendo el equilibrio hacia atrás, cayendo al suelo. Pude arrebatárle el cuchillo y dominarla. Jamás volvió a ver mi rostro.

Lamela me escucha, da media vuelta y desaparece sombrío por aquella misma puerta tenebrosa, sin emitir comentario alguno, ni darme siquiera respuesta. Aquello fue, realmente, una escena profesionalmente cuidada. Detrás de aquella puerta fatal, alguien estaría tomando notas, escuchando mis respuestas y estudiando mis reacciones.

Aun sin tomar conciencia del abismo subo a buscar mi música, a adivinar el sentido traicionero de aquella insospechada jugada del destino. Las partituras nerviosas transforman frente a mí sus signos en una coral fúnebre, un réquiem cercano.

Montones se habían podrido ya en las cárceles inhumanas, la tortura bestial y el humor morbosamente denso de un interminable cementerio sin tiempo ni apellidos, desde que a Trujillo le obsesionó el fatal equívoco de reinar sobre el silencio. Un patán iluminado, sin escrúpulos de conciencia, pudo empañetar el andamiaje de una carrera de vida sin respeto alguno a la misma, y convertirse en un dios de puñales y sangre, amo y señor del poder absoluto. Una larga herida sangrando por 31 años, en carne viva.

Estoy escogiendo los números que voy a interpretar esa noche, cuando algo tenebroso en mi instinto se dispara. Un fantasma de muerte se yergue alucinante delante de mí, cuando asumo al fin que estoy irremediablemente

perdido. Hago memoria de las confidencias, comentarios, críticas y la imprudente recepción de emisoras extranjeras en presencia de aquella mujer, para escuchar las filosas diatribas al belicoso régimen, desconociendo la naturaleza perversa de aquella persona, sin tomar en cuenta la posibilidad de que fuese ella a su vez, una encubierta agente del despiadado SIM.

El vínculo primario, veladamente intencional o no de nuestro primer contacto con esta persona, había surgido, precisamente, a través de una directa invitación aparentemente improvisada de José Martí Otero, a mi salida de turno de locutor en Radio Handicap, cuando aún no existía Radio Caribe, a las 10 de aquella noche. Luego de su inesperada llamada telefónica, se me recogió a esas horas en un vehículo enviado expresamente a trasladarme desde la emisora y se me integró en aquel ambiente fiestero de mujeres liberales. La irrechazable invitación telefónica se hace delicadamente notoria, por el hecho no común de haber procedido directamente de nuestro superior jerárquico, mano derecha, desde el génesis turbio de Radio Handicap hasta el destape de Radio Caribe. Martí Otero era el presidente de Radio Handicap, como lo fue después de Radio Caribe.

Queda en suspenso la especulación lógica de que aquella manipulable relación sentimental fuese realmente un montaje, una instrucción velada de cercana y estricta vigilancia sobre mis actos, opiniones y pensamientos políticos. No escapa la posibilidad de que existiera la orden opcional de provocar y violentar la eliminación física, basada en una disputa personal provocada adrede entre amantes y librar al SIM del escándalo de asesinar un artista de Radio Caribe, luego del escándalo reciente de la detención de Aníbal de Peña. Esa particular noche del incidente, una cordial amiga nos visitaba y esperábamos la hora, para reunirnos a su vez con su particular amigo,



un popular crupier en uno de los casinos de la mentada Feria de la Paz. ¿Podría esta amiga haber sido plantada en el escenario para servir de testigo de descargo a favor de Lucy, en caso de que yo hubiese sido eliminado, y atestiguar que yo hube de ser el feroz agresor y ella solo habría tratado de defenderse? Sistemas como este habían sido ya expertamente manipulados desde siempre por la macabra estrategia maliciosa trujillera. Yerro de juventud.

Hago memoria inquietante del drama reciente de Aníbal de Peña; como yo, artista en el elenco de Radio Caribe. Aníbal había sido intempestivamente apresado, conducido a La 40 y torturado despiadadamente, apenas unas semanas antes. Cuando fue puesto en libertad, acudimos solidariamente a verle. Su espalda desgarrada estaba chamuscada en carne viva. Le habían arrancado la piel a fustazos, despellejado y amoratado hasta el alma; uno de sus oídos quedó afectado para siempre en la audición a causa de los golpes y las torturas.

Solano nos confió haber escuchado entonces un Abbes sardónico y brutal, amplificar en voz tan alta como para que tropezara indolente en los pasillos y retumbara en el oído de todos, como ciega advertencia amenazante. Es evidente que en el fondo de su drástico mensaje, latía el desbocado despropósito, sin simulaciones, de que todos, sin excepciones, fuésemos candorosamente poniendo en remojo nuestras barbas. Inclusive, los pulcramente afeitados, como el temeroso maestro:

—Ahora voy a la Cuarenta a divertirme un rato con mi cantante favorito.

Subrayando su babeante perversidad, una satánica carcajada quedó rebotando en aquel pasillo silencioso amorzado de temores.

Pero lo que realmente preocupaba, y es lo que vino a clavarse cortante en mi memoria en aquel filoso instante,

es que el afebrado Aníbal nos había propuesto unirnos a su célula antitrujillista. Habíamos viajado, prudente y asustadizamente hasta Boca Chica y penetrado en el mar, playa adentro, para que nadie pudiese escuchar nuestra conversación: Niní Cáffaro, Rafael Solano, Arístides Incháustegui y yo. Bisoño y apasionado, de Peña nos confesó la temeraria imprudencia de tener un militar en su grupo. Nos negamos aterrados a participar, advirtiéndole insistentemente que no mencionara nuestros nombres, ni este encuentro con nosotros a nadie y menos a ese militar. De hecho, ese mismo militar fue quien le delató al SIM, según nos confesara años después, el propio Aníbal. Pero bajo tortura todo puede suceder, y sucedía. De ahí mis temores y aprensiones.

Bajé a entregar mis arreglos a la orquesta en mitad de un mar tormentoso de fatales pensamientos. Cuando se anuncia mi nombre, salgo al escenario interiormente descompuesto. Radhamés Trujillo, no es casual, está extrañamente solitario en el pequeño anfiteatro elevado sobre un segundo y aislado plano, en un ángulo sombrío del estudio y su mirada viscosa en la negrura torva, aún puedo sentirla pegajosa como tela de araña hoy en día.

Llega un momento en que las letras se me escapan como en un torbellino, en mi nerviosidad alterada no puedo recordarlas y concluyo la canción tarareando apenas la melodía, como Dios, que me socorre, me ayuda. Salgo atormentado, sin siquiera tomar en cuenta consecuentes aplausos; voy casi escapando del escenario, cuando, como una pesadilla recurrente, vuelvo a enfrentar de nuevo la sombra agorera de Santiago Lamela Geler. Aguardaba por mi tragedia en la puerta de salida de artistas. Sostiene un papel en su mano, me franquea el paso y me dice escuetamente y sin estilo, extendiéndome lo que parece y es un documento debidamente doblado:

—Ahí te manda el coronel.

No esperó mi respuesta, dio media vuelta con un desparpajo de desprecio agresivo, como si lamentara este desenlace coyuntural, como si repentinamente me hubiese tornado en un factor infeccioso e hizo mutis por el foro. Ni siquiera intenté leerlo.

El coronel era el tenebroso Johnny Abbes García y aquel documento, era la delación escrita, firmada por Lucy, ante los oficiales del sombrío Servicio de Inteligencia Militar, el temido e implacable SIM.

Estoy en las garras del SIM. Mi vida ha cambiado en un instante. De ahí en adelante cada paso es riesgo de vida o muerte. Ni siquiera depende de mí. A mi derecha está, en el pequeño salón que sirve de antesala al escenario, el maestro cubano Agustín Mercier, director de la orquesta Caribe. Desamparado y temeroso, sorprendo su ajena tranquilidad, buscando instintiva y desesperadamente una simple palabra de aliento:

—Maestro, ¡mire lo que me han hecho!

Mercier ignora lo que pasa, pero más que consciente de que aquello constituía para cualquiera una sentencia de muerte, en cuanto leyó el titulado: Servicio de Inteligencia Militar, espantado y sin siquiera intentar leerlo, me devolvió el documento precipitadamente, sin la menor delicadeza, desprendiéndose de su contacto como si una brasa ardiente hubiese quemado sus manos. Sin tacto ni consideración alguna, se separó apresuradamente de mi lado, marchándose de forma intempestiva del salón. Estaba “bajiao”. Era el término soez usado, sin consideraciones.

A mi izquierda está Armando Beltré el fabuloso trompetista de toda una generación. Le digo:

—Beltré, ¡mira lo que me han hecho!

Armando lee en silencio el primer párrafo. Me devuelve el documento casi en la punta de los dedos, para no mancharse en mi tragedia, sin pronunciar una sola palabra. Se desprende de mi lado y se marcha casi en puntillas. Caigo

en cuenta, muy tarde, de que todo el mundo me ha hecho el vacío. Solo están en ese momento Tito Saldaña y Nandy Rivas. El cuarteto Los Solmeños había sido parte del show de esa noche. Me acerco a ellos, les suplico:

—Nandy, Tito, por favor, salgan conmigo, que yo no me atrevo a salir solo.

En un gesto entrañable de compañerismo y amistad suicida que nunca podré olvidar, ambos aceptan, sin pensarlo, sin medir las consecuencias. Sin analizar las complicaciones trágicas a que se exponían. Aquello que determinara el destino pudiera sucederme a mí, podría involucrarlos y fatalmente arrastrarlos en aquella ciega vorágine.

Deciden arriesgarse a acompañarme, por encima de que aquel gesto pudiera delatar, más que una fiel amistad, una identificación de pensamientos y propósitos antitrujillistas. Conociendo la agresividad irracional, la ferocidad rabiosa y la intransigencia hipersensible, despiadada, indiscriminada y vengativa de la dictadura, particularmente de Abbes, era locura exponerlos a desgraciarse y arrastrarlos conjuntamente al abismo de mi tragedia. Un riesgo injusto.

Voy a salir por la puerta que daba al pasillo. Nandy y Tito me siguen un paso detrás, cuando, frente a mí, malparida, aborta la presencia calculadoramente inesperada de Johnny Abbes García. Recostado a la pared entre las puertas del bar, brazos cruzados sobre el pecho, una pierna doblada, apoyando el pie sobre la pared y un cigarrillo en los labios colgando al borde del infierno, se estrella contra mi angustia y me clava petrificado. He quedado congelado en el caldoso inesperado del quicio de la puerta, ni siquiera intento moverme y la lengua me sabe a hierro. Ha llegado el final.

Como bestia hambrienta en relamiente acecho, Abbes aguardaba mi salida. Siento el veneno de su mirada oblicua sobre mí como una telaraña babosa y su frialdad densa de animal obscuro y despiadado me traspasa escalofriante. Hace un gesto anormal con la cabeza, cuando me estalla

el puñal de su mirada vitriólica, asesina, acuchillándome a mansalva. No emite palabras, pero su rostro es un presagio patibulariamente crítico, satánicamente filoso. Con diabólico placer morboso, la hiena se toma su tiempo para atacar la presa. Se desprende de la pared y empieza a caminar delante de nosotros taconeando sordamente sobre el pasillo que dobla en ángulo hacia el lobby de salida. Reencuentro el aliento y recomienzo el camino hacia la nada, cuatro o cinco pasos detrás de Abbas. Junto a mi calvario y mi cruz, siento el paso compañero y noble de Tito Saldaña y Nandy Rivas.

Algo comienza a transformarse en mi interior. Hoy lo analizo y me es extraño y escalofriante. De modo imperceptible, desde el momento que pedí a mis amigos que me acompañasen, fermentaba ya soterradamente en mi cerebro como serpiente maligna, una idea quebrantadora que iba apoderándose de mi juicio y fue serenando satánicamente mi psiquis, al margen de mi espíritu. Por primera vez en mi vida pienso en matar. Todo mi propósito y energía de pensamiento se resume en poder llegar hasta la persona que me ha condenado a muerte y arrancarle la vida, antes de que el SIM me detenga y elimine. No hay lugar para más. Insisto en darme por perdido, conociendo los métodos y la ferocidad enfermiza de Abbas. Me doy cuenta, y no sorprende, de que no tengo miedo. No me asusta la presencia draconiana de Abbas. La obsesión de matar me embota y todo se resume en mantenerme sereno y lúcido y lograr llegar hasta la maldita calle Santomé. No tengo armas pero ni lo percibo. De ahí en adelante que sea lo que el destino y Johnny Abbas determinen.

Llegamos hasta el lobby detrás de Abbas, sintiendo, casi al rostro, las temperaturas anormales de su estela. Enfilamos hacia la puerta, cuando, abruptamente, me detengo. Enfrento a los amigos.

—Nandy, Tito, miren, yo no me atrevo a salir así, solo con ustedes. Mejor voy a esperar que salga el público del show, y entonces me voy entre el grupo de la gente.

Tito y Nandy se libran de aquel peligro inmerecido y se marchan. Creo que nunca estuvieron conscientes de los riesgos enormes que significaron esos pocos minutos junto a cualquier mal destino. Me siento en un sofá enorme, tan largo como aquella noche infernal, que pretendía adornar la entrada y acomodar visitantes en Radio Caribe. Johnny Abbes se instala al otro extremo del lobby, de pie, justamente frente a mí, recostando su brazo sobre la “centralita”, sin desprenderme su mirada vitriólica ni un solo instante, durante todo el tiempo que permanecemos allí sentados. Tortura psicológica evidentemente. No me sentía intimidado, estaba enfermizamente tranquilo, sedado, aun consciente de que mis horas de hombre libre estaban contadas y sabiendo que el conservar la vida era una ilusión peregrina que ningún visitante de la 40 podía ni remotamente asegurar. Mi futuro no valía medio centavo. Así percibía mis próximas horas y no estaba exagerando.

Terminó el espectáculo y el público se precipitó en grupos hacia la puerta de salida. Me mezclé sin disimulos con el grupo y caminé de prisa, acosado por la tragedia y el satánico pensamiento obsesivo de matar. No tenía armas ni pensé en ello. Insisto en que me daba por perdido y solo trataba de ganar tiempo para cometer una locura. Solo los que han sido tentados por aquello, conocen el rostro diabólico y la frialdad de lo que se siente. Subí tres pisos hacia el destino sin pensarlo y toqué desafortunadamente a las puertas del infierno. Nadie respondió. Insistí rabiosamente no sé cuántas veces, hasta que el sentido común regresó discretamente, desarmó los demonios enloquecidos de mi alma, secreteando a mi conciencia sin juicio, que allí, sencillamente, no había nadie. Gracias a

Dios. Bajé al primer piso y pregunté por mi amiga Lidia Pichardo y su amigo, uno de mis recordados compañeros de la Escuela Normal, ya graduado de abogado. La doméstica me responde:

—Están allí, en el malecón.

Llego hasta ellos y asalto su tranquilidad. Les apremio, intranquilo en saber:

—Lidia, ¿dónde está Lucy?

—Hace como tres días que yo no veo a Lucy ahí. Yo creo que se fue al campo.

La víbora se ocultaba escapando, consciente de su despropósito y conociendo las inevitables consecuencias, siempre fatales. ¿Primera vez? Le mostré el expediente. Aún sin terminar de leerlo, exclama alarmada:

—¡Pero cómo pudo haberte hecho eso a ti, sabiendo lo que te puede pasar!

Mi angustiada pesadilla es, desde ese momento, una virtual agonía, ¿cómo llegar sano y salvo hasta mi hogar en la calle San Francisco de Macorís en San Juan Bosco? Pasan ya de las 11 de la noche. No me arriesgo a tomar un carro público. Era sabido que cualquier chófer nocturno podía ser, realmente, un tenebroso agente del SIM y no descartaba que me estuvieran siguiendo. Decido subir a pie por la Santomé y enfilo temeroso cuesta arriba, atravesando la zona tórrida del Mercado Modelo. Cada vez que algún vehículo asomaba sus luces, me escurría, precipitándome aparatosamente en el primer quicio o zaguán que apareciera. El corazón rompiendo el borde de todos mis caminos y el temor haciendo más oscuros y sofocantes los rincones de la noche.

Llego a mi casa cuando los fantasmas del silencio han escondido sus puñales dormidos. Ni pensar en irme a la cama. Intento sentarme en una mecedora en la terracita del patio, pero la angustia “torturante” y la certeza de que en cualquier momento, intempestivamente, el SIM

violentará mi puerta, me roban el sosiego y marco el paso calenturiento de las horas de un lado al otro de la noche, hasta que me vence el cansancio y sin tocar mi puerta irrumpe el amanecer.

Es en ese momento en que poso mis angustias sobre el fatídico expediente. Uno de sus párrafos cercena mi esperanza, me siento acorralado. Me asaltan el temor y las dudas, trato de recordar exactamente, ¿qué cosas y en qué forma, habría yo depositado impensadamente en esta persona mis ideas confiadas? ¿Qué motivaciones perversas pudieran haber desbordado su saña para una distorsión feroz, al punto de intentar mi eliminación física? o, tal vez, ¿era Lucy un agente circunstancial al servicio del temible SIM, que por alguna razón, había recibido la orden de eliminarme mediante un prefabricado altercado entre amantes, librando al SIM o a Radio Caribe de dar explicaciones públicas, y había fallado?

Las mujeres constituían un vehículo ideal de espionaje. Los casos de Galíndez, Almoina y otros, constituyen episodios elocuentes en el reclutamiento e involucramiento técnico de agentes femeninas, opciones improvisadas o voluntariamente sacrificadas. Eran utilizadas como armas infalibles, irresistibles a la hora de decantar nuestra pedante vulnerabilidad machista, tan profunda en la cultura dominicana. Mujeres desnudas de escrúpulos y ropaje interior. Casi todas las féminas de vida alegre, algunas bajo amenazas terribles, quisieran o no, eran reclutadas como agentes; obligadas bajo represalias inimaginables, a reportar cualquier chisme, comentario o desboque crítico al Jefe o al gobierno, que detectaran o escucharan, no importa quién.

Almoina había sido asesinado en México apenas unos días atrás. Trujillo permitió la publicación aséptica de la noticia. Intentaba no ser involucrado en el crimen, aunque eran conocidas sus amenazas de muerte ante la publicación del proscrito libro *Yo fui secretario de Trujillo*, escrito por Almoina bajo el seudónimo de Gregorio R. Bustamante.



Estuvimos enterados, como algunos otros, de manera casual, sobre un rutinario viaje de Martí Otero a México, coincidente con el insinuante suceso, justamente en la fecha de la ocurrencia. La relación vino como un fogonazo. No olvidemos que detrás de todos, estaba Johnny Abbes. Aunque constituíamos solo parte del decorado artístico de Radio Caribe, todos vivíamos erizadamente conscientes y alertados. Pura sutileza instintiva, de discreta prudencia, frente a la desnaturalizada razón de ser y el tenebroso protagonismo que Radio Caribe se permitía jugar en aquel desbocado episodio final. Vestíamos un uniforme maldito; quisiéramos o no, éramos parte del macabro juego, no precisamente desde las gradas. ¿Qué engendros siniestros se concebirían en aquel nido de halcones?

La peligrosidad del tema Almoína y su trascendencia, alertaron las preocupaciones discretas de la Intelligencia norteamericana, frente al desborde temerario de la violencia Trujillista, evidentemente desbocada. El drama es recogido en el nutrido libro *The Galíndez Case* de Stuart A. McKeever. Traducimos:

Una de las últimas piezas de correspondencia que el embajador Farland envió antes de partir de retorno a Washington, fue una carta que él enviara a un oficial de la Embajada en México, en que el asesinato de mayo 4, 1960, de un bien conocido disidente antitrujillo, escritor y amigo de Galíndez, José Almoína Mateos, había sido ordenado por Trujillo. Almoína como Galíndez, había sido anteriormente un incondicional colaborador de Trujillo y se ha rumorado haber sido quien pidió a los refugiados vascos espíase unos a otros. El artista José Vela Zanetti sostiene que Almoína se convirtió en el Maquiavelo de Trujillo. Almoína abandonó la República Dominicana para vivir en el exilio en Ciudad de México.

En mayo 4 de 1960, Almoína, mientras caminaba hacia su oficina, fue embestido por un automóvil. Mientras estaba tendido en el suelo, dos individuos armados saltaron fuera del vehículo y le dispararon tres veces en el cuerpo. Antes de morir, Almoína emitió una declaración a la policía en la cual implicaba a Trujillo. Una semana antes de Almoína ser atropellado y baleado, el FBI había enviado un cable al Departamento de Estado de que habían recibido información de que dos agentes dominicanos estaban viajando a México para el propósito de asesinar una persona de nombre Alsinan. A pesar de su falta de ortografía, el blanco del asesinato era Almoína. El Departamento de Estado, sin embargo, falló en adelantar la advertencia a los oficiales norteamericanos en México porque no pudo ser identificado Alsinan. Tras enterarse del asesinato de Almoína, el FBI recordó al Departamento de Estado de la advertencia que previamente había sido enviada (pp.291-2).

Gerardo Gallegos en Trujillo, *Cara y cruz de su dictadura*, un libro concebido con la intención enfermiza de justificar la dictadura y sus personajes, manosea sin decoro, aspectos de la tragedia de Almoína descritos asépticamente, como contemplados desde la acera de enfrente, mientras se asea las manos con sangre.

Se asegura que publicó luego una segunda edición, [Se refiere a *Yo fui secretario de Trujillo*, F.C.] en la que atacó duramente al régimen de Trujillo. Esta aseveración cobró visos de certeza cuando Almoína, ya ubicado en Ciudad de México, lanzó a la circulación una nueva obra sobre la dictadura de Trujillo con el título de *Una Satrapía del Caribe* -(Sic) [*Una Satrapía en el Caribe*, F.C.]. Por sí solo el título dice de su contenido. El 4

de mayo de 1960, el escritor español José Almoína Mateos fue abatido por una ráfaga de balas homicidas en una avenida de esa capital. De inmediato las agencias noticiosas difundieron la versión de que Trujillo había ordenado su muerte. Contradiciendo esta versión, la viuda declaró que su difunto marido y el dictador dominicano mantuvieron siempre buenas relaciones por correspondencia. Lo cierto es que la policía mexicana capturó a los cubanos Artemio Servando Molina y Francisco Manuel Quintana Valdez, quienes se declararon confesos del asesinato de Almoína. Agregaron haber sido pagados por agentes de Trujillo para la comisión del atentado. El consejero de la Embajada Dominicana en México, Osvaldo Díaz Fernández fue acusado de complicidad en el crimen, pero el juez instructor de la causa le descargó de la acusación por falta de pruebas. No obstante, para la propaganda internacional Trujillo era el responsable (pp.158-59).

Bernardo Vega, en *Almoína, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el Extranjero* detalla y rebusca la multiplicada dimensión que enronquecía sus dagas imperiales en la esquizofrenia calenturienta de Trujillo. Una versión incisiva y explícita del trasfondo, que delata la presencia satánica de Abbes en su palanca tenebrosa de mandos, cuando éste se manejaba en la siniestra poltrona desde Radio Caribe:

Parece que los dos asesinos también planeaban matar a dos diplomáticos dominicanos que habían abandonado sus cargos en San José, Costa Rica. La prensa internacional había reportado en febrero el asilo de Pablo Giudicelli y de Alfredo Fernández Simó, y el 27 de marzo los textos de los cables de Abbes, quien negaban públicamente el asunto, alegando que se trataba de una intriga venezolana. Dos días después

del asesinato de Almoina, el Departamento de Estado informó a sus embajadores en Ciudad Trujillo y en San José, que había recibido reportes en el sentido de que dos hombres, cuyas generales se desconocían pero que se creía que eran agentes de gobierno dominicano, portando pasaportes falsos, habían salido de Ciudad Trujillo hacía algunos días en ruta hacia Ciudad de México y Costa Rica, para asesinar a los diplomáticos dominicanos. En Costa Rica las víctimas serían Giudicelli y Rafael Hernández Silvi (sic), probablemente Alfredo Fernández Simó, reportándose correctamente que ambos residían en la Embajada de Venezuela, en San José.


Pero los dos asesinos fueron capturados antes de seguir hacia San José. De México habían volado a Miami, donde sus pasaportes colombianos falsos y su fuerte acento cubano los delató. Además, como sabemos, el FBI estaba alerta. Fueron arrestados y México logró su extradición. La policía mexicana reportaría que de Ciudad Trujillo habían pasado a Colombia y de allí a Ciudad de México.

Cinco meses después del asesinato de Almoina, en el juicio en su contra, los dos cubanos implicaron a un empleado de la embajada dominicana en México: Oswaldo Díaz Fernández. El 24 de septiembre la embajada norteamericana en Santo Domingo reportó al Departamento de Estado que la CIA había informado sobre una conversación telefónica el día anterior, con México, por parte de un alto funcionario del gobierno dominicano estimulando, a un costo de US\$10,000, el retorno a Santo Domingo de un “secretario” dominicano que sabía demasiado sobre el asesinato de Almoina. Como el juicio por la muerte comenzaría pronto, la embajada norteamericana pensaba que se trataba otra vez de tácticas copiadas del caso Galíndez y que buscaban

eliminar a todos los testigos. En México el juez descargó a Díaz Fernández por falta de pruebas y éste tuvo la inteligencia y el coraje de contestar que no necesitaba de los US\$10,000 para regresar al país, pues era un buen trujillista. Regresó y sobrevivió. En 1966, el Dr. Balaguer una vez en el poder, lo premió con cargos en su gobierno (pp.127-28).

Como puede percibirse a simple vista, en la declaración escrita del documento original de mi denuncia al SIM, Lucy, en su prisa malevolente, confundió, olvidó o manipuló el nombre de Almoina y declaró en su lugar Carmona, aunque estableciendo dudas de que la denominación Carmona, fuese la correcta.

Es posible que esto hiciera titubear al SIM y provocara un compás de espera en sus depuraciones de datos y sospechas, y esto frenara en algo la agresividad inicial en mi favor. Pero el SIM no perdonaba ni perdía el tiempo. Las dudas nunca actuaban en favor de la víctima, por el contrario, agravaban las sospechas en su desfavor. Percibía la gravedad del daño, sabía que su garra ansiosa seguiría extendida, arañando hasta alcanzar mi garganta. Aprovechando el argumento de la confusión del nombre de Carmona en lugar de Almoina y la mención del nombre de Martí Otero, decidí enfrentar el destino y llamar a José.

  
 REPUBLICA DOMINICANA  
 SERVICIO DE INTELIGENCIA MILITAR  
 (SIM)

CIUDAD TRUJILLO, DISTRITO NACIONAL

ACTA DE COMPARECENCIA

En Ciudad Trujillo, Distrito Nacional, Capital de la República Dominicana, siendo las 9:00 de la mañana, del día 2 de octubre del año 1960, compareció espontáneamente por ante Nos, en nuestro Despacho de la Sección Jurídica del Servicio de Inteligencia Militar, la señora LUZ MERCEDES MEDRANO PEÑA DE FIGUEROA, dominicana, de 36 años de edad, casada, quehaceres Domésticos, Cédula Personal de Identidad No.25932, serie lra., domiciliada y residente en la calle Santomé No.1 (3er. piso), de esta ciudad, y nos expuso lo que a continuación se detalla:

"Mi comparecencia por ante este Despacho obedece a la circunstancia de - que yo estoy especialmente interesada en que este Departamento del Servicio de Inteligencia Militar esté al corriente de un asunto que yo creo de cierta gravedad que viene teniendo lugar entre un joven con quien yo he vivido maritalmente y yo. Ese joven se llama FERNANDO CASADO. Canta te, quien trabaja como empleado en el Banco Nova Scotia, y regularmente canta en Radio Caribe. Desde hace más o menos como 10 meses, yo he venido sosteniendo relaciones amistosas con ese joven, habiéndome visto forzada a negarme a seguir viviéndolo con él como marido y mujer, porque le he manifestado que me hace mucho daño esas relaciones íntimas con él, en razón de que regularmente tiene una postura de un verdadero opositor del Gobierno Nacional, cosa que a mí me hace mucho daño, porque yo tengo muchos amigos y familiares en la actual Administración Pública. Sin embargo, ese joven no ha querido dar por terminadas nuestras relaciones amistosas, yendo casi siempre a llamarme a mi casa para vivir conmigo como marido y mujer, y me veo forzada a recibirlo en contra de mi voluntad.

Recuerdo que hace más o menos como un mes él estaba en mi casa y se puso a oír por la radio transmisiones de radioemisoras extranjeras que transmitían noticias contrarias a nuestro país, y, por la sola circunstancia de que yo le llamé la atención, diciéndole que no oyera esas emisoras porque a mí no me convenía, se armó en una fuerte discusión conmigo y me dió muchísimos golpes, como consecuencia de los cuales estoy todavía algo resentida (mostró la exponente lo que ella llama huellas de los golpes recibidos en una de sus mejillas). En otra oportunidad, me dijo que los principales dirigentes del Gobierno Nacional estaban cometiendo infinidad de actos atentatorios a los derechos humanos, y que él había oído por una estación extranjera que desde aquí habían mandado al nombrado JOSE MARTI OTERO hacia la ciudad de Méjico con el deliberado propósito de que matara a un señor extranjero que había sido Secretario Particular del Ilustre Jefe, extranjero, que creo que era como español, de un nombre así como CARMONA, ya que yo no recuerdo realmente el verdadero nombre de ese joven amigo mío me dijo que tenía el extranjero a quien tenía encargo de matar el señor JOSE MARTI OTERO.

Me informó, además, ese joven FERNANDO CASADO que estando tomando tragos con algunos amigos de él, se habían llevado preso a cinco de esos amigos y que parece que a él mismo estaban como por perseguirlo, sin saber él - por qué causa estaban haciendo esas detenciones, habiéndome informado en otra oportunidad que habían detenido a un joven de nombre ANIBAL DE PEÑA,

- sigue -

Luz M. de Figueroa

REPUBLICA DOMINICANA  
SERVICIO DE INTELIGENCIA MILITAR  
(SIM)  
CIUDAD TRUJILLO, DISTRITO NACIONAL

- 2 -

también Cantante como él".

La presente acta de comparecencia fué tomada y levantada por el Lic. ELADIO RAMIREZ SUERO, Investigador Adscrito al Servicio de Inteligencia Militar, asistido del 2do. Tte. ANGEL LUIS RUIZ SILVESTRE, E. N., en la fecha y hora supra-indicadas.

*Luz M. de Figueroa*  
LUZ MERCEDES MESTRANO PEÑA DE FIGUEROA,  
(Declarante)

*Eladio Ramirez Suero*  
LIC. ELADIO RAMIREZ SUERO,  
Investigador Adscrito al SIM.

*Angel Luis Ruiz Silvestre*  
ANGEL LUIS RUIZ SILVESTRE,  
2do. Tte., E. N.

ERS/magv.

Marqué el teléfono de Martí Otero. Había conocido aquella mujer, tiempo atrás, en las etapas incubadoras de Radio Handicap, en ocasión de una particular llamada, justamente de Martí, mientras agotaba mi turno dominical como locutor, siendo él su presidente, para hacerme la inesperada invitación a sumarme a compartir en una tenida, a mi salida a las 10 de la noche. Nunca habíamos sido partícipes, ni compartido con la cúpula directiva en un ambiente tan de su particular privacidad, hasta ese momento. En principio quise tomarlo como una distinción de personal aprecio. Es evidente que Martí conocía suficiente esta persona y le habría tratado con anticipación.

Le referí, sin aspavientos, el relato de lo ocurrido, acomodando, temeroso, mis circunstancias. Percibía intranquilo lo irremediable del daño y la macabra intención de esta mujer. Cuestión de tiempo para cualquier final. Repentina e irreversiblemente, de la noche a la mañana, mi destino había cambiado, me había transformado en un marcado sospechoso, en lista negra. No había cabida en los escaparates de la Era para este tipo de objetos.

Dada su jerarquía como presidente de Radio Caribe, es obvio que Martí, bajo ninguna circunstancia, podía ser ajeno a un suceso de tal envergadura en la hoja de uno de sus artistas. Lógicamente, debió haber estado enterado de primera mano; sin embargo queremos entender que su posición en este entramado y la delicadeza del problema, le obligaban a mantener una comprensible y diplomática discreción frente a nosotros. En cierto modo intentábamos aprovechar la confusión que planteaba el nombre equívoco de Carmona por Almoina. Su amabilidad no tradujo ninguna predisposición en su forma, ni siquiera cuando señalé que esta persona había hecho mención atrevida de su nombre en el documento de delación.



—Aló, ¡José!, ¿cómo estamos?

—Hola Fernando, ¿qué hay?, ¿cómo estamos? ¿En qué puedo servirte?

—¿Usted no sabe lo que me hizo Lucy?

—¿Qué pasó?

—¡Oh! Lucy fue al SIM y me hizo un expediente de dos páginas, y ahí dice que dizque yo le dije a ella que a usted lo habían mandado a México a matar un individuo dizque de apellido Carmona.

—¡Pero bueno, Lucy es loca! Mira, Fernando, no te preocupes, vete a tu trabajo, que yo cené anoche con Candito y con Johnny, y ellos no me dijeron nada.

Candito Torres y Johnny Abbes constituían las herramientas más letales y drásticas del régimen. Torres desde el SIM, Abbes desde Radio Caribe. Cada uno decoraba, sin prisas, su propio cementerio. El prestigio de ambos crecía, en la misma proporción tenebrosa en que aumentaban sus tumbas.

Siempre tuve la corazonada de que la voluntad de José Martí Otero, por alguna profunda razón, generosa e influyente, pesó en nuestro favor en aquel minuto de desesperanza, tan trágicamente comprometido.

Confirma la certidumbre de su conocimiento oficial, un evento impensado ocurrido muchos años después, a la salida de una nutrida actividad cultural en el Hotel Lina. En la ocasión, el escritor Ramón Lacay Polanco, quien había laborado con autoridad en aquella época en Radio Caribe, nos confesó una revelación asombrosa, de la que nunca estuvimos enterados. El escenario tenebroso de una herramienta más entre los mecanismos sombríos de la Era. Había sido testigo-participante en la improvisación macabra, a puerta cerrada, de un patibulario Juicio sumario de Vida o Muerte, al estilo romano según sus palabras, a Fernando Casado, en uno de los salones privados de Radio Caribe, presidido por su equipo de autoridades.

Lacay Polanco y yo, lamentablemente, habíamos protagonizado anteriormente un innecesario incidente de rivalidades de taco alto y rostro hermoso, en que las intranquilidades románticas de mi admirado poeta, desbordando sus alergias sin rimas, habían lastimado nuestra bien decorada amistad. Estaba tratando de evitar discretamente su saludo, pero el inofensivo poeta, requintado en sus copas, venció mi evasiva prudencia. Estaba decidido a desmontar la carga:

—Fernandito, yo sé que tú ta' bravo conmigo, que tú no quiere 'sabel' de mí, pero yo te salvé la vida.

—OK. Muchas gracias.

—No, no, ¿tú te acuealdas' cuando Radio Caribe?

El detalle secuestró mi atención en el acto. Lacay Polanco no era un factor al azar en Radio Caribe. Su talento y creatividad de escritor y su peso real de poeta histórico, elevaban su importancia por encima de su estilo de vida y las escapadas frecuentes de su temperamento, en aquella desafiante realidad sin muchas opciones para su inteligencia, decoradas del trago compartido. Su debilidad y mansedumbre le hacían aparentemente confiable a la hora de compartir de cerca las asperezas filosas del verdadero monstruo que alimentaba Radio Caribe. Sin embargo estaba lejos de ser un indiferente, se demuestra en su gesto.

—Mira Feldnando'ahí se hizo un juicio, como en jrRoma, con el deo' parriba' y el deo' pabajo'. Ni el Cometón ni Billy son amigój' tuyos, botaron con el deo' pabajo', pa' que te mataran, el único que te defendió ahí fue Fidencio Garris, y yo.

La pesadilla apenas había comenzado. Solo que, el guión aterrador de la película hubo de ser ligeramente alterado. Tres días después del incidente de la denuncia en Radio Caribe, una comprometida mañana en mi escritorio del Banco Nova Scotia, siendo más o menos las 10 a.m., recibí la inesperada llamada telefónica de un grato y viejo amigo, todo un personaje, el emblemático locutor de Atardecer, a

quien nosotros habíamos sustituido a su salida de HIG, en mis tiempos de locutor de radio, por insinuación de Frank Hatton a Pupo Cordero, en aquel histórico programa de versos y glosas en las tardes románticas de la época: Alfonso Martínez.

—Fernandito, ej' Alfonso, Alfonso 'Martínej'.

—¡Hoooola Alfonso!, cuánto tiempo hermano.

—Mira, Fernandito, el coronel Trujillo —Nene Trujillo—, te oyó en Radio Caribe cantando la canción “Me extraña” y le ha ‘gujtao’ tanto la interpretación tuya que mandó a que se la sacaran en un acetato, él quiere cono-certe, me dijo que te llamara y te invitara, ejtamos' ahora en El Borínquen, tu sabes donde ej', donde Ulisej'Frias, maj' arriba de la Fábrica de Aceite, en la misma' esquina' de arriba en la Máximo Gómez, ejtamos' ahora en el salón del segundo piso, coge pa'ca'.

—Alfonso, ¡pero tú estás loco! ¿A ti se te olvida que yo trabajo en un banco americano? ¡Yo no puedo salir así!

—Ok, Ok, bueno mira, ponme a Abkarian ahí.

Sin permitirme analizar de momento mi sorpresa ante el desconocimiento de que hubiese trato tan cercano con Gabriel Abkarian, uno de los compañeros de jerarquía en el banco, puse en conocimiento de éste la urgente llamada de Martínez, pretendiendo desentenderme. Luego pude enterarme que Abkarian era parte de un grupo de amigos que solían participar en los encuentros de softbol que se celebraban en el *Stadium* particular de la hermosa propiedad del coronel Trujillo. Lo que ha venido a ser hoy en día el enorme y multifacético club del Banco de Reservas.

Le observé colgar el teléfono luego de unos breves minutos de atento silencio, para en seguida levantarse de su escritorio y dirigirse diligentemente a la oficina del gerente, Mr. Hunter. Unos minutos después vino hasta mí y me confió, discretamente, como si fuese una tarea más de mi trabajo.



A sus 25 años de edad ya Nene Trujillo ostentaba el rango de coronel. Este personaje de la Era se caracterizó, además de ser amigo entrañable de Johnny Abbes García, por ser un Dandy, a imagen y semejanza del Jefe. Nene era el último hijo de José Trujillo Valdez, y de una señora de origen libanesa llamada Conchita Stephan. Nene nunca conoció a su padre, ya que, cuando Conchita estaba embarazada, don Pepito falleció repentinamente, pero Nene fue criado dentro de la familia Trujillo y hasta fue bautizado con ambos apellidos, por lo que el apellido Stephan lo perdió a temprana edad.

—No hay problemas Fernando, puedes irte.

Salí en dirección al punto de reunión, sin tener una idea clara de su razón de ser. Solo el hecho fortuito y feliz a mi llegada, de que algunos de los que compartían la turbulencia de aquella evidente amanecida eran personajes conocidos, entre ellos, viejos y apreciados amigos, calmó mis perspicaces interrogaciones, no todas. Desde ese momento fui integrado a un selecto grupo de amistades, que generalmente compartían los momentos relajantes y disipados del coronel Nene Trujillo.

Los huecos de mis días dejaron de pertenecerme. En el momento menos esperado, un vehículo oficial manejado por un discreto y siempre ameno y tratable oficial, surgía en mi puerta de parte del coronel Trujillo, para transportarme a compartir junto al resto, alguna efervescente tenida en algún lugar. Fui incluido en uno de los equipos de sofbol. Jugábamos bajo luces y luego del partido, solo un selecto grupo, enterados de antemano, podíamos subir hasta su chalet posado sobre la colina, a compartir tragos y temas. Otras veces en su finca cercana a Villa Mella o en otras ocasiones, donde alguna invitación lo propiciara.

Un detalle trastornante alertó mi ya alarmado instinto de conservación. El hecho me llevó a asumir la gravedad real de mis insospechadas limitaciones. Luego de la denuncia, había abandonado, conservadoramente, las diversiones nocturnas, jamás volví a frecuentar lugares propicios en La Feria, o en cualquier otro lugar, ni a ignorar la mirada torva del farol del cepillo y su totototo acechante en el celo de las noches.

La Marina ostentaba discretamente su hermoso Night Club sobre un pretencioso mirador, decorando el último piso de su edificio institucional en la Feria de la Paz, adornado espléndidamente con una vista extensa y privilegiada de la ciudad. La incomparable cintura de arrecifes de dentadura blanca al manoseo intranquilo del mar, regalaban desde la altura un escenario de sueños.

Había sido contratado para actuar ese fin de semana allí y estaba justamente ensayando esa mañana de sábado en el hermoso y breve entablado de medialuna, cuando repentinamente alguien vociferó un explosivo:

—¡Atención!

En el amplio marco de la entrada, sin formalidades militares ni respetos protocolares o consideraciones al ambiente artístico o militar inmanente, irrumpió turbulento, como insulto inesperado, la figura arropante del coronel Trujillo. A su lado, en actitud discreta, mis amigos Alfonso Martínez, Dardo Herman y un par de personajes más que no recuerdo. No desperdició tiempo en saludos, sin formalidades ni contemplaciones, se dirigió militarmente al sargento. Se percibía cierta rigidez soterrada bajo el tenor de mando de su lenguaje de rango, rebotando agresivo, como ladrido con su sopor encima del frenar atemporal de la atolondrada percusión, desmantelando el ensamblaje rítmico, compartido casi como diversión, en una tartamudeante y confusa cámara lenta, que desmembró, y en ello residía su despropósito, el rutinario ensayo. El tono imperativo de su voz cortante congeló las alegrías rutinarias del músico, deformando el relajado ambiente.

—Sargento, ¿dónde está el oficial encargado que tiene que ver con esto?

—No ha llegado señor.

—Pues dígame cuando llegue que se busque otro artista, que Fernando Casado no viene esta noche. ¡Vámonos!

La imperativa orden de marcharnos fue directa. Evidentemente, no era ya dueño de mis actos, ni de mi voluntad. Aquella natural autonomía personal y ciudadana de que todo ser humano libre disfruta, había dejado dramáticamente de pertenecerme. No era como creía ser, un hombre libre, mi libertad estaba gravemente condicionada, al parecer había cometido una desviación intolerable, una grave falta, sin asumir, hasta ese insólito incidente, la fragilidad

y delicadeza de mi realidad y circunstancias, mi vida era un espectáculo de circo ante personeros y espectadores, caminando sobre una cuerda sin ninguna firmeza, extendida sobre el aire enrarecido, aguardando con relamiente placer el final macabro de verme perder el equilibrio. Era un estrecho callejón, donde la única salida, vigilada por el SIM, conducía al cementerio. Aquello solo pareció mortificante a mis bolsillos y al de los perplejos músicos. Era quisiera o no, realmente, un simple preso de confianza.

El hecho de que una gran mayoría de los que componían estos grupos del softbol y las amenas tenidas de tragos, eran constituidos, en parte, por viejos y queridos amigos, suavizaban mis justificadas preocupaciones. Uno de los de más confianza era Lalá. Habíamos sido compañeros desde la Escuela Normal y militado en su equipo oficial de béisbol. Sin embargo había sido notorio el sospechoso interés secreteante, de interrogantes maliciosas aparentemente intrascendentes, pero malévolamente malintencionadas en el fondo. Intuía su despropósito latente de lograr en los argumentos de mis respuestas, las justificaciones que pudieran desgraciarme. No escapaba a mis presentimientos temerosos el color interesado que el poderoso SIM quisiera darle a estas respuestas, su estilo vejatorio, violentamente caprichoso, técnicamente antojadizo e ideológicamente focalizado, era, por lo general, obsesivamente destructivo. Su tenebrosa maquinaria había sido creada para eliminar enemigos del Jefe. Su ecuación matemática parecía lógica: eliminación de oposición, crecimiento de poder. Dañar o asesinar no les obligaba a excusas y explicaciones, ni siquiera en caso de cometer errores. La eliminación frecuente de inocentes o dudosos constituía, desde su punto de vista, una advertencia ejemplarizadora para los demás. Bastaba una manoseada coletilla epitáfica: era enemigo del gobierno.

Tenía la percepción de que el pérfido Lalá era en realidad un agente del SIM y que su inocencia cuestionante no era casual. No estaba equivocado. Se trataba de un servicio expreso e insistente, asignado a sus habilidades, dado el hecho de que aquella rutinaria amistad de años, me hacía accesible y vulnerable a su tenebrosa y mal intencionada confianza. Su artesanal discreción, profesionalmente venenosa, nos alertaba, nunca nos pasó desapercibida.

—Fernandito, ¿y de qué vive Radio Caribe?

—Bueno, de los anuncios, claro el gobierno le mete la mano, es lógico, pero los anuncios, con los anuncios.

Aquella insistencia malvada en su obsesiva y ponzoñosa misión, persistía sin disimulos en comprometernos y desgraiciarnos; se percibía, y llega a ser hábito en estos tenebrosos personajes, cierto placer morboso. Vivía realmente del anzuelo; había hecho toda una antropofágica carrera a base del dolor y el luto de los demás. La alegría morbosa del pescador, no percibe ni le importa la desgracia del pez.

Un día, olvidando los riesgos de nuestra delicada situación y echando a un lado el natural instinto de conservación, olvidé la prudencia y enfrenté a la bestia, desatando abiertamente mis contenidas justificaciones.

Habíamos estado compartiendo desde la mañana en una propiedad de Nene Trujillo cercana a Villa Mella, y ya al atardecer, aprovechando las habilidades del popular Cambumbo, habíase complementado el grupo, aparejando con un montón de amigos al servicio del popular *enterteiner*, un alegre y despejado final de fiesta. Dado el hecho de haber estado tantas horas en libación, Lalá dedujo que podría o debía estar ebrio y vulnerable. Era notoria nuestra particular sobriedad y control ante la excitante integración que amenizaba aquellos excesos, algo que cuidábamos por formación. Aquella discreción respetuosa sin estridencias atrevidas, no pasó inadvertida para la curiosidad interesada del coronel Trujillo, quien aún desde su firme perspectiva



patibularia de cirujano indolente, al final, no dudamos haber ganado su respeto y consideración, por encima de tan complicadas circunstancias. Jamás tomamos el riesgo de desajustar la personalidad y excedernos imprudentemente en confianzas ni lisonjas, no eran mis hábitos. Hubiese sido fatal. Quizás contando con estas debilidades, tan comunes en la generalidad, intentaban quebrantar mi calmada prudencia. Es lo que se atrevió a tentar Lalá, aquella noche.

Rebuscó ladinamente la forma de ubicar su silleta a mi lado, le observábamos arrimarse y sabíamos lo que sus intenciones trataban de lograr. Su acechanza enfermiza de víbora entrenada no nos pasaba desapercibida, estábamos absolutamente conscientes. Tratábamos de reaccionar ante sus venenosas insinuaciones, calculadoramente lógicos e indiferentes. Esta vez la estratagema no fue un intento de resbalarme hacia la infidelidad política, su trampa fue algo más sucio y temerario. Insinuación malévola, que en su infantilidad, aparentemente inocente, pretendía comprometerme frente al natural respeto debido a Nene Trujillo. La osadía resultaba sobredimensionada ante la perversidad, cándidamente embozada, de pretender lograr de mi parte, admitir alguna debilidad íntima de admiración por la discreta compañera que esa noche hacia pareja a Nene Trujillo.

El agrío de su secreteo melcochoso resbalaba detrás de su aliento molesto, saturando el olor a sangre y alcohol de su intención malvada.

—Fernandito, be'acá', diiime' tú, aquí entre tú y yo, ¿quién ej', lamejol'hembra que hay aquí?, ¿Eh?, ¿La de el León, beldá'?

—Mira Lalá ¡Coño!, déjame decirte una cosa, las mujeres de mis amigos son como mi madre ¡coño!, imagínate lo que puede ser para mí, la mujer que esté sentada al lao' de el León, quien sea! Mira, coño, hijo de puta, hace tiempo coño que tú me estás tirando ganchos, coño, se te va acabar la vaina.

Me abalancé sobre él sin pensarlo y mi puño enfurecido casi alcanzó su rostro espantado. Alfonso Martínez estaba cercano, se movió diligente y alarmado interponiéndose física y atropelladamente entre nosotros; advertí su precipitada intromisión tratando de neutralizar el forcejeo y evitar impredecibles consecuencias mayores; todos estaban armados, menos yo; en un principio, rechacé físicamente aquel prudente abrazo de brusco apremio, tratando de neutralizar nuestra agresividad, evitando que continuara agrediendo a Lalá.

—Fernando ¡no, no! ¿qué pasa? ¿qué ej' lo que pasa?

—Este maldito carajo, coño, que ya me tiene jarto, tirándome ganchoj'a cada rato, no joda, coño, e'ma coño, voy pa'donde el León.

—Coño Lalá, ¡deja la vaina! ¿qué ej'lo tuyo?

Alfonso intervino nuevamente conteniendo mi intención de enterar a Nene Trujillo. No concibo que este no percibiera el encontronazo desde la corta distancia adonde él estaba ubicado. El tumulto había sucedido delante de todos. Nene estaba situado apenas unos cuantos metros de distancia de donde había ocurrido el incidente. Ocupábamos toda una extensión uniendo varias mesas, de unos 10 o 12 metros de largo, presidida en un extremo, precisamente por este. La insinuación e insistencia, evidentemente, era parte de un plan disfrazado, una planificación premeditada para socavarnos de alguna manera, partiendo de que las consecuencias naturales del exceso de ingesta de alcohol deberían necesariamente actuar sobre nosotros, perturbando, desinhibiendo y desbocando nuestra tranquila naturaleza. Hice caso a la prudencia de Alfonso. La provocación necia de Lalá era, simplemente, parte de una operación diligente de trabajo de técnica barata, un servicio que esperaban completar y cerrar el expediente con mi cadáver. Quien mandaba era realmente el SIM, no ningún coronel por flamante apellido que tuviera. No me engañaban, lo intuía.

No asumí la peligrosidad del encontronazo con Lalá, hasta unas cuantas semanas después, cuando noté la inasistencia de Lalá a los partidos de softbol, cosa poco común, y curioseé su notoria impuntualidad con el confiable Alfonso. Su respuesta fue casi un discreto y secretaente susurro.

—Alfonso, ¿qué es de Lalá? Al único que veo ahí, de los dos muñecos jugando, es a Memén.

—Muchacho, a Lalá lo acaban de nombrar nada menos que ayudante de Cholo Villeta en la 40.

No volví a ver a Lalá. Evidentemente, sus nuevas funciones sobrecargaban su trabajo y su tiempo. La 40, Cholo y su ayudante, de seguro estarían sumamente ocupados.

En tan lodosos escalafones del crimen, no todos alcanzaban estos significativos estratos de tan tétrica responsabilidad. Solo un récord bestial de tumbas sin amigos, torturas descarnadas y estampidos sordos de batazos decorando nuca y torsos ensangrentados, podían haber destacado sus tenebrosos servicios, o sus capacidades macabras de violencia, a tono con aquel emblemático personaje de leyendas de terror que se llamó Cholo Villeta. Tuvimos suerte, cualquier cosa que nos pudiera haber sucedido ante el reto de un personero de tal categoría, de seguro hubiera sido asumida con indiferencia respetuosa, hubiese sido interesante conocer qué rango militar en el infierno del SIM, ostentaban las manchas salpicantes de Lalá.

La sana amistad de Alfonso Martínez venía lejana desde mis primeros escaloncillos de locutor en la legendaria HIZ de Frank Hatton. Una época engalanada en que, más que simples trabajadores del oficio, era conformada en esencia por auténticos artistas de la profesión. Aprendí de ellos mucho más allá del simple lenguaje del micrófono. Tiempos encartonados en sonoridades sociales y pretensiones, en que todo sincero cultor de arte era automáticamente estigmatizado, culturalmente prejuiciado

de bohemio irresponsable. A pesar de nuestra juventud, Alfonso y las demás columnas de aquella HIZ de leyenda: Homero León Díaz, Manuel Ruiz Bastardo, Freddy Mondesí, Félix Acosta Núñez, Fabián Damirón, Ellis Pérez, Rosita de la Rosa, María Fabián, República Andreoni, María Medrano y un etcétera interminable, nos adoptaron y nos hicieron sentir como un valioso compañero más.

Lo que graduaba el glamour de un locutor en aquellos tiempos, no era el gesto complaciente de un capricho ignorante de Petán Trujillo hasta la cabina máster de La Voz Dominicana, lo que acreditaba sin estridencias para siempre, desde mucho tiempo atrás, había sido, el ser capaz de navegar la gravedad y los matices educados de la voz, detrás del sonido incomparablemente hermoso del micrófono imposible de aquella HIZ exclusiva de Frank Hatton.

No era casual, en absoluto, que en aquel especial entorno de improvisadas circunstancias, percibiéramos en Alfonso una sólida confiabilidad mutua. Independiente de su ascendiente de relación de amistad cercana con Nene Trujillo, sentía a un Alfonso particular, recóndito, casi oculto. Un ente que correspondía a nuestras curiosidades paganas, con la fidelidad abierta del amigo profundo. Un ritual espontáneo que ni yo, ni el respetado hermano nos lo proponíamos. Era un tranquilo y silente eslabón como sincero lazo ritual de logia.

Su apostólica respuesta surgió evidente en mi mente, muchos años después, luego de desaparecer éste tras el oleaje de la vida. Existía un motivo latente auténtico, un argumento de peso realmente profundo y sano. Algo que, por encima de su voluntad, le condicionaba a identificarse humanamente con nosotros.

Alfonso Martínez era realmente, al igual que yo, un rehén más de la impredecible tiranía. Su vida podía depender de un estornudo indiscreto, de ajenas, lejanas e incontrolables circunstancias, en un momento dado, con el agravante de

que esas circunstancias estarían a discreción de la arbitrariedad innata y la interpretación medalaganaria y caprichosa de las intransigentes urgencias de los escritorios del SIM.

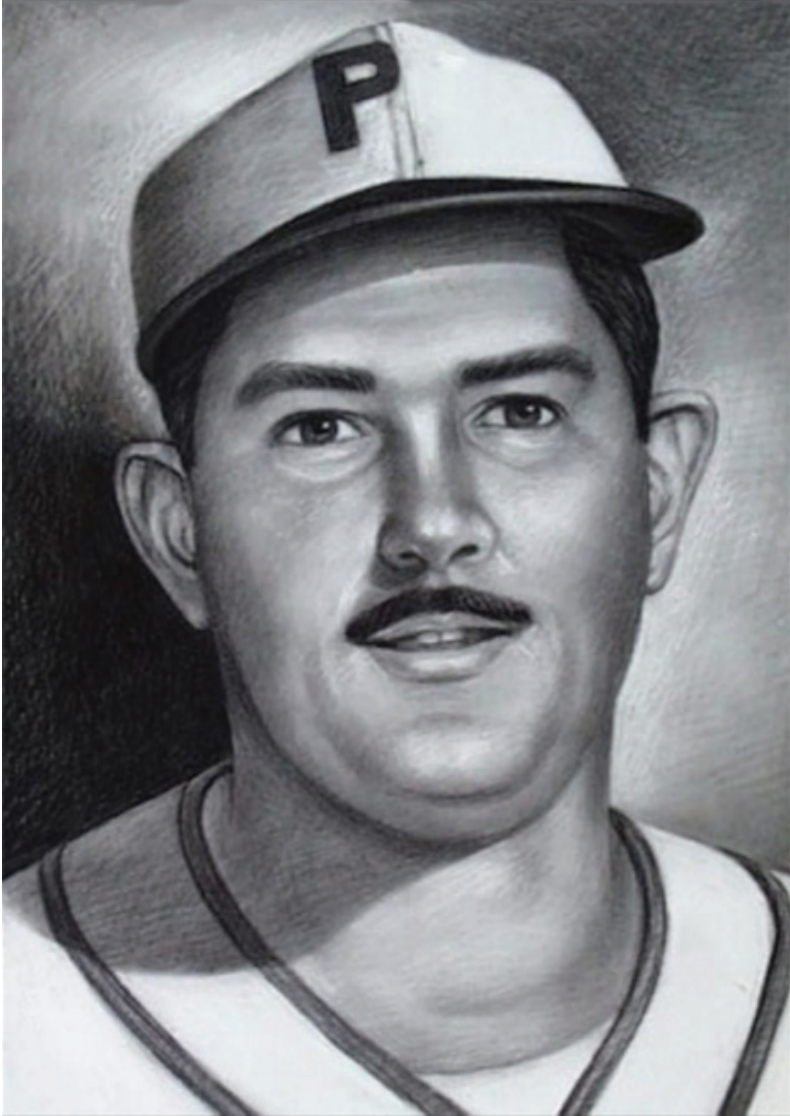
En el caso particular nuestro, los riesgos podrían depender de nuestras alergias y reacciones, de la efectividad con que lograríamos mantener activa nuestra estática de vida suficientemente alerta y prudente. En el caso triste de Alfonso Martínez, la preservación de su supervivencia escapaba a su control. No dependía de él en absoluto. Todo respondía a la conducta circunstancial que pudiera mantener una tercera persona. La garantía del silencio en ese alguien, era el precio a pagar que preservaba su vida.

Ese alguien era su talentoso hermano, Julián Espinal. Se le conocía por un sobrenombre muy digerido en la radio: Potemkin. Nacidos de una misma madre, eran de hecho medio hermanos. Brillante locutor de respetada popularidad y al igual que Alfonso, dotado de excelente y timbrada voz y versadas capacidades. Cultivamos una grata amistad, años después, cuando coincidentes en Puerto Rico le visitaba afectuosamente en sus turnos en Radio San Juan.

Potemkin había logrado discretamente abandonar el país hacia Cuba y prácticamente desde su arribo, se había incorporado militantemente a los activos grupos de exiliados antitrujillistas. Tan pronto los Servicios de Inteligencia detectaron estas actividades, encamisaron la independencia de los movimientos discrecionales de Alfonso. Secuestrado prácticamente y utilizado técnicamente a su vez como rehén, neutralizaron y amordazaron los entusiasmos revolucionarios del hermano; Potemkin fue acallado, arrinconado al silencio y obligado a distanciarse forzosamente de estos grupos, desconectando su integración, a cambio de conservar la vida de su hermano. Que sepamos, el SIM no corrió el riesgo de lastimar a Alfonso

Martínez. Su imagen glamorosa y proyección empática desde la radio, notablemente popular y carismática, le sirvieron de coraza protectora, una concesión fuera de estilo en aquella inconsiderada dictadura, muy bien ganada desde los toques de *Atardeceres* y las quedas de *México Canta*, desde el encanto de aquella HIG sin pretensiones de Pupo Cordero, y los versos enlutados de nuestros inolvidables compañeros César Federico Larancuent y Henry Ramírez, mártires heroicos de Constanza, Maimón y Estero Hondo, que compartimos cabinas, micrófonos y sueños.

Guerra,  
solo un apellido



Dibujo de Gilberto Guerra Pacheco, hijo de Juan Guerra Figueredo e Irene Pacheco, era un hombre dinámico, y un gran amante de los deportes.  
(Foto tomada de <http://www.pabellondelafama.do/exaltados/gilberto-adolfo-guerra-pacheco/>).



**H**abía oído mencionar a Gilberto Guerra, algo en relación, quizás, con actividades en el intrascendente deporte del voleibol de la época. Era una ciudad pequeña, donde una serenata en las madrugadas de Ciudad Nueva se disfrutaba distante en el silencio de la Mella y detrás de las guitarras sonoras, el murmullo secreteamente de mar. Todo el mundo conocía o había oído hablar, de todo el mundo. Nuestra perspectiva, obligadamente distante y juvenil, frente a aquellos improvisados afanes deportivos entre atletas circunstanciales, se perdía en una incapaz subjetividad; imágenes realmente sobrias que contemplábamos como leyendas de una época de apóstoles sin pretensiones. Grupos de nombres donde danzaban como objetos flotantes, difuminados entre crónicas informales percibidos de soslayo, desde el balcón barrioterero de alturas del pestañar muchachero de las cosas. El tiro a distancia al canasto de la memoria y mi ineficiente concentración, solo me permiten encestar unos pocos nombres: Rafael Espada, Varilla Lugo, Juan Bernal y otros tantos.

Le conocí solo a distancia, entre los tantos que acostumbraban a participar en los encuentros de softbol en aquella “liga” exclusiva de Nene Trujillo. Jamás cruzamos palabra. Era un auténtico atleta, capaz de haber podido dimensionar exitosamente sus capacidades atléticas y destacar su talento deportivo en cualquier época. Sus sobradas condiciones físicas, dotadas de atributos excepcionales de estatura y músculo, le habrían garantizado la bienvenida en

cualquier deporte de su vocación. Parecía gozar de una especial confianza de tratos con Nene Trujillo. Sin proponérselo, su fogueada personalidad, carismáticamente dominante, demandaba, sin pregonarlo a voces, una cierta distancia y reserva, una virtual frontera sin alambradas ni púas, que algunos traspasaban sin poder evitar que aquella prepotencia innata, cordialmente amena y amistosa, les hiciese sentir en desventaja. Las razones, las fue agrietando el peso trágico de un inmerecido destino.

Guerra había sido miembro de las Fuerzas Armadas. Una riesgosa forma beligerante de vida en la época. Visceral e ideológicamente comprometida con los estilos que caracterizaban al régimen; herramientas funcionales de sus engranajes de violencia; ejecutores de razones y sinrazones, de manos y mentes, a veces ensangrentadas. Su nombre aparece citado en dos documentos similares publicados en obras distintas, fechado en 15 de junio 1945, firmado por el “mayor general Federico Fiallo, M.M., E.N y dirigido a: “Honorable señor secretario de Estado de Guerra y Marina y Comdte. en jefe del Ejército Nacional”: Héctor B. Trujillo. (*Un Interludio de Tolerancia*, pp. 222-23-24-/-*Control y represión en la dictadura trujillista*, pp.105-6, B. Vega).

Fiallo encarnaba uno de los más enceguedidos y descarados monstruos represivos en la historia del trujillismo. Afiebrado entusiasta de la eliminación física violenta, como evangelio categórico de imposición ejemplarizadora y afirmación sistemática de fuerza y poder. Durante una espesa y lúgubre etapa de cementerios sin cruces y cunetas ensangrentadas, era el tenebroso responsable de ésta lúgubre herramienta de la dictadura, el siniestro Servicio Secreto.

Gilberto Guerra Pacheco es aludido en dos de los párrafos numerados de la misiva. Su discreto papel de custodio, según la versión del mayor general Fiallo, tuvo que ver con lo que el documento firmado por él denomina:

Asunto: caso de Francisco Henríquez Vásquez (*Chito*).

1.- El día 13 de mayo del corriente año recibí un informe confidencial en el sentido de que Francisco Henríquez Vásquez (*Chito*) había sostenido una discusión inconveniente con el señor Hernán Courlander Duarte, delegado de Venezuela al Tercer Congreso de la Juventud. Personalmente me encargué de la investigación de lugar, y localicé al dicho Francisco Henríquez Vásquez esa noche a las 9:30; puse en su conocimiento la información que había recibido; negó que sostuviera discusión alguna con el señor Courlander Duarte, y me expresó que la información debía referirse a una visita que le hiciera para entregarle unos libros que le enviaba don Federico Henríquez y Carvajal. Le repliqué que mi informante me merecía crédito y que deducía que él había procedido de esa manera con el propósito de crearnos problemas. Que consideraba conveniente, ya que él no conocía la frontera, que al día siguiente emprendiera un viaje a través de ella.

2.- Más tarde, esa misma noche, interesado en ultimar lo relativo al viaje, visité la casa de Henríquez Vásquez, y allí, su padre, Enriquillo Henríquez, me manifestó que su hijo no tenía ropa para realizar una excursión de esa naturaleza, ya que apenas si tenía que ponerse y que una gira semejante requería la preparación de prendas de vestir; que él Enriquillo Henríquez, prefería que lo metiera en la cárcel por el tiempo que fuera necesario y no que se realizara tal viaje. Me fue extraña la manifestación del señor Enriquillo Henríquez, y me negué a hacer lo que me sugería.

3.- Al día siguiente, tal como lo habíamos planeado, salió el señor Francisco Henríquez Vásquez hacia la frontera en compañía del teniente Gilberto Guerra Pacheco, a quien se le dió algún dinero para los gastos que el viaje ocasionara. Ese mismo día entraron a la región fronteriza por la ciudad de Dajabón, y visitaron las obras que el Generalísimo Trujillo viene realizando en aquella apartada comarca, en

interés de dominicanizarla y de elevar el standard de vida de sus moradores, habiendo ido sucesivamente a Loma de Cabrera, Restauración, Villa Anacaona, Pedro Santana, Bánica y Elías Piña. También estuvieron en las colonias y canales de riego existentes en esos lugares; y después en



Chito Henríquez.

San Juan, Las Matas de Farfán, El Cercado, Barahona, Neiba, La Descubierta y Duvergé.

4.- Tan pronto como el delegado venezolano salió en viaje de regreso a su país, ordené al teniente Guerra Pacheco trasladarse a esta ciudad. Para ser más preciso, la noche del 8 del corriente. Al día siguiente, 9 del mes en curso, entre diez y once de la mañana,

el referido oficial, acompañado de Francisco Henríquez Vásquez, llegó a la fortaleza. Pregunté al señor Henríquez Vásquez cuáles eran sus impresiones, etc.

Albert C. Hicks, en su libro *Blood in the Streets*, nos describe una historia más auténtica y dramáticamente sincera. Respetuosa y profesionalmente cuidada, diferente en su esencia a la que pretendió maquillar el Gral. Fiallo, carente de veracidad ni escrúpulos, lógicamente acomodada a los histerismos y simulaciones maliciosas del trujillato.

Es merecida justicia reproducirlo, en reconocimiento a la valerosa verticalidad del íntegro personaje histórico que fuera don Chito Henríquez, con quien compartimos, más de una vez, junto a nuestro amigo de infancia Nabú Henríquez, y sus no menos heroicos familiares, de honorable tradición, incluyendo aquellos aguerridos compañeros de ideales, que desafiaron tan patibular momento, sin temores ante abismales riesgos, desamparados frente a la fiereza despiadada del régimen. Traducimos:

El nombre de su padre era Enriquillo Henríquez. Su hijo era Francisco, mejor conocido como Chito, un joven escritor. Chito se encontró en problemas personalmente con Trujillo debido a una inflexible integridad, la cual, en la tierra de Rafael, desde hacía mucho, había probado ser un estado mental nocivo para la salud. Un día, durante la segunda semana de junio, El generalísimo informó al joven Chito que él estaba conduciendo hacia la frontera y requería su compañía. Cuando alcanzaron la frontera el presidente señaló aquí y allá y dijo, “vea por usted mismo, no hay haitianos asesinados por aquí...”. Al siguiente día, el general Federico Fiallo, comandante de la Marina de Guerra bajo las órdenes del hermano Héctor Trujillo, quien es secretario de Guerra, entre otras cosas, se presentó al hogar de los Henríquez. El honorable presidente, el generalísimo Rafael L. Trujillo Molina, estaría más agradecido, al parecer, si Chito, habiendo visto por sí mismo que no hay haitianos asesinados a lo largo de la frontera, escribiera un artículo diciendo eso en sustancia. Chito replicó que de acuerdo a su información hubo asesinatos a lo largo de la frontera y por lo tanto, él no podía escribir el artículo.

Pero el generalísimo estaba muy ansioso de que la historia fuera escrita y circulara en toda América, en un esfuerzo por desacreditar una historia noticiosa que había aparecido en *PM*, un diario de la ciudad de Nueva York, relatando los hechos de muertes a lo largo de la frontera. Así, al día siguiente, el general Fiallo retornó, y la humilde solicitud se tornó en franca súplica, y cuando esto no produjo resultados, el ruego fue transformado en una declaración expresando que el presidente demandaba el artículo. Aun así, la respuesta fue, no. El siguiente día era domingo [Sabbath nombre cristiano del domingo,

FC] fue interrumpido por la aparición una vez más del general Fiallo. Esta vez el padre intervino en las conversaciones. Fiallo vino al grano en seguida. Habría un artículo como diseñado por el presidente Trujillo, y listo para él para el día siguiente, de lo contrario. “Usted sabe”, Fiallo dijo, “nosotros tenemos la forma de ver que las cosas que queremos sean hechas, se hagan”. El padre permaneció fiel a su hijo. Cuando las amenazas de Fiallo se tornaron ligeramente obscenas, él le expulsó de su casa. El lunes temprano en la mañana los dos Henríquez abandonaron su hogar y buscaron refugio en la legación venezolana. Poco después, un artículo apareció en los periódicos de Trujillo diciendo que si padre e hijo regresaban a su hogar todo les sería perdonado. “Pero ellos sabían más que eso” (pp. 219-20).

Se nos había hecho notoria la ausencia repetida de Gilberto Guerra a los partidos de softbol en la liga de Nene Trujillo por varias semanas. Guerra era una de esas imágenes con suficiente estridencia deportiva, que categorizaban la camaradería de estos entretenidos encuentros: social, oficial, y deportivamente. Imposible dejar de percibirlo. De una manera simple y casual, como si hubiera preguntado por la hora, importuné nuevamente, la discreción de Alfonso con mi intrascendente pregunta:

—Alfonso, qué es de Gilberto, que hace mucho que no lo veo. No viene.

—¡Sssshh!

Me interrumpió cortante. Intentando disfrazar el instante con una drástica señal de silencio, el gesto súbito y alarmado de Alfonso, cosa muy poco común, cercenó tajantemente mi impensada curiosidad. Su imposición de rígido mandato de silencio se produjo casi instintiva y automáticamente, un leve visaje relampagueante de drástica señal de advertencia,

de muy discreta simulación. Su dedo sigiloso pestañó apenas una milésima en el nervio del tiempo y escapó rozando no más el aliento contenido de los labios. Asumí su alarma con la misma tensa discreción, aunque en la hipersensibilidad de mis circunstancias, comenzaran a burbujear las interrogantes. Su inesperada alteración, sin motivos ante una rutinaria indagación, denunciaba alguna circunstancia extraña fuera de lo común, una temperatura insana alrededor de Gilberto Guerra.

Al terminar el partido de esa noche, dado que carecía de transporte, solicité como tantas veces a Alfonso, me encaminara hasta la Barra Payán, muy próxima a mi hogar y dentro del área donde él residía. Mientras nos desplazábamos de regreso, manifesté el confiado atrevimiento justificado en nuestra auténtica y respetada amistad, de plantearle nuevamente el tema preocupado de Gilberto Guerra. Más que por simple curiosidad, pura consciencia y expectación ante el drama permanente a que todos estábamos expuestos, dada la insensibilidad indiscriminada de la dictadura. Fui directo. Volví a tocar las espinas.

Alfonso, ¿qué es lo que pasa con Gilberto?

Coño, hermano, Gilberto se ha jodido. Tú sabes que él acostumbraba acompañar a Johnny, de vez en cuando, en esos viajes por tierra a Puerto Príncipe. La última vez que fueron, Johnny le pidió que matara un hombre, y Gilberto se negó.

¡Cóoomo! ¿cómo así?

¡Oh!, él le dijo: ¡mátalo!, y Gilberto le contestó: *¿Que mate a quién? Mátalo tú, yo no tengo que mata' a nadie.*

Gilberto Guerra selló su destino. Con aquel gesto en voz alta, evidenciaba, tal vez sin reparar en ello, cuán diametralmente opuestas eran las personalidades de Gilberto Guerra y Johnny Abbes, por encima de amistad, intereses o naturalezas. El hecho de haber coincidido juventudes en las entrañas de Ciudad Nueva y compartido rasgos amenos del deporte junto a la crónica aficionada

en las esquinas del Conde o la farmacia acogedora de Humberto Gómez, pavimentaron un rastro sombreado de arboledas en Gilberto, que en Abbas, evidentemente, se turbó de malezas y espinas venenosas de la peor especie. El sentencioso diálogo que llegara hasta mí, es suficiente para entender el drama.

Abbas asume, patológicamente, que ha instruido, bajado un mandato infalible, simplemente una orden. En aquella psiquis tóxica y enfermiza, la eliminación física no constituía crimen alguno. Era simplemente, una herramienta técnica más, un simple fusilamiento. Algo, en aquel diabólico instante de su inconducta, personalizaba en sus vísceras psico-excrementales, una morbosa síntesis inconsciente, un rasgo de mimetización turbada, con la identificación subliminal de la personalidad asesina del tronante Jefe. Se complementaban ambos en el sótano oscuro de sus fétidos subsuelos.

La respuesta de Gilberto refleja, clara y cándidamente, que no asume el mensaje de Abbas como una orden. Él no era de hecho un militar en ese entonces, de haberlo sido, al no cumplir el pedimento, hubiese sido pasible de un Consejo de Guerra por desobediencia. Su respuesta aséptica está dirigida al amigo y viejo compañero. La naturaleza franca y abierta del lenguaje de respuesta, casi irrespetuoso, están dirigidas, no al desnaturalizado y peligroso coronel Abbas, sino a la bestia doméstica que, calibrada desde siempre en la camaradería del entorno de barrio, trataba, con confiada prudencia, de distanciar y proteger sus particulares circunstancias, de las aberrantes circunstancias que Abbas trataba de imponer. Johnny representaba, aquel amigo malo de vida y aventuras que todos tenemos, a quien preferimos tratar a distancia a fin de evitar sus infecciosas dentelladas; en el caso de Abbas las consecuencias de su viscosa relación siempre resultaron fatales. Craso y absoluto error



de perspectiva en Gilberto, nadie estaba blindado a su maldad.

Abbes, como Trujillo, no concebía el sentido sano de la amistad pura, sino en función utilitaria, estricta y desalmada; franco mecanismo artesanal sin conciencia afectiva, vehículo de tóxicas conveniencias y chismes de escaparate, para coleccionar maliciosamente en archivos de expedientes malditos. Para Abbes, Guerra no era, mansamente, el amigo acompañante, era, desde su perspectiva egocéntrica, un vulgar esbirro utilizable más. Gilberto dismanteló y a la vez sublevó, al negarse, los egos drásticos de suprapoder y mando en Abbes, ubicando el sentido de amistad o de servicio, en un plano inaceptable para aquella psiquis “trujillórrida” de Abbes. La frustración vengativa frente a la negación inaceptable, estuvo por encima de su soberbia incapacidad de comprensión. Si Gilberto hubiese sido un asesino, la urgencia ordenada hubiese sido cumplida con placer, complacida, sin reparos.

Luego de negarse a matar, Gilberto se atrevió a regresar. Un gesto de coraje inaudito. No cabe la ignorancia. No sabemos si retornaron juntos, aunque la lógica macabra de la Era nos induce a pensar que Abbes, no podía permitirse el lujo de dejar escapar a Gilberto. Su actitud posterior es una confirmación clara de que astutamente, propició la celada amansada del regreso sin sospechas, para entraparlo. Hubo de haber simulado una aparente indiferencia ante la desobediencia. Debió seguramente, acentuar la intención de crear la ilusión confiada de que el evento no había sido tomado en cuenta, ni que habrían represalias, de que, no habrían llamas en el infierno.

Sin embargo, conocedor vivencial y personero funcional entre los mecanismos ácidos del sistema, testigo de la bestialidad desahorada de Abbes, es de presumir, Gilberto Guerra no podía ser ajeno a los riesgos tremendos de retaliación

que se ensañarían en su contra. Regresar mansamente, habiéndose negado a ejecutar una orden de tan drástica naturaleza, personalmente emitida por Johnny Abbes García, era sencillamente un infantil suicidio. Gilberto lo sabía y aceptó su destino. ¿Qué pudo haberle impulsado a tan desamparada decisión?

De no haber regresado, escapando burlonamente de las garras de Abbes y permaneciendo en el exilio, probablemente el mal destino se hubiese volcado, indefectiblemente, sobre sus familiares; se hubiesen ensañado sin consideraciones y no escapa la posibilidad de que hubiesen intentado ser asesinados, maltratados, o inconsiderados, algunos de sus hijos. Era el estilo de la drasticidad primitiva de la época. Justos pagaban por pecadores. Esto nos conduce a intuir que, el único motivo lógico que podría explicar y justificar el regreso desamparado de Gilberto Guerra, y asumir los riegos terribles que su rechazo a matar provocara, fuera el propósito suicida de no exponer a su familia al riesgo inevitable de la ira trujillana, y aceptar personalmente el sacrificio en carne viva, de las represalias y la ferocidades de Johnny Abbes García. El resultado fatal de su destino se corresponde con este amargo final.

La vesania enfurecida fue una tromba destructiva, inhumana e irresistible. Descuartizó la fortaleza carismática de un Gilberto acorralado. Desde el mismo momento del regreso, Guerra fue sistemáticamente sometido a un intenso y persistente martilleo de amenazas, acoso, acechanzas y presiones psicológicas, cuyo propósito y efecto inevitable fueron minando y desmantelando su estructura emocional. El teléfono timbraba agresivo a deshoras en las madrugadas y la nota insultante o la amenaza del SIM de que pasarían a detenerle o, abiertamente, a asesinarle. Los toques irrespetuosos y violentos a deshoras a la puerta de su hogar y al abrir no encontrar nadie, el paseo obsesivo de los cepillos del SIM y el tototo alucinante y enloquecedor,

aleteando persistente frente a su puerta maldecida, sobredimensionando la inminencia mortificante de la drasticidad despiadada y obsesiva del sistema, patibulariamente focalizada incisivamente sobre su indefensión, como una interminable espada de Damocles, siempre descendiendo sobre cada minuto de su desamparada condena.

No hay ser humano capaz de sobrevivir a una bestialidad tan diabólica y despiadadamente programada. Se multiplicó en Gilberto la tangente del alcohol, un manido desgarre cultural muy común entre nosotros, intentando, desesperadamente, escapar de aquella torturante irrealidad. La toma de pastillas que acompasaran sus nervios entrecruzados, fue convirtiéndose un vició desbocado, una adicción embrutecida que terminaría lastimando y taladrando entre brumas sus reacciones cerebrales. Fue condenado al vacío. La última vez que le vi, muchos años luego de haber desaparecido el Trujillato, caminaba ensimismado, flotando vaporoso e impersonal, cuando cruzó abstraído y ausente por mi lado; solitario en el tumulto, bordeaba sus abismos sobre la acera ignorada de cualquier Conde, sin percibir siquiera nuestra presencia amistosa, ni los gestos amenos y rostros hormigueantes de viejos conocidos. La mirada lejana perdida en sabría Dios qué rumbos, olvidado de sí sobre la altura de su estatura atontada, cercana a la inconsciencia, un autómatas sobrenadando a la deriva en medio del oleaje de la ignorada realidad bullente, arrastrado en la corriente entre despojos y desperdicios de un mundo inmerecido, eterno de oquedades. Prisionero abandonado en la nada. Abbes y el SIM lograron su objetivo.

Gilberto Guerra era el padre de Juan Luis Guerra.



30 de mayo,  
una noche trágica para jugar softbol



Coronel Nene Trujillo.

Era algo característico de la familia Trujillo utilizar una pomposa parafernalia en el uniforme militar, y Nene no escapaba a este hecho. En la imagen se le observa vestido a la usanza, con sus correspondientes gafas oscuras. El puente entre Johnny Abbes (Radio Caribe), el SIM y Trujillo, era solo, circunstancialmente, la oficina de Nene Trujillo.



*E*l partido transcurría bajo luces con modesto entusiasmo y normalidad rutinaria. Era la exclusiva liga de softbol del coronel Nene Trujillo, ubicada en lo que es hoy en día el flamante Club del Banco de Reservas, frente al Country Club. Una circunstancia imprevista, fuera de lo usual, repercutió inesperada en la rutinaria transpiración de esa noche. Tengo la impresión inconsistente de que estaríamos cercanos al filo de las 11:00 p.m., cuando un jeep militar irrumpió precipitadamente desde la obscuridad de la nada hacia el terreno de juego. Frenó impudoroso cercano a la línea de primera base, que en ese momento era desempeñada por Nene Trujillo. Observamos a un oficial, capitán o teniente, desmontarse con estrafalaria urgencia y dirigirse rápidamente y sin ningún protocolo hasta donde este estaba ubicado, interrumpiendo el desenvolvimiento del juego. No recuerdo saludos ni gestos de disciplina militar. La imagen es imborrable. Le vimos acercarse precipitadamente y colocarse a su lado en pleno terreno junto al cojín, sin observancia ninguna de las circunstancias. La escenografía ubica en nuestra instantánea: un militar secreteando brevemente, cercano al oído, algo cuya obvia urgencia era tan alarmante e imperativa, que demandaba sacrificar cualquier formalidad oficial de rangos, pasando por alto todo principio elemental de disciplina y discreción. Luego de comunicar el precipitado mensaje y sin guardar delicadezas ni formas, se dio vuelta y con la misma urgencia descompuesta se

precipitó nuevamente al interior del jeep, partiendo en seguida. Insisto, no recuerdo que se cumpliesen las exigencias del saludo militar, ni al llegar ni al despedirse. Nos arriesgamos a asegurar que no los hubo. Reanudamos el partido sin sospechas de anormalidades y tratando de reencontrar el entusiasmo. Transcurrieron unos minutos rutinarios y normales de juego, suficientes para ir archivando domesticadamente en lo intrascendente, lo ocurrido. No habrían pasado más de tres o cuatro o cinco minutos, luego de la partida del jeep militar, cuando desde su posición en el campo de juego, la voz repentina, algo inquieta, de Nene Trujillo impuso un:

—Tain' ... tain' ... Fulano, pon a alguien por mí.

Sin aguardar respuesta, caminó unos pasos hacia adelante, desprendiéndose maquinalmente del elegante trochín de juego de su mano izquierda, pasándolo a la otra mano; se desplazó indiferente junto a la almohadilla de primera base, rebasando sin prisa la línea caliza angular del terreno que avanza desde el *Home* hacia el fondo del *right-field*. La cabeza baja y la mirada al suelo mientras se desplazaba, no despertó ninguna interrogante curiosa ni preocupante. Se acercó enigmático hasta la pequeña gradita que aun sobrevive en el lugar, subió tres o cuatro tramos entablados de cinco o seis y sin precipitación aparente, tomó asiento absolutamente lejano, absolutamente solitario.

Reanudamos el partido y continuamos la algarabía sin dismantelar el entusiasmo. Desde nuestras domesticadas ilusiones encamisadas, todo permanecía galoneado y uniformemente normal. No habría desglosado el tiempo a cinco o más minutos, cuando la presencia aislada de Nene Trujillo retomó la escena nuevamente. Puesto al momento de pie, repentinamente descendió las graditas y se dirigió, sin palabras ni gestos, hacia su Mercedes ultramoderno, cuyas puertas abrían elevándose hacia arriba como alas de águila en vuelo. Le vimos partir, sin



celeridad, hacia la pragmática ubicación residencial ad-junta a la amplia propiedad, situada a la vista sobre una aprovechada colina, recostada entre arboledas detrás del *left-center*.

El partido continuaba a retazos, mientras el entusiasmo envejecía con la ausencia no programada, de El León, así le apodaban sus íntimos. Las jugadas y role-tazos del *soft*, no alcanzaban a remendar la intranquila curiosidad que este extraño comportamiento generaba, poco común en las rutinas siempre regularizadas de sus actividades y relaciones, hasta donde nos era perceptible. Su habilidosa simulación preocupada, intentando ablandar o desorientar las interrogantes, comenzaban a generar natural curiosidad en el ambiente, realmente sin malicia ni propósitos, solo cierto desconcierto.

Luego de unos 10 a 15 minutos sin expectativas, vimos regresar el Mercedes alado, bajar con sus anchos neumáticos, masticando la sorda sonoridad de las piedrecillas sobre la superficie del camino desde la colina y posar un segundo acto, parqueando el suspenso, nuevamente, junto a la gradita histórica. Observamos desmontar diligente su figura encartonada, esta vez, el hombre de armas, un real coronel Trujillo. Significativamente galoneado y decorado militarmente. Sin dirigirse a nadie, apoyó de nuevo su teatral actuación escalando nuevamente la gradita cómplice. Voluntariamente apartado en una tesitura inviolable, carcomido por el morbo irreductible de la intranquilidad simulaba observar el juego. Un futuro inesperado, sin simulaciones, observaba gravemente. Nos arriesgamos a afirmar que ni siquiera intentó perder tiempo en asearse. Su espacio de ausencia fue tan breve, y su impacto emocional tan rotundo, que no pudo haber concebido tiempo físico suficiente y calmo para una ducha; probablemente, tensos y acorralados minutos para sofocar el rango dentro del uniforme y las botas de la incertidumbre. Los predestinos y

condecoraciones se precipitaron ajados en la nada, desde aquel instante en que un quejido agónico limpió el asfalto de respuestas oscuras. Evidentemente la prisa de la noche era tan hemorrágica y poco higiénica, como la sangre desparrramada sobre el pavimento de la avenida.

Los minutos pesaban como maldades. Luego de un nudo breve de dos o tres ajustes de juego y tiempo no habríamos aún desarrugado unos 10 o 15 minutos de la tendida sábana irregular del juego, le observamos descender sin prisas desde las gradas, con aparente ajeno interés, y dirigir sus pasos corombos de botas desproporcionadas, hasta el Mercedes. Al abrazo protector del mecanismo novedoso de las puertas de sus alas, sin gesticulación simbólica ni despedida a la tranquila expectación, se alejó tan veloz como si cercenara un pedazo largo de amargura final, para escapar del tiempo corriendo desesperado tras el tiempo.

Aquella precipitada avalancha de sucesos relampagueantes, agazapados delante y detrás de la mirada enrojada de la noche, sin una lógica respuesta, nos espantaba un poco a todos, como una erupción incipiente. Habíamos arribado, sin saberlo, al capítulo final de la obra. La caligrafía del destino se torna confusa a veces, mas nunca ilógica. Los papeles estaban asignados y su trágico argumento apocalíptico había sido diseñado, no, precisamente, para un drama teatral.

El entusiasmo comprometido del juego se diluyó automático ante la súbita e inexplicable partida de Nene Trujillo. El interés por la diversión se evaporó al instante y al momento todos estábamos desfilando hacia la ciudad. Nadie dio notación precipitada, ni escuchamos conjetura alusiva alguna, ni insinuación aun ligera, de graduada ni enterada sospecha.

Carecía de transporte personal en esos tiempos acudí al siempre amable chofer de doña Julia, la madre de Trujillo. También jugaba al softbol, era el eficiente *catcher*

de uno de los equipos. Le identificada además por ser el padre de Pedrito, compañero en mis etapas beisboleras de fuste en las canteras del María Auxiliadora con Viruta Pichardo. Vivían precisamente en aquel barrio y cruzaba cercano al área de San Juan Bosco, donde yo residía. Me desmonté próximo a la popular Barra Payán. La algarabía de sándwiches y jugos para domar desde la barra los tragos trasnochados, lucía sin alarmas. La parranda ajena continuaba al margen, indiferente a los cepillos y el tototo desconcertado. Aunque desde el fondo de la noche intranquila lloviznaban sollozos que nadie adivinaba.

Pablo, el esposo de mi hermana Rhina, irrumpió precipitadamente en mi habitación. Eran alrededor de las 4 de la madrugada. Cantinflas, como apodábamos al fiel empleado que distribuía los litros de leche del negocio de repartición de mi cuñado, alarmado y temeroso, había interrumpido su trabajo, regresando asustado, masticando la sibilante noticia.

—Don Pablo, mire yo no sé quee' lo que tara' pasando, la ciuda' ta' llena de gualdia'. Hay un hombre ajolcao' detrás de la clínica internasional' que se me paresió' a Joseíto Mateo yo creo que era Joseíto Mateo.

Nadie reclamó nunca la identidad del infeliz. Sacrificado sin lágrimas e ignorado por la historia, colgando del miedo sin nombre ni apellidos, agonizando apenas en un rincón maldecido de violencia trágica, parte atrás sobre cualquier cadalso, colgando del olvido enterrado sin lágrimas ni rezos, escondido en el cieno de una fosa sin duelos, como si no hubiese existido.

Al evaluar tan injusto suceso, el cual evidentemente trasciende como una insensible y vengativa ejecución sumaria, no pasemos por alto el hecho singular de que éste lugar, Clínica Internacional en específico, se tornó en escenario principal del siguiente capítulo de aquella noche, frente al

drama del ajusticiamiento. Es allí, con la fatal localización de Pedro Livio Cedeño herido, cuando se inicia desde el SIM, la enconada cacería que sacrificó brutalmente al resto.

Una obsesión ebria de venganza enloquecida, envenenó los ánimos de la turba enfermiza de calieses, alteró el papel de su simulación aterrada de milicia bastarda e hizo trastornar, dislocar y prostituir toda apariencia de carácter institucional. Aquello se convirtió en una airada pasión “animálica” carente de respeto al uniforme, tumultuosamente enceguecida, era una jauría incapaz de establecer ni importarle gradación, cómplice o no, de responsabilidades. Profesionales del crimen, entrenados para matar sin escrúpulos, incontrolablemente decididos a asesinar en represalia a los que mataron al Jefe, como avanzara dolido un titular de prensa.

Abbes no habría tenido tiempo físico de iniciar investigaciones. Su agresividad era puramente emocional, instintivamente primitiva. Luego que la vida le escupiera al rostro la venganza de lo justo y le llevara a enfrentar sollozante y minúsculo, entendería quizás, que las lágrimas enrojeadas de sangre no solo ensuciaban las paredes atrapadas del infierno de “La 40”, también salpicaban afrentosas la impotencia deshonorada frente al baúl ultrajado de un Chevrolet sin mortaja.

Es casi seguro que aquel infeliz innominado, colgado entre las culpas de aquella tórrida noche, pudiera tratarse de alguno de aquellos infelices ignorantes, empleados domésticos del servicio en casa de Juan Tomás y Chana, sin relación ni conocimiento absoluto de la conjura, y quien solo por esa inocua circunstancia, fuera inmisericordemente sacrificado. La intención del SIM nunca fue llevarlos a prisión ni ante un juez.

Arribé sin premura al Banco Nova Scotia a mi hora acostumbrada y tomé asiento tranquilo en mi escritorio. Manejaba mis responsabilidades como jefe del departamento

“collateral”, junto al hermano Carlos Demorizi. No sabría determinar en qué momento ni cómo, repentina y anónimamente, como reguero de pólvora, el secreteo del mundo infectó indetenible y desbordó sin tiempo los minutos. Como si fuese una fiesta escondida en cada ser, el marasmo desbocado se detenía sin penas en una sola frase: ¡Mataron al Jefe!

Un semblante de alegría se multiplicaba en las miradas descreídas como un murmullo compartido. Los rostros no se atrevían a ser comunes. Una voz sofocante fue creciendo, corriendo como vendutero alado sobre las calles sin palabras, gritando en voz callada en la expectación de las esquinas sin ojeras, más ronco que el vendaval enloquecido que golpeaba a ciegas la sonrisa sardónica y la carcajada heroica, retumbando detrás del silencio de la ciudad callada enferma de silencio.

Hasta que llegó el minuto enrojecido y dejó de ser eterno el puño sucio, el goteo de la sangre como lágrima huérfana escapando entre los dedos apretados, la mancha enrojecida de luto en la mejilla blanquecina, la mirada torciendo el rumbo del aliento en una mueca agónica que ni siquiera es dolor y la cuneta espesa como tumba de sangre, esperando el espanto de una calle cualquiera, sin rumbo ni mortaja. Todo cambió después del luto.

La tarde nos despidió temprano. Estrenábamos sin saber aún... *un nuevo horario de conciencia*. Las aceras tranquilas, amantes del camino, parecían sembradas de flores y sentimientos. Olía a esperanzas el atardecer cuando arribé al hogar.

Las presiones del cerco de Nene Trujillo comenzaron a perder eslabones. No recuerdo volviéramos a transpirar en el softbol, solo reuniones discretas en distintas oportunidades y lugares aislantes, sin estridencias, restringidas al grupo acostumbrado.

En una de estas oportunidades, arribé a su casa próxima al campo de softbol cuando solo me había antecedido allí, Luis, buen amigo y uno de los tantos entusiastas que dábamos vida a aquel softbol. Excelente lanzador. En el momento preciso de mi llegada, saturaba el ambiente la amplificación desproporcionada de una radio-comunicación con Nene Trujillo, entrecruzando varias voces, en algún momento irritadas. Eran, justamente, las etapas en que la prensa había publicado una supuesta partida hacia el exilio de Petán y Negro Trujillo en una fragata de la Marina de Guerra. Asumo ahora, que el hecho de permitirnos acceso sin reservas a la amplificación de una conversación privada entre tan estridentes protagonistas, en tan delicadas circunstancias de la dictadura, y que pudiera ser abiertamente escuchada por nosotros, pudo haber tenido el propósito de impresionarnos y dejar claro que los Trujillo estaban presentes, vigentes y de regreso, en el caso de Petán y Negro. No recuerdo el contenido de las conversaciones radioamplificadas. Realmente no dediqué sustancial atención; sí pudimos determinar a puro oído, que una de las voces correspondía a Ramfis Trujillo, probablemente desde San Isidro, y las otras voces a Petán y Negro desde la fragata, probablemente próxima a nuestras costas.

Desde nuestra llegada y a pesar nuestro, habíamos percibido el estilo tumultuoso y desbarrante en que Luis denunciaba por sus nombres, algunos notoriamente conocidos, de todos los infieles proscritos que habían estado presentes en un nutrido, exitoso y mortificante mitin antitrujillista, que recién había reventado los ámbitos del parque Colón. En un momento dado de la desbocada perorata, el coronel Trujillo, siempre en su papel, le interrumpió sagaz y desviando sin simulaciones el blanco crítico hacia mi persona, con un dejo acentuado de interesada malicia profesional, le interrogó indolente, frente a mí notorio silencio. No olvidemos que para

ningún chivateado, nunca sería posible rebasar la trágica categoría un... “dudoso”:

—Y Fernando, ¿no estaba?

Luis contestó con una frase manchada, turbia de prejuicios, su estridente expresión nasal se contuvo ante lo inesperado, masticando, arrastrando las palabras casi en un ronquido gutural como para no ser escuchado:

—No, Fernando es de cortina.

El despectivo término *de cortina* era comúnmente etiquetado para denominar un particular estilo en mujeres de vida alegre. Prostitutas que caracterizaban el oficio con discreción profesional muy simulada, casi imperceptible, de manera que su bien cubierto negocio no trascendiera ni ofendiera los niveles de intolerancia y rigidez social en la época. El término popularmente utilizado para calificarlas era: cueros de cortina. Yo era, desde su venéreo punto de vista, un enemigo que no se había, públicamente, declarado.

Nuestra preocupación ante Luis y sus desnudas afirmaciones, guardaban para nosotros una reserva mucho más mortificante. En ocasión en que éste coincidiera en el Banco Nova Scotia, donde laborábamos como ejecutivos, frente a la visita del aberrante Pipí Trujillo, ensamblador de abusos cubiertos detrás del parentesco, usamos una expresión al azar en su presencia, que en ese momento recordamos y lamentamos, porque asumimos que habría sido el argumento que enfermó la base de sus juicios para calificarnos o descalificarnos en esa forma. Cuando la figura despreciada de Pipí Trujillo entraba a la distancia en la Gerencia, conversábamos en un aparte al extremo, junto a otro de nuestros ejecutivos, el ameno y afectuoso Gabriel Abkarian. Al observar desplazarse aquel truculento sujeto, presumiendo, cándidamente, que Luis, viejo amigo y banquero, al igual que nosotros, compartía las mismas preocupaciones, comentamos confiados en presencia de este.

—Mira quien está ahí, Pipí Trujillo. Qué buena bomba, y de paso me llevo al gerente.

Nene Trujillo no insistió en auscultar la expresión de Luis; es posible que ya conociera la historia, que este se la hubiese hecho llegar anteriormente. Me atrevería a asegurar que, después de todo, Nene Trujillo conocería y lamentaría las tramposerías de su tío Pipí mejor que nosotros y no extrañaría la expresión. Todavía más, creo sin exagerar, que por encima de toda circunstancia, sentiría en el fondo más desprecio e irrespeto por Luis, en su papel de confidente infecioso, que por nuestra circunstanciada presencia aprisionada, no obstante lo inamistosa o encortinada que este la calificara.

Mantuvimos en todo momento un discreto silencio indiferente, ni siquiera gesto alguno de simple afectación. No intentamos ni siquiera defendernos. Solo un pensamiento lamentable arañaba los aposentos del alma.

—¡C... qué buen... hijo... de la... gran... p!

De haberse prolongado el drástico sistema más allá de la desaparición de Trujillo, que aquella feroz dictadura hubiese superado su traumático descalabro y no haber sucedido como ocurrió, la estampida de sus enconados personeros ante la intervención de militares pilotos de San Isidro y Santiago, hubiese sido difícil rebasar los riesgos. Cuando un compás de tiempo prudente, técnica e intencionadamente manipulado, propiciado con el deliberado propósito de hacer pensar que el SIM habría perdido la memoria y como consecuencia, el focus del interés público se hubiese diluido, la agresividad sentenciosa del SIM podría haberse desbordado en nuestro desfavor. Es lo que había ocurrido en otros casos.

Si bien es cierto que la oficina en Palacio del coronel Trujillo, fungía como filtro de cirugía selectiva de toda información de inteligencia hacia Trujillo, bisturí incisivo que determinaba “trujideosincrásicamente”, qué cosa



debía o no involucrar el interés y recelos de el Jefe, antes de alcanzar su escritorio, no era la voluntad del coronel Nene Trujillo lo que podía determinar estos destinos y conveniencias de Estado. Existía omnímoda, desde el incisivo y despiadado SIM, una beligerancia medalagana-ria y autónoma, viciosamente permisiva y un portón vedado, entre uno y otro, que nadie osaba desafiar, porque en ello residía el fundamento y sostenimiento visceral de su despiadada tiranía. El puente entre Abbes (Radio Caribe), el SIM y Trujillo, era solo, circunstancialmente, la oficina de Nene Trujillo.

Habíamos rebasado este espinoso desierto, desde el lavado de manos del SIM frente a la delicada denuncia, hacia las garras ansiosas de Johnny Abbes, hasta finalmente arribar a aquellos barrotes de seda, encadenado al grupo del coronel Trujillo. Objetivamente, Nene Trujillo podría haber terminado manifestando respeto y hasta aprecio real por nuestra vigilada y artesanal amistad y compañía, pero en definitiva, correspondía al sentencioso SIM y a Abbes García, determinar y establecer, sin objeciones ni reparos, quien podía constituir un enemigo y quién no. Un concepto de Gestapo hitle-riana omnímoda, sin sujeción ni compromisos a regla alguna, a la hora de analizar o justificar razones para determinar el destino final de cualquier vida. Hasta ese punto llegaron mis temores. De ello que, abiertamente, por encima de la presencia del coronel Trujillo en sus ambientes de *particulares amigos*, el SIM mantuviera a su agente Lalá, asediándonos frente a sus narices con intenciones capciosas, escarbando enfermizo la forma de poder desgraciarnos.

Radio Caribe fue perdiendo músculo y solo su esqueleto de ficción sobrevivía. La vida fue desnudando, exhibiendo en carne viva las maldades y culpas escondidas en el horario de cada quien. Algunos escaparon manchados para

siempre y jamás osaron regresar. El tono autoritario de las voces y los rangos nostálgicos, se extraviaron para siempre en las maletas de viaje.

Aquel grupo diverso y variopinto con quienes compartíamos en el redil impuesto de Nene Trujillo, una mayoría de ellos ajenos o impotentes ante la sigilosa vigilancia de brazo a mi hombro y mirada torcida, que calcara mi sombra como celda sin barrotes al coronel Trujillo, fueron malvadamente incorporados, junto a los exaltados trujillorridos del SIM. Comprometidos adrede en aquella búsqueda obsesiva de los Héroe, casa por casa. Arrastrados, sin excepciones, a compartir las consecuencias del *maldestino* y las culpas que los acontecimientos futuros pudieran desatar sobre el coronel Trujillo, frente al pecado de haber compartido aquella tóxica amistad. Alevosamente asimilados a los servicios del SIM y sumados a patrullar en aquella hemorrágica cacería de fantasmas, que importunara ciegamente los hogares de la ciudad intranquila, sin horarios ni respetos durante interminables días, acosando atropelladamente los hogares de puerta en puerta. Comprometidos sin alternativas, “cualquierizados” y obscenamente apiñados junto a calieses asesinos, estrujados en la saña embrutecida de los odiados cepillos artillados; todos fueron intencionadamente insertados junto a las fieras del SIM, para que el pueblo los viera e identificara. Sin derecho a iniciativa ni disensiones, desarmados del coraje a negarse, morbosamente sacrificados con la perversa intención de manchar y comprometer el odio del pueblo a su destino, frente a las impredecibles consecuencias por venir. Imposible permanecer anónimos. Los ojos de la historia, aunque lloran, archivan para siempre.

No fuimos importunados en ningún momento. Solo el buen humor del Caballero pudo liberarnos de sus garras. Creo en el lenguaje confuso de su generosidad milagrosa. Luego del funesto expediente, la naturaleza e intenciones

de aquella cacería de fugitivos, nos descalificaba rotundamente. En aquel momento crucial, las circunstancias parecieron haber determinado, en mi caso particular, un diferente destino.

Los teóricamente *fieles*, quisieran o no, fueron comprometidos sin opciones. Hubieron de pagar el precio inmerecido del exilio ratonero, consumiéndose en el estiércol de una ajena vergüenza, prófugos enfangados entre perversos apellidos indiferentes. Encanecidos, estrujados de lodosos años. Todos aquellos *amigos* que compartieron junto a Nene Trujillo, se vieron impelidos, desesperadamente, a escapar al exilio o sobrevivir como ratas escondidas. Realmente, no todos merecían la frialdad de una tumba culpable.

Con la tristeza como un ancla clavada entre arrugas en las callosidades del alma, se han marchado sin recuerdos y sin orgullo.

Aunque de no haberse producido mi denuncia ante el SIM, nunca hubiésemos tenido acceso al grupo de amistades de Nene Trujillo, y la voracidad de la violencia del “trujillerismo”, no hubiese tenido motivos para posar su mirada en nosotros, es esa perversa denuncia, precisamente, lo que nos libra de ser reclutados al final como al resto. Habernos negado, cosa que asumimos como una posibilidad de fuerza, nos recordaría el calvario terrible de Gilberto Guerra.

Cosas hay que en su apariencia ocurren para mal y luego aprendemos al final que han sucedido para bien. Tórrida experiencia que no deseamos a nadie.

Logramos atravesar un escabroso camino decorado de abismos, impregnado de espinas, traiciones y miedos, avanzando entre saetas, puñales ensañados y miradas acechantes, hasta arribar a la orilla tranquila del destino.

El caballero aquel nos tomó del alma y espada en mano defendió el sendero de los indefensos. Solo él pudo guiar

las hogueras de luz e iluminar el trillo, guiar nuestra impotencia y desamparo hacia el lado opuesto de aquella noche ciega, donde sí nacían estrellas y lunas y sol y cielo, y un ser de bien para adorarlo, no la obscuridad obscena de un hombre sin entrañas que pretendió ser dios y ser temido, y terminara ensangrentado en las malezas del odio, estrujado y vencido en el asfalto.

Detrás quedaron tumbas del que tuvo suerte, héroes del que le importaran, viudas de ninguna estatua, y un llanto enlutado interminable, lloviznando enrojecida la mejilla agradecida de la Historia. No es saludable olvidar.

Trujillo,  
su último año nuevo



Trujillo acompañado de su séquito, entre ellos el general César Oliva García, general Arturo Espailat, Virgilio Álvarez Sánchez, y otros.

**I**rrumpiendo altisonante la penumbra concurrida del teatro Leonor, el vozarrón impetuoso de Rafael Pichardo penetró intempestivamente, acusando un desacostumbrado matiz de humor urgente. Era la tanda frívola y muchachera del matiné de las 5:30 p.m. Los diálogos indiferentes de la pantalla sirvieron de fondo monótono a las estridencias indiscretas del *mellizo pobre*, como solía autodenominarse, para fastidiar a Horacio, el sedoso y tranquilo *mellizo rico*. Tronaba, vociferante, desde la boca encortinada:

—¡Niní Cáffaro, Niní Cáffaro, Niní Cáffaro!

La curiosidad general fue más fuerte que la pícara escena de la pantalla, sin embargo, el protagonista alternativo no complacía las expectativas. Transcurrieron minutos, antes que Cáffaro, desafiando nervioso la penumbra y adivinando escalones a tientas, bajara titubeante desde el anfiteatro, espetándole, con tensa discreción:

—Rafael C... tú no me has visto.

El intrascendente encargo era venenosamente comprometedor. Rafael había recibido la encomienda de informar a Niní Cáffaro, haber sido asignado por Radio Caribe al espectáculo del 31 de diciembre en casa del dictador. Como de costumbre, no habría pago extra.

Niní reaccionó desafiante, riesgosamente negado. Se jugaba, sin ponderarlo, una carta filosamente peligrosa. Rebeldía instintiva y profunda, que no todos teníamos el coraje de adivinarnos. Un ponzoñoso momento en el que un marcado Aníbal de Peña era destrozado en “La 40”

y nosotros, denunciados ante el SIM, en un patibulario compás de espera. Excusarse era sintomáticamente peligroso, ignorarlo podría marcar fatalmente. La rigidez intolerante del régimen, aquel culto prostituto, grávido de temores baboseantes al Benefactor, su urticante incondicionalidad, su celo venenoso, acechante, o los caprichos y estridencias agresivamente impúdicas del apellido, podían desgraciar cualquier displicencia atrevida y desbocar su desbordada vocación al atropello y la eliminación física. La equivocación era la regla. Niní se jugaba el silencio de los bulliciosos Cáffaros.

—No, no, no, no... !no voy a ir a esa vaina! ¡Aunque me lleve errr diablo! Yo le prometí a Cosette que iba a pasar el año nuevo con ellos en su casa.

Entre los planes tranquilos del Caballero, una inolvidable noche de Festival de Canciones y un Por Amor glorioso, aguardaban al doblar del futuro. Su osado desafío pasó, milagrosamente, desapercibido. Fuimos militarmente citados... en casa de Trujillo a las 5 de la tarde. La Orquesta Caribe, la tradicional presidente Trujillo de Luis Alberty, sus voces históricas, y el exclusivo trío Rhadamés (Los Juglares). El escenario frontal del espectáculo lo decoramos: unos Solmeños saboteados temerariamente por Nandy Rivas, una exuberante Rebeca del Valle, Fernando Casado, Joséito Mateo y Elenita Santos. El presentador, un discreto y refinado, Lilín Díaz.

La residencia del Jefe, denominada Estancia Rhadamés, estaba ubicada en terrenos del hoy Teatro Nacional. El lugar específico de esa noche sería, un área al fondo recostada a la Embajada Americana, donde permanece silencioso y abochornado el Museo del Hombre. Fuimos agrupándonos, espontánea y desamparadamente, como hormigas a campo raso, sobre una enorme extensión de caliche, junto a una especie de camión cubierto que pareció transportar las efervescencias golosas de la estridente



noche; descubrimos, ¡al fin!, sillas plegables e improvisamos al azar donde sentarnos. Nos ubicamos, a la vista próxima de una superficie encementada, sin adornos visibles, y el lejano movimiento de la servidumbre, notoriamente indiferente, denunciando el escenario para aquel insospechado Año Nuevo final. El tiempo disfrazaba su tarjeta de trágica alegría. La última madrugada de diciembre de la Era. Un coro de tumbas y cadalsos sonreían irónicos, ante el silencio que acompañó el campaneo intranquilo de aquella medianoche.

El tiempo avanzaba y el ambiente transpirante de frivolidades y copas espumantes, desbordaban en voz alta, exuberancias de cosechas exclusivas y rones envejecidos. Los egos del merengue azuzaban el paso y el lenguaje atropellado de la noche. Desfilaban las bandejas de Sodoma y Gomorra, las risotadas adulantes y perversas. El lenguaje medalaganario con tufo de obscenidad de Trujillo imponiendo su falsete sobre los grises de la música y los coros extendidos de un jaleo de carcajadas. Las escenas de copas encendidas como cirios y un halo de fantasmas sobre un charco de color intranquilo, un coagulo de tiempo aturdido de cargos sin conciencia, de pasos ebrios encharcados en sangre y la mancha sucia en el pecho del reloj envejeciente de la madrugada, amontonando iras al momento de voltear el minuto y convertir en esputos el goteo espeso y la prisa justiciera de la historia hacia el calendario apocalíptico de mayo.

Las primeras horas del año virgen habían escapado, asustadas por la medianoche. El año comenzaba a envejecer de temores. Las bandejas aladas tropezaban tumultuosas y botelleantes, como bailarinas de cuellos alargados. La gula estridente desbordaba el banquete berreante, desnudando sus senos perversos y las pezuñas ebrias, sucias de miradas culpables y pensamientos obscenos. Roma, borracha y pervertida, y los idus de cualquier tiempo, precipitando

el horizonte tormentoso del destino con su olor a pólvora furiosa entre las ingles y el cemento largo de una noche de vergas sin prisas.

Ni siquiera un sorbo de agua. Recuerdo alguno, botella en mano, sofocando a trancos su prisa triunfal, trofeo en alto, recibir el rechazo indiferente del resto. Una bandeja trasnochando madruguera la etiqueta de un mal ron, se paseó sin conseguir pareja. Solo algún músico hueco suicidó en un *trago-corto* la dignidad enferma. El mozo, un soldado aguardando en atención. Ignorados, amontonados en la bruma, como basura olvidada.

Acorralamos a Solano:

Fello, vamos a amanecer aquí. Esa gente ni se acuerdan que nosotros estamos aquí esperando. Tú debes ir y hablar con alguien. Al único que le pueden hacer caso es a ti. Ya pasan de la una.

Compartíamos la misma humillación enfermiza obligada al silencio, que callábamos todos. Escapar de aquel espinoso año nuevo de impudor ajeno. Librarse de gracias maniáticas, antes que comenzaran a rumiar víctimas en quienes cebar su caprichosa perversidad borracha. Impunidad abusiva de rango y superioridades, ocultando temores detrás del poder desbordado.

El maestro, decide ir. La peligrosidad asesina de Abbes había sido cadalso de muchos. No hacían falta motivos para lo impredecible, su filiosidad era innata. Cualquier nimiedad podía desbocar su ferocidad, desbordar aquella bestia dormitando en un bacanal de pesadillas y agonías. Su sed culpable de cadáveres.

Avanza con pasos discretos hacia él. Lo ha ubicado, de pié, en un ángulo apartado del tumulto fiestero y no hay nadie a su alrededor, no es extraño.

Solano bordea el sinuoso abismo en su libro *Letra y Música*. El veneno salpica el rostro del Maestro:

Llegó la medianoche y la multitud se arremolinó en torno a Rafael Trujillo y su familia para felicitar. Sin saberlo, estábamos compartiendo el último Año Nuevo del dictador y su familia en el país.

Aún después de las felicitaciones y haber seguido la fiesta, nadie daba señal de tener conocimiento sobre el espectáculo nuestro. Hablando con Lilín Díaz, quien había sido designado Maestro de ceremonias, traté en vano de persuadirlo para que fuera hasta donde estaba Johnny Abbes para informarle que estábamos ahí, desde las cinco de la tarde, ¡Un 31 de diciembre! Lilín me evadió, argumentando, que más bien al director de la orquesta era a quien le correspondía hacer el intento de presión en ese sentido.

Largos minutos transcurrieron en este intercambio de ideas y declinaciones de responsabilidad. Tanto Lilín como yo sabíamos las implicaciones que sobrevendrían si el acto resultaba fallido. Finalmente, armado de valor, salí en busca del funesto coronel por entre toda la multitud. Allí estaba él, como siempre, ¡cigarrillo en mano! Para ser más funesto, vestido entero de negro.

—Coronel, excúseme, el show de Radio Caribe está listo. Estamos allí detrás y no sabemos a qué hora podemos entrar. Nos han enviado desde las cinco de la tarde, —le dije sin reservas.

El coronel fumó, fumó otra vez, y revoloteando el cigarrillo en la boca con gestos anormales, me preguntó sarcástico:

—¿Desde qué hora dijo usted que estaban ahí? —Sin dudas ya sabía lo que venía, y lacónico contesté:

—Desde las cinco señor.

Después de varias fumadas más, y nuevos gestos propios de personas anormales, tras del humo me disparó tan certero como desagradable:

—¿Qué le parece si yo le digo que ahora van a estar hasta las 7 de la mañana?

Me retiré indignado, pero no vencido aún. Todavía quedaba otra alternativa: Angelita Trujillo. Dispuesto a todo, fui hasta donde estaba ella, y le conté la historia completa: sin comer ni beber nada desde las cinco, sin que se nos tomara en cuenta, la indecisión que tuvimos para hacer saber que allí estábamos, la respuesta del coronel, y una súplica para que nos resolviera esa situación.

Pocos minutos transcurrieron antes de que Abbas García viniera a decirme, como en venganza, y para ponerme en apuros:

—OK, el Jefe quiere ver los artistas ¡AHORA! Tienen 5 minutos para comenzar.

Si quien esto lee piensa que montar en la tarima una banda de 20 músicos, correctamente afinados, con un orden estructurado para 5 artistas y sus respectivas canciones, es imposible en solo cinco minutos, tiene razón en pensarlo. Pero todo eso, y aún mucho más, había que hacer, sin alternativas, durante la Era de Trujillo. *Letra y música* de Rafael Solano (1992).

Desde el hervidero borrasco del bullicio, un Solano de tormenta, es un oleaje que se vuelca turbulento hacia nosotros. Su pálido semblante luce alterado, inusualmente descompuesto. Le abordamos:

—¿Qué pasó, Fello?

—C... este hombre me ha salido de atrás pa'lante.

Titubea unos momentos, casi al instante, se vuelve y retorna al tumulto de la fiesta. Su paso va marcando una huella decidida. Es obvio que en su mente surge una salida. Cualquiera que fuere, será atrevida y riesgosa.

Se ha derramado en la mente tóxica de Abbas la intención ponzoñosa que malpare su pregunta:

Entonces, ¿ustedes no están contentos de estar en casa de Trujillo?

Dicha sentencia ha distorsionado la intención de nuestra urgencia, no es casual en él asir por el mango el sartén hirviente de cualquier destino; a aquella bestia diabólica agazapada entre las brumas del coronel carnicero, no le inmuta ensuciarse las manos de grasa o de sangre. Hay un Solano que no conocemos, y que habla de resistencia y coraje.

Ch. Álvarez se acerca con prisa al caliche desde el alboroto. Importuna el silencio inventando la noche de un Horacio Pichardo, solitario y ajeno, punteando la ilusión de una guitarra, sumergido en el pellizco principeante y torpe de unas cuerdas ensordecidas y sin ecos. La impotencia tranquila detrás del decorado a cuadros de la chaqueta Solmeña:

—Mellizo, ¿los Solmeños están completos?

—¡Oh Ch! Mira, Rafael y Tito están ahí, pero Nandy no aparece.

—Mejor que aparezca, porque fue la doña que me mandó a decirle que el Jefe quiere el show ya.

—Pero yo estoy aquí.

—No, no, es Los Solmeños.

Gustaba importunar el hogar de Nandy Rivas. Era más que su gracejo carismático y su inteligencia alegremente encendida. Confieso mi presencia interesada. Siempre decoraban su afectuosa estampa familiar con la delicia inolvidable de un exclusivo dulce casero. La alegría afectuosa de mamá Barbour, contrastante con la seriedad paternal de don Rivas, adornaban las paredes hogareñas de una tradición de familia antigua. Contrastante con el falsete estridente del tigueraje atrevido del talentoso solmeño solitario.

Nandy, decididamente negado, se había ocultado sin siquiera, imprudentemente, enterar a la familia. Al igual que

Niní, desafiaba, sin estilo, la agresiva rudeza de una dictadura vencida, acorralada, ciega. Sin asumirlo, desnudaban su predisposición al régimen. El izquierdismo bronceaba la piel de aquella generación rebelde de azoteas enfurecidas, que transformara en llamas el asco repugnante de una vociferante Radio Caribe. Más que radicalismo ideológico, el pudor generacional transpiraba, sin cobardías, las grimas de las cárceles desnudas, el grito joven y la desesperación sin lágrimas o la sonrisa desafiante en la tortura, decididos a emborronar aquel cadalso inmerecido. Sembrar de soles el salitre sollozante y el oscuro malecón apocalíptico.

Rivas conocía desde travesuras y zambullidas en *la playita*, los entuertos, grutas y cavernas del arrecife costero de aquella Ciudad Nueva de historia y personajes. Aquel barrio de decencia orgullosa, recostando un *matadero* de tripas a un mar domador de tiburones, dentelladas de arrecifes huracanados y vergas de bambúes pescando el horizonte. Tradición de nombres y apellidos que encanecieron el béisbol en el oleaje enmohecido del Memphis, mientras se ahogaba el mal tiempo de la vida. Para Nandy, no eran misterios, ni las cloacas que orinaban indiscretas ofendiendo la sonrisa rompiente de la costa, ni el hogar lluvioso de las golondrinas:

—Había decidido no ir, desde las 5 de la tarde me escondí en una cueva que conocía de muchacho en el farallón, casi frente al hotel Napolitano. Preferí pasar Año Nuevo allí, mirando tranquilo el mar y el horizonte, que ir a cantarle a ese (...) cuando escuché el cañonazo re-tumbando a lo lejos, decidí salir; pasaban de las 12 cuando regresé a casa.

El regreso de Nandy al hogar arrastraba todo un drama inquietante de temores. El escalón enfermo de las horas, repartiendo una inquietud ansiosa entre sollozos de madre nublados de presentimientos, repicaban tristes, igual que rezos de campanario en duelo despidiendo el año.

Horacio Pichardo descolgaba sus horas, cuando sonó el timbre alarmado del teléfono. Se preparaba aquella prima noche para cumplir el compromiso Solmeño ordenado para el espectáculo en casa del Jefe. Una angustiada mamá Barbour indagaba temerosa.

—Horacio, mi hijo, ¿tú sabes por dónde es que anda Nandy?

Los toques apremiantes del SIM a su puerta habían alarmado su espíritu. Ordenes de Abbes para completar las voces sin contratiempos, ante la sospechosa tardanza. Su prisa no sabe sonreír.

—Señores, señores, ¡cinco minutos para comenzar!

No hubiera extrañado una expresión soez.

Lilin comienza a introducir sobriamente el espectáculo. Escucho el tono desesperado de Solano asumiendo la urgencia; oigo retumbar mi nombre en la amplificación, cuando me entregan, como un ramo de rosas y espinas, en medio de aquel drama.

—Fernando, corre, sal tu alante', corre, sal, sal...

Se lanza precipitadamente en la banqueta y suelta las palomas sobre el piano, las notas aletean contrastantes una cálida introducción que voy adivinando, cuando me grita roncamente.

—Confundidos, confundidos.

Comienzo a cantar apenas acompañado por el piano. Miro de reojo los atriles vacíos, mientras, serenamente, flota la intención entre las frases. Como si cantara solo para mí. La voz transita como si fuese ajena:

*Quizás, tú no me quieras tanto como yo a ti... quizás mientras tú me besabas ni pensabas en mí...*

Veo a Trujillo cercano al piano de Solano. Le habían colocado una silla junto a la orquesta. Más que disfrutar, parecería embotado, un observador insensible. Noto la precipitación de músicos rebuscando nerviosos entre las partituras sobre los atriles. Percibo la prisa comprometida tratando de ensamblar el acompañamiento en el camino.

Hay un momento en que siento la armonía y percibo el abrazo tranquilo de la orquesta. Arribo al final, manejo una inclinación, y dejo atrás los aplausos. Quieroirme, desertar.

Descarto, medalaganariamente, la idea de continuar sobre el escenario. Escapo, sin esperar testigos. Me sumerjo en la noche sin prisas, buscando a tientas el camino de respeto a mi propia vida. Me asomo al caliche de la Máximo Gómez, cortada por el aeropuerto Gral. Andrews. No tengo vehículo y no hay cómo acortar el camino hacia el este de la mansión del Jefe. Comienzo a bajar hacia mi realidad, acompañando el polvo de mis pasos en medio del silencio turbulento de mi conciencia. Doblo y repaso los ecos dormidos de la universidad y llego al fin al entorno del hotel Hispaniola. Subo a un vehículo para regresar del abismo. Es mi momento más tranquilo de esa noche. No estoy cansado, me siento junto a mí mismo. Mi cansancio, mis sueños y esperanzas, son otros.

Madrugan las iras del silencio, hace 3 horas volaron las campanas iniciando el mañana. Lágrimas y luto resecan la mejilla enfurecida de los tiempos, el viento, cuchicheante, agita en las esquinas el ventarrón estremecido de las calles rencorosas, reparte de puerta en puerta su huella temerosa entre sombras furtivas y secretos callados, aún hay rincones de rabia donde la noche solloza sus difuntos.

El guiño repetido del relámpago, su tronar distante delata la mortificación en los confines, el latigazo de un rayo retumba inesperado desmitificando su antifaz de carnaval fiestero, sus muecas pierden el fingido sentido del humor, escapa escrito, más que un presentimiento hacia el destino, como el final sin lágrimas de una fatigante y trágica improvisación teatral, demasiado larga, demasiado injusta.

Truena de rubores el horizonte, las campanas regresan al silencio, no volverá a escucharlas. No hay Navidad en el Infierno.



*Caña Brava,*  
un escenario junto a Javier Solís



Cartel de la película *Caña Brava* de 1965, el filme tuvo que ser suspendido por los acontecimientos iniciados el 24 de abril de ese mismo año.

**R**oxana Billini, a quien algunos identificaban por Niobe, era una mujer rotunda, hermosa y llamativa. Niobe se sabía hermosa, deseada y hasta cierto punto consentida. Se comentaba, por lo bajo, un romántico acercamiento con algún poderoso personaje de la Época. Un temperamento apetitosamente femenino, de estridencia y fuerza interior incontenible. Ciudad Trujillo parecía un trajecillo ligeramente apretujado para su cuerpo de lujuria y aquel hermoso rostro de diva, sin retoques artificiales. Ante la energía expresiva de sus sueños, el lugar resultaba pequeño. Era cierto.

Sus excesos de exhibicionismo, casi-patológicos, llegaron tan lejos, que en etapas de orden tan rígido como la Era, la atrevida Roxana desafió los rigores de realeza mundana de la exclusiva calle del Conde. Cabalgando una estridente moto, cosa extravagante en mujeres hasta hoy en día, y dibujada al óleo en apetitosa ropa liviana, atravesó en vía contraria, impertérrita e indiferente, aquella respetada alfombra, escenario de rigidez simbólica y tradiciones ancianas, ante el asombro de la estuprada concurrencia atónita. El escándalo la colocó en la historia.

*Caña Brava* fue el primer rodaje importante, a colores, realizado en el país. La presencia protagónica de Javier Solís, María Antonieta Pons, Braulio Castillo, galán recién nacido desde las populares telenovelas y otros nombres trascendentes, dimensionaron internacionalmente su proyección en la época, junto a un extenso casting de

actores, actrices, cantores, músicos, bailarines, bailarinas y personajes dominicanos.



Ramón Pereda, director del filme *Caña Brava*.

Logramos, impensadamente, una amistosa camaradería con Javier Solís, a partir de un desagradable incidente ocurrido durante los inicios de la filmación de escenas completivas en *La Romana*. Antes del viaje nos documentamos, prudentemente, sobre el tipo de vestuario que necesariamente habríamos de utilizar en las escenas programadas para ser filmadas, algunas de estas, para ser trabajadas en el sopor de los cañaverales, a pleno campo. Luego de haber concluido la filmación de unas cuantas de estas, se presentó la penosa situación que nosotros habíamos previsto, cuando tratamos de antemano, establecer qué tipo específico de vestuario, teníamos que utilizar en cada una de las distintas escenas por filmar. Sostuvimos un desagradable enfrentamiento, una agria discusión, casi irrespetuosa, con el director de la película Ramón Pereda, ante la pretensión injusta de que el culpable de tan lamentable situación, éramos nosotros y la insinuación obligada de viajar inmediatamente a Santo Domingo y regresar *ipso facto* con el vestuario olvidado.

Es en este instante cuando intervino la prudencia sana de Javier Solís atenuando los ánimos. Es lo que sirvió de base, sensibilizado en el fondo ante el abuso y la intrínseca falta irrespetuosa de consideraciones, identificado con nuestra justa soberbia, partiendo de lo que hubieran sido sus propias reacciones, para una camaradería de

compañeros, independiente de la dimensión de estrella del campechano Javier y nuestras naturales cortedades. Esa noche hube de regresar hasta la capital, recoger el vestuario correspondiente a las escenas que habrían de tener secuencia con otras filmadas anteriormente con el mismo ropaje y regresar inmediatamente a La Romana. El sol nos sonrió en la carretera, solo él podía sonreír después de aquello. Una exigencia abusiva que solo la prudente intervención y el ascendiente de un Javier Solís pudieron lograr en mi ánimo y aceptación.

De ahí en adelante éramos un equipo de tres, al que la sencillez contagiosa de Javier Solís, sumó gratamente a Julio César Matías (*Pololo*). Regresábamos generalmente en las primeras horas de la madrugada y acostumbrábamos a detenernos con subrepticia discreción, frente a la clásica bomba de gasolina, al inicio de la Av. San Martín, próxima a la Amado García, en la barra solitaria de un hotel-restaurant de tres pisos, propiedad de unos infatigables chinos que allí existía; a esas horas, medio vacía de apenas bebedores tercios y féminas excitadas. Indiferentes, hambrientos y anónimos, acostumbrábamos a degustar aquellos enormes e irrepetibles sándwiches con jugos almibarados de lechosas, antes de despedirnos entre bostezos cordiales, sin que nadie percibiera estridencias ni exhibicionismo de estrellato en ninguna ocasión. Ajenos e indiferentes, comentábamos entre nosotros alguna que otra ocurrencia sobre la filmación, sentados en nuestras banquetas, junto a la barra solitaria, tranquilos y despreocupados, como cualquier trasnochado cliente anónimo. Qué bueno que así fuera. Así de humilde, sencillo y amistoso, recordamos a Javier Solís, aún más, mi gran hermano, el talentoso Julio César Matías.

Roxana Billini no era en absoluto una actriz académica, nunca lo había sido, era sencillamente, una mujer hermosa de desbordada sexualidad a flor de piel, talento virgen



Javier Solís, actor principal del filme *Caña Brava*.

desordenado y tremendas capacidades de atrevimiento, a cubierto de discrepancias sociales dado su sonoro apellido.

Parecería, más bien, un frívolo intento por imponer malcriadamente y con sagaz espectacularidad, su carismática imagen de notoriedad desparpajada y desenfocado protagonismo. Un arrebatado desesperado en busca de respuestas frente al vacío interior de sí misma, quizás, colisionando, sin excusarse, nuestra amoldada dinámica tradicional de la época, poco acostumbrada a la estridencia.



Fernando Casado, en su papel de El Chato, de la película *Caña Brava*.

Inicialmente, el ubicuo e hiperactivo Francisco Grullón Cordero, productor asociado del film *Caña Brava*, me había contactado para un brevísimo e intrascendente papel en el reparto, que luego hubo de ser realizado por el magnífico actor y gran compañero Jesús Lizán.

Cuando pasé discreto a recoger mi guión por su concurrida oficina de producción aquella mañana, ocurrió un suceso ignorado por mí, cuya trascendencia transformó todas las expectativas e insertó nuestras posibilidades en un nivel inesperado. Luego de haber retornado a casa esa misma mañana, recibí una excitada llamada del fogoso Frank Natera. El ameno Chino, era, nada menos, el sagaz reportero gráfico que cubría las incidencias periodísticas del evento, para los flamantes *El Nacional* y la glamorosa revista *Ahora*.

La voz eufórica de Frank Natera, celebrando la ocurrencia como repique de campanas, retumbó en mis oídos.

—Aló, aló, Fernando, ¿te llamaron?

—No, no, ya yo pasé ahorita por la oficina a recoger mi libreto.

—No-no-no. ¿No te ha llamado Grullón Cordero?

—Nooo. ¿Qué pasa?

—¿Qué no? Pues te van a llamar. Mira, cuando tú asomaste al portón en la oficina, Grullón y yo estábamos dentro del vehículo parqueado, junto a Ramón Pereda, el mexicano, el director de la película. Cuando tú llegaste y él te alcanzó a ver, le preguntó seguido a Grullón: ¿Quién es ese? Grullón inmediatamente le dijo: Ese es Fernando Casado, él está en la película, tiene un papel, y Pereda le contestó: *¡Ése es el hombre que yo necesito!* Olvídate, que te van a llamar.

Por alguna razón que nunca me he interesado en auscultar, decidieron prescindir del maduro y acreditado actor puertorriqueño Arturo Correa, toda una figura de



fogueada experiencia en el popular cine mexicano, quien originalmente había sido contratado y traído al país para interpretar el rol del belicoso personaje de El Chato. Inesperadamente, pasamos a asumir la responsabilidad en el montaje de uno de los personajes más violentos y de más crudeza de actuación en la película. El papel de El Chato, de cercana interrelación al protagonista Javier Solís, multiplicó, además de nuestra participación en escenas de conjunto, la dimensión que categorizaba la proyección del personaje que caracterizábamos en el reparto.

La hecatombe de la Guerra de Abril estalló como una tromba en medio de este escenario, paralizando la filmación. *Caña Brava*, fue brusca e inesperadamente interrumpida por el estruendo, la metralla y el caos. El compás de la filmación se trastornó riesgosamente de inseguridades y productores y artistas, alarmados, se vieron forzados a escapar hacia Puerto Rico.

El remolino de la guerra nos envolvió a todos. A raíz del desgarramiento de la Revolución, perdimos todo contacto con *Caña Brava*. Las detonaciones y consecuencias atroces de la conflagración habían avanzado meses largos, cuando recibí, en aquella Zona acorralada entre morteros, una apremiante llamada del diligente productor Grullón Cordero:

Fernando, estamos ahora filmando en Puerto Rico para terminar *Caña Brava*. Los expertos en México, que han estado evaluando tus escenas, insisten en que tu personaje debe ser resaltado. Quieren filmar más escenas contigo. Insisten en que te llevemos a Puerto Rico.

—Frank, ¿Cómo se te ocurre? Esto no es un juego Frank. Yo estoy aquí por principios, y eso no se tira a la basura. Cómo tú piensas que yo me voy a desgargar de esto, así como si nada.

—Fernando, piensa un poco en ti, nosotros te llevamos.  
 —Mira Grullón, vamos a hacer una cosa, si tú me llevas a Puerto Rico, y me traes y me metes otra vez en la zona, yo voy y te filmo las escenas que sean en dos o tres días.  
 —Okey, okey, okey. Mira, déjame hablar con Morillito y yo te vuelvo a llamar.



Roxana Billini tuvo una aparición secundaria en el filme *Caña Brava*.

Dos o tres días después, volvió a retumbar su entusiasmo en el teléfono:

—Fernando, tengo saludos del coronel Morillo López para ti. Él dice que con mucho gusto permitiría tu salida, que él mismo te llevaría, que está dispuesto a transportarte en su carro personalmente hasta el aeropuerto, pero que no puede garantizar tu reingreso a la zona; no puede, no puede.

—Okey Frank, okey, okey. Bueno, si es así, lo siento mucho Frank. Gracias, pero no. No, no cuenten conmigo.

Colgué sin remordimientos ni lamentaciones. Estábamos en mitad de una guerra. No era para titubeos. En cuestiones de principios, no es permitido equivocarse.

Al término de la Revolución, se reanudaron las filmaciones de *Caña Brava* y completamos las escenas que en un momento quedaron detenidas en el suspenso bélico. Siempre hemos valorado y tenido presente el gesto de inolvidable nobleza en Morillo López. Retrato de una

especial y profunda calidad humana, mi respeto y agradecimiento eternos.

Habíamos ganado el derecho a representar el país en el 2.º Festival de la Canción Latinoamericana en México. Radio Santo Domingo Televisión como era denominada, había convocado a un festival de selección local a propósito, y fuimos escogidos junto a Rhina Ramírez. Partimos hacia Ciudad de México afirmando nuestras pretensiones, que ya había defendido Niní Cáffaro el año anterior en aquel escenario de lujo. Toda una rutilante semana de noches de competencia, donde cada país mostraba su talento de escenario, aportando dos representantes, y al final, uno eliminaría al otro. Nos impusimos como Finalista y representamos la República Dominicana en la fabulosa noche de cierre de ganadores finalistas del Festival.

Apenas a unos días de haber llegado a México, recibí la sorpresiva y estimulante llamada de Roxana Billini. Desconocíamos de su presencia allí. Había logrado colocarse relativamente en el tumultuoso mercado filmico del cine azteca. Habían llegado hasta nuestras pantallas algunos filmes donde su figura destacaba roles y escenas junto a nombres y figuras estridentes. Su inclusión destacada, asumiendo un personaje de escalafón en el reparto de *Caña Brava*, cinco años después de aquel encuentro en México, parecería más bien obedecer a un intento consecuente de vigencia y sostenimiento de niveles relativos de mercado en el cine mexicano. Sin dudas Roxana luchaba por reencontrar el camino, quizás un poco tarde.

Nos comprometió jubilosa a acompañarle en la inauguración de un campeonato de béisbol juvenil, en el cual había sido designada para lanzar la primera bola. Asistimos acompañados de Nobel Alfonso, quien había sido designado por tabacalera para cubrir el evento. Nobel supo decorar gustosamente, multiplicando atenciones en Roxana, el vacío de mis limitaciones frente a las responsabilidades

de representación del país en el festival. Niobe entró en competencia con el efervescente y atento Marco Antonio Muñiz, entre afanes y complicaciones en nuestros compromisos con el Festival, enmarañados entre cruces de horarios, ensayos y actuaciones, frente al tránsito monstruoso de una Ciudad México de 11 millones de habitantes en esa época. Afectuosas preocupaciones de bien, que ambos lograron complacer.

Sin embargo algo notorio nos impactó desde el principio. Niobe no era la misma. Su belleza, su encanto, parecían haber mermado. Se había acentuado su expresión ligeramente atropellada en el hablar, atenuada por un imperceptible gangueo colgante del acento mexicano; una ronquerita graciosa que matizaba su voz convirtiéndola en instrumento de sensualidad, había extraviado en algo sus azúcares. Algo en el rostro parecía embotar los perfiles; un intento artesanal de armonía que no lograba acentuar el acorde. No era la mujer espléndida que habíamos conocido, algo etéreo e indefinible en su cuerpo de Reina, se había imperceptiblemente distorsionado. Aquellas proporciones lujuriosas que derramaban el placer como humareda en el camino con solo verle desplazarse, parecerían haberse ablandado. Aquellos colores rotundos de hembra sensual y bella, parecían haber atardecido.

Coincidir en el reparto, cinco años después, en la filmación entusiasmada de *Caña Brava*, no logró despejar aquella enigmática impresión. Parecería que aun flotaban las mismas chocantes circunstancias. No resulta casual que, luego de la estridente filmación de *Caña Brava*, se pierda para siempre la estela de Roxana Billini.

Al paso del tiempo, pudimos entender el enigma de su ingrata transformación, la monstruosa encerrona a que la vida le enfrentara, precipitando su trágico descalabro; no solo en términos del maltrato a su elocuente belleza, sino al desastre imprevisto que destartalara el esqueleto

frágil de aquella vida y su imprecisa carrera. Tan llena y rodeada de esperanzas hermosas y retos.

Encontramos la respuesta explícita a tan abismal tragedia, en Almoina, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el extranjero. Sin embargo, aún no nos ha sido posible lograr comprender, cómo fue posible concebir tan satánica maldad. Su laborioso camino de esperanzas y sueños, fue turbado, quizás, en la prisa comprometida de humanos errores y ambiciones justificadas. No solo de espinas, sino de fatalidad, se turban los caminos. Su opaco destino nos recuerda la trágica aventura vivida por Gloria Viera, reclutada igualmente por el SIM para el papel de amante, y su accidentado final en el caso Galíndez. Otras osadías temerarias pretendieron, queriendo o sin querer, jugar a la aventura entre zarpazos, sin entender que el único que ganaba en aquel sorteo a la medida era Trujillo:

El accidente en México de una dominicana  
que rehúsa participar en un asesinato

Apenas diecinueve días después de la muerte de Almoina, la Embajada norteamericana reportaba que un miembro de muy alto nivel del SIM había dicho que ya se había tomado la decisión de asesinar a Guido D'Alessandro, un importante miembro del 14 de Junio que había logrado salir del país poco antes. El plan de asesinato coincidió con la explosión de un automóvil perteneciente a un cuñado de D'Alessandro. Una fuente dominicana informó a la Embajada norteamericana que se había enviado a una persona a México para tratar de convencer a la actriz dominicana Rozzanna (*Niobe*) Billini de que viajase a Estados Unidos para asesinar a D'Alessandro. Poco después la prensa dominicana sacó una fotografía de la actriz, informando que había sido víctima de un accidente

automovilístico en México. El Embajador norteamericano en Santo Domingo, Joseph Farland, informó al Encargado de Negocios mexicano que “el aparente accidente en la carretera de Cuernavaca en el que pereció una artista dominicana, también había sido obra de criminales a sueldo del gobierno de Trujillo, porque la víctima se había negado a trasladarse a Nueva York, a participar en un asesinato, como se le había ordenado”. Sin embargo, la Billini sobrevivió el accidente, si es que éste tuvo lugar. D’Alessandro informó al autor que desconocía todo atentado en su contra utilizando a la señorita Billini. (*Almoína, Galíndez y otros crímenes...*, Bernardo Vega. p.129).

Sobre la misma base estrecha de datos, Vega es ligeramente menos sobrio en *Los Estados Unidos y Trujillo 1960-1961*:

Los esfuerzos por asesinar a Yuyo D’Alessandro

El 23 de mayo, la Embajada norteamericana reportaba que un miembro de muy alto nivel del SIM, había dicho que ya se había tomado la decisión de asesinar a Guido D’Alessandro. Eso coincidió con el anuncio de que éste sería juzgado *in absentia*. El plan del asesinato coincidió con la explosión de un automóvil perteneciente al Dr. Garibaldi (*Dino*) Campagna, cuñado de la esposa de D’Alessandro. Una fuente dominicana informó a la Embajada norteamericana que se había enviado una persona a México para tratar de convencer a la actriz dominicana, Rozanna (Niobe) Billini, de que viajase a Estados Unidos para asesinar a D’Alessandro. La prensa dominicana, poco después, sacó una fotografía de ella, explicando que había sido víctima de un accidente automovilístico en México. (*Los Estados Unidos y Trujillo, 1960-1961*, p.248).

La información adiciona datos, en el capítulo dedicado particularmente a incidentes sobre el asesinato del refugiado español, nacionalizado mexicano, Alfredo Pereña Pamies, quien había vivido anteriormente en Santo Domingo:

El asesinato de Alfredo Pereña Pamies

...Poco después la Cancillería mexicana informaba a su embajada en Washington que su Encargado de Negocios en Ciudad Trujillo, cuando visitó a Farland con motivo del retiro del segundo, había sido informado por el norteamericano que Pereña Pamies había sido asesinado por órdenes del jefe del servicio de seguridad, Sr. Abbas. Farland también le informó que el asesinato de Almoina había sido ordenado por Trujillo, agregando que el aparente accidente en la carretera de Cuernavaca en el que pereció una artista dominicana, había sido también obra de criminales a sueldo del gobierno de Trujillo, porque la víctima se había negado a trasladarse a Nueva York a participar en un asesinato, como se le había ordenado.

Obviamente, Farland se estaba refiriendo al antes indicado caso de Rozanna (*Niobe*) Billini y al plan de utilizarla en el asesinato de Yuyo D'Alessandro. (*Los Estados Unidos y Trujillo, 1960-1961*, p.249).

El autor completa la información con la llamada 32. Lo hacemos notorio, evaluando lo delicado de esta información, en razón de que la misma se apoya en datos de primera mano, aportados por el propio D'Alessandro:

Billini sobrevivió el accidente, si es que este tuvo lugar. D'Alessandro informó al autor que desconocía todo atentado en su contra utilizando a la Sta. Billini (*Los Estados Unidos y Trujillo...*, ed. cit).



Alfredo Pereña Pamies.

Yuyo D'Alessandro.





Embajador Joseph Farland.

Es válida la confidencia sutil de que Roxanna Billini era, o pudiera ser, realmente una agente de Trujillo, partiendo de la incisiva frase del embajador Farland:

...Como le había sido ordenado (ob. cit.).

Farland no era en modo alguno un improvisado; por el contrario, su estratégica posición como Embajador de los Estados Unidos, implicaba el acceso exclusivo a niveles depurados de información de inteligencia, que garantizan y dan peso comprometido a tan puntuales afirmaciones, en este delicado intercambio con el representante mexicano. Joseph Farland había sido específicamente seleccionado por el gobierno de Estados Unidos para enfrentar pragmática y sobriamente, un singular y difícil momento, en las relaciones norteamericanas frente al dictador. Apuntemos en favor de sus capacidades y destrezas el hecho de haber irritado la malicia blindada del dictador, al punto de que Farland hubo de ser expulsado por el gobierno de Trujillo y declarado persona non grata. No resulta simple coincidencia que en su record y experiencias de batallas, figure el dato elocuente de haber tenido dos años de experiencia como agente del FBI.

De acuerdo a esta rígida imposición militar supuestamente planteada a la Sta. Billini, sencillamente, una exigencia drástica y comprometedora de técnica profesional de especialismo en eliminaciones físicas, característico del SIM, no podía concebirse lugar subalterno capaz de rechazar supra ordenes de tal naturaleza, manoseadas téticamente por Abbes y disparadas, necesariamente, desde el escritorio del Tirano. Lo que dimensiona los niveles escaleras arriba en que se gestó dicha orden y el manejo tenebroso de sus exigencias, lo establece la especial categoría del personaje a eliminar: Guido D'Alessandro. Tronado desde Palacio, su cumplimiento era un mandato irrechazable.

Queda planteada, en caso de que no fuese falsa la calificación de agente, flotante y sin respuestas, aunque cuestionada por su negativa a cumplir tal orden, la posibilidad de que Roxana Billini hubiese sido utilizada en ocasiones y en servicios similares anteriormente, o, en caso contrario, que inexperta y cándida, asumiera femeninamente que sus especiales relaciones de niña consentida de inocua función decorativa, remunerada discretamente desde el Sistema o el SIM por vía diplomática, no involucraban riesgos ni compromisos de tan violenta naturaleza; habilidades solo reservadas a expertos profesionales de acción.

Aunque de hecho su nombre nunca fuera relacionado con nombramiento oficial alguno como parte del personal adscrito a nuestro consulado o embajada en México, generalmente simbólicos en estas circunstancias, no escapa la posibilidad de que existiese discretamente tal designación y sus ocultos emolumentos se canalizasen haciendo uso de los conductos diplomáticos oficiales. Estilo muy recurrente utilizado eficazmente durante la Dictadura, como soterrado recurso técnico a fin de disfrazar de inmunidad diplomática sus tenebrosos personajes de acción. Esto explicaría y daría sentido a la violenta decisión de Abbes, inconcebiblemente desobedecido, frente a exigencias debidamente remuneradas y no cumplidas. El precio ejemplificador a pagar, por tan desafiante pecado era, generalmente, la eliminación física.

Es obvio que hubo comunicación o contacto directo en fecha antecedente con Roxana Billini desde Ciudad Trujillo. El SIM hubo de contactar a su agente Billini, a fin de enterarle del plan decidido, instruirle y ordenar su militar cumplimiento; Niobe se negó a obedecer. De ahí la drástica reacción posterior del sombrío SIM, movilizando una calificada persona hasta México, para tratar de convencer a la actriz dominicana.

En el argot decorativo de la violencia, la palabra *convencer*, así como el ligero término *persona* pueden envolver significados muy tórridos. Evidentemente, en este orden, no existían secretos para Farland.

El accidente ocurrió. Las palabras del embajador Farland lo confirman. Ubica el lugar específico de la ocurrencia, además de precisar su causa y motivaciones:

El aparente accidente en la carretera de Cuernavaca en el que pereció una artista dominicana, había sido también obra de criminales a sueldo del gobierno de Trujillo, porque la víctima se había negado a trasladarse a Nueva York a participar en un asesinato, como se le había ordenado (ob. cit.).

El hecho de que D'Alessandro ignorara las relaciones de la Sta. Billini con el Sistema, no invalida la ocurrencia del mismo. Farland confirma la certidumbre del suceso con sus palabras, partiendo de su exclusivo nivel de dominio y profundidad de informaciones de inteligencia. Su valor como documentación confidencial tiene que ser dimensionado frente a cualquiera otra, proviniendo, como fuente original, desde una estructura generalmente muy bien documentada. Se trata del embajador de Estados Unidos, asumido como referente de base para la información oficial a las autoridades mexicanas. Sería infantil tomarlo como el simple comentario intrascendente en una conversación casual. Su importante trascendencia y delicadeza es lo que, posteriormente, sirve de base y punto de partida a la Inteligencia mexicana para movilizar la investigación in situ. No resulta casual la oficialización mexicana del informe, luego de esta *mansa* reunión:

La Cancillería mexicana informaba a su embajada en Washington que su encargado de negocios en Ciudad Trujillo, cuando visitó a Farland con motivo del retiro del segundo, había sido informado por el norteamericano que... etc... (ob. cit.).

Resulta absolutamente lógico que el SIM cuidara que D'Alessandro, bajo ninguna circunstancia, tuviese oportunidad de enterarse de la conspiración para asesinarle, tanto como es lógico que si Roxana fue escogida y ordenado acercarse a él por Abbes, debió ser, necesariamente, porque debieron haber sido ambos, anteriormente, tan cercanos, que aquel mismo nivel particular de relaciones de amistad o de lo que fuese en el pasado, garantizarían su acceso hasta la intimidad de Yuyo y relacionarse sin sospechas. Cabe la especulación de que pudiesen haber sido amantes y que esta circunstancia fuese conocida y manipulada, estratégica y morbosamente por el SIM. De este modo, la penetración hasta el entorno estaría garantizada. Resulta a su vez posible que esta especulativa estridencia romántica, determinara el instintivo gesto de discreción, desde la perspectiva social comprometida de D'Alessandro, absteniéndose en desnudar detalles personales ante la opinión pública y neutralizando, discreta y caballerosamente, relaciones de cualquier naturaleza, utilizando una notoria expresión de distancia técnica en el trato respetuoso de: Sta. Billini, a la hora de mencionarle o implicarle en tan drástico expediente.

El mismo espanto de negarse al crimen, que perdiera a Gilberto Guerra, crucificó igualmente a Roxana Billini. Matar era solo una indolente herramienta del *Sistema* para los Abbes, y demás monstruos de Palacio. Roxana y Gilberto, tristemente conservaron la vida, otros no tuvieron tanta suerte, si es que, paradójicamente, podríamos llamarle suerte... o ...vida.



**El momento desafiante de  
la Radio Constitucionalista**  
*Abril en primera persona*



Las tropas interventoras capturando civiles en plena revolución de 1965.



Únicamente en República Dominicana, un sector militar de pensamiento sano, fue capaz de desencadenar una revolución histórica y reimponer la institucionalidad democrática, herida de muerte. El sacudimiento heroico y decidido hacia un destino merecido, borrando las aberraciones tercas del pasado, unió la patria en un solo uniforme y un mismo fusil.

En aquel Abril heroico, pocos estuvieron conscientes de los tremendos riesgos que enfrentaban. Ni siquiera importó la angustia o el latigazo del miedo opacando la claridad acorralada. Hubiese sido un cálculo frío y mezquino. La mayoría arrojó la prudencia a las trincheras y pesó más aquella furia rabiosa, primitiva, desafiante y estoica, tan vieja como la injusticia colonial vencida, que el degradante instinto de conservación. Tengo la certeza de que no había vocación para el temor, ni tiempo para medir riesgos. Hay extremos en el espíritu del hombre que solo pueden conocerse en el fragor abismal de una guerra. Quien no los vivió, nunca se conocerá a sí mismo. Ignorará potencias vibrantes y rincones sublimes o cobardes, que, para bien o mal, irremisiblemente quedarán a oscuras.

Manolín Jiménez me había contactado para la conspiración desde mucho tiempo antes. Éramos amigos de infancia. Habíamos coincidido en la Escuela Normal Presidente Trujillo, y en los empeños de la Radio como locutores. Crecimos adultos en el mismo barrio y existía una confianza cercana de amigos verdaderos, suficiente

conocimiento y aprecio mutuo, básicamente sobre nuestros ideales y opiniones políticas.

Recibí aquella indiferente mañana, una discreta llamada de Manolo por teléfono:

—Fernando, quiero conversar contigo. Es algo importante. No puede ser por teléfono.

Sin tener la menor idea de qué podía tratarse, insistí en que me explicara, sin sospechar la delicadeza del encargo. Me reiteró amable, con su voz grave y experimentada, concededor del dominio de la inflexión oportuna y la vocalización sutil y convincente:

—Te espero mañana en el muro del malecón de Güi-bia, a las once en punto de la mañana.

Asentí.

—Está bien Manolo, nos vemos allá a las once.

Cuando arribé, ya Manolo esperaba allí. Aguardaba tranquilo sereno, casi indiferente. Concededor de la delicadeza del tema, trataba y sabía manejarse. No perdimos tiempo, la mañana estaba calurosa. Calmado y en confiada intimidad, me confesó:

—Hay una conspiración para un golpe de Estado. Bosch y Balaguer están de acuerdo. Van a tener una reunión en Puerto Rico.

Manolín era, en ese entonces, balaguerista, embotonando una carrera política que había comenzado espectacularmente, cuando Trujillo, designó cuatro flamantes diputados socialistas en el Congreso Nacional. Incubados detrás de las tenebrosas tramoyas oscuras de Radio Caribe, la estridencia teatral obedecía a la intención de crear la impresión que había surgido, para consumo externo, de reales síntomas de liberalización en su régimen, y una supuesta penetración del izquierdismo: Gregorio García Castro, quien fuera luego asesinado en el gobierno de Balaguer, Luis Dhimes Pablo, Euclides Gutiérrez Félix y Manolín Jiménez.

Sin embargo, la jugada escondía un dardo artificialmente envenenado, dirigido, sutilmente, a atemorizar las preocupadas

alergias norteamericanas. Con el realce de este supuesto izquierdismo parlamentario, Trujillo pretendía afectar las presiones que pesaban y empujaban la inminente caída de su régimen, pretendiendo crear la impresión de que su descalabro pudiera significar, en un momento dado, una eventual toma del poder a manos de un izquierdismo irreal y sobredimensionado. Pero Trujillo había perdido la credibilidad. Las sanciones, que fueran impuestas como consecuencia del intento de asesinato al presidente venezolano Rómulo Betancourt, se mantuvieron.

Manolo era apenas un jovenzuelo, pero, sin dudas, dotado del talento y la inteligencia suficientes para desarrollar una brillante carrera política que, al final, pareció ablandarse y escapársele de las manos.

—Necesitamos un hombre dentro de Radio Santo Domingo. Creo que ese hombre eres tú.

La crueldad del régimen de Trujillo había sembrado, a ultranza, una disposición decidida al sacrificio y el martirologio; ello arrastró hacia un calvario digno y desafiante a mucha de nuestra juventud. El rastro sangriento de Luperón, Constanza, Maimón, Estero Hondo y el infierno monstruoso de La 40 son un determinante y hermoso ejemplo, que fue afirmando en las generaciones subsiguientes, una pasión suicida por la libertad y una fe volcánica indetenible hacia la democracia, como respuesta a nuestros históricos sufrimientos bajo crueles y despiadadas tiranías. Rasgo perdurable y sublime que con tan encendido empeño y valor ha tenido que ser defendido.

—De acuerdo Manolo, pero la confirmación del acuerdo a que lleguen, debe venir por intermedio de la gente de Bosch. Alguien a quien yo conozca y en quien pueda confiar. Si Bosch no da luz verde, yo no me meto.

—No hay problema, yo me ocupo de eso. La respuesta te llegará.

¡Jamás llegó!



Primeras horas del 24 de abril de 1965: manifestantes exigen frente al Palacio presidencial la reposición de la Constitución de 1963.

## 24 DE ABRIL

Aquel 24 de Abril, amaneció como todos los días. En esos tiempos, alternaba mis presentaciones como cantante, con un turno de locutor en la Onda Internacional de Radio Santo Domingo Televisión. Así era denominada en ese entonces. Aquella mañana indiferente, me encaminaba normalmente en mi auto desde mi hogar en la San Francisco de Macorís, a ocupar mi turno habitual de locutor en la emisora; cruzaba la Dr. Delgado sin urgencia, cuando, a la distancia, despierta mi atención la figura inconfundible de Monina Solá, inusualmente agitada. Aquella hermosa compañera de mis años de galán de novelas de radio en la popular serie *Cárcel de mujeres* y muy cercana por antiguos afectos familiares, quien vivía a la sazón en esta área, esposa del contralmirante Lajara Burgos, altamente comprometido en el golpe. Monina trata, notoria e insistentemente, mediante gestos ampulosos, de excitar mi atención desde lejos; desconociendo el drama del momento, lo asumo como un expresivo y afectuoso saludo entusiasta. Luego, la precipitación de los acontecimientos posteriores de la guerra, me confirmarían, se trataba de un intento desesperado de advertencia ante el inminente peligro. Monina estaba directamente enterada.

Arribé sin premura a la emisora. Penetré al lobby con toda normalidad, sin la menor sospecha de lo que el destino de los acontecimientos, inevitablemente, había desencadenado. Usualmente aquel elegante salón de entrada y recibo se mantenía plagado de vigilantes: Inspectores de Estudio; nosotros, sin rubores, solíamos llamarles calieses.

Esta vez el Lobby lucía extrañamente vacío. Se percibía un premonitorio silencio, más que elocuente, que en aquel momento tampoco tomé en cuenta. Dos personas atravesaron el salón con cierta prisa mientras yo *ponchaba* mi tarjeta de entrada. Ambos irrumpieron precipitadamente desde el pasillo

interior que procede de la Cabina Máster, desfogando su prisa asustadiza hacia el pasillo que da a la puerta de salida hacia el patio. Parecían escapar temerosos de algún peligro, escurrirse con aparatosa urgencia; espantados, sin disimulos, mostraban un pánico cercano y obediente al instinto de conservación. Tuve la impresión, y creo no haberme equivocado, que ni siquiera percibieron mi presencia. Uno de aquellos alterados sujetos pertenecía al equipo de inspectores represivos, delatado por su elegante uniforme color vino. Los recuerdo en una evidente precipitación y una notoria expresión de susto reflejada en el rostro. Tampoco lo tomé en cuenta.

Marqué mi tarjeta de entrada y horario. Abordé sin prisas el ascensor y marqué hacia el cuarto piso, donde estaban ubicados los estudios de transmisión de la Onda Internacional. Se dominaba desde allí una hermosa y amplia visión panorámica de una gran parte de la ciudad. Miro hacia el área de la 30 de Marzo y adivino, extrañado, aquella misma precipitación asustadiza en la escasa gente que veo cruzar en las calles. Comienzo a desdibujar y asumir en mi conciencia rasgos de una evidente atmósfera de anormalidad, notoriamente densa y presagiente.

—Abuelito, ¿qué es lo que yo noto? ¿qué es lo que está pasando?

El Abuelito era un hábil y apreciado compañero quien en épocas navideñas, además de sus labores como control de sonidos en la “Onda Cultural”, caracterizaba, a su vez, en la televisión, un popular personaje para niños al que llamaban: el Abuelito. Jamás logró que le llamásemos de otra manera.

—¡Ah, pero! ¿tú no sabes lo que está pasando? Dizque que dieron un golpe de Estado.

Miro de nuevo hacia las calles extrañamente de prisas vacías y luego, parpadeando sobre reflejos entre los techos confusos, trato de identificar el entorno del Palacio. Mi pensamiento hierve aceleradamente. Me vuelvo.

—Abuelito, ¿tú eres como yo? Mira, voy a llamar al morenito que está de control en el máster, que es mi amigo, le voy a dar

el teléfono de Mario Báez, para que Mario me confirme si es verdad, y si es así, yo estoy dispuesto a bombearlo por aquí, ¡aunque me lleve el diablo! ¿Tú estás dispuesto a abrirme el micrófono?

Sin titubeos responde:

—¡Sí, yo te abro el micrófono!

El Abuelito era de buena calidad.

Marco el número interno de cabina máster, me responde el morenito, de quien nunca he podido recordar el nombre. Me lanzo.

—Mi hermano, tú sabes lo que hay; llámame a Mario Báez a este número y pregúntale si es verdad lo del golpe de Estado, que yo lo voy a bombear por aquí!

Escuetamente responde:

—OK.

No habrían transcurrido 30 segundos, cuando sonó intempestivo el timbre del teléfono. Levanto el auricular y reconozco la voz preocupada y el tono urgente del asistente Riverón, desde la Dirección General.

—Casado, ven para la Dirección, para que leas un comunicado en la cabina de televisión.

Mi mente se vuelve un corto-circuito de ideas encontradas. Debo pensar rápidamente, sin lugar a equivocaciones. Cualquier error podría desencadenar consecuencias inesperadas, sin exagerar. Cualquier malentendido pudiera ser fatal. Es obvio que el telefonista de turno, de seguro un estratégicamente ubicado agente de Inteligencia, escuchó mi temeraria llamada al máster y pasó la información al instante a la Dirección General y más allá. Si es que no fuera el mismo morenito del máster quien me denunciara directamente, pasando la información a la Dirección General.

Pienso, ninguno de ellos es militar, si intentan algo, nos comemos, y salgo hacia la Dirección General.

La Dirección lucía inusualmente concurrida, delatando un ambiente arisco, recargado de indecisión expectante. Además

de Riverón, sobresalía la presencia obligada del Director General en esa época, Julito Félix Gimbernard, quien había sido anteriormente Director en Rahintel, donde habíamos coincidido como artistas desde nuestros inicios y quien nos había contratado a su vez para la Radio Santo Domingo Televisión. Amigo del alma desde siempre, aunque la vida, irónicamente, en este crítico momento, nos sitúa en dos campos peligrosamente antagónicos.

Riverón viene directo hacia mí; me entrega un papel mostrando un párrafo a máquina, brevemente escrito. Poso la vista sin premura y asumo su mensaje con tenue desencanto interior. El mismo, denunciaba el desmentido formal desde Palacio al imprevisible golpe de Estado. Me siento desazonado, pero no advierto ninguna belicosidad. Me indica.

—Vete a la cabina de televisión y lee esto.

Me marchó en silencio. Cuando llego a la cabina, encuentro apoderada a Mery Sánchez, quien luego sería, en el calor de la Revolución, una de las voces emblemáticas de Radio San Isidro. Doy lectura al comunicado ante el micrófono y automáticamente percibo que Mery toma el control de las cosas. Me muevo, discreto, a un lado, pero comienzo a sentirme allí fuera de lugar. Me excuso con Mery y decido volver a la cabina de la Onda Cultural, dirigiendo mis pasos de nuevo al cuarto piso. Al llegar normalmente a reintegrarme, me encuentro sorpresivamente que está allí en mi lugar Marcia, novel y hermosa locutora, quien me informa que debo trasladarme a la cabina máster. Orden de la Dirección General!

No es una simple sospecha. Estoy claro, me están sacando del micrófono. Bajo al máster, confirmado ¡Allí está Juan Luis González, otro, al igual que Mery Sánchez, de los que luego reaparecen en Radio San Isidro. De todos mis compañeros, quizás el más cercano y afectuoso. No intento acercarme al micrófono, permanezco en la cabina de controles y espero unos breves minutos que me parecen siglos, en la medida en que comienzo a presentir la posibilidad del arribo intempestivo de



militares o la policía, de un momento a otro. Me dirijo a Juan Luis en voz alta, gesticulando a través del vidrio de la cabina:

—Juan Luis, faltan diez minutos para la hora. Yo me voy a ir, tú termina ya el noticiero.

Eran las 2 menos 10 minutos de aquella volcánica tarde. No esperé su respuesta. Salí del máster prácticamente en escapada. Llegué hasta la puerta de entrada de la emisora, solo para presenciar una de las experiencias más espectaculares de mi vida. Toda una poblada tumultuosa, desbordada. Una irrupción atropellante de rostros desafiantes y decididos, me corta de repente el horizonte hirviente de la calle. Solo recuerdo un tronante Mario Báez.

—¡Pa' donde coño tú va, coño!

No es una pregunta, es un grito. No me da tiempo ni siquiera a responder. Mario Báez sabía cómo pensaba Fernando Casado.

—¡Vamo'pa'dentro, coño, vinimo', coño, a tomá eta'vaina!

Me arrastra en la poblada con la violencia desbordada del destino, y de repente, me convierto en otro soldado de la Revolución.

Entramos en tumulto a la Cabina Máster. El área de controles, que antecede a la pequeña Cabina de Trasmisión, es pequeña para tantos. Permanezco en la atestada Cabina de Controles, mientras se precipitan y suceden, desafiantes discursos y proclamas. Estamos prácticamente apiñados, no cabemos tantos, pero ni importa ni lo tomamos en cuenta.

Repentinamente la algazara frena y el tumulto se torna en una alarma confusa, cuando todos percibimos el sonido tableteante, ligeramente ensordinado por la distancia y el aislamiento, de ráfagas sostenidas de ametralladoras, muy cercanas. Tengo, en ese momento, la percepción inequívoca de que el tiroteo que se desencadena, ocurre justamente, frente al edificio de la emisora. No estaba equivocado.

Estoy detrás de Núñez Fernández, cuando le escucho decir:

—Se jodió esta vaina.

Asumiendo la fragilidad tensa de un momento tan filosóficamente comprometido, donde las circunstancias y los ánimos pueden ser influidos, contrariados diametralmente, precipitarse en desaliento y hasta en temores y cobardías, le respondo:

—No hables así Núñez.

Las ráfagas se siguen escuchando fuera. La conmoción se torna crítica. En un minuto, aquella ratonera sin salida de escape, se torna curiosamente vacía. Todos nos precipitamos tumultuosos hacia el largo pasillo de regreso hacia el lobby de entrada, la única salida. Aunque estoy tenso y siento el riesgo, creo haber sido uno de los últimos en abandonar la cabina. El sentido común me advertía que si los tiros estaban sonando frente al edificio, seguir irracionalmente hacia allí, hacia el lobby de entrada, donde está, justamente, la puerta principal de salida a la calle, o te enfrentabas a los guardias o te enfrentabas a las balas. Ninguna de las dos cosas me entusiasmaba

Me quede rezagado a propósito y penetré discreto por una puerta lateral a la izquierda del pasillo. Asumo, instintivamente, es la que servía de entrada y salida al fondo del escenario de artistas y músicos al estudio 2-B. Sin pensarlo dos veces, sin que el resto ni siquiera aparentemente lo perciba, me deslizo en el interior del estudio, oscuro como boca de lobo, infinitamente silencioso. La obscuridad es densa. Me costó minutos habituar la visión lo suficiente para desplazarme entre los pasilletes y butacas hasta alcanzar situarme, sin pensar en tomar asiento, junto a una puerta lateral, generalmente para el público, que justamente servía al extremo de entrada y salida hacia el lobby, en el área delantera del estudio. No intenté abrirla. Permanecí allí oculto, en un silencio cargante y tenso, tratando, más que escuchar, imaginar lo que pudiera estar sucediendo fuera.

No adivino que tiempo permanecí allí dentro. La tensión iba en aumento a medida que los minutos me mordían en aquella oscuridad y aquel silencio de tumba. No resisto más, voy a salir; entreabro aquella segunda puerta hacia el lobby, refrescando lentamente una breve panorámica con el ascensor de fondo.

Primero, un milímetro, intento un poco más, de repente una voz insólita, desde la nada, un alarmado “secreteo”, me advierte gravemente desde fuera, al otro lado de la puerta.

¡No salgas, no salgas ahora, no salgas!

Nunca logré saber quién había sido el “ángel” escogido, de aquella voz milagrosa. Probablemente éste ignoraría a su vez a quién libraba con su advertencia, al otro lado del destino.

La inesperada frase choca en mis oídos y me inmoviliza. Me encierro conmigo de nuevo, abrazado a mis temores. Reacciono sin prisas, debo tratar de mantenerme calmado y mentalmente claro y sereno. El hecho de ignorar el rumbo que habrían tomado los acontecimientos, iba acumulando una natural carga de incertidumbre tensa y nerviosa, presionando lenta, pero inexorablemente, hacia una decisión definitiva: ¡Debo salir de aquí!

Los disparos han cesado cuando entreabro la puerta por segunda vez. El silencio tiene un compás de tragedia y aquel mundo tenebrosamente callado parecería vacío. Repentinamente, la puerta del ascensor se abre y una avalancha violenta de rostros y furias desborda el escenario desde mi breve rendija y discreto ángulo de observación. Para ellos es imposible percibir mi presencia. Estoy a unos 10 o 15 metros y observo desde aquel intento escondido de apertura tras la puerta, no más una pulgadita de ancho. Percibo claramente la escena. Veo cuando sacan de ascensor a empujones, violentamente, a Julito Félix Gimbernard. Dos hombres le franquean a cada lado, asiéndole atropelladamente por los brazos, sin consideración ninguna. Noto que hay sangre sobre la camisa blanca de mi amigo Julito. Reconozco a los dos que están a cada lado de Julito en el momento en que le arrastran trastabillando en los tres escaloncillos que descienden breves hacia el lobby y se tuercen en desorden hacia el pasillo que da al patio. Para mi pesar noto, impotente, que están golpeándole groseramente con los puños entre las costillas. Uno es Rafael Corporán de los Santos, el otro es Tito Campusano, y la turba

se pierde entre maldiciones hacia el patio, y otra vez aquel silencio de sótano.

Decido salir. No lo pienso más, el salón y el largo pasillo, todo parece estar desierto, y lo está. Dirijo mis pasos hacia la puerta de salida en absoluto dominio de mí mismo. La fuerza imperiosa del instinto, como en animales, me induce a escapar del peligro. Alcanzo el primer escalón con instintiva urgencia impensada, y entonces me traiciona Fernando. Recuerdo a mi amigo Julito Félix Gimbernard, su camisa desgarrada, empapada en sangre. Pienso que puedo y debo intervenir e impedir que siga siendo maltratado, y en vez de escapar de aquella peligrosa ratonera, me vuelvo hacia el pasillo, hacia la puerta de salida al patio, justamente por donde había visto salir enardecido el tumulto.

La vorágine ciega de la guerra me arrastraba irremisiblemente. Sin pensarlo más, me fui directo a aquella puerta, al abrirla otro drama se estaba escribiendo a punta de ametralladora. Frente a mí, hacia la izquierda, formados como en un paredón para ser fusilados, un grupo expectante a quienes inmediatamente reconozco. De espaldas a mí hay un soldado de camisa empapada, visiblemente nervioso, apuntándoles con ametralladora. A su derecha un oficial en actitud confusa. No parecen notar mi presencia, ni sorprenderse, ni molestarse, es como si no me vieran.

Están de pie contra la dramática pared: el locutor cubano Luis Acosta, Luis Armando Asunción, Pedro Muñoz Batista, Mario Baez, creo que Núñez Fernández y otros que no puedo recordar con precisión. En el paredón, contradictoriamente como uno más del grupo, el propio director general Félix Gimbernard. Es obvio que los militares no tenían noción de quienes eran unos y otros. El tumulto había desembocado en el patio con Gimbernard prisionero, coincidiendo con el arribo de los militares al área trasera. El tórrido grupete fue neutralizado y detenido.

Una voz trasciende como bandera agitada desde un ventanal del tercer piso, justamente, donde está ubicada la Dirección General. Arriesga medio cuerpo al aire para hacerse notorio sobre el borde:

—Director, director, venga, suba.

El fiel “asistente” Riverón no tiene la menor idea de la riesgosa confusión en que están los militares. Desde el paredón el director Gimbernard responde, marcando un gesto de impotencia, como para indicar que, al igual que los demás, es también un prisionero. Tan comprometida es la confusión que, evidentemente, los militares no saben quién es quién, y en ello está el peligro.

—¡Capitán, capitán, ese es el director!

Grita y señala con voz desgarrada desde la altura impotente. Con lúcida reacción el capitán responde y Julito se desprende de aquel paredón injusto, librándose de aquella peligrosa confusión. El resto permanece encañonado. Todos estamos nerviosos, incluso los militares. Cuando yo asomo al patio desde el pasillo y me acerco al crítico escenario, todo el grupo detenido comienza a dirigirse a mí. Unos para que le llame por teléfono a la casa y le avise a la familia de la situación, otro para que le lleve dinero o pertenencias a su casa y Luis Armando me entrega la llave de su carro y me pide que lo saque del patio de la emisora donde lo había dejado parqueado. No hay ya nerviosismo en ese momento, todos están decididos, conscientes de los riesgos, pero ecuánimes. No noto ni temor ni alarma. Lo extraño es que todo esto se desenvuelve delante de los militares, quienes sin perder la crítica vigilia, permanecían encañonando al grupo y sin embargo, aun percibiendo clara y evidentemente que yo también pertenecía a ese grupo, no tomaran ningún tipo de acción contra mí. Dios cuida de sus hijos.

Me vuelvo y salgo precipitadamente para dar la voz de alarma y cumplir con los encargos. En la gasolinera de la San Martín

con Charles Piet, me encuentro con un familiar de Luis Armando. Le explico lo que pasa y le entrego la llave del carro para que saque el vehículo de Luis del parqueo en el patio de Radio Santo Domingo y me sumerjo en el vientre de la ciudad, grávido y tóxico de negros presagios, para que los familiares se activen, antes de que pueda suceder una desgracia mayor.

Pierdo el sentido del tiempo, solo sé que pude cumplir las encomiendas. Regreso a la gasolinera de la San Martín con Charles Piet y avisto nuevamente al primo de Luis Armando. Me confiesa que ante el aparataje y la peligrosidad desbordada del momento, no osó desafiar el riesgo a penetrar al patio de la emisora, ya militarizado, a rescatar el vehículo.

Le arrebato las llaves y me lanzo hacia la Tejada Florentino, solo para caer en cuenta lo que la bélica realidad me estruja al rostro. Razones habían de sobra para no acercarse a Radio Santo Domingo en ese tenebroso momento.

Hay un cordón de militares fuertemente armados a todo lo largo de la parte frontal y un elocuente tanque de guerra cercano a la puerta de entrada, como un alegórico centinela. Salta a la vista, la emisora está rodeada y ha sido tomada por los militares. No me detengo, sigo caminando de frente, avanzando hacia ellos y acercándome sin titubear, con toda la normalidad que el riesgo hace posible. A pesar de la expectativa nerviosa y desconfiada con que noto me observan los guardias, no siento ningún temor ni nerviosismo.

Paso entre ellos como si estuviera invisible, abro la puerta en cristal y reflejos oscuros de la entrada y dejo atrás el cerco, llego al lobby, no hay nadie, silencio, miro a mi izquierda, hacia el pasillo y un estremecimiento me sacude de pies a cabeza. Por primera vez siento el peligro a flor de piel, mi corazón late a millón por segundos. Al fondo de aquel cuasi fúnebre pasillo del silencio, en una sombría semiclaridad, junto a la puerta de salida al escenario enigmáticamente agresivo del dramático patio, por donde inevitablemente tengo que salir para rescatar el carro de Luis Armando, está

apostado, amenazadoramente alerta, un descompuesto y empapado soldado apuntado sus miedos hacia mí.

Tan pronto avistó mi presencia, se ha colocado en posición de defenderse, apuntando su arma decidida hacia mí, me siento a su merced, desarmado y con un peso extraño en el estómago. No lo pienso, voy hacia él. Dar la espalda hubiera sido fatal, haber retrocedido me habría puesto en evidencia y de seguro hubiese disparado. Fuera esperaba el cerco.

A medida que me acerco a la puerta del fondo, percibo conscientemente, su miedo tenso reflejado en el rostro sudoroso. La expresión asustada evidencia sus dudas e imprevista sorpresa, surgiendo el posible “enemigo”, insólitamente, desde la parte frontal, donde el cerco militar, supuestamente, garantizaba su retaguardia y no, como era de esperarse, desde aquel dramático patio, en cuya puerta de entrada está comprometida su vida. Tengo la impresión de que temblaba, un inexperto recluta quizás, frente al compromiso inesperado de matar por primera vez.

Su camisa está notoriamente sudada, como gotea el rastro en sus sienes y transpira su llovizna el rostro, no ha dejado un instante de apuntarme, desplazando el fusil al compás de mi paso hacia la puerta, flotando a su lado junto al eco sordo de mi prisa aparentemente serena, alargando sin tiempo aquel pasillo eterno de pisadas tenebrosas hacia la nada. Ni siquiera le miro cuando paso por su lado y giro el pomo de la puerta con mi mano nerviosa. Abro, y es como si abriera las puertas del cielo, dije mal, eran las mismas puertas del infierno.

Parecían haberse desatado con rabia huracanada las furias todas de la guerra. El ruido de las explosiones era ensordecedor. Las balas silban por doquier. No atino a ver el carro de Luis. Estoy tan nervioso y torpe, que cuando lo identifico, no alcanzo ni siquiera a introducir la llave en la cerradura. Siento el olor a pólvora y estoy a punto de perder el control, cuando logro introducirla y abrir el carro. Alguien ha salido en ese momento por la puerta trasera de la emisora. Al principio no le

reconozco ni me importa. Cuando le veo pasar frente a mí, ya estoy dentro del vehículo. A través del vidrio delantero percibo en sus ojos asustados, la angustia alucinada y su actitud casi de pánico. Yo también me siento muy cercano a ese punto, cuando delante de mí, como celaje mortificante de un mal sueño en pesadilla, escapa sin notarme, Jorge Tena Reyes.

Logré rescatar el carro, sin embargo, no recuerdo ni dónde ni a quién lo entregué. De allí en adelante no me importó la vida, hasta una noche insomne y sin deudas, luego de meses de obscuridades ciegas, de quien vives y contraseñas, de morteros y sangre, mucha sangre, la ciudad se iluminó de nuevo, las luces perdieron su antifaz y volvieron a decorar el asfalto y las esquinas que amábamos. Perdimos aquella eternidad flotante entre guiños de estrellas y menguantes de luna, compartiendo la vigilia compañera entre las sombras y el olor edénico del mar. Dueños del principio del fin en 20 cuadras.

Comprendimos aquella oscuridad nos enseñó a vivir sin dudas, como si cada minuto fuese el último de nuestra vida. Una realidad de principios, tan nuestra y profunda, que nos dejó marcados para siempre en nuestra razón de ser, imposible de volver a vivir en otro instante, nada sería igual después de aquello, ni siquiera nosotros mismos.



La enfermiza visión  
del invasor



Cartel combativo de repudio al invasor.

**H**oy, que comienzan a ser desclasificados los documentos de la Guerra de Abril en los archivos norteamericanos, y empieza a ser tímidamente escrita desde la perspectiva oculta del ejército invasor, podemos ir evaluando con objetividad impresionante, el efecto devastador y temido, jugado sin proponérselo, por la Radio Constitucionalista, en términos de una supuesta estrategia de guerra psicológica. Se ponen en evidencia: una agresividad tensa y decidida, abiertamente desesperada y el propósito obsesivo de las fuerzas norteamericanas en silenciar a cualquier precio, como objetivo militar de primer orden, la Radio Constitucionalista. Jamás pudo ser logrado y aquel momento sublime, con su tropa desafiante, quedó para la historia.

Un prejuiciado Bruce Palmer, comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas, comienza por distorsionar la escena, partiendo de crepitantes conceptos ideológicos de la época y desinformación prejuiciada, morbosamente elucubrada; sus respuestas militares responden a una desproporcionada estrategia de pánico, frente a la supuesta inminencia de una fantástica guerra tipo Vietnam. Confiesa:

*My stated mission was to protect American lives and property; my unstated mission was to prevent another Cuba and, at the same time, to avoid another situation like that in Vietnam.*

(Mi misión declarada era proteger las vidas y propiedades norteamericanas, mi misión no declarada era prevenir otra

Cuba y, al mismo tiempo, evitar otra situación como la de Vietnam) (*Intervention in the Caribbean*, p.5).

La sangre que costó esa histórica equivocación aún está fresca en la huella del zapato de John Batlow Martin.

El Gral. Palmer continúa el relato en su libro. Traducimos:

Nosotros respondimos con operaciones de interferencia de las transmisiones, utilizando la Army Security Agency (ASA), unidades de tierra, unidades de la fuerza aérea en el aire, y unidades navales desde el mar, mientras una reforzada compañía desde el 7th Special Forces Group bajo el experto liderazgo del Col. Edward Mayer atacó los principales emplazamientos de relevo de transmisión fuera de la capital. Nuestros esfuerzos iniciales no fueron efectivos, sin embargo, y las transmisiones rebeldes continuaron haciendo sentir su influencia en el interior del país. Reconociendo que esto podía ser nuestro talón de Aquiles intentamos trastornar físicamente en el campo de las telecomunicaciones que ligaban el principal estudio en Santo Domingo con sus numerosos transmisores emplazados, otra vez empleando nuestras propias fuerzas especiales trabajando con fuerzas especiales dominicanas leales. El coronel Mayer dirigió el grupo combinado en esa peligrosa misión nocturna, pero acompañado por el general York de la 82d's. El intento fracasó en hacer daño a las operaciones de radio pero inutilizó el sistema comercial telefónico con el cual contaban los rebeldes para sus principales comunicaciones tácticas en la ciudad.

En mayo 13 el gobierno de Imbert lanzó a los vientos la prudencia y ordenó a la Fuerza Aérea Dominicana atacar Radio Santo Domingo y su principal transmisor emplazado cerca del puente Peynado al norte de la ciudad. Fuerzas especiales dominicanas el 14 de mayo atacaron

y destruyeron entonces un estudio y transmisor alternativo situado al norte del puente Duarte. Estas acciones, combinadas a la vez, tuvieron éxito en debilitar Radio Santo Domingo al grado de que no hubo más transmisiones más allá de la capital, capeando de este modo esta particular crisis (pp.54-55).

Eric Thomas Chester, en su libro *Rag-Tags, Scum, Riff-Raff and Commies*, enjuicia las estrategias iniciales del Gral. Palmer y su vulnerabilidad para los propósitos básicos e intenciones norteamericanas. Traducimos:

Se tomó la decisión de dejar Radio Santo Domingo fuera de la zona U.S., unas cuantas cuadras al norte. Habiendo apenas arribado a la escena, Palmer no podía tener total comprensión de la importancia crítica de la estación de radio para la causa rebelde, pero sus asistentes, particularmente aquellos quienes ya se habían estacionado en la República Dominicana como agregados de embajada, ciertamente comprendían la significación de esta decisión. Palmer afirmaría posteriormente que permitir la estación de radio permanecer bajo control rebelde representaba “El talón de Aquiles de nuestro total establecimiento”. Para York, la decisión representaba un “serio error, político, social y militar”. Subyacente a la decisión de evitar la emisora estaba el ferviente deseo de la Casa Blanca de evitar una amarga, y mortal confrontación con los doscientos o más fuertemente armados soldados rebeldes que defendían este vital centro de transmisión. El pelotón I de la marina había estado bajo intenso fuego cuando se había aproximado al vecindario adyacente a Radio Santo Domingo solo veinticuatro horas antes, previniendo así una instructiva advertencia. Dado que la administración Johnson insistía que la creación de

un cordón fuera logrado lo más rápido y suave posible, y con el entendido de que la estación de radio era un punto caliente, Palmer y sus asesores idearon un plan asentado sobre la más corta distancia y la menor resistencia rebelde.

El comando militar norteamericano decidió evitar la estación de radio porque estaban convencidos de que sus transmisiones podrían ser bloqueadas a través de contramedidas electrónicas, con lo cual desorganizarían la radiodifusión. Los radioescuchas desalentados se verían entonces compelidos a sintonizar emisoras alternativas presentando programaciones suministradas por las unidades de guerra psicológica de los U.S. En verdad, el mismo día en que la zona de aislamiento fue trazada sobre el mapa de la Esso, las unidades de la armada comenzaron a interferir Radio Santo Domingo. Este esfuerzo, el cual pronto se convertiría en una virtual obsesión para los hacedores de decisiones norteamericanos, marca un punto de partida de referencia, como “primera ocasión conocida en que las fuerzas norteamericanas hayan interferido transmisiones de radio y televisión” en medio de una guerra civil (pp.95-6).

Su afirmación sobre el número de tropas constitucionalistas que les enfrentaron en el trayecto de penetración, desde la Embajada U.S. hasta el área cercana donde está ubicada Radio Santo Domingo, es evidentemente exagerada, probablemente basada en la fiereza de la inesperada respuesta de nuestros comandos combatientes y en la crispación estratégica de no enfrentar riesgos, en aquella coyuntura temprana de la lucha, sin tener a mano el consenso suficiente en numerario de tropas y armas rebeldes en esa zona. En ningún momento hubo necesidad de exagerada protección para Radio

Santo Domingo. De hecho, la emisora fue bombardeada pocos días después del 24 de Abril, sus transmisores silenciados y ya no hubo emisiones desde las plantas físicas de Radio Santo Domingo en la Tejada Florentino, sino, clandestinamente, desde las plantas de transmisión de HIZ en el barrio María Auxiliadora, primeramente, y luego, desde un sanitario en la entrada al zaguán de una casa de dos pisos en la 30 de Marzo, junto a la residencia de Petán Trujillo, antes de bajar hacia la Zona Constitucionalista, donde se mantuvo hasta el final de la guerra. De hecho Radio Santo Domingo continuó transmitiendo algunos días, aun después de establecido el cordón entre las dos zonas:

En adición a las operaciones de acopiamiento de inteligencia, las unidades de las Fuerzas Especiales participaron en operaciones paramilitares dirigidas a instalaciones rebeldes claves, con Radio Santo Domingo como un blanco crítico. Moviéndose para sofocar la rebelión, los fabricantes de decisiones norteamericanos, pronto vinieron a comprender la principalísima importancia de la estación de radio. Su poderosa señal le permitía transmitir directamente a una mayoría del país, mientras sus noticias y editoriales elevaban la moral de las fuerzas rebeldes que controlaban la ciudad intramuros, quienes de otro modo estaban incomunicados del exterior por el estricto aislamiento impuesto por las tropas americanas. La ubicación de los principales estudios de transmisión dentro del sector norte de Santo Domingo, también le daba importancia estratégica como un lazo entre las dos zonas rebeldes. Aún más importante, Radio Santo Domingo permaneció como un símbolo del poder insurgente para los simpatizantes al través del país, un signo visible de que el levantamiento permanecía intacto e indomado.

Los oficiales estadounidenses se sentían cada vez más frustrados por su inhabilidad para destruir Radio Santo Domingo. Su frustración es reflejada en una serie de memorándums enviados por Carl Rowan, director de la U.S. Information Agency (USIA), al presidente Johnson. Se dio a USIA autoridad absoluta sobre el esfuerzo total de propaganda dirigido a los dominicanos, pero Rowan tuvo que informarle al presidente que la estación de los rebeldes era “superior a cualquier emisora que nosotros podríamos establecer ahí”. Era por tanto esencial que el local de transmisión principal fuese asaltado y tomado, o, si esto no fuese “política o militarmente posible”, las fuerzas norteamericanas deben “dejar la estación totalmente inoperante cortando sus fuentes de poder, o por algunos otros medios”.

Los oficiales norteamericanos aborrecían Radio Santo Domingo tanto como temían sus relaciones armoniosas con la población dominicana. Inicialmente, el esfuerzo tuvo que ser dirigido a distorsionar las transmisiones de la emisora electrónicamente, utilizando más de veintiocho unidades de interferencia, estacionadas en aviones, barcos, y en diferentes locaciones en tierra. A pesar del masivo esfuerzo, la estación aun podía ser escuchada. El equipo traído a República Dominicana por la Agencia de Seguridad de la Armada (ASA) había sido diseñado para distorsionar las sofisticadas redes de comunicación empleadas por las unidades militares Soviéticas, y no para ser usadas contra de la poderosa señal de una radioemisora comercial. El intento de silenciar Radio Santo Domingo por medios electrónicos fracasó porque los equipos de ASA resultaron “inadecuados para entorpecer el rango de frecuencia comercial” (pp.128-9).



Los valores y capacidades del hombre, tanto en términos del producto físico, así como su capital espiritual atesorado, se maximizan, potencial y colectivamente, incendiados por el llamear honesto e innato del patriotismo. Desconcierta el hecho insólito de que, tanto la ultramoderna tecnología norteamericana, como su fogosamente experimentada estrategia de Inteligencia, resultaran humilladas frente al volcánico y obsesivo propósito de silenciar Radio Santo Domingo. Los ángulos, aun no sensibilizados, que dan respuesta propia a tan valioso contrasentido, han permanecido inconsecuentemente ignorados. Las tremendas capacidades atrevidas y el arrojo temerario, de un discreto grupo de técnicos geniales dominicanos, hasta ahora innominados, lograron desorganizar, confundir y desconcertar a los fogueados estrategas norteamericanos, obligándoles al recurso ignorante de la acción directa.

Pedrito Rojas Torres y Héctor Cambero, junto a arriesgados controladores de cabina y sonidos, como Freddy Espaillat y Héctor Graveley, escribieron esa parte de la historia.

Luego de los bombardeos a las plantas y antenas que silenciaron Radio Santo Domingo y la voladura de los transmisores de HIZ en María Auxiliadora, es cuando entran en juego las genialidades ensambladoras, ideas e improvisaciones acertadas de este grupo. Conscientes de que la voz de la Revolución, como arma y espíritu, debía continuar permanentemente en el aire, por encima de todo riesgo y ante la voladura de María Auxiliadora, se logró improvisar exitosamente en el zaguán del hogar de Lora Medrano y desde un sanitario, un pequeño transmisor amateur que los técnicos fortalecieron, de alguna manera, conectándoles a los cables de los transmisores de Frecuencia Modulada ubicados en el interior de la emisora, tirándolos desde allí, por encima de las paredes vecinas de Radio Santo Domingo. En esa ocasión se escuchó

a Pedrito Rojas Torres decir, mientras manipulábamos los cables:

—Yo sé dónde hay un viejo transmisor.

Pedrito Rojas, diligentemente comprometido, logró localizar el descartado aparato, expertamente rehacerlo y construir un malicioso transmisor de mediana potencia y frecuencia movable, capaz de burlar las interferencias obsesivas de los norteamericanos. Desde el edificio Cope-llo, ubicado en los estudios de HIZ, hubo de permanecer incólume en el aire durante toda la revolución, gracias a su pericia.

La oportuna creatividad técnica, junto al excepcional manejo del mensaje psicológico dirigido al corazón del pueblo a través de las voces de la radio, de hecho, lo más temido y frustratorio para los U.S., es lo que obligó a descartar la opción armada, luego de agotar sus intentos frente a nuestros decididos combatientes y determinó la solución negociada:

Los norteamericanos también iniciaron su propio intento de propaganda, arrojando Santo Domingo con hojas sueltas, bocinas amplificadas, algunas de ellas montadas en helicópteros, y radioemisiones amplificadas. Inicialmente este bombardeo de medios fue organizado por las unidades de guerra psicológica de la armada, trabajando con unidades selectas de Fuerzas Especiales operativas. Estos intentos eran más bien groseros, con un recargado énfasis sobre la alegada penetración comunista del liderato rebelde. Para mayo 4, a una semana de la crisis Hewson Ryan, director sustituto de la Agencia U.S. de Información, había arribado para coordinar el esfuerzo conjunto de propaganda. Fue auxiliado por un amplio contingente desde las oficinas centrales de la CIA, de quienes muchos eran expertos en guerra psicológica.

Aún con toda esta pericia, y los enormes recursos disponibles, los oficiales norteamericanos estaban convencidos que habían sido frustrados por Radio Santo Domingo en su esfuerzo por socavar el respaldo popular para el levantamiento. Este sentimiento de frustración permeó hasta la misma cúspide. El presidente Johnson ordenó a Mann asegurarse de que cada embajada en América Latina recibiera un resumen diario sobre la situación en Santo Domingo, “de modo que lo que fuere que ellos digan en esta estación de radio” sería inmediatamente contraatacado, y de este modo no tendría ningún efecto.

Para principios de mayo, las fuerzas de Estados Unidos habían iniciado una campaña coordinada para destruir físicamente Radio Santo Domingo, una campaña que iría escalando intensidad en las dos semanas subsiguientes (pp.129-30).

Chester dedica todo un capítulo en especial al más temido fantasma: Radio Santo Domingo. Traducimos:

Radio Santo Domingo, objetivo en la mira.

Mientras Fortas se reunía con Bosch en Puerto Rico, los Estados Unidos intensificaban su guerra clandestina contra las posiciones rebeldes. Aún antes de mayo 11, cuando el redoble de la evaluación de Solomon sobre el balance de fuerzas en Santo Domingo comenzó a circular dentro de la Casa Blanca, el comando militar de los U.S. inició la implementación de una estrategia de acoso a los rebeldes más agresiva, un cambio que puede ser fácilmente observado en la intensificación de la campaña dirigida contra Radio Santo Domingo. Durante la primera semana siguiente a la creación del corredor de comunicación, las fuerzas norteamericanas limitaron sus operaciones a interferencias tecnológicas

e incursiones paramilitares contra estaciones satélites de relevo, dejando el principal estudio y complejos de transmisión intocados. Una vez la decisión de intensificar la presión sobre la zona rebelde fue tomada, el comando militar U.S. autorizó ataques directos sobre el complejo central de transmisión.

Una vez más, estas misiones clandestinas fueron asumidas por unidades de las Fuerzas Especiales, conjuntamente con paracaidistas de la División 82 Aerotransportada. Estos fueron acoplados junto a unidades selectas de tropas de la Junta, con toda probabilidad, unidades de paracaidistas extraídas desde las Fuerzas Especiales Dominicanas, estacionadas en la base aérea de San Isidro. Las incursiones fueron emprendidas muy secretamente, al amparo de la noche. Una de tales incursiones, lanzada en mayo 11, dirigidas a cortar las líneas telefónicas que enlazaban la principal estación emisora a transmisores localizados en otras partes de la ciudad y sus entornos. La importancia puesta en silenciar Radio Santo Domingo puede ser evaluada por el hecho que el coronel Edward Meyer, comandante de la 7° Unidad de Fuerzas Especiales, y el mayor general Robert York, comandante de la 82° División Aerotransportada, ambos participaron en la irrupción. La misión secreta fracasó en lograr su objetivo, aparentemente porque fueron cortadas las líneas telefónicas equivocadas, aunque esto condujo a la inutilización del sistema telefónico comercial, especialmente en la zona norte de la ciudad controlada por los rebeldes.

De esta manera, al mismo tiempo que altos funcionarios en la administración Johnson continuaban en insistir que los Estados Unidos mantuvieran una postura neutral en la disputa entre los rebeldes y la junta de Imbert, los comandos militares U.S. estaban coordinando operaciones conjuntas

involucrando paracaidistas desde unidades bajo su comando y aquellos leales a Imbert. Sin embargo, pese a los frenéticos esfuerzos para perturbar las transmisiones de la emisora, seguidos por los golpes clandestinos iniciales, Radio Santo Domingo permaneció en el aire, una amenaza vital al control norteamericano de la República Dominicana. Carl Rowan, como director de la Agencia de U.S. de Información reportó al presidente en mayo 11 que la estación continuaba transmitiendo, no obstante “intermitentes silencios” con programación que era cada vez más violenta, estridente, y devotamente antiamericana.

Mientras la batalla para suprimir la radio rebelde se hacía más descarada, fuerzas de la junta atacaban abiertamente la estación. En mayo 13, cinco aviones P-51s desde San Isidro, bombardearon la estación con cohetes y ametralladoras. Mientras los aviones atacaban violentamente el área, civiles en las esquinas inmediatas próximas a la emisora sufrieron el impacto más violento del ataque, con por lo menos dos muertos en el bombardeo, uno de ellos un niño de cinco años. En el curso del ataque aéreo, los pilotos de la Fuerza Aérea Dominicana, temerariamente, rociaron el área adyacente a la Embajada norteamericana con fuego de ametralladoras. En represalia, los infantes de marina estacionados en el cuartel general del general Palmer adyacente a la embajada, mediante lanzamiento de cohetes antiaéreos, derribaron uno de los aparatos de la junta. Consternados por este fiasco, paracaidistas de la 82<sup>o</sup> Aerotransportada, con órdenes desde Washington, obstaculizaron con tanques blindados las pistas de aterrizaje de la base aérea de San Isidro, previniendo futuras misiones de bombardeo. Desde ese momento en adelante, la Fuerza Aérea Dominicana dejó de jugar un papel significativo en la crisis.

Una vez más, la estación de radio había resistido otro devastador ataque. A la siguiente mañana la emisora estaba nuevamente operando, enfureciendo la Junta y a los Estados Unidos. Al final de la tarde, mayo 14, un camión cargado con tropas de choque leales a San Isidro, comenzó a disparar sobre la estación con una colección de poderosas armas, incluyendo bazucas. La mayor parte del complejo de transmisión fue destruido, aunque la transmisión se reanudó al día siguiente sobre bases más reducidas, utilizando un trasmisor secundario, más pequeño. Al camión le fue, sin dudas, prácticamente permitido penetrar la línea de comunicación en su camino hacia y desde el complejo de transmisión, situado solo unas pocas cuadras al norte del cordón. En ambas direcciones, cualquier vía alternativa habría requerido una enconada travesía en combate a través de una milla o más de territorio hostil bajo control rebelde, al interior de los barrios al norte de la ciudad.

La continua serie de abiertos ataques a la radio rebelde constituía una flagrante violación al cese de fuego. Caamaño se encontraba en reunión con representantes de la Organización de Estados Americanos cuando fue informado del ataque comando.

Asumiendo perfectamente la importancia estratégica y simbólica de la estación, informó a los emisarios de la OAS que el cese de fuego no era ya mantenido, y que los rebeldes se considerarían libres para iniciar operaciones contra las fuerzas de la junta. Una batalla en gran escala estallaría al día siguiente en el sector norte, marcando otra fase en la crisis dominicana.

Para el tiempo del ataque comando, el régimen de Imbert alardeaba abiertamente su determinación de silenciar Radio Santo Domingo final y definitivamente, aunque los Estados Unidos continuaban negando conexión alguna

con estas incursiones. En verdad, la embajada emitió declaraciones a la prensa deplorando el ataque aéreo y el subsiguiente ataque comando, aun cuando las evidencias señalan firmemente la complicidad de los Estados Unidos en ambas de estas operaciones. El ataque clandestino sobre la estación y sus transmisores satélites había sido previamente emprendidos por una fuerza conjunta de los U.S. y paracomandos de la junta. Además, los tomadores de decisiones de Washington estaban obsesionados con la emisora, desesperados por eliminarla.

El general York, en un juicio crítico sobre las actuaciones del 82º Aerotransportado, señala “una serie de acciones las cuales involucraron esfuerzos clandestinos para neutralizar Radio Santo Domingo sobre el período mayo 9 a mayo 14”, un período que abarca los dos abiertos ataques lanzados por las tropas de la junta contra la estación de radio. En adición, en un comentario confidencial sobre la campaña completa de operaciones especiales, iniciada por los Estados Unidos para trastornar y destruir la radioemisora rebelde y sus estaciones satélites de relevo, el general Palmer concluyó en que la guerra secreta había alcanzado su “climax”, con los ataques de mayo 13 y mayo 14. Tanto uno como otro de estos comentarios sugieren sólidamente, que el comando militar U.S. contribuyó en planear y coordinar la serie completa de operaciones dirigidas contra Radio Santo Domingo, incluyendo el ataque aéreo por aviones Dominicanos y el asalto por comandos Dominicanos. Sin embargo, a pesar de la cada vez más destructiva embestida, Radio Santo Domingo permaneció en el aire. Para mayo 13, el general Palmer se sentía tan frustrado que requirió autorización del almirante Thomas Moorer, comandante en jefe de la Flota del Atlántico y superior directo de Palmer, para incursionar al interior de la zona norte rebelde y apoderarse del complejo de transmisión. Su requerimiento fue colocado en espera cuando Washington decidió dar

al régimen de Imbert un chance más de silenciar la señal de radio de los insurgentes, sin depender abiertamente de las tropas norteamericanas (pp.141-43).

La falta de argumentos que justificaran aquella intervención, la impotencia de sentirse desarmados, les condujo a un desquiciamiento que desdice de la mitificada “inteligencia” norteamericana, al punto de arriesgar métodos y técnicas inconcebibles e impropias en el ordenamiento militar moderno. Aunque en una guerra todas las armas son válidas, es obvio que estos artesanales fantasmas se volvieron contra ellos mismos. Chester recoge la actitud asumida por soldados puertorriqueños:

Los equipos de Fuerzas Especiales asistían igualmente a los oficiales de inteligencia militar de la armada en conducir intensivos interrogatorios de soldados rebeldes capturados. Para ayudar a superar dificultades de idioma, unidades de la Guardia Nacional de Puerto Rico fueron enviadas a Santo Domingo como traductores. Una vez allí, estos soldados descubrieron que la posición oficial de los Estados Unidos, en cuanto a que la insurrección popular estaba dirigida por comunistas, guardaba poca semejanza con la realidad. Algunos traductores puertorriqueños reaccionaron suministrando tergiversadas, hasta engañosas, traducciones de declaraciones de interrogatorios proporcionados a prisioneros rebeldes. La situación devino tan volátil que varios soldados fueron enjuiciados en corte marcial en juicio cerrado.

Reportes de deslealtad e insubordinación pronto alcanzaron la Casa Blanca. En mayo 8, el comité interdepartamental de Bundy se pronunció sobre el asunto. Dado los “problemas” que habían surgido entre las tropas de Puerto Rico, era “urgente que obtengamos tantos



soldados norteamericanos que hablen español, como puedan ser localizados en el territorio de la República Dominicana, tan presto como sea posible” (p.127).

La emisora fue tomada el mismo 24 de abril por un grupo encabezado por Mario Báez Asunción, unos minutos antes de las 2 de la tarde. Irrumpimos violentamente en la cabina máster, desplazamos al locutor de turno e iniciamos las llameantes arengas iniciales, mientras otro grupo se dirigió hacia la Dirección General, tomándola, neutralizando y sometiendo al director Julio Félix Gimbernard y los demás. Unos veinte minutos después, este grupo inicial fue desalojado por las tropas del Gral. Morillo López. Al día siguiente volvimos a tomar el control, hasta que fuera silenciada la planta principal. Luego de un martilleante bombardeo que inutilizó antena y equipos transmisores, situados próximos al mercado de la Duarte, el Palacio Radio Televisor fue violentamente bombardeado desde el aire, provocando innecesarias bajas en el elemento civil residente en los alrededores. El edificio hubo de ser abandonado.

Franklin Domínguez junto a un grupo suicida, irracionalmente valerosos, se movilizan sin protección, temerarios y decididos, hacia las plantas transmisoras de HIZ ubicadas en el barrio María Auxiliadora. La consigna evidente era, mantener el espíritu vibrante del patriotismo combatiente, y viva y tronante la voz de la Revolución a cualquier precio. Aunque costase la vida. Es a este momento al que se refiere el general Palmer, quien admite:

*Radio Santo Domingo was expertly exploited by the rebels.* (Radio Santo Domingo fue expertamente manejada por los rebeldes), cuando confiesa fríamente que sus tropas: atacaron y destruyeron un estudio y trasmisor alternativo situado al norte del Puente Duarte.

Es obvio que los que realizaron el trabajo fueron expertos bien entrenados, curtidos y experimentados en el manejo de explosivos. Palmer no quería ni podía fallar.

El momento aparece confuso, cuando son atrapados en aquella ratonera. Domínguez recuerda la partida de Luis Acosta Tejeda unos 10 o 15 minutos, antes del instante crítico. Se escucharon algunos ruidos indefinibles que despiertan una alerta tensa y tenebrosa, apretando los minutos como una torturante camisa de fuerza. Es una guerra a muerte. Según la versión de Domínguez, Ercilio Veloz Burgos y Plinio Vargas Matos tratan de cubrirse protegiéndose entre dos transmisores. Domínguez ve a Plinio y a Ercilio romper una ventana de madera con sus propias manos, cuando él, a su vez, intenta protegerse ocultándose en el sanitario, pero algo explota y se derrumba el mundo cuando la pared completa del baño se viene abajo. Domínguez queda abierta y desamparadamente al descubierto, se vuelve por instinto hacia la ventana por donde ya habían escapado Veloz Burgos y Vargas Matos y se lanza al vacío. Plinio está allí cerca, tiene un fusil en las manos, corren desesperados y sin aliento hacia una pared frontera entre la vida y la gloria, cuando a sus espaldas se desgarra una explosión monstruosa, hierros y trozos de infierno, blocks de dientes rotos con sus rostros y muecas de cemento enfurecido en un huracán de hierros retorcidos cercenando los aires. Remolinos feroces enrabiados entre nudos de humo negro, repartiendo puñaladas a ciegas desde el vientre enloquecido del averno, un instante antes del fin de mundo.

Ercilio Veloz Burgos explica, a su vez, haber tenido la sospecha tenebrosa de que tropas enemigas rastreaban la ubicación nuestra en los alrededores y así se lo manifestó a Domínguez, advirtiendo con prudencia agorera abandonar el lugar por lo desprotegido. Domínguez decidió permanecer. Ante los primeros signos y ruidos

indefinibles que evidencian el ataque, Veloz Burgos junto a Plinio Vargas Matos rompen una ventana de madera que da al patio y escapan prácticamente juntos. Aclara no haber visto a Luis Acosta Tejeda en el momento en que estuvo allí, es obvio que no coincidieron y, sí haber notado un simple *soldado del pueblo* prestándoles protección, que luce ser quien portara inicialmente aquel fusil que aparece luego en manos de Plinio Vargas Matos en la agonía apocalíptica del final. No cuesta esfuerzo interpretar en qué tesitura patriótica vibraba aquel pueblo, cuando unos días después, ubicados ya en el interior de la Zona Constitucionalista, transmitiendo desde el edificio Copello, alguien devolvió la cartera de Domínguez con pasaporte visado, \$ 200 dólares, y la grabación del Santo Rosario, que como destello milagroso, sobrevivió a aquella catastrófica explosión y al incendio. Fabio Valenzuela, Rafael Moya (*Moyita*) y Gustavo Adolfo Tejeda, estuvieron en un momento dado en esa mañana. Valenzuela había llevado al lugar un pequeño transmisor que le había sido entregado precisamente por Moyita. El destino, por minutos, les desvía del ataque y la explosión y les libra, tal vez de la muerte.

David Atlee Phillips, nombrado jefe de la CIA en Santo Domingo a raíz de la revolución, con un prontuario impresionante, es más categórico que el Gral. Palmer, en sus juicios con respecto a la Radio Constitucionalista. En su libro *The night watch* dedica 39 páginas a analizar la comprometida situación dominicana. Dice:

Recuerdo varias revoluciones en Latinoamérica, aparentemente abortivas, las cuales eventualmente tuvieron éxito simplemente porque los rebeldes controlaban sencillamente una estación de radio (p.146).

Como pólvora en cartucho, estos componentes en boca del jefe de la CIA detonaron desde el principio una guerra a muerte contra la Radio Constitucionalista, tan fiera y desbocada como la que se peleaba en las trincheras. Sigue diciendo el jefe de la CIA:

Los rebeldes controlaban Radio Santo Domingo, la poderosa estación del gobierno establecida por Trujillo. La propaganda desde el enclave rebelde era eficaz y cada vez más Marxista ¿? (interrogaciones nuestras), mientras los voceros de Caamaño requerían respaldo popular. El embajador Tapley Bennett envió cables perturbadores describiendo agitadores barbudos voceando slogans comunistas.

Ojalá esos imaginarios barbudos y los miles que perdieron sus vidas, no le decoren las pesadillas que aún deben estar atormentando su conciencia. Atlee Phillips hace otra alusión a la radio:

Las transmisiones de radio y televisión continuaron, exhortando al pueblo a combatir a las tropas extranjeras y el nuevo gobierno dirigido por Imbert.

Resulta poco respetuoso e indignante, que alguien pretendiera que lanzáramos flores a su paso. Extraño resulta que no nos confirieran el honor de calificarnos como gavilleros, tal que hicieran en el pasado. Quizás el término encerraba la mortificante elocuencia de aquel patriota de los montes, que enfrentó y desconcertó sus pretensiones “gavilleras” en 1916, a quienes nunca pudieron vencer.

Desde el punto de vista técnico, no hay diferencia entre el ensamblaje interesado que incubó el cáncer de una dictadura feroz a su salida de la primera ocupación norteamericana en 1924, y las temperaturas y operaciones

enfermizas del Gobierno de Reconstrucción Nacional en 1965, que materializan la funcionalidad del método en los 22 años de Joaquín Balaguer. Lágrimas y crímenes sin nombre que empequeñecen el abismo merecido y el rastro enorme de sangre que pesa sobre La Era de Trujillo.

En la más elocuente de sus memorias cita a un filósofo compañero de la CIA:

Un agente que había trabajado para mí en Suramérica —le llamaré Pedro—, estaba en Santo Domingo en el momento de la revuelta. Antes de retornar a su país voló a Washington, contactando un amigo mutuo para localizarme. Pedro dijo que era una emergencia y que debía hablar conmigo.

Según Atlee Phillips, la llamada fue marcada desde un teléfono estéril, cuyo número y origen no podían ser rastreados, ni su conversación monitoreada, ni siquiera por la propia Compañía Telefónica. Tan delicada era la información.

Cuando Pedro llamó, me dijo:

La diferencia en Santo Domingo reside en esa estación de radio. Si los rebeldes continúan su propaganda, ellos tomarán el control del país entero. ¡La radio debe ser silenciada! Te digo esto porque yo sé que tu gente puede hacerlo. Puedes enviarle este mensaje a tu oficina dominicana.

Dije a Pedro que yo podía pasar el mensaje, pero que veía pocas posibilidades de silenciar una emisora de radio en el santuario de la zona rebelde. Finalmente, para calmar a Pedro y poder regresar a trabajar, musité algo acerca de hacerlo lo mejor que pueda.

Una hora más tarde la Fuerza Aérea Dominicana bombardeó la estación de radio. La reverberación hizo añicos los delicados cristales de los transmisores de radio y televisión y la capacidad de propaganda rebelde fue efectivamente silenciada por bastante duración. Ni CIA ni el U. S. Government tuvieron nada que ver con esto; en verdad el bombardeo y ametrallamiento de la estación fue una sorpresa para todos nosotros. Pero Pedro nunca creerá esto. Los servicios de cables llevaron la historia inmediatamente. Mi teléfono estéril sonó. Era Pedro. ¡Increíble! exclamó. Él estaba hablando en español, y la palabra es perfecta con su arrastrada “r” para expresar asombro y admiración. Siempre supe que la CIA era buena. Pero tan rápido! Tan absoluto! Mis congratulaciones! He visto a Pedro varias veces desde entonces, y él está aún convencido que yo ordené —en una hora— el bombardeo de Radio Santo Domingo.

Hay más de una estampida notoria en estos procesos. La primera ocurre cuando las plantas de transmisión y antenas son bombardeadas, silenciadas y el palacio Radiotelevisor es ametrallado violentamente desde el aire, contándose algunas bajas civiles en los alrededores. Las tropas norteamericanas establecieron puntos estratégicos de ubicación al oeste e inician un violento avance nocturno con la apertura del cordón, dividiendo en dos la ciudad y arrinconando nuestras tropas en la parte baja de la misma. Este mutis desconcertante, y es lo que buscaba el Gral. Palmer, no debía prolongarse. El edificio fue abandonado y los locutores oficiales de RSDTV buscaron ocultarse y protegerse. Es lo que llevó a Franklin Domínguez y el grupo recurrente a aquel callejón suicida en las plantas de HIZ en el María Auxiliadora. Los locutores de RSTV escapan,

y no reaparecen en escena hasta que disminuye la crisis y la lucha resurge en el edificio Copello, en los estudios de la legendaria HIZ, ya ubicados en el interior de la Zona Constitucionalista. Uno de aquellos colaboradores iniciales no tuvo la suerte suficiente y fue capturado. Su nombre queda inscripto entre los mártires aportados por aquella Radio de Abril. Estuvo solo unos días con nosotros en las transmisiones fogosas y desafiantes del inicio, su nombre: Pablo Rossó Pérez. Amarrado a una soga maldita a la cola de un jeep, fue arrastrado sin misericordia y brutalmente despedazado hasta la muerte.

El vacío no se produjo, el grupo recurrente de que hablo más arriba, aquellos que desafiaron los riesgos junto a Domínguez en la voladura de las plantas de HIZ y luego en aquel sanitario ratonero, siempre estuvo activo, siempre presentes, siempre los mismos nombres. Ignorantes del movimiento de Domínguez, habíamos extendido a lo largo del patio de RSDTV los cables de la emisora de frecuencia modulada y los habíamos llevado hasta la pared contigua a la vieja residencia de Petán Trujillo, remontando la pared hacia una marquesina de una casa de dos plantas, cuyo frente da a la 30 de marzo, hogar de nuestro compañero Lora Medrano. Desde allí continuamos las transmisiones clandestinas de la Radio Constitucionalista, desde un sanitario, utilizando el asqueante inodoro como asiento. Manolo Quiroz y su hermano el *Pollito* posibilitaron el complicado ensamblaje técnico; Quiroz facilitaba su volkswagen blanco, mientras el productor de TV Nelson Caba y el popular técnico Rubio del Figureo removiendo los asientos de atrás, hacían espacio, colocando en su lugar recipientes, para obtener combustible para la planta desde una estación de gasolina en las alturas propiedad de un pariente de Quiroz. En una trágica ocasión Caba, quien había retenido uno de los jeeps del canal e improvisado un largo tablón como camilla ante la cantidad de víctimas

dispersas, recogió el cadáver baleado al azar de César, transportó su desgracia hasta el cementerio de la Máximo Gómez y allí fue sepultado en una nutrida fosa común. Manolín Santana, otro de los técnicos, era el encargado de echar la transmisión al aire; extraía gasolina de los vehículos para alimentar la insaciable planta y mantener viva la emisora. Extrayendo el aire de los neumáticos, inutilizaban los vehículos para que no pudieran ser trasladados del área de la emisora y que estos pudieran, eventualmente, ser utilizados contra la revolución.

El instante no aparece recogido en ninguno de los libros que analizan la Guerra de Abril en los archivos norteamericanos. Transmitíamos desde un tosco sanitario, situado en un zaguán a la izquierda, visto desde la 30 de Marzo, justo al lado de la casa de Petán Trujillo de la esquina Tejada Florentino, con un pequeño transmisor portátil, teniendo como asiento el desgarrado y asqueroso inodoro. Una mañana Milán Lora recibió llamada de advertencia inminente del G2, los americanos, con sus localizadores, se estaban acercando. Aquello era tierra de nadie, sin protección. Tumbamos la transmisión y sentados en el piso del segundo nivel esperamos, sin tensiones, el destino. Los americanos estuvieron, sin imaginarlo, apenas a 20 pasos de donde estábamos. Se detuvieron justamente en la esquina, frente a la vieja casa de Petán Trujillo y luego retrocedieron. La Radio Constitucionalista nunca pudo ser sacada del aire. Hay una continuidad coincidente y terca que debe haber desconcertado inicialmente al enemigo. Allí estábamos Ercilio Veloz Burgos, Plinio Vargas Matos, Rafael Moya Valdez (*Moyita*), Fabio Valenzuela, Franklin Domínguez, Lora Medrano, y un señor mayor de apellido Milán Lora. Como es notorio, algunos de los nombres corresponden a los escapados milagrosamente en la explosión de la planta del María Auxiliadora.



Las izquierdas parecen haber tenido brevemente un transmisor en el aire en aquellos inicios, simultáneo a las transmisiones desde RSDTV. Según Fiume Gómez, fue facilitado por Euclides Gutiérrez Félix. De hecho recibí en mi casa una llamada telefónica de Miñín Soto en algún momento, pidiéndome que me integrara a aquel grupo, insisto, ya cuando transmitíamos desde RSDTV y teniendo los americanos en las narices, evidentemente posterior al 28 de abril. Recuerdo sus palabras:

—Fernando ven pa'ca', Piki está aquí con nosotros. Le respondí:

—¿Están locos? sálganse del aire, ustedes van a justificar lo que están diciendo los americanos.

Las historias brutales que desbordaron un rastro rencoroso de sangre en aquella Operación Limpieza, se fue acentuando en la zona norte y nos vimos forzados a cruzar el cordón cuando se instala en El Conde la Radio Constitucionalista, en los estudios de HIZ en el edificio Copello. Manolo Quiroz asegura que, antes de ello, al parecer un primer propósito, llegaron a colocarse unos transmisores en el hotel Presidente, frente al parque Independencia, citando el nombre de Rafael Sánchez entre los técnicos, sin embargo, no hay referencias de que desde allí se realizaran transmisiones en ningún momento.

La segunda estampida ocurre en los ataques del 14 y 15 de junio a la Zona Constitucionalista por las tropas del Gral. Palmer. El ataque rompe violento desde el área que abarca la planta del Timbeque, y delata el verdadero propósito. El Gral. Palmer, en su libro, trata de atribuir la reacción de los norteamericanos a provocaciones nuestras, cuando era ya un secreto a voces que en cualquier momento los norteamericanos intentarían barrernos. Filtrar el rumor de un inminente ataque obedecía a una manoseada estrategia militar, una filosa arma psicológica, característica en este tipo de conflictos. Los escrúpulos

mortificantes de Palmer obedecían a la permanencia estoica y comprometida de una valerosa población civil que había respaldado al combatiente y compartido voluntariamente, sangre, sufrimientos, lágrimas, tumbas, riesgos, sacrificios y lucha. Los norteamericanos contaban con que el rumor provocase una estampida de civiles aterrados abandonando la Zona y que los comandos quedaran prácticamente solos, creando así las condiciones que les permitiera barrernos sin contemplaciones, con el menor riesgo de sacrificar la población civil. La estrategia no funcionó. El pueblo se quedó junto a nosotros. Hubieran tenido que tomar la ciudad de puerta en puerta y nosotros conocíamos cada callejón de la ciudad, ellos no. El costo en bajas hubiera sido enorme. Injustificable ante el pueblo norteamericano.

Los nombres que aparecen en el momento de la voladura de las plantas de HIZ, que luego están transmitiendo desde aquel sanitario heroico, son los mismos suicidas recurrentes que están en pie el 14 y 15 de junio en el Coppel; el resto de aquellos locutores oficiales de RSDTV escapó, desde días antes, de la zona. Algunos nombres se suman y asumen el instante sin retorno de aquel infierno, como el de Mario Báez Asunción y Martha Jane, norteamericana compañera del poeta y actor Miguel Alfonseca, que en aquel riesgoso momento, sin ninguna prudencia ni recato, presentaba meses avanzados de gestación. Iván García y el poeta Juan José Ayuso quien escribía, junto a Franklin Domínguez, los llameantes editoriales que mantenían encendido el espíritu de lucha del pueblo combatiente.

Unos 10 días antes del ataque, el maestro Solano me había llamado por teléfono para advertirme lúgubremente. Horacio Pichardo, quien se movía en aquellos ambientes de frivolidades y contemporizaciones al margen de la guerra, le había confiado haber escuchado el

comentario sobre la inminencia del ataque, en una de estas fiestas en el Country Club:

—Fernando, van a entrar, sal de ahí, tú no compones nada; me lo dijo Horacio.

Le respondo, sin aspavientos:

—Fello, yo estoy aquí por principios, no por más nada. Nosotros no vamos a poder con los americanos, pero nos vamos a llevar a muchos, muchos de ellos por delante.

Las verdaderas razones que explican el despiadado ataque se argumentaban ya, desde semanas atrás. Días antes del 15 de junio, que no podría precisar con exactitud, recibí una llamada de Luis Acosta Tejeda:

—Fernando, Caamaño quiere hablar contigo. Te espero mañana a las nueve en la emisora.

—¿Qué pasa?

Sin alterarse me responde cortante:

—¡A las nueve, en la emisora!

Y cuelga.

Antes de las 9 ya estoy en el Copello. Unos minutos antes de la hora, Luis se aproxima discreto y escuetamente, casi en secreto, me dice: *Vamos*. Le sigo algo desconcertado: *daba por sentado que la entrevista sería en el Copello*, donde Caamaño tenía oficinas en el 3er. piso. Bajamos de la emisora al Conde y tornando hacia la izquierda, tomamos la primera cuadra hacia el norte de la Sánchez, subiendo hacia la Mercedes. A media cuadra, a nuestra derecha, nos detuvimos y subimos sin prisa unos escalones hacia un segundo piso. La puerta estaba abierta, es obvio que nos aguardaban. Sin cuidar ningún protocolo, Luis se mueve prudentemente a mi derecha y quedo al centro de la escena. Frente a mí está Caamaño, su camisa militar usualmente empapada en sudor, su rostro heroico, su figura compacta y recia, ilumina al centro de aquel Estado Mayor en fila y pendientes de mí. Desde Veje hasta Chivú. Armas en mano, todos de pie y en un

frente sin huecos, que abarca el espacio completo a lo ancho de aquel dramático escenario. No hay saludos ni pérdidas de tiempo. Percibo, sin proponérmelo, la urgencia de la información. No hay preámbulos.

Caamaño me mira a los ojos. Solo un instante. Le escucho. Es presumible que, independientemente de una inobviable carrera artística, habría sido exhaustiva y nutridamente informado sobre mis antecedentes profesionales: empleado de The Bank of Nova Scotia durante 10 largos años, habiendo renunciado al mismo siendo todo un glamoroso pro-manager, apenas hacía dos años. Va directo:

—Casado, ¿qué usted cree de permitir abrir las cajas de seguridad de los bancos a los clientes, para que puedan retirar sus propiedades?

Respondo tranquilo, midiendo la dimensión comprometida de cada palabra:

—Bueno, el dinero que manejan los cajeros es determinado por el nivel de operaciones diarias; el excedente que se acumula por los depósitos se guarda en las bóvedas y periódicamente son depositados en el Banco Central. Nunca hay una acumulación exagerada de efectivo. Ahora, la verdadera riqueza está en esas cajas de seguridad: Títulos de propiedades, hipotecas, contratos de préstamos y de todo tipo, papeles de depósitos en bancos a plazo fijo, dólares, oro, joyas, acciones de empresas, inversiones y negocios, papeles de valores e inversiones aquí o en el extranjero, garantías de préstamos, etc. etc. Sería astronómico calcular el valor en efectivo de toda esa riqueza. Hago un breve silencio y concluyo:

—Podría ser una imprudencia permitirlo.

Caamaño da la impresión de no haber perdido una sola de mis palabras. No bien había pronunciado la última frase, con la conciencia de que ambos cumplíamos sencillamente con un deber, militarmente solo dijo:

—¡Gracias!

Para el Coronel de Abril, todos éramos, sencilla y responsablemente, *combatientes*, y eso éramos, simples soldados de la revolución y él, nuestro comandante en jefe. Di media vuelta, bajé los escalones sin premura y regresé hacia mi trinchera, sin esperar siquiera por Luis Acosta Tejeda.

No tengo dudas de que muchos expertos, confiables, fueron necesariamente consultados, dada la delicadeza sumamente riesgosa del evento; incluso, asumimos la posibilidad de que algún asesor indelicado pudiera haber favorecido tal desquiciamiento. Caamaño sabía que había que desnuzar aquel entramado ambivalente con aséptica prudencia antes de una decisión. La guerra no perdona errores.

No cedió a las presiones. Se negó a permitir que se tuviera acceso a las cajas de seguridad de los bancos. Era la excusa que el Gral. Palmer esperaba; decidió tomar a sangre y fuego la ciudad. Es obvio y, lo delata, la ferocidad y estrategia de su primer ataque, dirigido a apoderarse de la zona donde estaban ubicados precisamente los Bancos más importantes del sistema.

Vivíamos sin pensar en mañana, conscientes de que el próximo minuto podía ser el último de nuestras vidas. Una bala curiosa o un mortero al azar, no eran preocupaciones para nadie en aquel frente de guerra en que se había convertido cada esquina de la Ciudad de Abril.

Estoy en la Gral. Cabral esa mañana desde muy temprano. Acudía a un encuentro respetuoso con alguien de mis cariños. Había notado las descargas y tiroteos insistentes hacia el norte, al parecer en dirección al área del parque Enriqueillo de Villa Francisca, cercano al área donde hacia frontera el cordón de los americanos. No creo haber estado más de 15 minutos allí. Las descargas aumentaban sospechosamente en volumen y frecuencia, cuando le digo a Ligia y sus amigas, alterando la breve conversación:

—Trata de salir de la zona, no te quedes, que algo raro está pasando. Yo me voy a la emisora.

Salgo, doblo con prisa la Isabel la Católica y subo la Restauración. Llego a la Duarte, pero la metralla baja barriendo como catarata sin control desde las posiciones americanas de la Duarte arriba. Un infierno de balas estallando como escupitajos en las paredes del colmado de chinos de la esquina, me detienen. El que intente cruzar es hombre muerto, pienso. De repente, noto que hay alguien a mi derecha; está subido al quicio de una puerta cerrada. Trata de protegerse, aplastándose de espaldas a la puerta. Lo reconozco. Es José Jiménez Belén, notable periodista y amigo del alma. Junto a José Escalante estuvo al frente del periódico La Nación en esos días feroces y parecía dirigirse allí:

—José no hay quien pase por ahí; vamos a bajar por detrás de las Ruinas (de San Francisco).

José me escucha y prudentemente damos marcha atrás para tomar la Hostos y que las ruinas nos sirvan de protección. Tomamos con prisa Las Mercedes y me desvío en la Sánchez. Fui directo a la emisora. José se fue directo a una embajada.

La Emisora luce crítica. Me doy cuenta al instante. Solo están allí los personajes de aquel mismo grupo “Recurrente” que han estado siempre en los momentos críticos. Nuevamente, los locutores oficiales de RSDTV, habían desertado de la zona. La ciudad ruge de morterazos y metralla. Algunos proyectiles vagabundos silban lejanos o estallan indiscretos en las cercanías. Comienzan a llegar informaciones de bajas y heridos que no atormentan a nadie. El que está allí es porque escogió estar allí, no importan las consecuencias. La mayoría nos ubicamos en el amplio salón que servía de oficina y hogar a Franklin Domínguez, al final del pasillo del 2.º piso, hacia el este del edificio Coppello, donde muchos solían tirarse a dormir o descansar la lucha en pleno piso o en alguna colchoneta improvisada, cuando las circunstancias de la guerra lo permitían.

Al atardecer, cuando la presión pareció ceder un poco, decido ir a casa. Mi hermana Mirtha, con su esposo y los niños, se habían trasladado a San Cristóbal y me habían pedido quedara al cuidado de su apartamento en la 19 de Marzo. Allí nos habíamos ubicado René del Risco y yo, compartiendo, casi todas las noches con Piki Lora, Josefina, Aguiló, Popó y restos del comando de macorisanos de la época de Manolo Tavárez. Otras veces con el fosforescente Perita Martínez y el trágico Narciso González. De hecho René del Risco abandonó la Zona en esa triste ocasión, como igualmente había sucedido desde mucho antes con Freddy Beras. Tomé la Santiago aún bajo el tiroteo, cuando desde la casa de la familia del Dr. Grillo, en la esquina José Reyes, entre alaridos angustiosos y alarados, me piden a gritos que me detenga. Insisten en la peligrosidad y los riesgos inminentes de continuar temerariamente avanzando. Generosamente me ofrecen la protección de su hogar. Dormité allí esa noche. Lloré de rabia e impotencia.

A la mañana siguiente despierto alucinado entre las iras de explosiones y metralla. Me preocupa mi hermano Hugo, quien figuraba en el comando de la iglesia de San Antón. Hacia allá me dirijo, pero nadie puede darme noticias. Sospecho lo peor y tomo la Santomé hacia el destino. Enfilo mi angustia hacia el hospital Padre Billini. Las balas realengas zumban tercas en las Mercedes. Parecen venir sin apellidos desde Los Molinos, pero tengo que cruzar. Me arriesgo temerariamente, me lanzo y cruzo en carrera entre el fragor rabioso de las balas perdidas. Paso El Conde y llego al fin, tenso y dramático a la esquina del hospital.

La cuneta herida es un río de sangre incontenible, no exagero. Decido entrar por el área de emergencia y mis zapatos se empapan con la sanguaza que baja tormentosa

en la inclinación. Subo tres pisos hacia el infierno, inconsciente que transito en el fúnebre silencio hacía una inesperada morgue. De repente ante mí se levanta, sorpresivamente, como un insulto maldito, toda la rabia de la tragedia. Un escenario descarnado, macabro. Sobre una meseta impudorosa, extendido y casi desnudo, boca arriba y letalmente dormido, desnutriendo una tez amarillenta repugnante, bajo el morbo mortecino e incoloro del que ha perdido hasta la última gota de sangre, yace un cadáver. No percibo heridas. Como un beso rojizo, una mancha indiscreta mordiendo sobre el cuello, delata la tragedia. El odio de una mira lejana, un grito sin su nombre y una maldición certera, le destrozó la yugular. Me acerco fríamente, sin emociones contemplo el cuerpo sin vida de André Rivière, el francés. Invaluable soldado. Había emigrado hasta aquí, desde aquella Legión Francesa de leyenda. La vida le concedió la gloria de morir heroicamente.

Una segunda meseta retuerce la sinrazón absurda de aquella irrealdad macabra, mi mirada se tuerce hacia otra dantesca visión más allá de Riviere. La guerra insensibiliza las almas y se aprende a vivir la crueldad de la muerte y la sangre como cosa natural. A tantos años de distancia del suceso, mi memoria lo retrata. Sobre el cemento desbordado de sangre, amontonados sin orden en una pira infame que llegaba hasta el techo, torsos y pedazos de miembros, cabezas destrozadas e irreconocibles, brazos y piernas desgajados, brotes de costillas e intestinos desprendidos como cortinaje fatal, huesos quebrados con pedazos de carne cercenados. Manos con dedos descarnados, muñones arrancados de cuajo, rostros despellejados y desprendidos de ojos colgantes. Una comedia infernal que el propio Dante no hubiese imaginado.

Iba a bajar por donde había subido, pero la sangre corría como serpientes asustadas escaleras abajo. Me fui a las salas en busca de mi hermano Hugo. No estaba allí.



Bajé al primer piso e iba hacia la puerta cuando irrumpe intempestivamente Montes Arache con el grupo de los ranas. Jamás he olvidado la gravedad de su rostro. Me muevo a un lado, pero Montes Arache, visiblemente alterado, ni siquiera se ha dado cuenta que estoy allí. Decido volverme y seguirlo. Hago el mismo recorrido detrás de ellos y me quedo discreto detrás de él. Montes estuvo de pie unos minutos frente al cadáver, silencioso, lejano. Lo sentía en una indignación apocalíptica, como si en ese instante las furias calladas de la naturaleza desataran los vientos de la creación silenciosa sobre sus iras interiores. Dio media vuelta y bajó sin pronunciar una sola palabra. No pude alcanzarlos. Había una prisa diabólica en sus pasos. Pensé: Hoy matan a Montearache. Y regresé con una vida más cara, a la emisora.

Convocamos, en plena revolución, a reunión para crear una nueva asociación de locutores. Se realizó en el estudio de HIZ del Copello. Fuimos elegidos presidente de la misma, y la brillante y talentosa Dra. Norma Santana, secretaria general. Más adelante, se arribó a una solución negociada del conflicto y se instaló el gobierno de transición de García Godoy. Se promulgó la ley de reintegración.

Los locutores oficiales se negaron rotundamente a subir hasta La Voz Dominicana y reintegrarse a retomar el escenario, creando un vacío de unidad en la rebuscada solución al conflicto. El riesgo acechante de perder la vida era real desde el inicio de la guerra. Insistí, agitador decidido, a voz en cuello en pleno Conde, a la puerta del Copello, que:

Cuando sonaban los tiros, los muchachos se iban a las trincheras sin que importara la vida. Ahora es el turno de nosotros.

En la ceremonia de toma de posesión de Franklin Domínguez como director interino en la Dirección General del Palacio Radio Televisor, ya establecido como Director de Prensa de García Godoy, estuvimos presentes, solo tres personas pertenecientes al sector constitucionalista: el propio Franklin Domínguez, Iván García, quien había sido técnicamente nombrado director de Bellas Artes y yo. Nadie se atrevió a enfrentar tales riesgos, no obstante haber celebrado una reunión previa de conjunto en la Zona, planteado la necesidad estratégica de la reintegración, como síntoma de paz y concordia, sin que importara la posibilidad de que alguno pudiese perder la vida, con tal de contribuir a la necesaria solución de paz del país.

Una torpeza imprevista había precipitado los acontecimientos en esta delicada y frágil coyuntura. Ante la negativa de los locutores a arriesgar su presencia física, y dado el sano y estratégico mensaje de integración de paz hacia el pueblo, que significaba escuchar de nuevo las voces de los locutores constitucionalistas junto a las voces que se sumaron a Radio San Isidro, se empleó una poco responsable solución técnica. Se grababan las noticias y comentarios en los estudio de HIZ en el Copello, y se enviaban grabadas a Radio Sto. Dgo. TV. para que fuesen incluidas en la programación y transmitidas al aire desde allí.

Uno de aquellos comentarios, imprudentemente inoportuno, lastimó la hipersensibilidad amordazada de la erizada gente de San Isidro, provocando la precipitada presencia de un grupo de militares en Palacio y la protesta formal ante el presidente García Godoy. Esto precipitó la sustitución en la interinidad de Domínguez, quien apenas podía dedicar tiempo a gerenciar la emisora oficial, desempeñando a su vez la responsabilidad en Palacio como secretario de Prensa, en aquella coyuntura de tan crítico, filoso y comprometido momento histórico. No dudamos que aquellos militares tuvieran razón. La guerra

había concluido. Es obvio que el lenguaje debía manejarse con diplomática voluntad inteligente y sentido conciliador, nunca en términos que pudieran reactivar enfrentamientos o enconar nuevamente el escozor mentolado de la crisis. Domínguez hubo de ser sustituido. En el ceremonial de entrega de funciones por Domínguez, coincidimos nuevamente presentes, solo Iván García y yo. Los locutores estaban negados a asumir riesgos y realizar la proclamada y necesaria integración desde Radio Sto. Dgo. TV.

Dada la ya planificada estrategia de integración como paso objetivo hacia la paz, casi al marcharnos de la finalizada ceremonia de cambio de funcionarios, se produjo un preocupado comentario de mi parte, en el momento en que solo permanecíamos en la Dirección General: Domínguez, Iván García y nosotros, mientras aquel recogía sus papeles:

—Franklin, esto vuelve a estar en manos de la gente de San Isidro. Tú, eras el único de nosotros que figuraba, no hay nadie de allá abajo aquí.

Domínguez, prudentemente, asumió el comentario en toda su dimensión. Sin pensarlo contestó:

—Hazte un memorándum de nombramiento como jefe del Departamento de Locutores, para firmarlo.

Me instalé ante la maquinilla, pero su mecanismo eléctrico y su velocidad me confundían. Iván García estaba presente. Le pedí a Iván que lo hiciera él. Éste, rápida y expertamente concluyó el memorándum. El hecho de haber sido ya sustituido formalmente, desautorizaba a Domínguez a firmar documento alguno como Director Titular Interino de Radio Santo Domingo TV. En esas eventuales circunstancias, el documento hubo de fecharse como emitido el día anterior. Ni siquiera nos ocupamos de hacerle copias para archivo. Las razones de esta precipitada estrategia atrevidamente informal, que justificaban su motivación en tan tensas y frágiles circunstancias, estaban por encima del rigor de formalidades

y tecnicismos rutinarios. Lamentablemente la guerra no había terminado.

Franklin firmó mecánicamente. Guardé el documento en el bolsillo, sin imaginar que para mí se iniciaba otra guerra. Decidí, ya en la tarde, reunirme con Luis Acosta en su apartamento en altos de Ferretería Read. Comentarle la improvisada salida a la imprevista situación surgida y sus causas. Una extraordinaria solución decidida ante la objetiva circunstancia, forzosamente entrampante, de que los locutores oficiales de RSDTV, con razón o sin ella, permanecían negados a correr el riesgo de abandonar la seguridad de la Zona Constitucionalista y reintegrarse a sus labores en la desprotegida zona norte, donde estaba ubicada la emisora. Para cualquier soldado constitucionalista los riesgos no contaban, sino el deber. Muchos ofrendaron sus vidas. En ese momento, todos éramos soldados.

Luis Acosta, para mi sorpresa, había sido ya minuciosamente enterado y evidentemente urticado, no compartía la conspiradora actitud. Como reguero de pólvora, mi nombramiento como advenedizo jefe de locutores, había despertado una predisposición feroz. Me informó que los locutores habían convocado para una reunión consultiva en la Palo Hincado y que todos estaban allí, en los bajos de una antigua casa de dos pisos, próximo a la Puerta de la Misericordia. Me conminó insistentemente a que me presentara sorpresivamente allí. Rehusé de plano, manifestándole mi desinterés en el bendito nombramiento. Luis entendía aquello como una riesgosa y extemporánea insubordinación, cuando aún los zarpazos de la guerra no habían concluido. Insistió indignado, presionando con lógica agresiva, hasta vencer mi resistencia.

No tuve que tocarles, las puertas estaban abiertas. El espanto de mi presencia sorpresiva, inconcebida, inimaginada,

cercenó el ambiente chabacano y compadrero de conversaciones y risas, y congeló, en un silencio expectante, aquel predispuesto y espinoso fórum.

Ni siquiera tuve el gesto de sentarme. Me moví un paso para quedar frente a ellos. De pie, mis palabras resultaron, sin proponérmelo, desafiantes, espontaneas y categóricamente responsables:

—Estoy aquí, porque se me dijo que Ud. no está de acuerdo con que a mí se me haya nombrado jefe de locutores. Quiero que ustedes sepan que eso ha sucedido porque al quitar a Franklin, no ha quedado nadie de aquí abajo, allá arriba. A mí no me interesa ser jefe de locutores. Yo no me involucré en esta revolución para ser jefe de locutores, para mí eso es mierda, no me significa nada.

Me moví un par de pasos a mi izquierda, hacia una mesita breve, levanté el auricular del teléfono, manteniéndole en mi mano izquierda, mientras volvía el rostro incisivamente hacia ellos, increpándoles:

¿Quién quiere ser jefe de locutores?

No hubo respuesta. Insistí.

¿Quién coño quiere ser jefe de locutores? que yo voy a llamar inmediatamente a Franklin al Palacio, para que lo nombren. ¿Quién quiere ser jefe de locutores?

Fui irrespetuosamente ofensivo, señalándoles al rostro con el dedo, uno por uno, por uno, por uno:

—¿Tú quieres ser jefe de locutores?

—No, no.

—¿Y tú?

—No, no, yo no.

—¿Y tú... y tú... y tú... y tú?...

—¡Déjenme decirles que yo hago esto porque me da la gana, porque los mismos méritos que puedan pensar ustedes que tienen, los tenemos todos!

Di media vuelta y salí tranquilamente, sin siquiera despedirme.

A la mañana siguiente me presenté al histórico Departamento de Locutores de Radio Santo Domingo, luego de saludar amablemente a la secretaria Lilian Carlo, excelente soprano, excelente secretaria, excelente persona. Buena amiga desde muchos años. Entré a mi despacho, llegué hasta mi escritorio, tomé posesión, y con toda normalidad le solicité:

Lilian, por favor, consígueme la lista de todos los locutores.

Las horas tensas  
del Matum



Panorámica del hotel Matum, en donde se escenificó una sangrienta lucha entre los bandos enfrentados.



**M**e decidí a morir. Ni siquiera intenté elaborarlo. Se impuso por sí mismo, como un ordenamiento impensado inapelable. Sorpresivamente, estábamos enfrentados al drama súbito de una inescapable realidad: la Guerra de Abril no había terminado. Quisiéramos o no quisiéramos, aun éramos combatientes.

Permanecimos tranquilos e imperturbables en medio de aquel tenso silencio de tumba, absoluta y voluntariamente aislados, ubicados en la oficina de prensa, en el segundo piso de Radio Santo Domingo.

La emisora había sido silenciada sin previo aviso y el personal completo, alarmado ante las noticias del ataque al grupo Constitucionalista aislado en el área del hotel Matúm de Santiago, abandonó precipitadamente el edificio.

Es un particular momento de terquedad explicable. Asumimos, con todas sus consecuencias y riesgos, la tórrida realidad que podía significar el reto de permanecer absolutamente solos en aquel monstruoso edificio, totalmente vacío. Tratándose del bastión oficial de propaganda del estado, entendimos que en algún momento debía ser atacada, sometida o tomada. Nuestra decisión fue permanecer y enfrentar el destino cual que fuese.

Momentos antes del mediodía, bajé y dirigí mis pasos hasta el lobby atravesando sobriamente la puerta de entrada. Salí al frente unos pasos delante de la extensa acera, a fin de observar el ambiente circundante y permanecí

allí unos minutos. Un reverbero expectante y tumultuoso hervía a los extremos de ambas esquinas. A la distancia, nudos abarrotados de gente alborotada, tanto hacia la San Martín como hacia la Barahona, sin simular su bellicosidad excitada y la tensa expectación, agitados como estallante oleaje embravecido, apenas lograban contener el desborde relampagueante del relente flamear de la ira enardecida.

Surgir inesperadamente desde el interior de la emisora, agravó la algarabía. Algunos lograron reconocerme. Escuché gritos de alarmada, prudente y casi desesperada advertencia:

—Fernando, Fernando, sal de ahí, sal, sal de ahí...

Volví sobre mis pasos, sin tomar en cuenta los gritos sin sosiego de su alarma suplicante, ni el tono oscuro de los riesgos a que nos exponíamos y regresamos tercamente a desandar nuestros pasos, ubicándonos nuevamente al segundo nivel en el abandonado Departamento de Prensa. Habíamos tomado una obsesa decisión. Lo que ocurriera en el Matúm, que nos ocurriera a nosotros.

Subí al amplio salón y permanecí allí tranquilo por horas y horas y horas interminables, en medio de aquel tenso silencio solitario. No recuerdo haber comido ni bebido nada en todo aquel secuestro del tiempo. Pasarían quizás de las cuatro y treinta de la tarde, cuando inesperadamente sonó el timbre del teléfono. Era Franklin Domínguez desde su oficina de prensa en el Palacio Nacional. No recuerdo sus palabras, solo la urgencia de ir a Palacio. Estuvimos en su oficina y me entregó un par de Comunicados. Desmentían la gravedad de la situación, garantizando, sobre todo, que Caamaño y el resto estaban ilesos, etc...

Regresé a Radio Santo Domingo, localice uno de aquellos sacrificados técnicos de controles, de quien lamento no haber podido conservar su nombre y diligentemente

lanzamos de nuevo la emisora al aire. Uno de los locutores oficiales se presentó y le colocamos inmediatamente en cabina máster. Estaba notoriamente borracho. Le entregué los comunicados para ser leídos al sustituirme en cabina, advirtiéndole hacerlo, cada dos o tres discos, alrededor de cada 10 o más minutos, a fin de calmar las dramáticas expectativas en una tensa población a ciegas, y regresé a la oficina de prensa.

Por encima de aquel notorio estado de embriaguez, es justicia reconocer el valor personal demostrado al hacer acto espontáneo de presencia militante, en aquel comprometido momento de escapismos, desamparo, incertidumbre e impredecibles riesgos. Sin embargo, sin que podamos entender su lógica, se produjo una lamentable situación de enfrentamiento, en la que nos vimos obligados a asumir con responsable decisión la magnitud del momento, frente a la conducta perturbada del afectado locutor. Los tragos no excusan el valor ni el miedo; tanto el coraje como la cobardía son valores innatos, nacen, viven o mueren en el hombre. Solo que, usted descubre sus temores o su valor, cuando la vida le enfrenta al momento, las circunstancias y a sí mismo. No hay pastillas ni rones que puedan cambiar el orden de la naturaleza.

Noté que este, no había cumplido con el ordenamiento que habíamos instruido de difundir los importantes comunicados enviados desde Palacio. Notoriamente, una irresponsable actitud frente al compromiso oficial de difundir tan crítica información, en momentos, podríamos considerar de riesgoso desamparo para la tranquilidad del país. Regresé con premura a la cabina máster. Algo en la severidad de mi actitud o en la ebriedad de su inconducta afectada, le hizo interpretar o hasta temer cierta agresividad de justificada exigencia en nosotros. Mi nombramiento como jefe de locutores, nunca fue grato para los viejos locutores oficiales de Radio

Santo Domingo, herederos infecciosos del “Petanato”. Éramos considerados un injerto advenedizo. Aunque nos importaba un pito, lo sabíamos. Nuestro osco reclamo a la orden de transmitir los comunicados cambió de rumbo, cuando su actitud nerviosamente culpable, ya aparatosamente de pie ante nosotros, manifestó el gesto agresivo de intentar extraer de su cintura una supuesta arma de fuego. No reaccioné. Ni siquiera lo tomé en cuenta.

—Qué coño me estás tú haciendo aguaje, si tú fuiste de los que se mandaron el 14 y 15 de junio allá abajo, o lees la vaina o te boto.

Dimos media vuelta y salimos del máster. Cuando llegué a la oficina de prensa, retumbaba ya en su hermoso timbre gutural, ligeramente estropajoso, el mensaje refrescante de los comunicados.

Alrededor de una hora más tarde, Franklin Domínguez, acompañado de don Fabio Herrera hicieron acto de presencia inesperada. Permanecieron unos diez o quince minutos y luego se marcharon. No recuerdo detalles de su conversación o instrucciones. Su presencia era garantía tácita de normalidad. No estaba equivocado. La programación continuó normal... hasta el sol de hoy.

En la mira del FBI



**M**e olvidé de la confirmación del acuerdo de Bosch y Balaguer para el golpe de Estado contra el Triunvirato hasta muchos años después, cuando ya exiliado Manolín Jiménez en Puerto Rico, me brindó su casa y manoseamos un montón de sucesos, entre otros y muy en especial, que el agente del FBI que los visitaba a modo de chequeo, una vez al mes, habría preguntado en una ocasión que:

¿Qué ha tenido que ver el artista Fernando Casado con su partido?

Analizamos el asunto. No dejaba de ser delicado. El único suceso que recordaba con relación a su partido, había ocurrido mucho tiempo atrás, en una ocasión casual. Rafaelito Martínez, uno de sus activistas importantes, al pasar frente a la casa de la familia Gautreaux, descubrió mi presencia allí y se acercó para comunicarme diligentemente que Manolo tenía urgencia en hablar conmigo. Llamé a Manolo y frente a su invitación a ligarme a su grupo, hube de manifestarle mi desinterés en esas cosas, que yo era un artista, no un político, y que sin embargo, en ese sentido y dada nuestra amistad, podía colaborar con él sanamente. Le indagué si habían confeccionado en esa reunión donde se barajó mi nombre, alguna lista con los nombres de potenciales personajes que él interesara contactar para ligar a su partido. Su respuesta fue afirmativa. Le advertí:

Tienes un espía en ese grupo. De seguro esa lista de potenciales nombres, aún sin depurar, pasó a la embajada y de ahí al FBI.

Manolo estuvo de acuerdo y comenzaron a conjeturar nombres. En la primera visita que efectuó el agente del FBI a la casa, estando viviendo yo allí, Mota, que se había asilado junto con él, vino discretamente a decírmelo. Fui directamente a su encuentro, deseoso de saber qué problemas podía yo tener con el FBI. Le saludé y sin rodeos le adelanté:

—Yo soy Fernando Casado.

Me devolvió el saludo con educada y afectuosa simpatía. Era evidente, estaba en el focus nervioso de los americanos.

Las razones son explicables. A raíz de la reaparición intempestiva y arribo inesperado de la guerrilla de Camañaño, había protagonizado un desagradable e impensado incidente al llegar a la entrada de La Voz Dominicana para mi actuación de ese día en el fabuloso Show del Mediodía. Los militares habían ordenado un chequeo a la entrada para toda persona. El militar de servicio me pidió le abriera el maletín donde llevaba la música de mi repertorio. Me negué a hacerlo indignado. Le dije:

—Yo no soy un pone bomba. Estas canas me han salido entrando y saliendo por esta puerta. Lo que yo hago es cantar, además, si fuera Marco Antonio Muñoz usted no se atrevería a decirle que le abra el maletín ¡coño!, pues yo no lo abro, mejor me voy.

Di la espalda y me fui a la casa.

A la semana siguiente volví a tener un segundo incidente. Entré en mi auto por la puerta trasera que da al patio de la emisora para mi actuación de ese día. Mientras estacionaba, se acercó un oficial ordenándome abrir el baúl. Luego que abriera este, me pidió le mostrara la gavetita



interior. Luego de observar, me dio permiso de entrar. Le insinué:

—Y a mí, ¿no me va a registrar?

Respondió con la formalidad de quien sencillamente cumple un servicio:

—No, no, está bien.

Veníamos de una guerra, las heridas estaban aún en carne viva. Respondí inconsecuente:

—Pues yo no vuelvo más a esta vaina hasta que ustedes no se vayan de aquí.

Me fui a la casa. Dos días después recibí llamada de Rafael Rivas Jeréz desde Puerto Rico, con la tentadora propuesta para actuar en el suntuoso hotel Ponce Intercontinental y en el acreditado programa de televisión San Juan de Noche. Aquello no era casual. Rivas, que había pertenecido al cuadro de comedias Romance Campesino junto a aquellos inolvidables Felipa y Macario, era un viejo conocido, pero en los últimos tiempos se le había señalado, junto a Reyes Cerda, Fernando Muñiz, Licinio Valerio, entre otros sindicalistas y activistas de derecha, afiebrado anticomunista, sindicado colaborador de la Embajada americana. La coincidencia no era casual, solo que no percibí en ese momento que la intención era obviamente: sacarme de juego. Acepté el contrato y me fui a Puerto Rico. Para estos, con Caamaño sublevado en la montaña, todo constitucionalista era un guerrillero en potencia. Aunque nunca pasó por mi mente tan desorbitado paso, nos honra la sospecha.

Pero las razones fundamentales fueron otras, y esto vine a analizarlo muchos años después. En ocasión de mi participación en el Segundo Festival de la Canción en México, había compartido con Hamlet Herman, quien ampliaba sus estudios allí. Igualmente con Héctor Lachapelle, quien fungía como Agregado Militar de la Embajada dominicana y con mi entrañable amigo, el cantor Julio César Defilló.

Hamlet, su hermano Dardo, y yo, habíamos sido compañeros desde las épocas en que estudiábamos bachillerato en la Normal Presidente Trujillo, donde habíamos formado parte del equipo oficial de béisbol y luego igualmente en el equipo de la Universidad, en ocasión en que Horacio Martínez me seleccionara como sustituto de infielder del espectacular *short-stop* que siempre fue Luisito Schecker, cuando la Universidad ganó el derecho codiciado a medirse en el Campeonato Nacional. En aquella ocasión figuraron nombres como Juan Marichal, Manuel Mota, Mateíto y Jesús Rojas Alou y otros estelares, que calibran el nivel atrevido de aquel béisbol. Hamlet siempre fue y sigue siendo, el hermano afectuoso querido, para quien nosotros fuimos, desde siempre y sin estridencias... Fernandito. Lachapelle era respeto y amistad; el heroico oficial Constitucionalista con quien compartimos el gran momento de la Revolución de Abril. Talentoso compañero, quien siempre hizo notorio el afecto sincero y la estimación de su amistad honesta y su integridad de militar marcado por la Historia. Había sido exiliado, junto con Caamaño y el grupo de héroes que defendieron la honra Constitucionalista frente al desquiciado ataque al hotel Matúm, de Santiago. Había sido designado Agregado Militar de nuestra embajada, en México.

Julio César Defilló, era parte del grupo de artistas que conformó Solano en la época de la emblemática Hora del Moro. Había sido enviado a México junto a José Augusto Thomen por la Compañía Anónima Tabacalera a estudiar Publicidad. Fusil en mano, Julio César había sido un agresivo soldado de la revolución, brazo feroz en el estratégico comando San Carlos. Otro hermanito del alma.

Sin embargo hay un sensible denominador común entre los tres: ¡Francis Caamaño y la Revolución de Abril! En cuanto al coronel Lachapelle, lógicamente, su relación con Caamaño y la Revolución vienen desde los cuarteles

donde se fraguaron los compromisos constitucionalistas. No podía extrañar nuestra amistad, habiendo compartido las trincheras de aquella hora. Sin embargo, en un viaje artístico anterior a Madrid, habíamos aceptado gustosos otra singular invitación, esta vez Montes Arache, en su apartamento de la capital española donde se sumó Milito Fernández. Exiliados a raíz del incidente del Matúm y nombrados en París, se habían movido a Madrid por ser esta una ciudad menos costosa, el mismo idioma y repleta de montones de amistades. “Montearache” era también un amigo especial y querido. La alegría contagiosa de Montes y el moro a la dominicana de aquella noche, con un tierno puerco asao, nos hizo recordar, nostálgicos, el inevitable Chao martilleante en el hotel Comercial del Conde, con su eterno bacagorgojos con papas, en los tiempos tórridos del medio día de la guerra, para los que no teníamos alternativa.

Lachapelle nos invitó a visitar las famosas Pirámides de México. En el camino y en la confianza del que sabe que todos los Constitucionalistas compartíamos en principio los mismos riesgos, comentamos la delicadeza desprotegida de su estadía diplomática y otros temas sensibles, no sin antes, prudentemente, subir los vidrios de su pequeño Wolfwagen en plena marcha, no fuera a ser que la tecnología atrevida pudiese estar escuchando nuestra conversación.

Igualmente, en ocasión en que fuera contratado para actuar en el programa de Don Francisco desde Santiago de Chile, sorpresivamente sonó el teléfono, era mi consecuente amigo capitán Mario Peña Taveras, quien fungía como Agregado Militar en la Embajada Dominicana en la capital chilena. Realmente un exilio. Me contactó en el hotel tan pronto llegué y a su afectuosa invitación compartimos en un elegante night club una noche cargada de anécdotas y el afecto comprometido de compañeros

que compartieron los riesgos terribles de una guerra. El valeroso Peña Taveras, es quien había levantado el primer grupo militar en el campamento en las afueras de la ciudad, desencadenado la revolución el 24 de abril, denunciándolo a Peña Gómez en Radio Comercial.

El guerrillerismo que se incubaba enturbió de sospechas el carácter de estos encuentros, sencillamente amistosos y nostálgicos, asumiendo el rol comprometido de militares claves y el enigma de Caamaño y destino. En esa fecha, Francis había desaparecido, abandonando su cargo diplomático y era, aparentemente ignorada su ubicación. Sin embargo, es notorio que nunca se considerara la posibilidad de haber sido asesinado. Realmente, el malicioso FBI sabía de Hamlet, Defilló y Caamaño, mucho más que mi afectuosa ignorancia.

Lo que más tensa la sospecha es, evidentemente, mis encuentros con Hamlet Herman en México. Gratamente entusiasmado, Hamlet me invitó a visitar el pequeño hotel donde convivían algunos dominicanos, entre ellos José Augusto Thomen, viejo amigo, quien ha venido a ser el flamante dueño del Show del Mediodía y mi compañero de escenario Julio César Defilló, entre otros que no recuerdo. Allí estuvimos. Días después recibí llamada de su esposa, excusándole, porque:

—Hamlet había tenido repentinamente que viajar a Mérida, pero estaría de regreso en unos tres días; tan pronto regrese se comunicara contigo.

No volví a tener noticias de Hamlet hasta que se denunciara de su presencia en las guerrillas de Caamaño. Es evidente que había viajado a Cuba. Ya en Santo Domingo, su esposa confirmó mi espinosa curiosidad.

Lo que completa el alérgico expediente tiene que ver con el enigmático y temerario Julio César Defilló. Descubrí años después, para mi sorpresa, fotos en Cuba y un párrafo heroico, en la obra testimonio de Cayetano

A. Rodríguez del Prado, *Notas autobiográficas*, donde aparecían incluidos, además de mi entrañable hermano Cuiqui, nombres de amigos cercanos, tales como, el notable barítono bajo Frank Lendor y el brillante actor Pepito Guerra:

En este ambiente ingresamos a un campamento de entrenamiento militar en los primeros días de agosto, en una hacienda situada a unos cuantos kilómetros de La Habana y que se llamaba Rancho o Granja Tabaré, casi enteramente sembrada de toronjas rosadas y otros cítricos y, como es común en la isla de Cuba y en la nuestra, palmas reales por doquier. Un modesto barracón y algunas instalaciones de la hacienda serían nuestro alojamiento y nuestro hogar durante algunos meses. El grupo del MPD incluía a Baldemiro Castro, Leopoldo Grullón, René Sánchez Córdoba y a mí, que éramos miembros del Comité Central y a otros militantes y simpatizantes de nuestra organización o del 14 de Junio, como Héctor Báez Tisol, Julio César Defilló, Leonte Brea, Frank Lendor, Maximiliano Gómez (*Moreno*), Pepito Guerra, Braulio Torres, a uno que recuerdo con el apodo de el Tíguere de la Cañita, Valentín Giró y otros (p.126).

Cuando medimos el vértigo revolucionario de estos nombres, con Julio César Defilló alineado es ese contexto, la dimensión guerrillera de Hamlet Hermann, y las trincheras caamañistas de Montes Arache, Hector Lachapelle y Peña Taveras, no puede extrañar que los sensibles lentes de aumento del FBI se posaran golosos en Fernando Casado.



## Conclusiones de Abril



Francis Caamaño dirigiéndose a los combatientes.



*E*l precio a pagar era la gloria o la vida. Sin embargo, no hubo tiempo en el instante para pensar en una u otra cosa. Después de todo, son honores indiferentes, impensados, ajenos a la mira comprometida de la propia conciencia, concebidos fuera del instante, más allá del combate y la trincheras, parpadeantes al trágico compás de la metralla o la acechanza sombría en la penumbra amarga, después de la humareda y el madurar horizontal del tiempo, cuando solo el árbol erecto de la historia, enraizando la dimensión crecida de su tronco, haya logrado eternizar la belleza sincera en sus flores y el azúcar compartido de su fruto.

Laureles forjados entre las furias llameantes del valor y la sangre compañera, el quejido agonizante y el adiós tranquilo del deber cumplido. No importa si estás sepultado indolentemente en el olvido, transpirando en desamparo la agonía indiferente de los tiempos, conteniendo la rabia angustiante de la ira digna y sin lágrimas, crepitando en una pira anónima de humo espeso sin ningún pudor, o abandonado al silencio en una tumba sin nombre y solo unos versos de Pedro Mir por compañía.

A veces la guerra va más allá de la vida, y aquella guerra parecería no haber terminado. Va para todos, importante es la Patria no el hombre. Los actores cambian, la obra es la misma. Desde Enriquillo a Juan Pablo Duarte, desde Luperón hasta el coronel de Abril, el relevo flameante es eterno y siempre compartido.

Los héroes serán juzgados sin prejuicios por sus hechos en la serenidad distante y brumosa de las cordilleras lejanas del tiempo, solo medibles en el perfil de su grandeza inalcanzable, con sus cumbres perdidas entre nubes de gloria y soledad y sus cañadas abonadas con la sangre del martirio más allá de lo humano.

El héroe no es un hombre, es una raza. Sus palabras y sus hechos nos incendian para siempre; como el hierro al rojo vivo, han marcado el alma de la historia. Seguirán llameando con sus hechos por los siglos de los siglos, bíblicamente eternas.

El cadalso del hombre sin nubes serán sus palabras. Morirán con él, incoloras, fétidas. El final de la obra de cada quien, determina si habremos crecido por encima del idioma del hombre para alcanzar la raza de los héroes. Si somos una auténtica Nación o un grupo de carajos. Inscríbase donde usted crea.

Por eso me descubro ante la entereza mitológica de aquellos militares y civiles constitucionalistas que enfrentaron a pecho abierto el Apocalipsis y que aún cargan, en un silencio digno, de enorme fortaleza moral, un fardo injusto de indiferencia y culpas honrosas, desinteresados del merecido pedestal del reconocimiento eterno y el respeto a su enorme ejemplo, cuya dimensión, en términos de un nuevo y sano pensamiento histórico, abarca potencialmente a la clase militar en sentido general, y plantea hacia el futuro unas Fuerzas Armadas de inflexible conciencia democrática, comprometidas con la nación del mañana, invulnerables al retroceso e involucradas en el esfuerzo de la nación soñada. Transformadas en paradigma único de pulcritud de conciencia y orden.

El resultado de la lucha ha logrado establecer en el tiempo, con las imperfecciones inevitables que todo proceso político plantea hacia la madurez, los rasgos de una

larga, esforzada y costosa democracia funcional, sin estridencias pretenciosas, en este lugar del mundo.

Como en Bahoruco, Luperón, Constanza, Maimón y Estero Hondo, Manaclas y desde Abril a Nizaito, más allá del alarido olvidado y el osario maldito de “La Cuarenta”, la altura de las colinas no determinan la dimensión del hombre, es el hombre con sus hechos sublimes quien eleva su estatura por encima de las montañas más altas, aunque mientras más elevada es la cumbre, más pequeño hace ver hasta el roble que crece con fiereza en el llano y se siembra el desvarío de pensar que se frustra su estatura heroica. Hay que observar al hombre desde su mismo plano para medir en justicia su grandeza. La gloria no escoge por casualidad, es ajena al esfuerzo pretencioso. Por eso para Francisco Caamaño, Montes Arache y aquellos superhombres, la historia no cuenta sino la causa. Sin que lo supieran, las puertas de la gloria ya estaban abiertas de par en par.



Frente a Ramfis Trujillo



Ramfis mantuvo su estatus de dandi hasta el final de sus días.

**A**l fin, ¡Madrid! Habíamos separado habitaciones en el majestuoso hotel Plaza, frente a la Plaza España. Un parquécillo del que Agustín Lara había pincelado una pícara acuarela “mentirante”, y junto a aquellos agasajos postineros del Chicote, nos regalara un Madrid poéticamente frívolo pero morbosamente humano. Las Muchachas de la Plaza España, no eran ni tan bonitas ni tan honestas, y el Chicote, era realmente, un arrinconado y pululante lugar de damiselas, que hube de conocer a insistencias de mi siempre recordado Adriano Rodríguez, quien, banderillero atrevido en aquel ruedo desafiante del Madrid mundano, armó la tremolina, embrujado por la gracia postinera del Shot-tis inolvidable, una Gran Vía sin alfombras ni claveles, una femenina mañana con caderas al sol, traje de luces y un cuerpo alucinante para torear la vida. Venció mi puerta soñolienta, pincelando discretamente unos toques teatrales, una estocada despampanante en traje de luces, una mirada de uvas negras desde muy arriba, el cante-hondo de unas hebras gitanas de pelo oscuro como la noche y un cuerpo zapateante de tablao flamenco. Emperatriz de Lavapiés, me tendió su mano de claveles rojos, le besé discreto, y me guardé el perfume para toda la vida. Agustín sabía de qué hablaba, y mi querido Adriano sabía muy bien lo que es canela fina.

Solano, Defilló, Luchy, Lope, Cáffaro, Fernando, y la música del Maestro, para sembrarla en la historia.



Coronel Gilberto Sánchez Rubirosa —*Pirulo*—.



Timbreteaba el teléfono, mientras capeábamos inútilmente los entusiasmos de Lope, sus adicciones infantiles a la desbordada gastronomía madrileña, contrariando nuestras delicadezas por disfrutar el premio del Teatro Español, el embrujo espumante del tablao flamenco, los pinceles ilustres del museo del Prado, nuestra competencia victoriosa por las pestañas gitanas y las caderas nobles de la hermosa mucama y aquel bello e incontenible Ma-drizzz.

—Habla el coronel Rubirosa, de parte del general Trujillo.

Aquel autoritarismo de tiempos idos, no resultaba gracioso.

—Dime, ¡Pirulo!

Era una manera de bajarle los humos a tan tenebroso personaje. Sutilezas de quien no solo sabe desnudar atardeceres *En la oscuridad*. Las experiencias de músicos abusados se cuentan por montones. Su personalidad siniestra se menciona en las bestialidades del “9”, “La 40” y la masacre monstruosa de Hacienda María. Sus llamadas no merecieron respeto.

La invitación regresó protocolarmente. Aceptamos.

—¡Pero que nadie le diga general! El que quiera le dice tú, o usted, o Ramfis.

Arribamos a su flamante oficina de Conservas Trujillo. Un eco mantenido de cristales de sonoro *baccarat* como *ballerine* en punta, frivolizó el ambiente. El primer brindis, paso a mi lado resoplando como un Miura embrutecido. El aroma aristócrata del Carlos I, etiquetado principescamente: “...para su Excelencia Rafael Leonidas Trujillo Molina”, se insinuó en mi memoria de tomador discreto, ¡ha tiempo olvidada! Obvié con discreción el primer toro. ¡Oleee!

Unas lloviznas tercas junto a las sienas salpicando el entorno ceniciento, unas líneas en voz baja, indiscretas, obsesivas, comenzando a decorar un rostro que parecía haber olvidado la última vez que logró sonreír, y el oleaje

tormentoso del ancestro inevitable, delataban una semejanza perturbadora con el padre. Se dirigió a mí:

—Casado, si tiene usted alguna preferencia, lo que usted diga.

Manténía una exitosa carrera de abstemio, pero advertía que negarse a compartir, podría sugerir alguna predisposición inoportuna a su persona. Decidí aceptar. Repentinamente Ramfis propuso trasladar la escena y categorizar el encuentro en su suntuosa residencia:

—Allí tendremos un piano, y además, quiero que mis hijos y mi esposa conozcan a los artistas importantes de mi país.

Un piano blanco impresionante en un rectángulo en desnivel, decoraba aquella sala japonesa. Los tragos habían rebasado la adultez cuando Ramfis decidió cantar. Revolcando tormentos, sangraba:

—*Ay... como duele y molesta una traición... aunque sea... en la imaginación... como duele, aunque tú lo disimules... como duele una traición.*

Mi mirada corcoveó en los ángulos de aquella sala brillante de portada, rebuscando cómplice al actor, detrás del consagrado pianista de *poramores* y *primaveras* mundanas. Su mirada, digna de un Oscar, retrató la tragedia de aquel espíritu vencido.

Las canciones florecían entre anécdotas multicolores, cuando el encanto efervescente de la escena se perfumó con la hermosura excitante de Lita Milán. Detrás de su historia, tres niños y toda la frescura de la inocencia.

La algazara se precipitó hacia terreno movedizo. Fermentábamos discretos junto al aroma incisivo del coñac, César Báez y Pirulo, cuando estallaron las metrallas y maldiciones de *Abril*. Alguien manoseaba la Batalla del Puente, cuando intervino un Ramfis caldeado y voluntarioso. Traicionado por su naturaleza, sembró el escenario:

—Wessin no fue más que un pendejo, si hubiera sido yo, le hubiera tirado napalm, como en Constanza.

Estalló el cristal de la prudencia. Había demasiados muertos en el camino, agonía, sufrimientos, luto. Estalló profundo, como un borbotón incontenible. Con la fortaleza de la razón le espeté con firmeza:

—¡Usted está equivocado!

Hubo un silencio expectante. Respondió:

—¿Por qué?

Continué decidido:

—¡Porque lo que pasó en el puente no dependió nunca de la voluntad de Wessin. Fuera cual fuera la actitud que él hubiera tomado, los resultados hubiesen sido los mismos, porque allí había un pueblo que estaba dispuesto a morirse!

Me clavó una mirada que pocos conocieron y conservaron la vida. Transigió, luego de tratar sutilmente de remendar sus argumentaciones:

—Tú tienes razón, en cierto modo.

Y evadió el incidente. La fiesta perdió estilo y regresamos a una realidad más humana, sin retratos de Trujillo.

No supe hasta un año después, qué tanto efecto había causado mi osada réplica a Ramfis Trujillo. El incidente se quedó en sus recuerdos. Volvieron, Niní Cáffaro, Lope Balaguer y Horacio Pichardo. Al regreso, Solano me comenta:

—¿Adivina lo primero que me preguntó el hombre?

—¿Qué cosa?

La respuesta, no es solo ejercicio de buena memoria:

Y Casado, aquel de la discusión, ¿no vino?

El respeto a sí mismo, compromete el de los demás. Si callaba, la conciencia jamás me hubiese perdonado, ni quienes sufrieron el Napalm de Constanza, ni los que cruzaron aquel puente Heroico hacia la Gloria en aquel rabioso Abril.



# El rastro de la sangre



Ramfis se rodeó de amistades íntimas que fueron afines con sus aspiraciones de venganza y poder.

**H**abíamos sido invitados a participar en el Primer Festival de la Organización de Televisión Iberoamericana (OTI) en Madrid, cuando estando allí, surgió la inesperada cita con la historia.

Luego del regalo edénico de una manada de Alces libérrimos, cruzando femeninamente aquella carreterilla incomparable bordeada de bosques, hubimos de traspasar un portón antiguo intrascendente. Era un cementerio pequeño en las afueras de Madrid, de sendas breves, de arenisca envejecida y hierbillas al azar, aparentemente sin pretensiones. No recuerdo su nombre. Podría haber sido en el El Pardo, área exclusiva donde residía el dictador Francisco Franco. Había aceptado una invitación de Nene Trujillo, donde vivía exiliado. La amistad del coronel Trujillo surgió inesperada, consecuencia interesada de una encrucijada fatalmente riesgosa, cuando formábamos parte del elenco de Radio Caribe. Siempre tuve la impresión inequívoca de que mi inclusión intempestiva en aquel grupo de amistades, era una forma de vigilancia en primer plano. Sin embargo, la mano de Dios nos protegió, por encima de la catástrofe que significaba ser denunciado como enemigo del régimen ante el SIM. La sospecha marcaba para siempre. Era solo cuestión de tiempo.

Nos detuvimos ante la puerta de un túmulo rectangular tosco y rugoso. No estaba empañetado. Su aspecto exterior no mostraba cuidados, delicadezas, ni terminación.

No había en el frente, ni en ningún otro lugar, ninguna indicación que identificara quien o quienes estaban allí enterrados. Di un paso adelante para asumir el desnivel de una simple entrada sin rejas. Entré a un espacio embotado, aproximadamente de unos 5 por 6 o 7. Encima de dos rectángulos de “concretería” horizontal, uno sobre otro, sin identificaciones, recostados sin adornos a la pared del fondo, yacía al descuido, como una ironía insultante de la vida, abandonada sin delicadezas, el rostro marchito, maltratado por un temporal anciano indefinible, vetusta y desvencijada, una corona barata de hojarasca pordio-sera. Fatigada por meses de indolente olvido, lucía desparramada y reseca, como escenario ajado, desnutrido, sin aplausos. Burla sarcástica, hiriente, incisiva, con que el drama existencial humilla y degrada al final a quienes se han creído por encima de lo humano. No me interesé en saber quién ocupaba el espacio superior o quién el inferior, presumo que la historia engavetó, primero, los sollozos de un Mayo Heroico, en el espacio bajo, y luego, las tristezas de un Madrid lluvioso en su momento trágico, en el segundo nivel inesperado.

Allí, sepultados en los odios lejanos de una época, ocultos y asustados de las iras de la historia, yacían las culpas de sangre y agonía estremecida de un pueblo crucificado. Frente a mí, en un silencio espeso, los muros ensangrentados de la tortura, manchados por el dolor enfurecido y desafiante de los mártires y el grito inalcanzable de los Héroes. Sin que pudiera creerlo, frente a mí, la tumba estéril de Rafael Leonidas Trujillo Molina y su hijo, Ramfis Trujillo.

Un pensamiento de profunda dimensión filosófica y humana aleteó en mi espíritu: ¡Tanto poder, para nada!

La buena fortuna, suele ser injusta a veces. Volvió a hacer sus muecas a la tragedia dominicana. Aquella fortuna acumulada en el crimen, la pobreza, los abusos y despojos de



la Era de Trujillo, permaneció entusiasmada en las cuentas afortunadas de Lita Milán. Lita, sin rubores, conocía las interioridades genéticamente tenebrosas de su esposo Ramfis. Así cuenta en sus *Revelaciones a Sánchez Cabral*, César Saillant Valverde, quien fuera secretario particular de Ramfis Trujillo:

El calvario del general Román solo puede compararse al del capitán piloto Juan de Dios Ventura Simó, a quien Ramfis hacía sacar de las cámaras de tortura para que presenciase el fusilamiento de los mártires de junio de 1959 y lo obligaba a abrazar y besar los cuerpos sin vida de los ultimados. Lita Milán me refirió en París, en diciembre pasado, cómo ocurrió la muerte del general Román; no sé si será exactamente la verdad, pero corresponde a la versión que tenía de boca de uno de los oficiales que gozaban de la absoluta confianza de Luis José León.

El día fijado para la ejecución, Ramfis salió de su casa acompañado por Luis José. Llevaba el revólver de Trujillo. Le confesó a Lita, después, que a juzgar por la mirada de alivio de Román, al verle aquella vez, comprendía que habían llegado sus últimos momentos. Su cuerpo exánime, ya casi sin vida, fue arrastrado hacia el lugar donde los verdugos esperaban para ultimarlos y manos culpables lo mantuvieron atado a algo para que se pudiera mantener en pie sin desplomarse. Aquel blanco semiviviente, donde solo palpitaba ya la fuerza del espíritu, fue recibiendo los disparos que por turnos le hacían Ramfis y Luis José, poco a poco, a las manos, a los brazos, al hombro, a los pies, a las piernas, a las rodillas, a los muslos. Así lo fueron acribillando, con la misma impasible crueldad con que lo habían torturado. Román asistió a su propio exterminio con aquellos ojos más abiertos que nunca, sin voz ya para un quejido; nadie supo, ni él mismo quizás, en qué instante abandonó el cuerpo masacrado su alma, cien veces

pecadora, pero mil veces redimida en la lenta agonía del martirologio. Dios mismo, al juzgarle, le habrá visto con ojos de piedad (p.24).

En esta escena de horrores, donde trasciende el mismo sadismo al cometer el hecho que al comentarlo frívolamente en familia, se denuncia por sí misma la crueldad abismal y enfermiza del régimen y sus demonios, la desnaturalización intrínseca en que creció y justificó su permanencia. Era un estilo, un sistema adulto que había dejado un rastro de sangre oscuro de muchos años de orfandades y tumbas perdidas. Sin embargo, el estilo enfurecido que desborda su propia violencia denuncia su dolor sin nombre, mucho más profundo que el de tantos ideales crucificados. El dolor rabioso en los malvados es infernalmente eterno. Incendia torturante los abismos del alma y castra y eterniza la noción mal oliente y enferma del orgullo sin temor a Dios.

El mayor Dante Minervino narra descarnadamente, ante el Juzgado de Instrucción de la Primera Circunscripción del Distrito Judicial Nacional los asesinatos sacrílegos en Hacienda María, de Pedro Livio Cedeño, Modesto Eugenio Díaz Quesada, Luis Manuel Cáceres Michel, Luis Salvador Estrella Sadhalá, Huáscar Antonio Tejeda Pimentel, Roberto Rafael Pastoriza Neret y tres supuestos policías, Félix Calderón, Fabriciano de la Cruz y Pedro María Romero Alcántara, sacrificados sin dolientes para disfrazar la carnicería:

Inmediatamente llegó la guagua, León Estévez, el hermano del marido de Angelita, se acercó a ella y ordenó que bajara Pedro Livio Cedeño. Bajó, lo agarró por un brazo y lo condujo muy de pronto donde lo aguardaban Ramfis, el otro León Estévez, marido de Angelita y Sánchez Rubirosa. Ellos estaban esperando en una

plataforma de cemento, un poco alta, y Cedeño fue llevado frente a ellos abajo. Inmediatamente se oyeron los disparos, que fueron muchos y con diferentes armas, ya que eso nosotros los militares los podemos distinguir por la detonación. Nosotros alcanzamos a ver que los tres le disparaban. No vimos caer a Cedeño, ni a ninguno de los héroes por la oscuridad, pero si distinguíamos de espalda a los que le tiraban, que eran, primero Ramfis, después el marido de Angelita y luego Sánchez Rubirosa. Quiero significarle que donde ellos estaban colocados tirando, había luz. Estábamos de ellos a una distancia de 15 o 20 metros. Después el mismo que fue a buscar a Livio Cedeño, siguió buscando a los demás, llevándolos uno por uno, y así también los iban matando en la misma forma. El asunto fue bastante rápido, y todo eso duró más o menos unos 25 minutos. Cuando sacaban a los héroes para matarlos, llegó una guagüita, que no era oficial, con dos oficiales de la aviación, a quien no conozco (sic), pero que Jorge Moreno y Disla sí los conocen, porque ellos hablaron, o mejor dicho, llamaron a esos oficiales por los nombres de Careto y Collado. Jorge Moreno y Disla dieron orden a esos oficiales para que se llevaran los cadáveres de los héroes, de manera que ellos son los que saben lo que hicieron con ellos.

¿Dónde están los cadáveres de los héroes? Hay varias versiones de su destino final. Algunos actores de aquellos años viven aún. Deben hablar sin temores. La vorágine del trujillismo arrastró y comprometió hacia el crimen a muchas vocaciones débiles: solo una explicación, jamás una justificación; pero no se trata ya de justicia, sino de rescatar y darle un lugar físico en la historia a sus despojos, el que merece su estatura de héroes y mártires, su sacrificio eterno, el precio impagable de su sangre.

No podemos pasar por alto las informaciones y sugerencias del Sr. César A. Saillant Valverde, partiendo de que está hablando quien fuera secretario particular de Ramfis Trujillo, testigo vivencial de aquel momento. Actor cercano y sagaz en aquel escenario tambaleante. Conocedor de estilo, simulaciones y destrezas torvas de cuartel, con brillante y experta inteligencia y de primera mano. Nadie puede orientar mejor que él.

Narra Saillant:

El informe, sin embargo, que Sánchez Rubirosa le transmitió a Ramfis aquella mañana carecía por completo de significado:

—Ya la casa está desocupada, general. Yo despaché a todo el mundo y no hay absolutamente nadie.

—Está bien —le contestó Ramfis—, entonces nos veremos allá esta tarde.

Mi primera idea fue la de que Pirulo le informaba a Ramfis que su casa de Arroyo Hondo la había desocupado, quizás para dejarla vacía. Pero ¿por qué retirar todo el servicio antes de su salida, sobre todo un servicio que a él no le costaba un centavo porque todos sus sirvientes eran militares? ¿Por qué comunicarle aquel detalle personal a Ramfis? ¿Y a qué tenía Ramfis que ir esa tarde allí, cuando estaba supuesto a partir a mediodía? Este es mi cuarto elemento de juicio:

4.º Ramfis le había ordenado al coronel Sánchez Rubirosa desocupar totalmente una casa para esa tarde. La casa parecía ser la del mismo Sánchez Rubirosa en Arroyo Hondo; pero podría ser otra. Ramfis iría esa tarde a esa casa vacía, con algún propósito.

Sigue conjeturando juiciosamente Saillant:

Ahora, ¿cuál sería la casa que se ordenó desocupar? Todo da a entender que debió ser la misma de Sánchez

Rubirosa, un energúmeno que se prestaba a todos los crímenes, un criminal él mismo; su casa de Arroyo Hondo que, por extraña coincidencia, fue y es en la actualidad propiedad del señor Ornes Coiscou, director presente de *El Caribe*. Esto podría averiguarse preguntando al antiguo servicio del coronel Sánchez Rubirosa cuáles fueron sus actividades aquella tarde.

Las opciones que argumenta, utilizara Ramfis para desprenderse de los cadáveres, son manejadas con inteligencia y sentido experto y profesionalmente minucioso:

Es improbable que los hubiesen lanzado al mar. Siendo tantos los cadáveres, trasladarlos para lanzarlos al mar hubiera implicado el uso de más personas y tiempo.

Saillant continúa profundizando:

Pudieron haber sido destruidos. Ramfis conducía desde hacía bastante tiempo experimentos para la desintegración de cadáveres. Un médico de su más absoluta confianza (a quien llamaré “C”, que siendo una inicial es más corto y fácil que escribir el nombre completo del doctor Robiou), había hecho viajes con ese propósito a centros científicos de los Estados Unidos. No es nada raro que en ese sitio, en esa casa vacía, se tuviese un baño con las sustancias químicas preparadas ya para desintegrar los cadáveres. Es una teoría, pero tiene su base. Pudieron haber sido sepultados; esto es lo más probable para mí. Pero ¿dónde?

Saillant, ofrece, y no es casual, la más importante y lógica de todas las tesis sobre el destino final de los mártires de Hacienda María. Con un barco aguardando la angustia para zarpar hacia el infierno con la historia malvada y la sangre en su sentina, no había tiempo que desperdiciar.

La desocupación intempestiva de aquella casa por órdenes expresas de Ramfis, indica que allí estaba determinado de antemano el escenario, aguardando el macabro final:

A propósito, el coronel Sánchez Rubirosa estaba construyendo una piscina, para cuya obra ya tenía las excavaciones hechas cuando tuvo que huir del país. El hoyo de la piscina se quedó, pues hecho. ¿No habrán sido tiradas allí las víctimas, o en cualquier otro lugar cercano?

Las lágrimas de los héroes han envejecido y las verdades culpables se han ido secando como trapos en el cordel de la historia. Dios ha tenido que ser juez terrenal para darles su merecido castigo a los demonios que empaparon de sangre el destino de esta nación, en aquel momento de indefensión. Creo en nuestras reservas morales, creo en la gente que históricamente ha salvado y mantenido latente y florecido el corazón del camino hacia el sueño trinitario. Son los menos, pero siempre han tenido la razón. Hay un compromiso histórico, responsable e ineludible, de búsqueda y encuentro con esos restos. Hace tiempo que esa “piscina” debió ser rastreada a profundidad, como los personajes, testigos o enterados, debieron haber sido cuestionados, sin animosidad, en beneficio del respeto a nuestros hechos históricos como nación responsable. La nación gloriosa por la que han sacrificado sus vidas tantos mártires, confiados en que un día otros recogerán sus frutos y darán sentido a su ofrenda por una patria digna. Si no lo hacemos, por cobardía o indiferencia, su sacrificio no tiene sentido. No merecemos hombres de su estatura.

# Miss Universo 1977



Fernando Casado en escena.



**F**ernando, no te vayas, él quiere hablar contigo.  
Se dejó escuchar a la distancia, como un eco luminoso que descendiera de las nubes. Sus alas doradas. Su maletín de sueños a mano. Le alcancé a ver al extremo del amplio salón, con la misma sencillez afectuosa y aquella figura infantil que le ha acompañado de toda la vida. Volvía Ellis Pérez a surgir en las volutas del tiempo.

Cuando percibí su presencia afectuosa y grata, junto a un señor extranjero, a la entrada del salón de ensayos del Grupo Folklórico de Fradique Lizardo, del que yo formaba parte, estaba justamente en el extremo opuesto y no intenté saludarlo a la distancia. Solo escuché su voz menor de edad. Aún no adivinaba los relámpagos del destino.

Sin tener la menor idea, estuve presto. Me introdujo al señor Productor, Mr. Bayle:

—¡Sr. Casado, tanto gusto! ¿Tiene usted show en algún Night Club esta semana?

—No, no, solo en televisión, el viernes.

—¡Oh! el viernes es muy tarde para mí. Debo regresar a New York a principios de semana por unos días y me gustaría escucharle antes.

—No creo que sea problema. Le pediré a los productores del “Show” que me adelanten la presentación al lunes. Yo le confirmaré por teléfono.

Llamé a Yaqui Núñez del Risco. Le expliqué apenas que...

“... y un americano quería escucharme”.

No tenía la menor idea de qué cosa podría tratarse. Nadie, aún, me había mencionado MIS UNIVERSO. Consecuentemente, me concedieron el cambio y adelantamos al lunes la actuación. Estoy seguro que Yaqui estaría más íntimamente enterado que yo, de qué cosas se movían y trataban tras bastidores.

Como si fuese programado de antemano por El Caballero, coincidimos en llegar exactamente, justo en la acera frontal, en el momento preciso en que el señor productor y Ellis arribaban ese mediodía a la entrada de la Voz Dominicana. Me escrutó curiosamente de norte a sur. Algo había llamado su atención. Portábamos un vistoso Smoking marrón, una descorbataada camisa amarilla arandelada, chaleco y mis zapatacones, para un programa de televisión, ¡a mediodía!:

—Sr. Casado, ¿me permite preguntarle? ¿Por qué vestido así, con tanta formalidad, para un programa a mediodía?

—Mire, hace un tiempo que no trabajaba aquí, he estado fuera del país un año en Argentina y tres meses en Puerto Rico, y no quiero que piensen que he cambiado; trato que me recuerden como siempre me vieron.

—¡Oh! muy bien, muy bien. A propósito, anoche le vi en un programa de televisión.

La afirmación me desconcertó de momento. Ese domingo había estado todo el día en mi colina de Ranchos la Cumbre y había regresado al anochecer. Es obvio no había estado en TV. ¿A qué demonios de programa se estaría refiriendo? Creo que, más que coincidencia fortuita, aquello fue una jugada descarada del destino. Las manos siempre entrometidas del Caballero.

Había estado más de un año en Argentina. A mi regreso, había permanecido 3 meses en Puerto Rico. Uno de aquellos TV-Espectáculos en que había participado de invitado y que era reproducido semanalmente en la TV nuestra, presentó, coincidentalmente, uno de aquellos programas que habíamos filmado en Puerto Rico, a nuestro regreso del sur. Ni que lo hubiera pedido. Una

filmación en el impactante internacional Luis Vigoreaux Presenta, aún sin evaluar actuación o potencial, era una inesperada carta de sólida introducción desde el selectivo balcón internacional.

Llego flotando entre nubes mansas y tranquilas al pasillo hacia el camerino, de repente comienzo a percibir a lo lejos, una vorágine impetuosa de estallidos de soberbia entre truenos y llamaradas soeces, es como si me precipitaran en medio de un infierno huracanado. Un latigazo al azar me escupe intempestivamente al rostro. Inevitablemente que la inoportuna alteración tiene relación directa conmigo. Crece una discusión tan agresiva que no me ha permitido ni siquiera saludar. Guardo discreto silencio arrimado a la pared. Un celebrado artista reclamaba desorbitado, maltratando con términos inconsiderados a voz en cuello al inofensivo Raúl Grisanty, el hecho de que se le hubiese sustituido en el cierre del espectáculo y se me hubiese colocado en su lugar. Grisanty, además de ser excelente artista del elenco en el show, fungía como diligente coordinador de programación. Aunque parece obvio, no se me ocurrió pensar que aquellos fogueados expertos de la televisión americana, estarían tratando de evaluar dos opciones a la vez, simplificando el tiempo. Escuchándonos y evaluándonos simultáneamente, sobre un mismo escenario, los criterios serían mucho más objetivos e imparciales. Ni lo pensé, ni me hubiera importado. No acostumbro a prender velas.

Mi presencia súbita e inesperada desactivó, de momento, como era natural, aquella traumática catarsis. Me acerqué, discreto, a un desconcertado Grisanty:

—Raúl, no te echas vainas por mí, ponme donde quieras, que yo donde quiera, adelante o atrás, voy a cantar igual. Son unas gentes que vinieron a oírme.

—Es que no soy yo, eso vino así de la oficina, yo no tengo que ver con eso.

Había seleccionado, con frialdad intuitiva y calculadora intención profesional, dos números de características

sumamente pretenciosas, atrevidas para cualquier intérprete. Dos *International Standard Songs*, con exigencias y garras de escenario realmente comprometedoras y, además, con el suficiente glamour esplendoroso para dimensionar la espectacularidad y el andamiaje profesional de un auténtico artista, más allá del simple cantor, o sus fallas o limitaciones.

Mientras estuve en Puerto Rico, había escuchado el magnético número en una grabación tomada en vivo, parte de uno de los fabulosos espectáculos de Johnny Mathis en Las Vegas. Era un *Opening* arrebatador. Se llamaba *In the Morning*. Yo mismo había escrito la versión con letras en español que titulé: Amanece y había viajado hasta Santo Domingo, solo con el propósito específico de poner en manos de Jorge Taveras la confección del arreglo.

El otro atrevimiento escogido para esta prueba fue Venecia sin Ti. No necesita presentación.

Entendía que para un productor de tales dimensiones, no podía ser ajeno el conocimiento de estridencias tan emblemáticas en el entramado del *Show-busines* mundial. Me jugaba la idea de que hubiese visto y oído, personalmente, el *Opening* de Mathis, en alguna ocasión, e igualmente al incomparable Aznavour, lloviznando el reflejo de un rostro besuqueando las aguas, entonar:

*Qué profunda emoción... recordar el ayer... cuando todo en Venecia me hablaba de amor...*

Desafiaba la incertidumbre de una comparación desventajosa ante versiones que en niveles de profesional *status* ya establecidos de tan emblemáticas canciones, la estampa de las grandes voces históricas hubiesen enmarcado, condicionando, inevitablemente, el concepto con que calificar, sin prejuicios, un *Latin American Singer*. Hice lo correcto, todos salimos ganando. Lo percibirán al final.

Jugándonos los sueños, hicimos el trabajo y, extrañamente, no hemos podido hacer memoria de aquel momento sublime de

personal elevación, de confirmación modesta frente al destino de la misión pretendida, de ser realmente un Artista visceralmente trascendente, desafío de ángulos, retos de cámara, sacudidas de trompas en el resople de elefante de la orquesta estremecida, y detrás, la voz crecida rebosando en la garganta, y un micrófono en llamas. Nada, no he podido recordar, siquiera, si había público o no, como si me hubiesen congelado aquel momento ajeno y luego, borrado para siempre la luz de su memoria.

Mis recuerdos caminan nueva vez desde el camerino hacia el estudio en penumbras, silencioso, vacío, y nadie a mi alrededor, el reencuentro sin estridencias, aguardando por mí en el estudio hueco, junto al elocuente piano, la sonrisa satisfecha y cómplice, escapando de su rostro, pleno de afectos, Ellis Pérez:

—No te vayas Fernando, Él quiere hablar contigo.

Dio la espalda discretamente y nos dejó solos en el estudio. El Sr. productor se dirigió a mí en inglés. No dominaba suficiente en ese entonces el idioma y mi sustancia emocional estaba colapsada. No alcanzo a definir sus palabras. Es como si no le escuchara. Solo la expresión de un rostro gratificante y satisfecho. Interpretando retazos de su sonriente y satisfecho *body language* al azar, serpentinas del idioma, tratando, buscando un latido donde sembrar aquel brote consecuente de elogios, que mi vanidad, sin estrenar, no pudo, ni pretendió archivar. Solo el eco, rebotando un verso repetido, como en sueños:

—Very professional Mr. Casado, *very* profesional.

Adivino que estoy ya en el espectáculo, pero aún ignoro, ni me preocupa, quién es el *Protagonista*. Recibí llamada de Herminio Alberty.

—Fernando, mira, quieren que prepares dos canciones dominicanas para escoger una, con un trío de guitarras, es para mañana a las 4, va a ser en el estudio 2-B de La Voz Dominicana, prepara una de esas canciones antiguas, tú debes saberte muchísimas de esas canciones viejas.

Me daban muy poco tiempo. Evidentemente comenzaban a contar con el oficio y la experiencia. Sin cabalgar para nada

en los galopantes Juglares, no titubeé en llamar a Fernando Gautreaux. Habíamos compartido la vida entera, hermanados entre serenatas y Tico-Ticos, al margen de su obligada cofradía encadenante, malcriada y absorbente del trío que había llevado el nombre y la tutela del hijo menor de Trujillo: Trío Rhadamés. En este momento, ni pensar en tres guitarras y un obligado montaje. Su desbordada destreza talentosa bastaba para tejer la historia, solo con el danzar atrevido de sus dedos mágicos, saltando, bailarín experto, sobre las cuerdas y los entastes. Un enérgico ballet de acordes desafiantes, desbordante de creatividad espontánea.

Llegamos en punto. El Sr. productor, Mr. Bayle lucía esponjoso y dispuesto junto al piano, un maletín fatigado descansaba jadeante sobre el mismo, recuerdo la presencia de Hugo Beras, justificándose en el parpadeo incontrolable de una cámara relampagueante. Sentada informalmente en cuclillas, en un ángulo atardecido del piso del estudio, sin pretensiones ni estridencias, serenando sus virtudes en un discreto jean junto a una compañera de discreción magnética, como decoración de portada de revista a todo color, Dominic Blutorn, aún no secuestrada a besos.

Habíamos apenas ensayado. Tenía preparadas dos opciones bien dominadas. Algo que la creatividad de Gautreaux, desde las primeras pisadas del sueño, punteando la calidez atrevida del diapasón experto, desafiara decorar y enriquecer.

Sin lastimar de expectación pretenciosa el encaje breve de las conversaciones, mientras Gautreaux afinaba latidos y conjugaba sus manos entre silencios y un aletear de blancas y negras mariposas bordoneando suspiros de soles y síes, revolotearon en las paredes aladas las primeras frases:

*Mi amor por ti es como el viento... que nunca se cansa de acariciar tu cara... Mi amor por ti... es como el agua... el agua de un río... que nunca se acaba...*

El juglar desgrenaba el cordaje en su sedosa bandola, amansando las trovas como aretes al oído.

*Mi amor por ti... no tiene precio... no busca gloria... ni busca besos... Mi amor por ti... es como el agua... el agua de un río... que nunca se acaba...*

No hubo reacción.

Sin mediar argumentos, comenzamos a acompasar los ventanales antiguos, trotando al seis por ocho en adoquines, posando el marco tierno en una versión clásica de nuestra *Criolla* romántica, tan antigua como las madrugadas bohemias del tiempo, recostando sus versos entre las brumas encanecidas de faroles antiguos:

*Cuando al recuerdo de tu hermosura... tus dulces labios suelo evocar... como un alivio a mi desventura... tus labios busco para besar...*

Un murmullo pareció tomar del brazo las palabras.

*Cuántas veces soñando... tu mano suave he sentido... cuántas veces llorando... el día me sorprendió... cual triste y ciego errante, siempre en busca de luz...*

Para el Sr. productor pareció ser suficiente. Interrumpiendo me preguntó:

—Casado, ¿esa canción es auténticamente dominicana?

—Por supuesto, no tengo la menor duda.

Desde el “rincón atardecido”, una voz graciosa apuntaba:

—Esa canción tiene una frase muy hermosa: *Busco unos labios que besen... como me besabas tú...*

El Sr. productor pareció no escuchar, insistía en afinar algo más que versos y notas musicales:

—Sr. Casado, ¿cualquier dominicano, en cualquier parte del mundo que la escuche, sabría que es una canción dominicana?

—No tengo dudas.

—¿Cómo cuántos años podría tener de escrita esa canción?

—Exactamente no sabría, quizás unos 75 u 80 años, podrían ser más.

—Pues, ¡esa es la que va!

Acercó el maletín, le abrió sin prisa, extrajo un “documento” que desdobló en mi presencia y extendió sobre el piano, mostrándomelo. Era el plano abierto del decorado

del escenario de Miss Universo. Señalándome con el dedo el espacio central me indicó:

—Usted surgirá por acá, desde el centro. Las finalistas irán descendiendo una por una las escalinatas, seis de un lado y seis del otro, mientras usted se desplaza y les canta hasta al pie de la misma, tendiéndoles la mano para un soporte elegante y fino al descender, conduciéndolas unos pasos hasta medio camino hacia el centro frontal del escenario; luego se desplazaría hacia el lado opuesto. Serán doce finalistas.

Cuando retumbó en las paredes ingrávidas de mi oído la palabra *finalistas* es cuando asumo quién había sido seleccionado protagonista para el escenario dorado de la Noche Final del codiciado Miss Universo.

A seguidas me espetó una pregunta que me dejó sin aliento:

—Y, ¿cómo usted va a ir vestido?

Quedé desconcertado, era algo en lo que, obviamente, no habíamos reparado. Mi pensamiento nunca fue tan pretencioso. Tardaba en responder, pero el *sprinter* de mi mente rebuscaba aceleradamente una respuesta. Entendiendo que un suceso de tal dimensión quedaría inscrito como referente histórico emblemático, el riesgo era real y no podía ser lastimado, menos, en su esencia. La prisa precipitada puede arrastrar a la improvisación y degradar el esfuerzo:

—Sr. Casado, ¿qué le parece un vestuario a lo Romeo y Julieta? Camisa a pecho abierto, un gran medallón colgando al centro, mangas abultadas en las muñecas, un cinturón ancho, decorado.

Las ideas llegaron atrevidas y muy personalizadas, la respuesta surgió convincente y lógica:

—No, no, nosotros tenemos nuestro traje nacional.

Evidentemente, no pensaba en mí, pensaba en algo más puro, pensaba en todos, pensaba en el tesoro de sueños de la patria, representado, mostrado orgullosamente, sobre un escenario.



—¿Oh, sí? —quedó pensando—, ¿cómo es? Dibújemelo.

En el fogoso Chenche Matriculao, un baile típico de extracción militar, los bailarores portan una especie de traje de uniforme militar y botas, que había despertado mi atención, al punto de comentarle interesadamente a Fradique Lizardo mucho tiempo antes, mi intención de transformar el sobrio modelo, en algún momento, en un traje atractivo de escenario, con galones, etc..., algo parecido al vestuario estridente que luego observé exhibir al tronante Michel Jackson. Mejor momento no pudo haber sido. Desde mis tiempos de normalista, compartiendo pupitres en aquel 1.º B. de chiquitines, junto al pincel dotado y la humildad compañera y endeble de Domingo Liz, cuando digeríamos clases amenas de dibujo como una materia más, mis “oviedílicas y severinas” pretensiones no habían recibido un reto tan comprometedor. Con la seguridad atrevida que me daba el creerme haber descubierto el misterio de la perspectiva, o el claroscuro en los jarrones de la profesora, osé dibujarle un boceto de novato, difuminándose en el uniforme azul de aquella chamarra clásica del Chenche Matriculao. Osé, y pude dibujarla.

—Me parece muy bien Sr. Casado. Bien... bien. Mande usted a confeccionar los trajes, el de usted y los del trío, y nos presenta las facturas, nosotros le devolveremos lo que cueste.

Comencé a cavilar.

Decidí en tela blanca para mí y un tejido azul suave para los Juglares. Me sumergí en los libros de Historia, adivinando el modelo ideal que bullía en mi mente. Localicé una instantánea de Trujillo a caballo, de espaldas, con una chamarra militar de detalles discretos y junto con esta, seleccioné la clásica foto del prócer trinitario Ramón Matías Mella y la elegancia frontal de su cuello tradicional.

Fellito García era uno de esos nombres clásicos de la sastreía de antiguo. Para mi suerte, vecino de mis muchachitas Nancy y Celeste. Ameno y afectuoso conversador amigo. Descubrí que Fellito era la persona, a quien, desde tiempos remotos, se

confiaba la rigurosa confección de las chamarras militares en la Aviación Militar Dominicana. Evaluó con seriedad el arte del trabajo, lo tomó como un compromiso personal; su interés y entusiasmo me hacía sentirlo más comprometido que yo mismo. Valió la pena sus frutos.

Le mostré las fotos modelo de Trujillo a caballo y del prócer Matías Mella. Sabía que podía confiar en su destreza profesional. Nuestra tradición folklórica ha autenticado la identidad y aceptación de aquel modelo, y concedido honrosa permanencia de inserción en nuestros grupos y escenarios folklóricos.

Llamé al eximio actor Julio Aníbal Sánchez. Viejo y querido compañero del Radioteatro. No ignoraba sus destrezas y finuras de modisto talentosamente creativo. Le pedí me preparara una especie de corbatillo en forma almendrada, con los colores de la bandera en franjas verticales y un reborde delicado de encaje blanco a su alrededor, para, completando el vestuario y en lugar de pañoletas tradicionales, colgara el corbatillo sobre el pecho y su embrochamiento quedara oculto dentro del margen interior del cuello recortado y no contrastara la elegancia merecida del conjunto.

Acentuamos la respuesta física. Nos sometimos a un riguroso régimen de entrenamientos en el Centro Olímpico, conjuntamente con los atletas profesionales y la espontánea y entusiasta colaboración de sus capaces entrenadores. Parecería como si me estuvieran entrenando para una pelea por un Título Mundial. No dejaban de tener razón. Siempre estaré en deuda con ellos.

Me inventé un sistema insólito para fortalecer los mecanismos físicos de emisión y colocación de la voz. El sagaz atrevimiento funcionaba y se lo comuniqué a alguno de los compañeros, como Niní Cáffaro y Arístides Incháustegui. Me miraron dudosos, de soslayo. No hicieron caso.

Curiosamente, trotando fatigado en la pista, había notado que al afinar el paso en el trote y producirse el aceleramiento natural de la respiración por el cansancio, la salida forzada de

la columna de aire hacia arriba, por boca o nariz, era exactamente igual al mecanismo simple de la emisión de la voz, solo que al jadear no había colocación y presión adecuada de la columna de aire sobre las cuerdas vocales, para excitar y producir vibraciones sonoras suficientes, habladas o cantadas, y que hicieran su emisión audible. El mecanismo es exactamente igual a la mecánica rutinaria de emisión de la voz: al afinar el trote el peso del cuerpo sobre la rodilla, el apoyo alternado se traduce en presión hacia arriba sobre el diafragma, éste impulsa la columna de aire hacia la garganta y éste capital ineducado, incontrolado, escapa, instintivo y sin estética, al jadear.

Comencé por darle colocación y sonido callado a la expulsión incontrolada del aire en el jadeo. Se canta sobre las vocales: A-E-I-O-U, nunca sobre las consonantes. Aunque algunos han logrado un curioso atrevimiento, navegando finales nasales de frases o palabras sobre las consonantes L-M-N.

Mientras trotaba, daba colocación técnica a la expulsión jadeante del aire, controlando minuciosamente el que se correspondiesen con los mecanismos de colocación natural de mi particular emisión de la voz, fundamentalmente, en términos de entonación técnicamente correcta de notas cantadas, no del hablar común. Como si estuviera secreteando las vocales al jadear en el trote, colocaba el impulso de salida del aire sobre el sonido de la emisión callada de la AAAA, EEEE, IIII, OOOO, UUUU. Luego descubrí y comencé a experimentar con los diptongos: Aá, Aé, Aí, Aó, Aú; Eá, Eé, Eí, Eó, Eú; Iá, Ié, Ií, Ió, Iú; y así entusiasmada y obcecadamente.

El resultado de la temeraria experiencia inicial fue un *knockout* de primer round; mis novedosas pretensiones fono-atléticas, aunque técnicamente funcionales, conmocionaron de tal forma mi empañetado edificio, luego de una tortuosa y sofocante primera vuelta, que, inevitablemente, hube de echarme al suelo mareado y turulado, hasta recuperar mi humillada compostura. Al siguiente día volví tercamente a insistir en mi artesanal ejercicio de vocalización, el destino respondió, esta

vez sobreviví. Lo incorporé como un sistema exitoso de mejoramiento y fortalecimiento de la voz.

Volví a recibir llamada, esta vez para pedirme opinión sobre quiénes, entendía yo, debían figurar, como artistas, en los espectáculos de las dos noches anteriores de preselección, a celebrar en el escenario del Teatro Nacional. Al parecer coincidimos en un exigente y depurado consenso. Recuerdo haber sugerido, conjuntamente, los nombres de Niní Cáffaro y Rafael Solano; entendía que la canción *Por Amor* no alcanzaría su auténtica proyección simbólica sobre un escenario de tan tremenda significación, si no se unían en un solo mensaje los dos factores emblemáticos, creadores responsables de su gloria. Josefina Miniño y Papa Molina; en esa etapa la pareja manejaba exitosamente, independientemente de su profunda trascendencia como artistas históricos, el programa de televisión más importante y atractivo. Rhína Ramírez; en ese momento residía en París, mi opinión fue, que en razón tanto de su calidad, como sus intensos esfuerzos de proyección internacional, merecían reconocerse, situándole en este privilegiado escenario. Finalmente Lope Balaguer, Luchy Vicioso y José Lacay, los comentarios sobran. Todos fueron incluidos, menos Lope Balaguer, quien por razones personales, no aceptó participar en el evento.

Iniciamos nuestros ensayos. Habíamos estado trabajando intensamente el montaje a tres voces, guitarras y solista, desde el momento comprometido en que fuera escogida la criolla *Como me besabas tú*. Diaria y discretamente coincidíamos mañana o tarde en casa de Gautreaux, ensamblando y puliendo fervorosamente la escultura y los colores de un sueño, Fernando Arias, el grande compositor de hoy en día, Rafaelito Rodríguez, su privilegiada voz prima y Fernando Gautreaux y su guitarra incomparable; en ese momento Los Juglares.

Una mañana, una apresurada asistente interrumpió el fatigoso ensayo en el teatro y se acercó a mí en el escenario. La sincronía entre la prolongación del tiempo y la canción, en la

escena que estábamos desarrollando, no estaba perfectamente ajustada, debíamos extender la canción unos segundos más, para encuadrar las ideas que la creatividad de la producción había programado. Me insinuó:

—Señor Casado, podría usted prolongar unos segundos más, esa nota final de la frase *siempre en busca de luz*.

—Una hora que ustedes quieran, el tiempo que sea.

Respondí realmente bromeando. Sin embargo, ese suspenso sostenido en el silencio, flotando solitario, casi ajeno, aportó uno de los instantes más perfumados y puros de la interpretación de esa noche. Intencionalmente pretencioso, atrevido.

Los juglares comenzaron a rascarse. No lo tomé a mal. Por el contrario, estuve a su favor. Lo chocante, no perceptible en el momento, es que dirigieran a mí sus reclamos, y no a los productores de Miss Universo. Quise entender que deseaban actuásemos como interlocutores y no titubeé en plantear sus reclamos ante la producción, haciendo valer sus particulares e independientes bien ganados merecimientos y créditos artísticos.

Reclamaban, de pleno derecho, que su emblema artístico: Los Juglares no era mencionado. Que solo eran promocionados: Fernando Casado y su Trío. Le expliqué al señor Bayle, que los benditos Juglares constituían por sí solos una entidad de crédito artístico independiente de Fernando Casado. Que habían llenado por años una exitosa y reconocida carrera. Que habían sido parte del Show de Xavier Cugat en Las Vegas, acompañando a Charo Baeza, la estridente cantante y esposa del emblemático director de orquesta.

Algo imprevisto ocurrió, al parecer, el inevitable nerviosismo afectó en alguna medida el trabajo de escenario de algunos de los artistas programados para las noches de preselección y esto intranquilizó sus exigencias. La producción se sentía altamente comprometida en garantizar en detalle una depurada perfección, fundamentada básicamente, en los niveles y el estilo espectacular de la exigente televisión norteamericana,

además de la circunstancia especialísima de constituir uno de los eventos mundiales más emblemáticos de desproporcionada categoría universal.

Presumimos que de estos inobjetable ángulos del ensamblado técnico, dependió la decisión preocupada de cuidar y garantizar la perfección sonora de la parte cantada, en términos de que fuese rigurosamente doblada. Nunca me preocupé en enterarme de las razones específicas, ni siquiera cuando se me planteó directamente la exigencia, como a todos, que las intervenciones cantadas tenían que ser grabadas de antemano y luego dobladas, es decir, fingir que eran cantadas en vivo; lo que en el argot se denomina “mímica o actuación de los gestos” en el escenario, ante las cámaras. Es una forma, frente a nerviosismos trastornadores y cantores imperfectos, de garantizar, por lo menos al público, la perfección de la interpretación, grabada y pulida de antemano.

Desde los primeros ensayos, tuve la percepción evidente de que los Juglares estarían dispersos en el escenario, ubicados en distintos y convenientes ángulos, de acuerdo a la concepción estética y visión escenográfica de la producción. El desplazamiento del cantor sobre el tablado y su juego y movimiento protagónicos junto a las seleccionadas finalistas, eran el material de cámara para la acción y el fundamento responsable y dinámico del espectáculo. Entendí que el acompañamiento y ensamblaje sincrónico de guitarras y voces, específicamente, del trío, tenían lógica y necesariamente que ser grabados en una pista e independizar libre y despejadamente el espacio y el focus para el montaje de mis movimientos y actuación.

Me negué rotundamente a doblar. Nunca me entusiasmó hacerlo. Aunque simplificaba las exigencias y el esfuerzo, entendía que convertía la actuación en un ensamblaje artesanal, mecánico, completamente despojado de la profundidad espiritual y la fuerza emotiva inspiradora y depuradora del arte:

—¡Yo soy cantante, a mí me gusta cantar, y lo disfruto. Lo siento en el alma, pero yo no voy a hacer doblaje!

Me dio la espalda, evidentemente molesto, pero fue discreto en no contradecirme. Se volvió aparatosamente apresurando el paso, taconeando en el pasillo hacia las cabinas del tercer nivel del teatro, hacia donde el Estado Mayor y Mr. Bayle, monitorizaban, esculpían y pincelaban técnicamente el ensamblaje multicolor de los complicados y tumultuosos ensayos y la nutrida dirección de cámaras, mediante pantallas. Retornó unos breves minutos después, subió calmado de nuevo al escenario y se aproximó hasta mí sin prisas, con notoria y personal diligencia y marcado respeto. Semblante y ánimos muy diferentes:

—Mr. Casado, él diciendo que lo haga como usted crea.

—Gracias.

Evidentemente, la producción conceptuaba la esperada profesionalidad y confiaba en la creatividad sólida de Fernando Casado.

Una vez que los Juglares grabaron la pista de Como me besabas tú, donde estuvimos presentes en el estudio de grabación para contribuir en cuidar la perfección de detalles, reanudamos los ensayos de escenario. Mr. Bayle bajó al escenario a explicarme:

—Mr. Casado, usted entra en escena surgiendo desde los escalones del fondo desde detrás del escenario. Hay una cámara diagonal a su derecha, tres arriba y tres detrás, varias al frente, a los lados y en distintos planos. Lo único que quiero que usted haga es, que cuando usted surja de frente desde el fondo del escenario, me mire de frente esa cámara diagonal a su derecha. De ahí en adelante puede olvidarse de las cámaras.

Luego, mientras canta a las muchachas, usted irá desplazándose de un extremo al otro, aguardando y extendiéndole la mano para recibir elegantemente a las finalistas en los últimos tramos al pie de las escalinatas, que irán bajando alternadas una por una, acompañándolas y conduciéndolas hacia el frente del escenario delante del público.

—OK. Solo una pregunta, ¿dónde estará esa cámara?

Contestó: *Allá.*

Me respondió, mientras señalaba con el dedo, indicándome el lugar exacto dónde estaría ubicada. No hubo necesidad de explicarme de nuevo. Llegó el día o la gran noche del espectáculo.

Esa mañana, ni siquiera abrí las puertas de mi casa. Quería permanecer completamente solo y tranquilo. Alrededor de las 10 de la mañana sentí que alguien daba unos toques discretos en mi ventana. Entreabrí las persianas y un rostro compañero detrás de una sonrisa, asomó tras el gesto adelantado de una mano inesperada que deslizó discreta junto a un rezo, casi un sollozo, decorando su prisa, una inimaginable bolsita breve, casi escapando del puño entre los dedos. Arístides Incháustegui, mi gran compañero, tenor de leyenda, casi en un susurro, me donó sus deseos sin codicias y su nobleza de entrañable hermano.

—Son unas piedras de ámbar, te las he traído como amuleto para tu buena suerte esta noche. No, no. No salgas, sigue descansando. Hermano, que la buena suerte te acompañe esta noche.

—Espera. Déjame abrirte.

Di cuatro o cinco pisadas hacia la puerta, cuando asomé, había inexplicablemente, desaparecido. Solo sus deseos parecían permanecer flotantes y místicos alrededor en mi silencio.

Unos minutos más tarde timbró el teléfono. Era el maestro Solano. Se sentía mortificado. Comentaba la inconsecuencia chocantemente inoportuna de un anuncio destacado en la prensa esa mañana a página completa, promocionando sobredimensionadamente un espectáculo coincidente, esa misma noche, en uno de los más importantes hoteles de la ciudad, protagonizado por uno de los más trascendentes cantores históricos junto a Sonia Silvestre de contraparte, rivalizando con Miss Universo. En su pretencioso *head-line* y contexto se intentaba lograr la impresión imposible, de que el explosionante protagonismo artístico de esa noche en Miss Universo estaría en el hotel Fiesta y no en el escenario rotundo



del Teatro Nacional. El asunto se hacía más sensitivo, porque la ruidosa y resentida intención publicitaria había sido alevosamente preconcebida por una de las inteligencias más gratas a nuestra amistad y aprecio de toda la vida. Le respondí con tranquilidad, sopesando las palabras.

—Fello, deja que hagan, o que inventen lo que quieran, esta noche, cuando la cámara abra y enfoque la vaina y se enciendan las luces del escenario del Teatro Nacional, tú sabes quién es que va estar ahí parao... ¡Yooo! ¡Coño!

Años después, cuando la hierba del tiempo había endosado en sus recuerdos los caminos del olvido, Sonia Silvestre, en un gesto comprensivo de la esencia de tal despropósito, me confió las angustias inesperadas de esa noche. Conformábamos el espectáculo en un popular night club de la ciudad y me había solicitado el grato favor de recogerla. En el camino me comentó:

—Fernando, ¿tú te acuerdas aquel show de L... y yo, la misma noche de Miss Universo en el hotel Fiesta? ¿Tú supiste lo que pasó ahí esa noche?

—No.

—Mira, habían puesto una pantalla enorme, para que el que estuviera ahí, en el show, no se perdiera del espectáculo del teatro. Metieron el bendito show después de aquello, pero el alboroto y el habladero era tal que nadie hacía caso del show. Yo salí primero y no pude terminar la primera canción, el hervidero y el habladero era tan grande que nadie me hacía caso. Me sentí tan mal, que sin haber terminado la canción me salí del escenario y me fui. Yo no sé cómo se haría L...

No es prudente jugar con el Caballero. No siempre está de buen humor. Teníamos que estar en el Teatro Nacional a las once de la mañana. Estaba programado, primero, un ligero almuerzo, luego un breve relax, antes de un riguroso ensayo general, llegué sin prisas y me fui al camerino.

No me extrañó, por razones válidas, un poco más allá de mí mismo. Creo que estas cosas se van conformando en el

tiempo y el espacio. No solo en la optimización comprometida del talento y su acentuación obsesionante en lograr cada vez un producto superior de escenario, por y para sí mismo, sino, además, en la conducta fundamentalmente respetuosa y eficiente del artista que uno pretenda ser, correspondiente con la imagen vivencial que los demás esperan y que jamás pueden, ni deben ser defraudados, no solo significaba una categorización de elevada dimensión profesional y respetuoso *ranking*, sino, el gesto abarcaba un alto compromiso de fragilidad sensible, más allá de los egos de la vanidad personal. Era, a su vez, el reconocimiento al arte y al artista dominicano en sentido general. Todos estaríamos sobre el escenario esa noche, y todos seríamos juzgados.

Dos únicos camerinos destacaban sobre sus puertas la selectiva privacidad protagónica de súper estrellas. Como en las marquesinas estridentes de un teatro de Broadway, ambos exhibían pretenciosamente dos títulos en espléndidas letras rojas de brillantez espejeante y llamativa. Sobre aquellos decorativos nombres, una pomposamente hermosa, desproporcionada y elocuente estrella.

En un evento de la dimensión astronómica de Miss Universo, su significado es mucho más que un simple decorado. El escenario deslumbrante y apoteótico en que todo artista invierte la vida, aguardando a que esta lo premie, parecía estar allí. Muchas razones me obligaban a corresponder a ello, razones que yo, lejos de sentirme presionado o nervioso, consciente o inconscientemente, como el pez en el agua, disfrutaba.

Solo dos, uno, ubicando al fabuloso presentador de leyenda de la Televisión Americana Bob Barker, otro para Fernando Casado.

Pregunté por Los Juglares, y descubrí que los habían colocado en los alborotados camerinos comunes “cualquieristas”, al lado opuesto del escenario. Fui diligentemente a buscarlos y me los traje, eran mis hermanos y compañeros de toda la

vida; los reubiqué desde ese momento junto conmigo en mi particular camerino de lujo.

Estoy de pie en la penumbra, detrás y al fondo del escenario. No hay nadie cerca ni a mi alrededor, en aquella semioscuridad táctica que antecede el tenso momento de lanzarse al escenario. De ahí en adelante será lo que el Caballero generosamente determine y que uno mismo sea capaz de decorar de encantos la luminosidad de su lenguaje. Escucho la voz amplificadas de Bob Barker, y los ecos de Ellis, su retumbar sobredimensionado de trampolín de escena, realmente tenía un significado menos frívolo y eminente sincrónico para mí, la inversión en espontaneidad y fortaleza emotiva se instalaría instintiva, llegaría sin apremio, ni siquiera pienso en ello, sola y mágica, flotando, cuando la bondad de El Caballero, simplemente la regale.

—El seeñouur ¡FERNANDOOOU CASADOOOU!

Sus ampulosas palabras parecerían dimensionar el lenguaje con letras mayúsculas. Avanzo consciente, tranquilo, en absoluto control de mí mismo. Mido mis pasos tranquilos, sin apremio, acompasado sobre los escalones breves desde el fondo oscuro del escenario. De repente se ilumina, vibrante y glamoroso, el desafío de un tablado rutilante de sueños y millones de estrellas, el reto alucinante de todo un Mundo: Miss Universo.

Miro discreto hacia mi derecha en diagonal y desde allí me devuelve el guiño en rojo la cámara cómplice. Solo el instante impensado del *close-up*. Sobre un balcón de *Reinas* se desborda el silencio en el punteo sonoro del piropo en serenata y la estela hacia la gloria en las caderas espumantes de las estatuas vivientes más hermosas de la tierra. Una alfombra tendida a tres bandolas, desnuda impudorosa las primeras notas como un eco entre nubes, avanzo cercano a Fernando Arias, mientras el aliento reta el romance de los primeros versos, el cordoncillo del micrófono portátil que viaja hacia mi bolsillo trasero, importuna el borde de mi chamarra, cuando retumba la noche en re-menor mi confesión al oído de todo un Universo.



El Magistrado cantando bajo la tenue luz de la pasarela de las reinas.

*Cuando al recuerdo de tu hermosura...  
tus dulces labios suelo evocar...  
como un alivio a mi desventura...  
tus labios busco para besar...*

Solo, conmigo, y es como una danza inédita al pie de los cielos. Tomo sus manos bajando entre escalones de nubes y sus dedos temblorosos calman su sonrisa en mi sostén. Es una boda en cinco pasos para entregar la novia de todos los altares. Es un verso esculpido en caderas de guitarras, silbando al aire notas interpretando el viento. Un ruiseñor colgado en el azul de un cielo terrenal de golondrinas.

Recompenso el aliento en el suspiro largo que resbala en mi garganta entre gorjeos de barcarolas, flotando en la magia encantadora del verso dulce y la mirada a los ojos. El canto huele y se impregna perfumado entre frases que se extienden como alas que se elevan para siempre y reparten su destino, y en el recuerdo, la estampa eterna latiendo en la prosa inolvidable de la historia en brazos de la noche, la Patria al pie del trillo florecido de un escenario irrepetible, danzando trinos sobre un incomparable jardín universal de Ruiseñoras.

Mi mano aguardó el gesto de su tacto en un acorde y compartimos una sonrisa cómplice, sus pasos parecían descender apenas sin tocar la madera ansiosa y ella toda dejando atrás flotante, un rastro de silueta iluminada...

*Cuantas veces, soñando, tu mano suave he sentido...  
cuantas veces, llorando, el día me sorprendió...*

Sus sueños eran como destellos posados sobre el pelo libérrimo que jugueteaba escapando a su paso de reina, descendiendo manoseada por la bruma, moteando de destellos sus mejillas olorosas...

*Cual triste y ciego errante, siempre en busca de luz...  
busco unos labios que besen como me besabas tú...*

Sin percibirlo, como si agitáramos banderillas sobre el escenario, ambos pincelábamos de trinitarias en febrero antiguo, aquella hermosa puesta de sueños de sol. Solté las alas de su brazo como si soltara mi bandera envuelta en ella abrazando sus latidos. Sobre su pecho enfebrecido, los guiños parpadeantes de las letras saltaban sobre su banda agitada, desbocando suspiros entre las rimas sobre sus versos de niña. Deje avanzar la voz sin seguir el glamour de paloma de Blanca Aurora Sardiñas, Miss República Dominicana, y el escenario quedó para el aplauso.

*Busco unos labios que besen como me besabas tú...  
Como me besabas tú...*

Misión cumplida, bajo al frente, unos pasos y me detengo en mitad del Mundo, los aplausos me tocan la piel como los reflectores enceguecedores, un gesto agradecido, sin estridencia, inclinando el rostro, los aplausos crecientes se desproporcionan. No espero, me muevo a mi izquierda y alcanzo el desnivel del tablado para descender del escenario hacia el pasillo al camerino, aún entre aplausos. Cuando mi paso apoya los latidos al escalón, un pensamiento me llega y se posa en el hombro de mi naturaleza, turbada de perfeccionismo.

—Caramba, creo que pude haberlo hecho mejor.

Cuando el pensamiento se amolda a estas formas extremas de autodisciplina perfeccionista, el escenario siempre entregará a quien lo recibe un arte mucho más real, sincero, rotundo, más allá del cien que pueda dar por cientos. No importa si el artista, atado a la exigencia de sus fueros interiores se sienta insatisfecho, el público siempre recibirá en su espíritu el impacto de la parte más gloriosa del esfuerzo y el talento. Nadie puede ser objetivo y subjetivo a la vez. Para juzgar y sentir el arte, está allí, precisamente el público. Es él, estremecido, quien valora vibrante su desbordada fortaleza o debilidad cualitativa. El compromiso del artista consigo mismo, más allá de lo material

o terrenal si se quiere o puede, es una dimensión de elevación y rango trascendente frente a la creación y a sí mismo, cuyos niveles de autoelevación, presentes no solo en la musa del cantor sino en cualquier expresión diferente de arte, debe transmitir, arrobar y afiebrar la emotividad de quien lo recibe y disfruta. El artista es *instrumento de la creación*. Obligado a ser capaz de autotransformarse en arte cada vez mejor, elevadamente superior. Cada vez más cerca de la perfección. Para el público, protagonista interesado, el detalle jamás pasará desapercibido. De ello el premio del aplauso y la consagración.

Hubo una grande y selectiva fiesta de particular celebración, que disfrutamos esa noche en el hotel Hispaniola. Había en el ambiente la certeza alegre, de haber logrado colectivamente un trabajo profesionalmente excepcional.

Al día siguiente me fui con toda normalidad al Centro Olímpico a disfrutar mi rutina de trote de ejercicios. Durante el trayecto y hasta en la pista, abrumaban las expresiones congratulantes y saluciones, de un jubiloso carnaval fiestero inesperado que me desconcertaba; llovían como serpentinas y confeti de colores las expresiones exageradas. Al regresar a casa llamé al maestro Solano:

—Fello, ¿qué es lo que pasa, que la gente está como loca felicitándome? Yo lo que hice es lo que siempre trato de hacer, lo mejor que puedo.

—Fernando, ¡tú no sabes lo que tú has hecho!

Me dirigí sin prisas a la oficina local de enlace para retirar el pago en su momento. Entre expresivas felicitaciones y muchas satisfacciones y sonrisas, recibí con modestia agradecida un sobre formal que ubiqué mecánicamente al bolsillo, en medio de aquel interminable coloquio feliz, más propio de un héroe. Ni siquiera me molesté en abrirlo en ese momento.

Me fui a la casa y procedí a colocar el cheque en mi mesita sin pretensiones, sin ninguna expectativa ni curiosidad, después de haberme acomodado rutinariamente. Luego de un rato tomé el sobre y procedí a abrirlo para ubicar el documento

en mi cartera. Casi sin pensarlo, posé la vista maquinalmente sobre las descripciones y algo llamó mi atención. La cantidad a pagar descrita en el *cheque* era muy, pero mucho mayor que la que habíamos acordado por contrato. Asumo que han cometido un error, pero no hay prisa. Tres días estuvo el documento estacionado en mi cartera. Sin urgencia, al tercer día llamé al ameno español a la oficina de enlace de Industria Petroquímica Dominicana para enterarles del problema y devolver el cheque para su corrección. El original y dicharachero español no concebía la torpe ocurrencia y me prometió indagar. Volví a internar juiciosamente en el bolsillo de cuidados intensivos el paciente documento. Transcurrió más de una semana en esa espera y la respuesta de la petroquímica no llegaba. Le llamé preocupado y en ese gracejo tan particular y rebosante del afecto que siempre me desgranó encima, me espetó:

—No seas pendejo hijo, ¡caramba! Es que le ha gustao' lo que has hecho y te han premio' hombre. Cambia tu cheque y no te mortifiques. ¡Enhorabuena!

Regresé a la semana siguiente a la televisión. Me incorporé a mi actuación rutinaria en el Show del Mediodía, en día viernes que tenía determinado. Yaqui colocó maliciosamente su gracia conmigo. Luego de dar las gracias al grupo de entrenadores del Centro Olímpico, quienes habían trabajado por meses en mi condición física, invirtiendo su interés y técnica excepcional como si fuese yo un atleta a competir por un título mundial, terminaba apenas de mencionar sus nombres cuando precipita el talento de su teatralidad maliciosa... Yaqui:

—Fernando, ¿y qué nos vas a cantar?

Solo llegué a intentar la respuesta, las ideas quedaron colgadas en el gesto instintivo abandonado en suspenso, congelado en mi boca. No me dejó continuar. ¡Oh! Inolvidable sorpresa.

—¿Pero tú crees que vas a cantar?

De repente aquel mundo transformó atropelladamente sus ilusiones como por arte de magia. Súbitamente soles



y azules comenzaron a girar empapando emociones como serpentinas en carnaval. Un sillar de palacio decorado en caoba, se sentó deslumbrante como un trono, antes que yo sollozara en su regazo en medio de las luces. Sin que pueda recordar el instante de posarme, flotaba allí sentado como entre nubes palaciegas. Una excitante oleada inesperada de compañeros y artistas irrumpió tumultuosa desde todas partes, desbordando mi sorpresa aturdida, integrados de alegría cómplice al enorme estudio. Las coronas de flores rodearon el entorno como un jardín sonriente a carcajadas, sobre un piso alborotado de pétalos. Sobre el video de serenata de Miss Universo y Como me besabas tú se inundó la pantalla entre las cuerdas juglares de Gautreaux, flotando en encaje las palabras doradas de Yaqui, mientras mis lágrimas timoratas contagiaban el abrazo compañero. Salí de allí vivamente motivado, arrastrado en la creciente, como río recién llovido en su costumbre, a casa de los Gautreaux. Allí me esperaba el final del drama.

Los ríos en sus crecidas suelen, bajo superficie de desperdicios de aguas con prisa, ocultar el turbulento temperamento oculto de su rabia oscura, arrastrando sin respetar orillas, entre el flotante *basuraje* enfermo de su corriente, lodosas y enmarañadas tragedias, sin que sepamos cómo las recibirá el mar.

Los muchachos no estaban presentes en ese momento. Mi buen humor se estancó sorpresivamente cuando, inesperadamente, recibí una andanada insultante. La persona reclamaba, casi exigía, lo que parecía entrañar algún tipo de compromiso de mi parte con respecto a Los Juglares, en mi actuación en El Show del Mediodía, apenas un rato antes.

Expliqué que ni siquiera había cantado, que habían estado exhibiendo, precisamente, el video de Miss Universo, donde figurábamos junto a Los Juglares y que aquello no constituía una actuación especial, sino mi rutinaria participación de los viernes en el Show. Me despedí con un sabor

extraño en el fondo del alma, un presentimiento átono, aun incoloro. Por encima del Arte, nos unía a esta familia una afectuosa y respetada amistad de años. Mi lógica no entendía este tipo de ecuaciones.

Recostaba la tarde el ocaso cuando recibí llamada de Fernando Gautreaux. Desbordado en las aristas de su temperamento, sin reparar en los giros agresivos del lenguaje, repitió, indelicadamente inamistoso, el episodio insultante que había ocurrido en su casa a medio día, desertando al respeto de una amistad de hermanos.

Al Juglar atrevido no tenía que guardar consideraciones ni tolerancias. Respondí, sin desboques, en los términos que entendí merecía su ingratitud irrespetuosa. Sin titubeos, habíamos preferido el talento desbordado de Gautreaux para acompañarnos en la selección preliminar de las muestras a escoger. Luego trabajamos en el montaje dialogado de voces y el lecho armónico de las guitarras. Habíamos introducido a Los Juglares en aquel escenario por su tremenda calidad, sabedores de que su depurada elevación artística, sobre aquel tablado de tan estridente proyección universal, estaría sólidamente garantizada, resaltando sus capacidades y dimensión, acentuando su nombre y su ganado prestigio. Pero de no haberlo propiciado nosotros nunca hubiera sido posible. Pude haber subido conmigo al escenario, el acompañamiento que mis caprichos hubieran medalaganariamente determinado.

No cabía en mi mente malicia alguna de motivación que no fueran las defectuosas rivalidades y desaciertos comunes en los estrechos y “tropezantes” callejones del arte. Notoria rivalidad atropellada en una prisa enfermiza por alcanzar luminosidad y gloria, no importa cuán artificial fuese su temperatura. Realmente, no éramos entes competidores. Nuestros planos artísticos no eran coincidentes a simple vista.

La envidia degradante y los retorcimientos de celos ambiciosos han matizado siempre de impurezas el papel hermoso

del Arte en la lucha ordinaria del vivir. Arte es un escenario vivencial tan competido como prostituido de egocentrismo, en veces, tan enfermo de amarguras, que la amistad y el respeto, para algunos constituyen eufemismos entorpecedores que carecen de valor ético, moral, o comercial. Esto último, un imponderable factor externo que puede tornarse en sumamente tóxico. No eran las primeras aristas que me arañaban en éste particular Miss Universo.

El problema inmediato planteaba frontalmente una inesperada e imprevista complicación. Ante el distanciamiento del Trío Los Juglares, mi propósito de grabar juntos la criolla de Miss Universo Como me besabas tú como grupo original, tan entusiasta y ansiosamente esperada por el público, quedaba definitivamente trabado. Partiendo de que mi “modesto oficio” distaba mucho del calculador negocio del disco, grabar esta Criolla en especial, estaba muy lejos de representar para nosotros una vulgar inversión disquera de golosidad oportunista, sino, simplemente, tratábamos de asumir el compromiso inobviable de legar para siempre, la belleza eternizada en el recuerdo de un gran momento del arte, donde juntos habíamos tenido el privilegio de ser protagonistas. La situación que, aún en esas etapas, no intranquilizaba mis sospechas, pretendía, evidentemente, desarmar nuestras posibilidades y ganar tiempo para algún despropósito. La prisa no es buena compañera, si es malévola, se torna defectuosa. Es obvio que perdieron la perspectiva de la realidad. La pregunta es ¿dónde había estado afincado el impacto espectacular objetivo y protagónico del suceso de Miss Universo? ¿En Los Juglares? Creo que perdieron el sentido común.

Como me besabas tú era una canción anciana. El fenómeno de aquella Noche de reinas, no solamente reverdeció en el espíritu romántico la canción eterna de José Dolores Cerón, sino desempolvó la musa de los siglos y volvió a actualizar y revestir la Criolla como género, en la partitura cultural romántica del sentimiento patrio. El Caballero se puso de mi parte, me regaló una idea.

El prestigioso canal 9 de Color Visión había realizado la transmisión local de Miss Universo a todo el país. Su Director Ejecutivo en ese momento era Adriano Rodríguez, un exitoso manejador en cuestiones de televisión, radio, espectáculos y discos. Cercano, afectuoso y consecuente amigo de toda la vida. Todo se desarrolló con una simpleza flotante, es el estilo discreto del Caballero. Le llamé por teléfono:

—Adriano, es Fernando Casado, mira, ¿tú tienes ahí el video de Miss Universo, verdad?

—Oh, Fernando, te vimos en el Teatro, muy bello todo, te felicito, sí, sí, ¿por qué?

—Mira Adriano, para que me prestes el video, para sacar el sonido de la canción en vivo de la noche de Miss Universo, que voy a hacer el disco. Yo creo que es mejor el disco en vivo.

—Ok, pásalo a buscar cuando tú quieras.

—Gracias Adriano, nos vemos mañana como a las diez y media. Llegué a la casa con un pensamiento claro. No podía dejar grieta alguna que pudiera dar oportunidad a una descalificación legal o cuestionamiento alguno de opinión pública en mi desfavor, dada la agresividad inexplicable de mis compañeros. Llamé por teléfono al Lic. Vizcaíno a su oficina. El discreto señor Vizcaíno, ostentaba el flamante cargo de Asesor Legal en la controversial Asociación de Músicos, Cantantes, Bailarines y Locutores, de elocuentes siglas AMU-CABA. Todos pertenecíamos a ella.

—Buen día licenciado, es Fernando Casado.

—Hola, hola, ¿cómo está Magistrado? Congratulaciones, le vimos en Miss Universo. ¿En qué podemos servirle?

—Licenciado, mire, yo voy a sacar el sonido del video de la noche de Miss Universo para hacer el disco de la criolla Como me besabas tú, la que cantamos juntos. Si yo le pago a Los Juglares lo que los estatutos de Amucaba establecen que debe pagarse por sesión de grabación, como si ellos hubiesen estado conmigo grabándolo en un estudio, se supone que no debo tener ningún problema con ellos.

—No, no, no, ¡en absoluto! Si usted cumple con el pago por sesión, establecido por los estatutos, no tiene que haber ningún problema.

—Gracias, muchas gracias, licenciado, muy amable.

Los estatutos de Amucaba establecían el pago de \$ 15.00 pesos por sesión, es decir, por participación como músico instrumentista acompañante en la grabación de una determinada canción, sin especificaciones en limitaciones del tiempo a tomar. Firmé un cheque con cargo a mi cuenta en Scotiabank por \$ 45.00 ¡Qué tiempos! (\$ 15.00 pesos para cada uno), en favor de Amucaba y me dirigí directo a la Asociación para que esta se incorporara y asumiera funciones, no solo como instrumento institucional en cumplimiento del ordenamiento estatutario de pago, sino, además, testigo físico irrefutable de mi clara intención de actuar, por instinto de conservación, con honesta limpieza.

Haber intentado esta gestión directamente, hubiese agravado aún más las evidentes predisposiciones que hervían en estos despropósitos, cuya intención fundamental era evitar a todo trance, que yo pudiera grabar y sacar al aire una grabación de Como me besabas tú a como diera lugar.

Volvieron de hecho a requintar la nota, recibí llamada de uno de aquellos agresivos Juglares, enterados ya de mi escapada feliz, grabando el sonido en vivo del video de Miss Universo, amenazando más que advirtiendo que yo no podía sacar ese disco, y que me atuviera a las consecuencias. Mi respuesta fue, sin condescendencias.

—Mira, te voy a decir una cosa, yo, ni-soy-rico, ni-soy-pendejo para perder esos cuartos, por encima de la cabeza de ustedes, ¡voy a sacar el disco!

Recogí el voluminoso rollo del video, como había prometido a Adriano Rodríguez, al día siguiente en su oficina del canal 9, e hice cita con el estudio de grabaciones Fabiola, del pionero Fabio Inoa, en el área de La Feria de la Paz. Otro cercano amigo desde los tiempos de Radio Caribe.

Unos días después, cuando ya estábamos enfrascados en el estudio entre los recovecos de la tecnología, filtrando y depurando niveles, purezas e intensidades de sonidos y esperanzas, uno de los técnicos soltó un comentario luminoso, que desnudaba, sin proponérselo, el telón de la trama. Aun así, no lo percibí. Mi malicia no llegaba a tanto. Ignoraba lo que se movía detrás.

—Magistrado, pero hace tres días los juglares estuvieron grabando esa misma canción aquí.

—Mi respuesta, sin resentimientos ni egos, me hace sentir honrado.

—Todo el que quiera, tiene derecho a grabarla, yo también.

Concebí el detalle acertado de recoger en el disco las voces del presentador Bob Barker y el eco traductor de Ellis Pérez. Toda una novedad para la historia. Ellos también eran parte de ella. Comencé a introducir el disco yo mismo, primeramente, en las emisoras de radio locales. Curiosamente la versión de Los Juglares lucía ignorada, su grabación no se escuchaba despertar en Santo Domingo, o quizás, marcaban un compás estratégico de espera para luego introducirla. Nunca la escuché, ni me lo propuse.

Tomé la carretera larga mientras el sol temprano sonreía de frente. A mi lado, el silencio compañero sentado cómodamente, junto a mis dóciles cajas de discos aún amordazadas, cabeceando el camino en mi viejo Taurus blanco sin pretensiones. Me lancé hacia el Este del asfalto caliente con tranquilo optimismo, pueblos por emisoras y emisoras por pueblos. Macorís, Hato Mayor, El Seybo, La Romana, Higüey. Abrumé uno por un ciento, las cabinas calurosas de afectos, abrazos y locutores eufóricos de “emisorillas” de pueblos y al momento mi esperanza revoloteaba en las ondas junto al silbido libérrimo de los ruisseños silvestres del camino. Como lluvia en la sequía, pareció como si aguardaran ansiosos por aquel modesto y agradecido regalo. Vale la pena vivir, cuando podemos hacernos felices unos a otros.

Dos días después tomé la carretera del Sur. San Cristóbal, Baní, Azua, San José de Ocoa, San Juan de la Maguana, Barahona, Pedernales. Emisora por emisora, como si hubiesen abonado de antemano sus propósitos a mis esperanzas, se elevó el alboroto aleteando el Sur profundo sobre el gorjeo alegre entre colinas y manantiales. Sobre el rastro agradecido del camino, árido a veces, se enraizaron para siempre un montón de sonrisas y palabras admiradas, junto al acorde evocador de una Criolla y un propósito comprometido, tanto mío, como de ellos.

Emprendí el verde camino hacia el Cibao. La arboleada decoraba las orillas de la prisa, mientras sus muecas se reflejaban en saludos sobre el vidrio de mi Taurus adulto, en el segundo cambiante cuando la gracia de sus sombras, sin despedidas, iban quedando veloces en el pasado. Debía alcanzar Montecristi antes de desfallecer. Santiago surgió a mediodía como una carcajada, siempre alegre, una fiesta entre colinas de alegría que siempre terminan vestidas de azul. Quería insertar el disco en la mayor cantidad de emisoras, en vista del enorme radio de cobertura y potencia de estas en la zona, y la popularidad y competida preferencia arropante de muchas de ellas.

No recuerdo, específicamente, cuál emisora, ni el despedido locutor que, sin ninguna malicia ni propósito, compartiera el revelador comentario. Es cuando en realidad comprendí y asumí la profundidad perversa de lo que se había estado gestando, incisiva y específicamente, en mi desfavor. Toda una filosa trama venenosamente planeada y espinosamente entretejida, intencionalmente matizada de dañino e impotente rencor.

—Magistrado, pero ese mismo disco lo repartió aquí en Santiago, hace como un mes, Juan Pérez, grabado por Los Juglares.

Archivado sin memoria ni importancia en el olvido, Juan Pérez significaba para mí, un simple e incoloro incidente. No pude advertir, hasta desnudar ese momento, la fetidez de intenciones, para calificar de alguna manera, aquella enfebrecida obsesión destructiva. Un ejemplo velado de ferocidad perruna, de impotencia rencorosa, de perversa vocación.

Eran los años en que habíamos estado dirigiendo Radio Cristal. Recién asumía responsabilidades como Director-Gerente para mis siempre honrosamente recordados don Elizardo Dickson y la discreta familia Vicini, sus propietarios. Aquel domingo decidí hacer una visita sorpresa a los estudios de la emisora. Una forma objetiva de verificar y garantizar orden, respeto y disciplina, diferenciando y estableciendo desde el mismo principio de nuestra gestión, el estilo exigente que caracterizaría una diametral responsabilidad gerencial. Algo no habitual entre degradaciones y complicidades venduteras de la radio en general. Rasgos de ordenamiento conductual inconcebible entre la mayoría de los permisivos Directores y permeables locutores que habían desfilado bostezando perezosamente por Radio Cristal.

La sorpresa fue provocadoramente irrespetuosa. Ubicado en plena cabina, sentado frente al locutor de turno cual amo y señor y un montón de discos en su regazo, Juan Pérez en persona, ordenaba uno por uno, los discos que entregaba al locutor para ser radiodifundidos al aire, según su impuesta discreción y voluntad. Una muestra inconsiderada del lesivo ejercicio de la payola, detectada *in fraganti*. Nuestra justificada reacción fue inmediata y radical. Con la rigidez que demandaban las responsabilidades de un Director-Gerente y la seriedad de lenguaje que el abuso merecía, hubimos de expulsar sin consideraciones, lamentablemente, al susodicho Juan Pérez de Radio Cristal.





Figura cumbre en la renovación de la canción popular, José Dolores Cerón es de los músicos más importantes en toda la historia musical dominicana.

Los documentos hablan para siempre cual sentencias, por sí solos. Como puede observarse, la vida, no solamente nos regaló el privilegio ser el primer dominicano y a la vez el primer latinoamericano, sino el hecho, de ser el primer cantor solista que pisara en la Historia, el escenario de fantasía y consagración que ha sido Miss Universo.

<b>Year</b>	<b>Masters of Ceremonies</b>	<b>Color Commentators</b>	<b>Special Musical Guests</b>
1952	Bob Russell	-	-
1953	Bob Russell	-	-
1954	Bob Russell	-	-
1955	Bob Russell	-	-
1956	Bob Russell	-	-
1957	Bob Russell	-	-
1958	Byron Palma	-	-
1959	Byron Palma	-	-
1960	Charles Collingwood	George DeWitt, Arthur Godfrey and Jayne Meadows	-
1961	Johnny Carson	Jayne Meadows	-
1962	Gene Rayburn	-	-
1963	Gene Rayburn	-	-
1964	Jack Linkletter	June Lockhart	-
1965	Jack Linkletter	June Lockhart and Pat Boone	-
1966	Jack Linkletter	June Lockhart and Pat Boone	-
1967	Bob Barker	June Lockhart	-
1968	Bob Barker	June Lockhart	-
1969	Bob Barker	June Lockhart	-
1970	Bob Barker	June Lockhart	-
1971	Bob Barker	June Lockhart	-
1972	Bob Barker	Helen O'Connell	The Lettermen
1973	Bob Barker	Helen O'Connell	-
1974	Bob Barker	Helen O'Connell	-
1975	Bob Barker	Helen O'Connell	-
1976	Bob Barker	Helen O'Connell	-
1977	Bob Barker	Helen O'Connell	Fernando Casado
1978	Bob Barker	Helen O'Connell and Corinna Tsopei	Robert Goulet and Violines Mágicos de Villafontana
1979	Bob Barker	Helen O'Connell and Jayne Kennedy	Donny Osmond
1980	Bob Barker	Helen O'Connell and Jayne Kennedy	Donny Osmond
1981	Bob Barker	Elke Sommer	Peter Allen, 42nd Street Company and US Naval Choir

<b>Year</b>	<b>Masters of Ceremonies</b>	<b>Color Commentators</b>	<b>Special Musical Guests</b>
1982	Bob Barker	Joan Van Ark	Rex Smith and José Luis Rodríguez
1983	Bob Barker	Joan Van Ark	John Schneider and José Luis Rodríguez
1984	Bob Barker	Joan Van Ark	Tom Jones and Miami Sound Machine
1985	Bob Barker	Joan Van Ark	John Denver and Clint Holmes
1986	Bob Barker	Mary Frann	Miami Sound Machine
1987	Bob Barker	Mary Frann	-
1988	Alan Thicke	Tracy Scoggins	-
1989	John Forsythe	Emma Samms and Karen Baldwin	Rock en el Universo music of Micro Chips
1990	Dick Clark	Leeza Gibbons and Margaret Gardiner	-
1991	Dick Clark	Leeza Gibbons and Angela Visser	-
1992	Dick Clark	Leeza Gibbons and Angela Visser	-
1993	Dick Clark	Cecilia Bolocco and Angela Visser	-
1994	Bob Goen	Arthel Neville and Angela Visser	Peabo Bryson
1995	Bob Goen	Daisy Fuentes	Jon Secada
1996	Bob Goen	Marla Maples	Michael Crawford
1997	George Hamilton	Marla Maples	Enrique Iglesias
1998	Jack Wagner	Julie Moran and Ali Landry	K-Ci & JoJo
1999	Jack Wagner	Julie Moran and Ali Landry	Julio Iglesias, Jr.
2000	Sinbad	Julie Moran and Ali Landry	Elvis Crespo, Montell Jordan, Dave Koz and Anna Vissi
2001	Elle Macpherson and Naomi Campbell	Brook Mahealani Lee and Todd Newton	Ricky Martin and La Ley

<b>Year</b>	<b>Masters of Ceremonies</b>	<b>Color Commentators</b>	<b>Special Musical Guests</b>
2002	Phil Simms and Daisy Fuentes	Brook Mahealani Lee	Marc Anthony
2003	Billy Bush and Daisy Fuentes	-	Bond and Chayanne
2004	Billy Bush and Daisy Fuentes	-	Gloria Estefan
2005	Billy Bush and Nancy O'Dell	-	-
2006	Carlos Ponce and Nancy O'Dell	Shandi Finnessey and Carson Kressley	Chelo and Vittorio Grigolo
2007	Mario Lopez and Vanessa Minnillo	-	RBD and music of Nelly Furtado and Sean Paul
2008	Jerry Springer and Melanie Brown	-	Lady Gaga and music of Mika and Robin Thicke
2009	Billy Bush and Claudia Jordan	-	Heidi Montag, Flo Rida, David Guetta and Kelly Rowland, and music of The Black Eyed Peas and Sean Kingston
2010	Bret Michaels and Natalie Morales	-	Cirque du Soleil and John Legend & The Roots, and music of Kelly Rowland and Bret Michaels
2011	Andy Cohen and Natalie Morales	Jeannie Mai and Shandi Finnessey	Claudia Lette and Bebel Gilberto, and music of The Black Eyed Peas and Sérgio Mendes

<b>Year</b>	<b>Masters of Ceremonies</b>	<b>Color Commentators</b>	<b>Special Musical Guests</b>
2012	Andy Cohen and Giuliana Rancic	Jeannie Mai and Shamcey Supsup (web content host)	Train and Timomatic, and music of Selena Gomez, One Direction and Avicii
2013	Thomas Roberts and Melanie Brown	Jeannie Mai and Janine Tugonon (web content host)	Panic! at the Disco, Emin and Steven Tyler, and music of Zedd, Foxes, Anise, Snoop Dogg and Fergie

La criolla de Miss Universo Como me besabas tú, no pudo ser detenida en su efervescencia hermosa. Una actualización feliz que reimpuso la vigencia olvidada del género de la criolla. Un auténtico fenómeno disquero impactante. Una reafirmación espontánea, fundamentada en argumentos de antiguas tradiciones que califica su reputación emblemática como clásico eterno en la historia de la canción popular dominicana. Parte hermosa de una imborrable memoria musical romántica eterna. Es una pena que su incomparable autor don José Dolores Cerón, no estuviese con nosotros para disfrutar su gloria. Esa noche, él y muchas otras almas, asomadas desde el balcón del tiempo, aletearon líricamente al compás de mis gorjeos y el pasear de Reinas desde un palacio de nubes, armonizando felices de sonoro silencio, en un cantorum angelical de cielos, los versos apasionados de amores vividos más allá de la vida.

El eco hermoso de aquella coral del espíritu, que aún retumba cual aplauso eterno, más de ellos que mío, está expresado, aun latente, en el respeto y el cariño de todo un pueblo que vivió para sí, aquella exclusiva noche de serenata junto a un ventanal de sueños, atesorado celosamente en el alma romántica de todos, desde que comenzamos a enamorar de guitarras las callejuelas faroleras de este Nuevo Mundo.

Detrás de nosotros, como puede observarse, desfilaron las más grandes figuras de la televisión y el cine norteamericano. En términos de Festivales, algunos de OTI, solo dos artistas pudimos acercarnos al triunfo y lograr para la República Dominicana una posición honrosa, como es un segundo lugar: Tati Salas y Fernando Casado. En nuestro caso, no solo No. 2 en OTI, sino Igualmente en el Festival de Miami. Los emblemáticos Raúl Velazco y Don Francisco, más de una vez, nos regalaron el entablado famoso de sus inolvidables proyecciones en la TV mexicana y chilena, solo reservado para grandes y escogidas estrellas internacionales.

Luego de nuestra participación en Miss Universo en 1977, viajamos a España ese mismo año, participando en el señalado Festival OTI, obteniendo, como aportan los documentos, un segundo lugar para nuestro país, compartido junto a la fabulosa Lissete Álvarez, quien representaba a los Estados Unidos, aparte de haber sido, unos años antes, el artista que representara la República Dominicana en el Primer Festival Inaugural que celebrara la OTI desde Madrid en 1972. A solicitud anticipada al Festival OTI-77' desde la Radiotelevisión Española, por intermedio consecuente de Ellis Pérez, nos obligamos a permanecer varias semanas, luego de concluido el Festival, para tomar parte en el fabuloso programa 300 Millones desde Madrid. Una vez regresados al país, volamos hasta el codiciado escenario de Don Francisco, cuando éste era proyectado a toda Suramérica desde Santiago de Chile. Igualmente, en estos dos últimos escenarios, en ambas ocasiones y hasta ese momento, tanto 300 Millones como Don Francisco Presenta fueron las primeras oportunidades de inscribir el nombre de República Dominicana, para artista dominicano alguno en estos escenarios.





# La guerra del humo



Fachada de la antigua Compañía Anónima Tabacalera.

Como volutas de blancura amarillenta, flotaban los comentarios y virutas sobre el tema. Aquello cosquilleaba, como el humo que suele molestar en los ojos. Durante los últimos meses de navidad, Tabacalera nos asignaba un bono mensual de \$ 100.00, para que no aceptáramos trabajar para E. León Jimenes. Era descontinuado, sin siquiera comunicarnos previamente. Las sumas lucen risibles, culpas del tiempo son.

—No sale de tu bolsillo René, deja que los muchachos sigan cobrando sus cien pesos hasta que la Tabacalera diga.

—... ¡Aquí no hay artistas! En América hay como 50 Luchy.

Éramos realmente hermanos, pero estas subjetividades prejuiciadas incidieron decisivas a la hora de inclinar la balanza, cuando la Guerra del Humo enfrentó a Miñín Soto y René del Risco. Las consecuencias aún no estaban a la vista.

El problema era mucho más profundo. E. León Jimenes se había asociado a la importante firma cigarrillera Phillip Morris y ambos habían tomado muy en serio el futuro. Premier y Marlboro frente a Montecarlo. ‘Tan en serio, que los norteamericanos, junto al optimismo emprendedor de E. León Jimenes se enfrascaron en un importante y costoso experimento de adaptación, cultivo y producción de una espléndida variedad de tabaco rubio criollo en nuestras vegas, que, hasta ese momento, solo habían sido explotadas para producir tabaco negro. Los descreídos técnicos de la Tabacalera descartaron esta posibilidad e imprudentemente no consideraron respuestas y expectativas futuras de competencia frente a la factibilidad de éxito del avanzado experimento. Los Leones jugaban al futuro, la Tabacalera se anclaba en el pasado.



René Del Risco Bermúdez.

Cinco años después vino la hecatombe. Aquella vocación edénica de fe en la tierra y en el ser que siembra el corazón en el surco, premió los sueños y las interrogantes. Las manos del tiempo y el tesón del hombre, habían logrado al fin producir la magia de un tabaco rubio criollo.

La conmoción en el ámbito de la competencia fue desesperada. El oleaje se precipitó escaleras arriba, empapando de intranquilidad las horas alfombradas de un draconiano Joaquín Balaguer, que pareció no perdonar nunca las culpas ajenas de Chino Almonte. Planteándose la protección del emporio que enriquecía las arcas, símbolo y nervio de la región. El problema se convirtió en Asunto de Estado. Se sugirió a E. León Jimenes negociar la mitad de su producción de tabaco rubio con Tabacalera, hasta tanto esta lograra producirlo en sus propias vegas.

Aunque la Publicitaria Siboney, que manejaba la cuenta de E. León Jimenes nos había contactado, nuestras primeras entrevistas fueron con Retho, que manejaba la esplendorosa cuenta de Tabacalera, cuyo flamante ejecutivo era René del Risco. Habíamos pasado media vida en los escenarios patrocinados por Montecarlo, y no nos pasaba por la mente cambiar de cajetilla. Sí entendíamos que la situación era justificada y merecidamente aprovechable. Algo sucedió que nunca antes había sucedido, una respuesta a la altanería publicitaria. Niní y yo establecimos nuestras condiciones. Me tocó a mí manejar la estrategia. Cáffaro era riesgosamente formal y dócil.

—Bueno René, queremos \$ 300.00 para firmar y \$ 200.00 pesos por show.

Se negó de plano a aceptar el planteamiento. Nuestra mirada estratégica se torció hacia el hábil y talentoso Miñín Soto, aunque no fue nuestro propósito original. Las entrevistas y negociaciones, con uno y otro, se sucedían con apremiante frecuencia aunque sin solución.

—Mira Fernando, yo no puedo pagarte eso, porque a Sonia y a José Lacay le estamos pagando \$ 150.00.

—Entonces, juégatela con ellos, —fue mi respuesta a René.

Era notorio que E. León Jimenes había decidido echar la batalla. La agresividad de la iniciativa parecería estar más cerca de la indignación justa de Phillip Morris, que de aquellos modestos, sobrios y mansos leones. Se incorporó al equipo la superior genialidad de Max Pou, un artista del lente de dimensión extraordinaria, para trabajar las imágenes como obras de arte.

Es en este instante de la historia que surge un argumento insólitamente inesperado y determinante. Desarma la correlación de fuerzas y posa, sutilmente, en manos de Siboney, las cartas del triunfo. Entra en escena, intempestivamente, un temerario y osado personaje, César Suarez.

Cesar iniciaba de la nada sus empeños de promotor de espectáculos, que luego convertiría en un imperio. Compartía la generosidad modesta de Franklin Domínguez en aquella oficina sin pretensiones, junto al parque Hostos. En un acto de genialidad inteligente, había recorrido el montón de ciudades y pueblos del interior, y sin un centavo en el bolsillo, había contratado todas las fechas de fiestas patronales en todo el país. Presentó a un sagaz Miñín Soto, en este crucial momento, aquel amplio itinerario de fiestas, que permitía calcular semanalmente el número de espectáculos que ensamblaría a los artistas por meses. René no podía garantizar ninguna.

—Mi querido magistrado, no te puedo dar los \$ 300.00 para firmar, pero sí te puedo garantizar 4 presentaciones semanales a \$ 200.00.

\$ 800.00 a la semana. ¡Era una fortuna!, en aquellos tiempos.

—Déjame hablar con Nini.

Cáffaro no se decidía, ni yo tampoco. Nos sentíamos visceral y agradecidamente atados a Tabacalera, a “Chino” Almonte, a todos los afectos y sentimentalismos creados, pero no a René del Risco.

Surge en escena Nandy Rivas, otro afectuoso amigo del alma. Pertenecía a la oficina de publicidad de León Jimenes.

—Fernando mira, Miñín y yo queremos hablar contigo. ¿Qué te parece si nos juntamos en mi casa esta noche a las ocho?

Llegué en punto. Ya estaba Miñín y no hubo preámbulos. No recuerdo las palabras de Nandy, solo las de Miñín.

—Queremos que tú vengas con nosotros, si Niní no quiere, no importa, nos la jugamos contigo, Magistrado, como amigo, por la amistad que siempre nos ha unido, yo necesito que tú vengas con nosotros.

Me llegó al alma. Miñín siempre fue inevitablemente auténtico. Creía en mí, tanto como yo creía en él. Recurría a algo más valioso que el dinero y la vanidad del escenario, una grande y real amistad, probada sobre las tumbas y lágrimas de una guerra.

—¡Okey!, 'ta bien, me voy con ustedes.

Al día siguiente llamé a Niní.

—Niní, anoche tuve una reunión con Miñín y Nandy y definitivamente decidí irme con León Jimenes.

—Anda pal'... ¿y ahora? Yo que le dije anoche a René que me iba con ellos, y que tú también.

—C..., Niní tú puedes hablar por ti, pero no por mí. Se me ocurre que a lo mejor conviene que tú estés de un lado y yo del otro. La competencia puede hacerse más larga y saldríamos ganando.

Me contestó algo que no he olvidado nunca y que ha sellado una amistad de hermanos.

—No Nando, donde tú vayas, yo voy, pero, por favor, habla tú con René.

Llamé esa misma mañana. Contestó presto.

—René, te estoy llamando para decirte que yo he decidido irme con León Jimenes. Niní me dijo que te dijera que él también.

Estalló como una tromba. Sin siquiera cuidar el lenguaje, perdió la compostura de la amistad. No era solo su ego lastimado, era Retho. Un fracaso suponía el riesgo de perder la

cuenta multimillonaria de Tabacalera. Callé tranquilo y le dejé desahogarse.

—C..., ¡ustedes son unos charlatanes! Niní me dijo que ustedes venían con nosotros y yo llamé a Santiago y se lo informé a “Chino” Almonte. ¡Ustedes no me pueden salir con esa vaina ahora!

—Mira René, no me voy a dar por aludido en todo lo que tú estás diciendo, yo me he cuidado mucho, en todo este tiempo, de que ninguno de ustedes, ni Miñín ni tú, pensaran que me iba con uno o con otro. Eso yo lo decidí anoche.

—Sí, pero Niní me dijo...

—Yo no tengo nada que ver con lo que te haya dicho Niní. Ese es un problema tuyo y de Niní. Él me dijo que te dijera que también se iba con León Jimenes.

*El viento frío* parecía decorar aquel diciembre trágico. Cerca no a la última semana del año, Brugal patrocinaba la Rondalla, algo que había creado Rafael Solano. Salíamos a la media noche a cantar canciones de navidad a coro en el silencio dormido de los barrios, para despertar del sueño el espíritu de la madrugada religiosa. Un pálido Horacio Pichardo se acercó tenso a la ventana de mi auto, cuando cruzábamos la noche desde Los Mina hacia el ensanche Luperón.

—Fernando, ¿tú ‘ta oyendo? En la radio ‘tan diciendo que René se mató en un accidente.

No le respondo, no me pregunten por qué. Horacio insiste desconcertado.

—Tú oye’ Fernando... que René...

—¡Cállate con esa vaina!

Mi mente rechazaba, no aceptaba aquella insólita realidad. La Rondalla se disgregó como en un apocalipsis en aquella procesión ciega, doblaba a fatalidad un funeral de campanas de rubor sollozante, el mar sin horizonte, recogió la negrura sin cielos, en las lágrimas que lloviznaban el duelo de la noche. Entre las calles heridas los fantasmas del viento ocultaron entre sombras amargas la poesía, y el verso huérfano del



camino se olvidó de sembrar las primaveras de aquel sueño de un mundo donde no acabaría jamás la alegría. Aquella ciudad tan suya, de colores y de cristal, se quebró en mil pedazos y se esfumó en la pólvora y el gracejo ajeno de Luisito González Fabra: ¡poeta de camisas largas y cabello mentolado! No tuve valor para acercarme al insomnio de aquella interminable tragedia.

Nobel Alfonso narra la descarnada escena. Junto a un Miñín tranquilo y un René tormentoso, escapando a las arrugas del ocaso, compartió la penumbra funeraria en un Dragón de ángulos vacíos y rostros sin recuerdos; Thomen y Miguel Feris, abonaron el encuentro, buscando embalsamar los cirios de la noche. En cada trago se iba un pedazo de vida, una esquina de barrio con olores de arena al este del olvido. Las ojeras del miedo detrás de los barrotes de una calle atrapada, oculta en los infiernos.

Y crecieron los tonos en que hablaban las horas, la angustia de la frustración amordazando las razones, la humareda tórrida del alcohol en los atajos de la rabia y la evasión inútil de la derrota.

—René, ¡no te vayas! Te puedes quedar a dormir aquí arriba, en casa. Yo llamo a Victoria y le explico.

Derramando en voz alta la inconsciencia, complació los aplausos de los diablillos tercos que agitaban los contados minutos de vida que apenas le quedaban al doblar de la alfombra asfaltada del destino.

—Soto, escucha esto: ¡son los Beatles tocando a Juan Sebastián Bach! Estoy aprendiendo puro Jazz. Nos vemos.

Una despedida buscando estilo, sin regreso. Tras el carruaje enfermo de aventuras y el pensamiento en llamas, iba danzando detrás de la avenida un alboroto de páginas luctuosas, y encima de los techos alados de su prisa, el viento enrarecido, sollozaba.

Nobel le siguió detrás de la tangente tormentosa a completar el nombre de la noche. Unos metros de angustia tensa

e impotencia separaban la historia, cuando avistó el camión enorme recostando la curva donde duerme el camino de asfalto. El bistorí de un grito abortó cortante en su garganta, vio encenderse los faros de un presagio a su derecha y a René torcer desconcertado el minuto turbulento de vida hacia la izquierda; el camión, evitando a su vez, se lanzó hacia su izquierda cuando René intentaba entrar de nuevo a su carril derecho, y entonces el estruendo, el trueno hizo girar redondo el muñeco del carro y aplastó sus metales filosos, condenando la puerta y estrellando los vidrios de su cielo con su sangre; su cuello se retorció impotente quebrando su ramaje en feroz remolino, desnucándose en el sopor fatal de la agonía. Se ensañaron las iras cuando el vehículo giró rebotando en un baile embrutecido, arrastrando el silencio desde el área cercana a la puerta a su izquierda, estrujándose a hachazos a lo largo del cuerpo interminable de aquel monstruo y a dentelladas se destrozó inconsciente y trapeso contra aquel muro implacable, decorando el silencio endurecido de habichuelillas rojas.

Frenó dejando atrás los latidos del pánico y corrió sin apagar los cirios encendidos del altar de su auto. Alguien cayó del cielo y corrió en su ayuda. René colgaba agonizante con el rostro oculto incrustado en estertores en el hueco destrozado del volante en mitad de la noche asfaltada. La puerta del infierno se aplastó en su mirada y le encerró con ira los últimos suspiros.

A patadas de pánico destrozó Nobel los vidrios de la ventana trasera ahogado en marejadas de desesperación y de impotencia. Arrastraron la angustia agónica de su cuerpo, sus últimos suspiros y los ronquidos esdrújulos y temblorosos que ensuciaba su rostro ensangrentado de galán de pasiones. Su cuerpo exánime fue arrebatado hacia la puerta opuesta, abierta a la interrogación, mientras las olas enrabiadas estrellaban sus dolores en las rocas, la prisa ciega desbocada en las sombras, la

estela en llamaradas de Nobel al Marión, las penas de René por despedirse.

Un mayo heroico repartió los papeles sin esperar la gloria y le dejó la noche para que no la olvidara. Aquel que curó las heridas proceras de un Cedeño hacia el abismo sin preguntar la historia, es quien recibe el despojo moribundo del poeta y el tormento humedecido de escribir con sus manos el epitafio trágico de su último poema. ¿En qué lugar de la almohada llorará sus recuerdos José Joaquín Puello?

Nobel importuna los sueños, es demasiado dolor para uno solo. Descreído y molesto, cuelga. Un segundo intento y José Augusto, descuelga. Aún en una sola pieza, heroico, llama y viola la frontera prohibida de Miñín Soto, generoso, se quita las espinas de la noche, se desprende del mundo y envuelve en un ramo de rosas las lágrimas que comienzan a gotear escaleras abajo, hacia el abismo que derrumba el alma del amigo. Los toques a la madera aún retumban con prisa, como los latidos de José Augusto cuando en el cuadro de su puerta creció la sombra de Miñín Soto.

El huracán de la *Guerra del humo* arrastró sin remedio la vida de René del Risco, destrozó la aureola de sonrisas de Chino Almonte y le llevó a la tumba. Destronó el imperio imposible de la Tabacalera y dejó atrás el pasado. Surgió otro imperio que supo interpretar el estilo respetuoso de los tiempos. Alguien cometió un costoso error. Pagaron su precio demasiado caro.

Un año después la UASD le rindió homenaje. Se me invitó a cantar Una primavera para el mundo. Mi recuerdo es patético. Comencé a desandar los primeros versos: *Ven que contigo quiero comenzar un sueño...* los sollozos se atropellaron en mi garganta, pedí disculpas e intenté de nuevo luego de un silencio tenso... *Ven que contigo quiero comenzar...* me ahogaba en lágrimas, impotente, me permitieron sollozar largamente en el silencio. Intenté cantar una tercera vez: *Ven que contigo quiero comenzar un sue...* no pude más, oculté el rostro entre mis manos, di la espalda y lentamente me fui tras bastidores.

Recosté el alma a la pared, y sin poder contenerme lloré. Lloré... lloré... lloré...

Jamás volví a ganar un centavo a Tabacalera. Alguien de mis cariños me confió que mi nombre figuraba allí en un archivo de proscritos, en primera línea.

En una ocasión recibí llamada de Freddy Beras, desde un hotel de Puerto Plata. Había permanecido fiel a Almonte.

—Magistrado, coja pa'ca. Hay doscientos pesos pa' usted aquí.

—Gracias Freddy, búscate otro.

Siempre detesté ese lenguaje. Me llamó en otra ocasión mi caro amigo Nobel Alfonso, no recuerdo en qué lugar era la actuación:

—Magistrado, tenemos un espectáculo. Nos gustaría que fuera contigo. ¿Qué te parecen \$ 700.00 pesos?

Me parece bien, yo te llamo. Tampoco respondí.

Finalmente me llamó un día un ángel llamado Socorro Castellanos. Se trataba del programa de Freddy y Yaqui en TV, quizás en su mejor momento, patrocinado por Tabacalera. Me hizo una oferta para trabajar en aquel emblemático escenario.

—Mira Socorro, yo no trabajo con ustedes ¡ni que me mueran del hambre!

—Fernando, ¿tú ta' loco? ¿Y si yo le digo eso a ellos?

—No, no, Socorro, yo te lo estoy diciendo para que se lo digas.

Colgó el teléfono abruptamente. Diez minutos después sonó el timbre de nuevo. Para mi sorpresa, era mi adorada Socorriña de nuevo. Su voz tenía un dejo íntimo y sincero que solo volví a compartir con ella en aquellas etapas amargas de su divorcio.

—C... Fernando, yo quisiera poder hablar como tú.

—Nunca he fumado... me molesta el humo...

La Gaviota,  
más que una criolla



Profesor Juan Bosch.

**L**a criolla es nuestra música romántica representativa por tradición. La criolla es expresión de aquella lejana bohemia novelesca que caracterizó y vistió de encaje toda una perfumada época de romanticismo. Su historia nos legó una huella espléndida y profunda de clásicos del género, donde no resulta coincidencia fortuita, el detalle elocuente de que dos notables intelectuales, líderes políticos de enorme trascendencia histórica y ambos, connotados presidentes de la República, nos sembraran en las cuerdas del alma, el vibrar joven de su poesía. Hermosos y expresivos versos dentro de esta antigua modalidad de expresión musical, que matizó el guitarreo nostálgico de las madrugadas, que adornara de canciones y versos los pasos de las noches empedradas de fantasmas y sombras de nuestra ciudad de palomas dormidas, de ruinas y palacios ilustres, campanarios y pulpitos centenarios y desafiantes, donde vibraron por primera vez los sueños despiadados de grandes riquezas, los grandes amores y las grandes tragedias de la historia, en aquel Nuevo Mundo virgen y nostálgico, que comenzó a nacer como un niño en nuestras manos.

Aquella ciudad dormida que guarda entre las esquinas de sus piedras de siglos la voz de cielo y gloria de un Eduardo Brito, la misma que desplegó a los vientos el canto desbordado de un Niní Cáffaro, un Rafael Solano y un *Por amor* de genio e historia con pasaporte eterno, y una bandera desplegada al mundo de la que parece apoderarse, sin pudor y para alegría de todos, un

Juan Luis Guerra. ¿Cómo y cuándo nace la criolla? ¿Cómo sintetizan en el entramado del tiempo, los acordes y la poesía, la sustancia intangible y sutil de los motivos y sueños, para que de repente, la guitarra y el verso tengan un rostro adulto y definido, para que al aliento del latir del espíritu y las notas del alma, nos permitan descubrir que se trata de algo particularmente distinto, nuevo, y sobre todo trascendentemente muy nuestro? Nadie puede determinar ese momento; como toda expresión cultural, nace espontánea, libérrima y sin rostro, casi siempre soterrada, indefinible y siempre ajena, anónima, atemporal, gravitando latente en el vientre dinámico de la propia sociedad. Una expresión de la que nadie puede proclamarse creador, porque todos hemos sido sus padres y todos somos sus hijos, sus dueños y sus esclavos, sus esposos, sus novios y sus amantes. Generalmente el proceso es largo e imperceptible, a veces un largo proceso de siglos, y un día, sin que nos sorprenda su hermoso rostro, o su cuerpo a la medida, como si fuese una mujer irresistible que nos enloquece, bailamos sin que nos enseñen sus pasos, cantamos en la ducha o al oído, con el despejo propio de una cosa sabida y conocida de toda la vida. Ejemplo elocuente y atropellante ha sido nuestra alucinante bachata, o nuestras nuevas variantes del merengue tradicional, o un injustamente denigrado merengue de calle. Muestras innegables de una espléndida creatividad histórica, fértil e indecible, en nuestros atrevidos músicos, desde siempre.

Pedro Henríquez Ureña recoge en su nutrida *Obra Dominicana*, la huella espléndida de un grupo de inmigrantes italianos que arribaron a Santo Domingo a mediados del siglo XIX (1830-1870), cuya incidencia cualitativa ha tenido un peso notorio y enriquecedor en nuestra cultura y sociedad, hasta más allá del entorno de las fronteras de la música; motores impulsores en nuestro crecimiento y fortalecimiento económico hasta nuestros días y cultores respetados en el campo de nuestra política histórica. Sus apellidos sonoros han establecido honorables familias que son orgullo para la dominicanidad: Los



Cambiaso, Pellerano, Bonetti, Vicini, Pittaluga, Sturla, Spignolio, Billini, Santoni, Rotellini, Canevaro, y un interminable etc.

Vienen desde el norte de Italia, la parte denominada La Liguria, y traen junto a su temperamento alegre, afectuoso y cercano, las expresiones particulares de su música regional, aquellos cantares que en el eco de las tardes, bogando entre las góndolas de romántico ensueño, recogía la ciudad enamorada como un piropo florecido en la cantata del remero cómplice de parejas enamoradas, sobre el lacio cabello de las aguas sedosas de aquellas calles arrebatadas a la mar con arte y gracias, articulado y eterno. Les llamaban barcarolas o gondoleras venecianas. En el momento feliz de estas emigraciones, la cultura musical nuestra desglosaba un tipo de género de ascendencia básica con nuestra cultura española, conceptualmente parecida, cercana. Se trata de la media-tuna, muy cultivada en esos tiempos entre geniales decimeros y poetas, al punto de que, particularmente en Santiago y zona cibaëña, eran cosa común los torneos de décimas improvisadas, con un pie obligado, que a veces duraban varios días, en un alarde de genialidad, talento y memorización, que hoy en día se nos hace difícil concebir. La media-tuna coincidía con la barcarola en su medida, lo que denominamos 6 x 8, aunque no en el acento, pero esta cercanía fortuita hizo que poco a poco, y como sucede comúnmente con las expresiones culturales coincidentes, parecidas, una fue arrojando la otra, acriollándose, hasta absorberla y sustituirla en el caprichoso y selectivo gusto de la bohemia popular.

Este original fenómeno, despertó en un momento dado la curiosidad genial del padre Alfredo Morales, director de un prestigioso coro, desde hace años en nuestro país. En un valioso folleto de su autoría, el padre Morales, quien es de origen cubano, se hace la lógica interrogación de que si se le llama criolla, es porque su antecedente no lo era y, por tanto, el nombre es una forma de diferenciarla de su referente original. Tiene toda la razón, solo que la respuesta no está en la aventurera musicología cubana, quienes

han pretendido, en forma poco juiciosa, irrespetando toda regla científica e histórica, atribuirse la paternidad del género, elaborando una tesis poco adulta en el nacimiento de una abrakadábica criolla cubana, según la versión irrespetuosa de Luis Casas Romero, que los propios cubanos, corcoveantes y a regañadientes tendrán un día que aceptar y modificar, so pena de perder credibilidad en sus egocéntricos conceptos de creadores de todos los géneros y ritmos caribeños; como si el desarrollo del proceso de síntesis de culturas, acriollamientos y nacimientos de géneros particulares de cada pueblo, se hubiese detenido y congelado en todas partes, menos en Cuba. Esto, sin tomar en cuenta que todas estas definiciones culturales primarias se inician en una Española, que comenzó a ser colonizada 19 años antes que Cuba y cuyos primeros 300 colonizadores van, precisamente, desde Santo Domingo, trasladando con ello toda la carga adulta de una dinámica social y cultural, que apenas unos años después, a menos de 50 años del descubrimiento de un Nuevo Mundo, impone el nacimiento glorioso, no de una Universidad, sino de dos: la perdurable Universidad Santo Tomás de Aquino y dos años más tarde la Universidad de Gorjón. Cuba tendría universidad casi 200 años más tarde y su varias veces rector, sería precisamente un dominicano: Fray Tomás de Linares en 1728, reelecto en 1736 y en 1742. Puerto Rico tendría su primera en 1903.

La bohemia nuestra acepto a manos llenas el legado de aquellos entusiastas inmigrantes italianos y como cosa natural comenzaron a surgir, en un lento proceso, nuestras versiones “Criollas” de aquellas Barcarolas que, lógicamente, ya no eran italianas. Inicialmente les llamaron Barcarolas criollas. Es obvio que el nombre resultaba extenso, en una cultura donde un Fernando es un Nando, un Ramón es un Mon o una Josefina es Fina, Fifa o Ina, etc. Con el tiempo y el uso, desapareció el *nombre* y solo conservó el *apellido*.

La referencia más antigua que hemos localizado con relación a este género, corresponde a don Federico Henríquez y Carvajal, en su folleto *Todo por Cuba*. En él, aparece una cita refrescante sobre Máximo Gómez, quien fuera precisamente libertador desinteresado de Cuba. El evento ocurre cuando este, en sus años juveniles en su natal Baní (1855), recorría las madrugadas guitarra al ristre, soldado de la noche tomando la ciudad dormida y la ventana enamorada, con perfumadas serenatas en el silencio grato y el beso enardecido, cantando, precisamente, hermosas barcarolas. Es curioso que ya en esas épocas, este género, en aquellos años tempranos, hubiese penetrado, incidido y establecido en la bohemia cotidiana, si se quiere, hasta estas apartadas y aisladas regiones, lo que hace suponer una edad anciana para el surgimiento del proceso de domesticación y familiarización de estas expresiones musicales. Ya en 1895, 40 años más tarde, cuando Sindo Garay tropieza con nuestra emblemática Dorila y atiborra su mochila con páginas, ritmos y novedades para trasplantarlas a Cuba, se refiere a ella con el nombre, precisamente, de criolla. Es evidente que, esta hermosa criolla, la más antigua de autoría conocida, había perdido ya el temperamento del remero de góndolas venecianas y establecido su elocuente apellido. Es el propio Sindo Garay, en el libro sobre su vida y sin proponérselo, quien hunde y descalifica la musicología cubana y quien confiesa la confirmación histórica de la paternidad dominicana del género denominado criolla.

Desconocía yo la existencia de aquella criolla de don Juan Bosch, cuando en ocasión de una visita casual a la publicitaria Young and Rubicam Damaris, mi admirado y afectuoso amigo Euclides Gutiérrez, que a la sazón tenía su oficina de abogados justamente al lado de esta agencia, en El Conde con 19 de Marzo. Luego de saludos y de amena conversación con el gracejo peculiar y la siempre amena sobreabundancia de sus coloquios, se roba mi sosiego cuando me entera de la existencia de una criolla escrita por Juan Bosch.

—Una criolla de don Juan, y... ¿dónde está?

Con heroica tranquilidad, del bolsillo izquierdo de su camisa clara, extrajo una pequeña y cotidiana libretita negra, desprendió de ella una paginilla desdentada y noticioso inconsciente de lo que buscaba, me entregó el tesoro de aquellos versos con alas y retazos de angustia. Leo un instante. La realidad desarma mis pretensiones atrevidas de cantor de la época. Bosch en ese momento es mala-palabra. No es realmente la criolla lo que importa, y en esa misma tesitura es que siempre he sentido aquel legado comprometido que me confía el amigo. Tanto para Euclides como para mí, lo importante era Juan Bosch y su decencia histórica de prócer, su nombre injustamente proscrito y su historia trunca y amargada, sin que importara crucificar un pueblo, el destino y las esperanzas de una nación entera hacia un futuro. Casi maquinalmente le pregunto:

—Y la música, ¿dónde está?

—La música es del papá de Cabito, llámate a Cabito.

Llamé al regreso a Bonaparte Gautreaux al periódico el Nacional. Nos conocíamos desde las épocas turbulentas de la Revolución de Abril y alimentamos en las etapas cavernarias de los 12 Años, en ocasión en que me marché sin despedirme, sin excusas, indignado e intempestivamente y sin cantar, de casa del presidente Balaguer, en ocasión en que se me invitó para cantar allí su criolla en una noche de fiesta. Sabedor de los riesgos que podía significar mi irrespetuosa actitud, fui esa noche directamente a casa de Cabito, para que estuviera edificado, si es que me sucediera algo. Hasta ese punto llegaba nuestra amistad y confianza.

Bonaparte, quien fuera músico de banda en sus años juveniles en su pueblo natal, me tocó dos veces, con su viejo saxofón aventurero, aquella melodía que tejiera su padre, Julio Gautreaux, desde los tiempos en que la dignidad y la hombría le llevara hasta la celda donde el destino parecería guardar solo a los verdaderos hombres. Torre lúgubre de Ozama que incubara odios y tragedias, de aquel Nicolás de Ovando de pesadillas

históricas, matanzas viciosas en Jaragua y ahorcamientos monstruosos de una reina aborigen: Anacaona, de pureza divina, y un digno y heroico Cotubanamá, frente a los poéticos laureles y palacetes de esquizofrénicos del legendario parque Colón de hoy. Pasé por teléfono la melodía al maestro Jorge Taveras y al siguiente día, en la prestidigitación entusiasmada y ajena de la televisión, estaban crepitando llameantes y para siempre, como en una gran hoguera virgen y eterna, aquellos sueños sobresaltados entre barrotes aprisionados, aquel cantar angustiado de libertad y rabia mansa. Magia de vida con destino, que llamaran entonces con tristeza en su queja carcelaria: Anhelos, y que alguien, osada, irrespetuosamente si se quiere, se atrevió a vestir de plumaje y alas brillantes, nubes encanecidas desde el principio del tiempo y cielos de azules infinitos, aquel horizonte de libérrimas estrofas, vibrando y aleteando, desencadenando sus rimas sobre los acantilados tenebrosos y las furias cavernarias de aquel trujillato despiadado. Le llamamos, como debió llamarse desde el principio, serenamente: La Gaviota.

Juan Bosch nos narró, personalmente, hace ya muchos años, mientras hacíamos tiempo para una entrevista en el programa Señor Sábado del canal 7 de televisión del que fuéramos como maestro de ceremonias, aquel momento de fantasía y elevación insólita, donde un ser predestinado se transforma y sitúa por encima de la realidad tenebrosa, de la adversidad humillante y trágica, y la transforma sublimada a su favor. Sus palabras retumban pausadas y serenas en mis recuerdos, como debe haber tronado el verso entre las paredes asombradas, acostumbradas al llanto, la rabia, el coraje, la humillación o la tragedia:

—Era en la Torre del Homenaje. Me acerqué a los barrotes del ventanal y contemplé el mar inmenso, las gaviotas volar sobre los acantilados, las matas de uvas de playa y un pedazo triste de ciudad cansada, humillada. Tomé un trozo de papel de traza de la funda en que me habían traído de comer y un cabito de lápiz, y comencé a escribir. Cuando terminé le dije a

don Julio Gautreaux, que estaba preso conmigo en la misma celda: Julio, toma, ponle música a eso.

Es obvio que Bosch no puso el título de *Anhelos*, el sentido común nos lleva a entender que el título surge posterior al encarcelamiento de don Julio Gautreaux, cuando este fuera puesto en libertad y pudo tener la paz, tranquilidad suficiente y el instrumento a mano, para despertar la inspiración y cumplir con aquel compromiso que convierte el momento en historia.

Antes que yo otras voces la enseñorearon y la cantaron. Pero con humildad sencilla, sin estridencias ni vanidades, agradezco a Euclídes y al Caballero que determina las cosas desde lo alto, que el hilo largo y sublime del tiempo, guardara su elocuencia desde que don Julio vistiera de luces su alma y con su guitarra consagrara aquellos versos nacidos entre las piedras ensangrentadas de un abismo sin nombre, donde pocos sobrevivían su tragedia, hasta el momento en que renació porque todos quisimos cantarla.

Desde mis años de madrugadas, serenatas y amigos inolvidables que aún llevo sembrados en el alma, hasta un Miss Universo de fantasía, festivales gloriosos o primaveras felices para el mundo que soñamos, siempre será para mí, más valioso y elocuente que el premio vanidoso del aplauso frívolo o los glamorosos *casandras*, el recuerdo imborrable de que, más de una vez, al volver la cara hacia Bosch, luego de cantar lo versos de su Gaviota, detrás de su sonrisa afectuosa y agradecida, su rostro, anciano y generoso, estaba bañado en lágrimas. Nadie merece tanto.

# La queja de Balaguer



Joaquín Balaguer.



**D**ecidimos grabar un segundo álbum de criollas. Un primer álbum, *Criollas I*, no era suficiente para rescatar del olvido la cantidad de clásicos del género que habían permanecido olvidados, dormidos, enterrados en el pasado. Nos habíamos hecho el propósito tranquilo, de replantar hacia el futuro, aquellas obras que la tradición hubiese establecido como joyas representativas de nuestra música romántica de época; canciones que caracterizaran el florido balcón de clásicos inolvidables, adornado de leyendas e historias, apenas conocidas o recordadas.

Hasta el momento en que grabamos el L.P. *Criollas I*, iniciativa feliz del emprendedor Ricardo Bello, era la primera ocasión en la historia, que la expresión musical denominada criolla era recogida, defendida e interpretada en un álbum particular exclusivamente dedicado al género, como música auténtica y originalmente dominicana. Importantes intérpretes del pasado, solo habían dejado grabadas una que otra notoria criolla, y algunos trabajos muy valiosos del Coro Nacional, que no habían tenido la atención merecida.

Habíamos incluido en nuestro primer álbum el clásico hermoso *Lucía*, versos honrosos de Joaquín Balaguer y música de Machilo Guzmán. Se nos ocurrió auscultar un poco más allá de lo conocido, rebuscar la posibilidad de que existiese algún intento inédito u olvidado entre los anaqueles musicales de Joaquín Balaguer. Entendía extraño que toda aquella experiencia, en tan frívolo y regalado semillero de orquídeas, se remitiera a una única y simple expresión: *Lucía*.

Guardaba especial interés de integrar al nuevo disco de Criollas II el clásico Tú que sabes, letra y música, precisamente, de Machilo Guzmán. Machilo era un nombre trascendente, enredado a la bohemia del pasado. Su sólida huella resultaba pincelada, no solamente en la esplendorosa Lucía, junto a Balaguer. Más de una página había navegado en letras decoradas por su propia pluma. Sin embargo, algo inquietaba mi imaginación cuando repasaba los versos de su criolla Tú que Sabes. Aquellas perfumadas letras tenían para mí, como en Lucía, un desbordado aroma impregnado a la poesía de Joaquín Balaguer. No es que dudáramos del talento y capacidades del Machilo letrista, era solo la percepción sutil de un gemelo vibrar entre sus cuerdas, lo que quebrantara el instinto y la sensibilidad. La intuición atrevida de una estructura flotante de armónicas similitudes intrínsecas, de versos adultos jugando entre imágenes y frases humedecidas con la cálida y profunda sencillez maestra del silbar silvestre de un ruiseñor. Ojalá estuviera equivocado:

*Tú que sabes de todas mis ternuras  
que has escuchado mi canción doliente  
pon un rayo de luz en mis negruras  
y un beso de amor sobre mi frente  
Solo nací para sufrir dolores,  
solo nací para tener cadenas  
y vivir en la cárcel de mis penas  
vertiendo llanto y suspirando amores  
Mira, se acercan las noches frías,  
vendrá el invierno, morirán las rosas  
y tus manos, blancas, impiadosas  
no querrán calentarse con las mías*

¿Cómo confirmar objetivamente, si este gorjeo de trinos impregnados de amaestrada poesía, habrían sido escritos por Machilo Guzmán o, al igual que Lucía, por Joaquín Balaguer? ¿Acostumbraban ellos a cultivar estos cantares en pareja? ¿Habrían alguna vez anterior escrito algo juntos, antes que Lucía, o habrían bordado otras, luego de este acierto? ¿Cómo rayos lograron juntarse, triunfar unidos y luego olvidar el éxito? ¿No resulta extraño, tanto el hecho de que no hubiesen creado nada, antes de Lucía, e igualmente, que no se les ocurriera crear absolutamente nada, después de esto? ¿Apenas un piro-po eterno para Lucía... *tan lánguido, tan leve y tan sublime...* y no más? ¿No existieron otros amores que motivaran de nuevo sus fértiles aleteos entre serenatas y poemas?

Me acerqué a N, una persona conocida, quien en aquel momento, era la compañera de un reconocido compositor. De ahí nuestra discreta confianza. Le conocía de vista desde antes. Éramos cercanos vecinos en el área, cuando vivía yo en la barriotería calle Montecristi y ella en la Av. Braulio Álvarez. Estábamos enterados de sus muy cercanos contactos, sin necesidad de pases oficiales, a un Balaguer ya familiarizado con el eco ansioso de sus taconeos sigilosos, en la privacidad del pasillo palaciego. Le hice partícipe de nuestros propósitos de grabar un nuevo álbum de canciones antiguas y el interés de incluir Tú que sabes, criolla pulcra que aparecía como de autoría exclusiva de Machilo Guzmán. Argumentando estas razones, le solicitamos el favor de auscultar con toda discreción a Balaguer, de parte nuestra, si esas letras, al igual que las de Lucía, eran igualmente de su autoría. El propósito de nuestra diligente indagación, no iba más allá de destacar, discretamente, sobre la contraparte de la carátula en cuestión, el detalle de su autoría, hasta ese momento generalmente pasada por alto, o de hecho, presumíamos, ignorada. Se trataba de una novedad impensada, capitalizable en términos, no solo del negocio respetuoso del disco, sino

realmente constituía un justo rescate histórico, tratándose del personaje en cuestión. El nombre de Balaguer sobredimensionaba y justificaba el propósito.

Transcurrieron algunos días, antes de recibir respuesta. Una tarde temprana nos sorprendió su llamada. Balaguer, con aquella inteligencia sin ocios y más que prudente que le caracterizara desde siempre, guardó absoluto silencio sobre nuestra específica pregunta en particular, y no dio respuesta ninguna al argumento fundamentalmente motivacional del contacto, la bendita criolla de Machilo: Tú que sabes. No nos mandó a decir que sí, pero y ahí desborda su astucia discreta, no nos respondió tampoco que no era su autor. Insistimos, frente a la paloma mensajera, sobre cuál había sido su respuesta, sus comentarios, sus palabras específicas.

—Nada, no dijo, ni comentó nada.

Hubiese sido muy simple, admitirlo o negarlo. Su silencio es más elocuente que su palabra.

Las dudas con respecto a la autoría de las letras de Tú que sabes lucen ser válidas, aun por encima de una nutrida y destacada actividad, fundamentalmente, en términos del bien estructurado músico que era Maximiliano Guzmán:

Como compositor, Machilo Guzmán escribió muy bellas páginas musicales especialmente del género de criollas, vales, danzas, pasodobles, minuets, serenatas, barcarolas, duetos para violín, tríos y otras piezas musicales del género de cámara, su música predilecta. Arregló innumerables composiciones para conjuntos de cámara, y además escribió varias composiciones para bandas de música. La *Recopilación de la Música Popular Dominicana* publica sus famosas criollas: Tú que sabes.

Lucía, con letras del Dr. Joaquín Balaguer.

(Dr. Almanzor González Canahuate. *Recopilación de la Música Popular Dominicana*, p. 36).

Jesús Torres Tejeda, en el Tomo I de su *Fichero Artístico Dominicano*, es más incisivo y quisquilloso:

Maximiliano Guzmán (*Machilo*).

A nivel popular hay dos temas musicales de este prolífico compositor, maestro, músico, que son clásicos populares. Tú que sabes, cuya letra se le atribuye al intelectual profesor Manuel Patín Maceo, género criolla grabada por Eduardo Brito (23 de dic. 1929, New York) con las guitarras de Enrique García y Bienvenido Troncoso.

La misma criolla aparece en el sello Marvela PRR-867-LP-67- Vol. III- Dúo Irrizarry de Córdoba, Corte 5, lado A, acreditado a Bienvenido Troncoso. En realidad es un error de los productores toda vez que el tema es de Maximiliano Guzmán. (Jesús Torres Tejada, *Fichero Artístico Dominicano* Tomo I, pp. 199-200).

Torres Tejada no ofrece ninguna argumentación documental o de rebuscada tradición, que invalide las dos adjudicaciones de ambos letristas, que no sea su propio e impositivo juicio. No es suficiente. En el fondo, hay un claro y evidente cuestionamiento a la originalidad que se atribuye a Machilo Guzmán en la autoría de la criolla Tú que sabes.

No intentamos, en aquel momento, analizar el silencio de Balaguer con respecto a Tú que sabes. No tuve ni siquiera tiempo. La noticia que a seguidas blandió aquella secreteante Paloma mensajera, era para mí discreción, como si me hubiesen abrumado con el regalo inesperado de un hermoso ramillete de rosas.

El gesto consecuente de Balaguer, estaba más allá de aquel soldado encorbatado de escritorio, comprometido en la ferocidad de una política empapada en vilencia. Detrás de aquella silla, había más de un Balaguer. Uno había fatigado al otro. Dormitaba, olvidado y bostezante, aquel Balaguer remoto, enterrado entre malezas sin nostalgias, sobre poemas y barcarolas del pasado. Sobrevivía el rostro

indiferente y sin motivos, del hombre sin minutos, que hacía tiempo no le importaba contemplar reflejado al espejo.

Su reacción generosa, cargada de afectividad amistosa, respondió gustoso a nuestra inesperada solicitud. Hacía tiempo que no volvía la espalda al cetro y abandonaba el escritorio, sus sentencias y sus barrotes hierro. Descender tranquilo los toscos escalones del tumulto y las iras, y reencontrarse en un rincón casi olvidado, consigo mismo.

—El Doctor te mandó a decir que va a escribirte un par de letras para que le pongas la música.

Pensé que la espera tardaría más tiempo. Se trataba de aspectos que involucraban, no solo su comprometido espacio temporal, sino el ánimo, la inspiración, las motivaciones, la soledad y el silencio del alma. Evidentemente le había motivado la idea, unas dos semanas después, volvió a timbrar la paloma N.

—Fernando, el Doctor te mandó dos poemas. Uno se llama *Castidad* y el otro *Como dos amigos*. ¿Cuándo tú crees que puedes pasar a recogerlos?

—Mira, no creo que me pueda ser posible pasar hoy y dudo que mañana tampoco, tengo trabajo en los hoteles de Puerto Plata, pero pasado mañana yo te llamo temprano. Tú me dirás a qué hora puedo pasar a recogerlos. ¿Te parece?

—Está bien. Okey.

Tres días después amaneció sin nubes. La mañana estaba soleada de entusiasmo. Activé temprano a la paloma N.

—Hola, hola, ¿cómo están ustedes en su colina bella? Mira, te estoy llamando, como habíamos hablado, para pasar a recoger las letras, a la hora que tú me digas.

Hubo un silencio que pareció tornarse enfermizo, tanto como nuestra prisa ansiosa, responsable y respetuosamente comprometida.

—Aló, aló, ¿qué pasa?

La paloma gorgoteaba titubeante, aunque no resultaba buena actriz, lo intentaba. La mañana empezaba a nublarse sobre la llovizna maloliente.

—Fernando, yo no sé qué ha pasado, no encuentro las letras, me he cansado de buscarlas y no las encuentro por ningún lado, parece que se me han extraviado.

—Pero tú te estás volviendo loca. Óyeme una cosa, tú no me puedes decir a mí que una cosa que me ha mandado el presidente de la República, se te perdió. Búscame las benditas letras, que eso no se puede perder.

Jamás volví a ver su rostro, ni a escuchar sus llamadas. La paloma espantada y evidentemente venenosa, no volvió a intentar acercarse a nosotros. El tiempo se enfiló hacia el futuro y con ello el rumbo de nuestros propósitos de vida. Casi olvidé el incidente. No medí la peligrosidad del morboso montaje. No así el ofendido Balaguer, el de la ferocidad con cara de inocencia y sufrimiento. El Balaguer tórrido, el que no olvidaba ni perdonaba, aquel a quien no se le podía fallar. En este caso, tenía toda la razón. Se había faltado el respeto debido, a más de un Balaguer. Muy riesgoso, más de lo que pudiera imaginarse.

Ignorábamos, candorosamente, con qué o cual versión enlodada habrían ensuciado su escritorio y por tanto las consecuencias tenebrosas que estas circunstancias pudieran arrastrar y afectarnos. Menos aún que, en sus maldades y elucubraciones, nos hubiesen presentado como culpables irresponsables frente a un filoso Balaguer, del *maldestino* ocurrido a sus prestidigitados poemas. Los sensores obtusos de la mala fe y las sospechas perversas, se me habían extraviado desde que era muy niño. Nunca cruzó por mí imaginación el que fuesen capaces de una perversidad tan injusta y riesgosa: atreverse a comprometer malvadamente mí persona frente al presidente de la República sin importar consecuencias, en aquello que supuestamente habría ocurrido en la desaparición o manipulación atrevida de sus poemas. O quizás estábamos equivocados, la pérfida intensidad macabra fuera adrede

y se buscaba a propósito que cayésemos en absoluta desgracia o sabe Dios qué, por qué y, para qué.

Estuve algunos meses fuera del país. A mi regreso entré a formar parte como maestro de ceremonias del programa Señor Sábado en Rahintel, Canal 7. Habían transcurrido apenas unas semanas, cuando recibimos como invitado especial en el programa, un expresivo y afectuoso Juan Bosch. Don Juan manifestó, de paso, algunos juicios sobre el género de la criolla. Sus argumentos nos parecieron ligeramente aventurados, pero, se trataba de Juan Bosch. Entendimos sería impropio e inconsecuente, que partiese de nosotros, precisamente, contradecir o cuestionar de alguna manera las opiniones de don Juan. Una indelicadeza impropia. Lo que nos interesaba no era de ningún modo cuestionar y afectar la imagen de Bosch, lo importante era clarificar el juicio en beneficio de la historia sobre determinados aspectos de la música dominicana. No era yo quien debía hacerlo, faltaría a mi respeto obligado a su dimensión honrosa.

Recomendamos a la producción del programa Señor Sábado solicitar a mi nombre, una discreta entrevista a Balaguer en su casa, para desconectar el tema suficientemente de lo político. Nuestra estrategia consistía en plantearle las mismas preguntas, de modo que fuese este quien aclarara o contradijese lo expresado en la ocasión sobre la música por Bosch. Los dos amaban la criolla. Había sido una novia común para ambos, así tendría más gracia.

Arribé temprano a casa de Joaquín Balaguer. Se nos indicó y recibió en la discreta puerta de entrada situada en la parte anterior, al final de la calle Mahatma Gandhi, aparentemente reservada para niveles discretos categorizados. A mi llegada, con agradable sorpresa, en aquel saloncillo sin lujos pretenciosos ni aparataje decorativo, encontré un solitario y ameno Popy Bermúdez, aguardando tranquilamente. Su gracejo y afectuosidad, adornaron los minutos largos que estuvimos allí compartiendo, recordando y riendo.



Frente a nosotros y ligeramente a la izquierda, subía sin apremios hacia una puerta enmarcada a la entrada de un anexo tercer nivel, una tosca escalera de maderamen y estilo rústicos, sin pretensiones decorativas, pintada de rutinario color azul claro.

Repentinamente se abrió la puerta alta al final de la escalera al tercer nivel y alcanzamos ver surgir en primer término al consecuente amigo Bello Andino, su eficiente Secretario inseparable. Un paso detrás, Joaquín Balaguer. Iniciaron el lento descenso mientras Bello le sostenía del brazo. Don Popy y yo nos levantamos de los asientos automáticamente, poniéndonos de pie para aguardarles y corresponder a la cortesía obligada al mandatario. De repente, habiendo marcado apenas unos cuantos escalones a la mitad del camino y con discreta consecuencia amable, se dejó escuchar la voz orientadora de Bello Andino.

—Doctor, ahí está Fernando Casado.

Balaguer se detuvo en el próximo escalón, su voz nos alcanzó flotante, entretejida en el encaje sincero y suave del cumplido.

—¡Oh, Casado! Bella voz.

No alcancé a dar las gracias. Saltó sobre mi gesto agradecido y la insinuación quedó borrosa en mi sonrisa. La prisa incrédula y evidentemente ofendida de su buena fe y el interés íntimo agresivo por definir sus dudas, no me lo permitió. Es evidente que, en el fondo, no aceptaba del todo la versión indelicada que se le había planteado y que nosotros, hasta ese momento, ignorábamos. Es obvio que no concebía tal irrespeto de nuestra parte, de ahí aquel gesto precipitado y su capciosa pregunta. Algo que habría estado escondido en los ángulos de su memoria, se disparó desde la agilidad en su sagacidad molesta, apresurando los pasos de aquella aparente calma profesional, aquella imagen de infalibilidad inalterable de sabio pensador, cuando escuchó mi nombre. Bajo el tono acentuado del lenguaje algo enronquecido, se arrastraba un ego

personal matizado de temperatura, una velada irritación del temple se delataba en la carraspera de su frase.

—Se me dijo que se le extraviaron las letras que le mandé.

La fuerza del instinto de conservación se impulsó precipitadamente sobre la naturaleza venenosa de aquel sismo inesperado. Percibimos la fragilidad quebrantada del terreno trepidante bajo nuestros pies. En un segundo, el andamiaje de la psiquis hubo de asumir, detrás de aquella escena inesperada, la profundidad lodosa de abismo fétido del montaje tosco y la turbia incisión malintencionada de una riesgosa trama. Los goznes de mis instintos giraron en redondo al colisionar de súbito con aquella ciega e indiferente muestra de perversidad humana. Nuestros argumentos brotaron espontáneos y simples. Pocas veces en la vida he sentido mi voz y mis palabras tachonadas de tan auténtica responsabilidad:

—No, excelencia, esas letras nunca llegaron a mis manos, si hubiesen llegado a mis manos, usted puede estar seguro de que nunca se hubiesen extraviado.

—Se me dijo eso.

—No es cierto. Le repito, si hubiesen llegado a mis manos, usted puede estar seguro de que nunca se hubiesen extraviado.

No intenté ni siquiera realizar la entrevista. El impacto inesperado e imprevisto de tan sensible incidente, desarmó mis propósitos. Jamás cruzó por mi mente que pudieran haber jugado gratuita e indolentemente con nuestro nombre y reputación en algo tan delicado y riesgoso, tratándose del presidente de la República y conociendo, además, muy de cerca, el temperamento intolerante de Joaquín Balaguer. Ni siquiera importó, ni se tomó en cuenta, en qué temeraria posición y a qué riesgos impredecibles se nos lanzaba.

Partiendo de la interpretación caprichosa que Balaguer quisiera adjudicarle al incidente, se nos exponía, ignorantes como estábamos, de tan venenosa confidencia, al humor veleidoso, al irrespeto inconsiderado o represalias

temperamentales de violencia, de consecuencias imprevisibles. Podría haberse retorcido en sus conceptos, como una irrespetuosa ofensa personal y política, y lo era. Resulta evidente que *Ny* su palomo compositor, nunca concibieron ni remotamente la posibilidad de que pudiera producirse un encuentro entre Fernando Casado y Balaguer. Aquello no fue fortuito. El caballero aquel, sabe usar el lenguaje en voz alta y su drástico sentido del mal humor.

Recibí varias llamadas de Ricardo Bello estando bajo contrato en Toronto. Se estaba preparando un novedoso disco con letras escritas por Joaquín Balaguer y se tenía interés en que figuráramos entre los intérpretes. No pudimos disponer del tiempo para comprometernos en la realización del proyecto. Tenía compromisos de trabajo en Toronto que no podían obviarse. A nuestro regreso y en ocasión del montaje de un elaborado espectáculo en el Teatro Nacional con el propósito de proyectar al Balaguer compositor, reaparecieron con títulos “disimulescos”, interpretados sin ningún rubor, aquellos codiciados poemas que supuestamente se hubieron de extraviar aquella aventurera vez. Disfrazados de inocencia, pasearon su decorado sobre el escenario de la noche. Lamentablemente, solo para ser recordados por una paloma *N* de memoria silvestre y un palomero enfermo de ambiciones fallidas.

Balaguer manejaba una muy incisiva memoria, casi siempre peligrosamente saturada de agresividad, dependiendo de su impenetrable y enigmático estado de ánimo, a veces intolerantemente vengativa, y sancionadora.

No trascendió, ni siquiera el mal olor de su nombre. El cadáver ensangrentado de un hombre asesinado, fue arrojado semidesnudo junto a su puerta, apenas unos centímetros a la derecha del portón de entrada a la hermosa colina ajena del palomar de *Ny* su romancero de eneros, a la vista y juicio de todo curioso transeúnte. Se manejaba la impresión plantada, de que el sujeto en cuestión habría sido eliminado, tratando de escapar desde el interior de la habitación en que fueran

sorprendidos en infidelidad, o que herido y en pánico agónico trastabillando el inclinado asfalto tambaleante de aquel portón, fuese finiquitado en el trayecto o que, luego de ultimado en la habitación adúltera, le hubiesen arrastrado y arrojado allí. No pareció manipularse nunca la posibilidad de que éste hubiese tenido la intención de penetrar desde fuera, escapando y protegiéndose de supuestos persecutores por otras razones.

Jamás hubo paz en el alborotado palomar de componendas. La policía detuvo la pareja para investigar. Se planteaba que el ingrátido palomero habría sorprendido en adulterio descarado a su insaciable paloma y, palomo enfurecido en su nidal por la ofensa, desquiciando el control de sus alas, había agredido mortalmente al rival, arrojando sus despojos ensangrentados al mejor postor, apenas cubierto de culpas interiores y trapos menores. Todo un malévolo montaje, un entramado feroz, buscado y ganado por la propia inconducta. Él, internado entre forajidos y perversos en la prisión de La Victoria; ella, condenada a la duda y el descrédito, perdidos para siempre, el respeto y los apremios golosos de Palacio.

¿Qué catastrófica represalia podía haber ocurrido con nosotros, si no se hubiese producido aquel fortuito encuentro con Balaguer y que este resultara convencido de nuestra inocencia? Realmente no pensamos en ello. Tan poco nos preocupaba, que lejos de predisponernos o alegrarnos de tan fatal desgracia, jamás asumimos como una verdad aquella monstruosidad.

Nunca les enteré de mi crítica entrevista con Balaguer. Sin tomar en cuenta los daños que su inconducta pudiera haber desatado sobre nuestro destino, fuimos a consolar su desgracia a la cárcel de La Victoria.

El siglo eterno  
de la voz nacional



**1** 909. Un niño breve, al que llamaran Juan Bosch, había cumplido apenas noventa y un días de haber nacido. 26 años atrás, un llameante Prud'Homme y un Reyes iluminado, habían incendiado de versos heroicos las selvas de la historia, desplegando a los vientos alados del tiempo, aquel grito visceral que se elevó vibrante, latiendo en el tronar eterno desde las cumbres trinitarias. La espada del orgullo entre los puños. Las iras y el eco del canto enfurecido sobre las cordilleras aborígenes. El árbol de la Patria tuvo una corteza distinta desde entonces.

Es el pueblo el que impone aquel Himno. Prud'Homme, crecido de palabras ante el monumento a José Reyes, con desprendimiento procer, narra:

Salió corriendo hacia la morada vecina de un amigo, a quien comunicó, trémulo de emoción y radiante de alegría, que un vendedor de yerba había pasado por su casa tarareando su himno, apenas transcurridas las dos o tres primeras semanas del estreno de la obra.

Y olvidando sus versos:

Y así, de labio a labio y de corazón a corazón recibió el Himno Nacional de José Reyes su primer bautismo de amor.



El primer Himno Nacional es grabado por RCA Victor en 1909. Un siglo eterno ha transcurrido. El evento ocurre durante el gobierno de Ramón Cáceres (1906-1911). Aparece como grabación instrumental por la Victor Orquesta, el día 29 de septiembre. Estudios situados en Camden, New Jersey: esto sin confirmar. José Reyes compositor. Se hicieron dos tomas. La segunda, fue la matriz (Master Size: 10-inch) utilizada para imprimir en disco, la primera grabación histórica del Himno Dominicano. Matrix B-8278. Himno nacional de la República Dominicana. RCA aclara, citando como fuente: Victor Ledgers que: Los libros de la Victor indican esta como habiendo sido masterizada,

pero los datos adjuntos de EDVR (Encyclopedic Discography of Victor Recordings) no ofrecen número de catálogo. Hasta ahora desconocemos que alguien haya conservado o siquiera tenido noción de tan importante acontecimiento histórico.

1910. Un año después, RCA Victor vuelve a grabar el Himno Dominicano. Esta segunda vez, el instrumental es interpretado por la Arthur Pryor's Band. El 14 de Abril, en Camden, New Jersey, igualmente sin confirmar. Dos tomas se efectuaron ese día. La segunda fue descartada. La primera se imprimió con el master: Víctor 62755. Size



10-inch. Matrix B-8850. Himno Nacional de la República Dominicana. La fuente aparece como: *Victor Catalog*. José Reyes: composer. El original de esta versión del Himno Dominicano, existe; poseemos copia de él. Fue localizada por el acucioso amigo don Américo Mejía en La Vega, en el hogar de la familia del insigne músico Juan Bautista Espínola, de histórica relación con nuestro merengue tradición, estableciendo el fechado de esta segunda versión de nuestro Himno Nacional.

1911. Otra importante grabación del Himno Dominicano es realizada. Esta vez cantada. Desconocida hasta hoy, versión dramáticamente trascendental, descorre un velo de olvido imperdonable sobre un nombre y una voz, insólitamente ignorados, y pone en relación merecida, un notable tenor operático de la época, con nuestro país y su historia.

Noviembre 7 de 1911, estudios localizados en Camden, New Jersey. Según *Victor Catalog* fueron realizadas 3 tomas. Dos descartadas, una tercera aceptada. Registro: Victor 63604. Es mencionado Emilio Prud'Homme (Lyrist) junto a José Reyes (Composer), obviamente por la inclusión de sus letras. El intérprete (vocalist: tenor vocal) es descrito, consta, y es para contener el aliento: Matrix B-11197. Himno Nacional de la República Dominicana. Humberto Pérez [i. e., Umberto Sorrentino]. La abreviación (i. e.) corresponde a la locución latina, id est, la cual suele escribirse abreviada y cuyo significado literal es: esto es. Lo que indica que el rutilante nombre Umberto Sorrentino, era, sencillamente, un seudónimo artístico utilizado por quien, realmente, se llamaba Humberto Pérez. ¿Era dominicano? ¿Tendría los dos apellidos: Pérez Sorrentino? ¿Domingo-Italiano? Aunque es denominado: tenor italiano, mueve a suspicacia el que tuviese un nombre categóricamente común entre nosotros, sin descartar la responsabilidad patriótica que, suponemos,

compromete la distinción histórica de haber sido honrado para la primera grabación cantada de nuestro Himno. Es difícil asumir que se contratara un cantor extraño para interpretar nuestro Himno Nacional en tan especialísima ocasión.

¿Quiénes contactaron con RCA Victor y el tenor Sorrentino? ¿Quiénes pagaron a RCA y Humberto Pérez [i. e. Umberto Sorrentino]? ¿Qué autoridades les contrataron? ¿Habrán referencias en nuestros archivos de la época, en la Presidencia, o en nuestros organismos de Relaciones Exteriores? ¿Quién o quienes representaban la República Dominicana en los Estados Unidos, en época de Mon Cáceres (1906-11)?, o ¿no existía representación oficial aún? ¿Quién conserva esa histórica grabación?

Umberto Sorrentino había grabado para RCA. Nueve números operáticos aparecen trabajados en Junio de 1911, 6 meses antes del Himno Dominicano. Crédito suficiente, asumiendo exigencias del medio y género, y un referente obligado, mimado por RCA y en toda época: ¡Enrico Caruso!, quien figuraba igualmente en el staff selecto de RCA Victor. Sorrentino graba el día 20: Nina. Romanza, Malía, Non tàmò piú, Don Pasquale. Cercheró lontana terra [Don Pasquale Cercheró lontana terra], Paride ed Elena. Spiagge amate [Paride ed Elena. Spiagge amate]. El día 21: Rigoletto. Parmi veder le lagrime [Rigoletto. Parmi veder le lagrime], Vorrei, Tu sei morta nella vita mia, Donna, vorrei morir y Vieni, amor mio.

Cinco meses después, Noviembre 7, graba en su voz el Himno Dominicano. Paradójicamente, luego de 84 años (1911-95) es grabada una última versión. Iniciativa feliz de Aída Espaillat y Rafael Solano, honrada por cantores populares.

La notoriedad que sitúa el talento y trascendencia artística de Umberto Sorrentino entre cantores importantes de la época, se resume en un impreso para promoción, donde figuran centralizados, nombre y foto, junto a Alice

Eversman, Dramatic Soprano: *...whose name has been identified for several years with the Metropolitan and the Chicago Grand Opera Company y la prima donna contralto Nana Genovese: one of the younger singers of the former Manhattan Opera Company, also a member of the Metropolitan and the San Carlo Grand Opera Companies.* Además la violin-virtuosa, a native of Russia: Elena de Sayn.

El programa presenta tachaduras y referencias a mano que aluden compromisos del tenor: engaged for the Havana, Cuba, season may-july, available in... (inteligible, FC.). Traducimos: Contratado para la temporada mayo-julio en la Habana, Cuba, disponible en... Aun en 1944, su nombre figuró en el elenco de Philadelphia La Scala Opera Company, en veinte Operas del gran escenario italiano.

Que Humberto Pérez [i. e. Umberto Sorrentino] resultara dominicano o dominico-italiano, no es lo importante. Lo trascendente es que existe un Histórico Primer Himno Dominicano grabado en 1909, que cumple ¡cien años!, y que todos desconocemos. Que existe, igualmente (1911), una primera versión centenaria cantada por un Sr. Pérez o Sorrentino: ¿Otro Eduardo Brito?, y sin que el rubor de la vergüenza nos delate, ni era sabido, ni nadie, nunca, le ha escuchado. RCA Victor y una sollozante Historia Dominicana están esperando por ello.

P.D. Cuando publiqué este artículo todavía no tenía conocimiento de estas versiones de 1913 y 1915.

El grabado en 1915, figura en la colección donada por Díaz Ayala a la Universidad (FIU). Fue interpretado por la Banda Española, bajo el sello Columbia.

Otro himno interpretado por la Banda Columbia, aparece grabado en 1913. Podría ser el mismo, que luego fuera editado dos años después de grabado.



¡Volvamos al festival!



El Magistrado en el Festival de Miami recibiendo el segundo lugar.

**L**a institucionalización de festivales es una vía propicia, ideal al encauzamiento y exposición espléndida de talentos y vocaciones de cualquier orden. De otro modo, correrían el riesgo de diluirse nonato, sin haber alcanzado la oportunidad de desarrollar una presencia útil y merecida, con la suficiente trascendencia, para llenar el papel justo en el fortalecimiento cualitativo de la sociedad. Está implícito en ello, un mejor ser social, un arte de mayor elevación estética y una sociedad culturalmente mejor servida. Si mejoramos el arte, mejoramos la sociedad. Si avanza la sociedad, estamos construyendo otra Nación. La Nación que merecemos. La Nación soñada. La Nación del futuro. Tan importante como obligado es el soporte decidido que como institución, el Ministerio de Cultura asume para propiciar el desarrollo del arte, en este caso, en términos de la canción popular, que tan hermosos y espléndidos resultados sembrara en aquellos festivales pasados, cuya huella permanece aún vibrante en sus emblemáticas canciones, sus intérpretes afamados, sus músicos históricos, sus consagrados arreglistas, sus compositores eternos, quienes conforman hoy en día la raíz saludable del atrevido creador de la competitiva música de estos tumultuosos tiempos. Es hora de recoger y conjugar toda esa legendaria herencia de grandes y vigorosos creadores, exquisitos cantores y nobles expresiones inolvidables, que como Por Amor, huella profunda de aquel Primer Festival de la Canción Dominicana, o la dramática leyenda de voz inalcanzable del excelso Eduardo

Brito, a quien dedicamos este festival de la canción, por sí solos confirman eternamente el valor universal del talento y la creatividad dominicana.

El camino del hombre al través de la historia, desde la misma creación, ha estado determinado por el esfuerzo agresivamente instintivo de ser mejor, de ser superior. Sus pretenciosos afanes se manifiestan en estridencias impudorosas, que distorsionan a veces, su hegemónico y privilegiado papel en la creación, lastimando la esencia de rígidos conceptos inefables, intentando ser su propio Dios. El motor impulsor del ser humano ha sido y es, la inevitable vocación antropológica de competir, imponerse y triunfar. Así ha construido la humanidad este mundo de esfuerzos y metas en que vivimos, desde la ferocidad primitiva, hasta el poder, y como consecuencia de ese impulso, inherente a la condición de su propia naturaleza, hoy luchamos y nos esforzamos todos nosotros por levantar el canto, elevar al hombre y consolidar un sueño de Nación engrandecida y noble, que nos va costando, al través de la historia, el sacrificio enorme de tantos sueños, tantos soñadores, tantos mártires y tantos héroes.

Cada esfuerzo personal deja de ser particular cuando logramos ser mejor que ayer, y más espléndido y elocuente, cuando logramos mañana ser mejor de lo que fuimos hoy, porque con ello estamos contribuyendo, en alguna proporción, a mejorar la humanidad toda, la calidad del hombre del momento y el lugar en que hemos nacido y escogido para nuestros hijos, afectos y amores. Competir ha hecho de la tierra casi un barrio de vecinos, por ello, hoy somos más conocidos y hasta apreciados, por la sonrisa bondadosa y los batazos de Ortiz o de Pujols, que por el privilegio divino de ser el lugar y el momento donde sembrara Cristóbal Colón los primeros latidos de un Nuevo Mundo, o que, paradójicamente, los versos encantados que trinan: *Por amor se han creado los hombres se conozcan más en la faz de la tierra*, que el sagrado grito libertario



*Quisqueyanos valientes, alcemos nuestro canto con viva emoción: legado proceros de Prud'Homme y Reyes.*

Hemos estado vendiendo una imagen equívoca de país fiestero, de cintura frívola. Somos y lo sabemos, algo más que sabrosos merengues y lascivas bachatas. Somos la cuna cantora de las primeras voces y ritmos que despertaron para completar un Universo. El bien formado músico del siglo XVI Diego Bartolomé Risueño, con su temprana escuela de música en nuestra empedrada Santo Domingo, anidando, como palomas silvestres, versos solitarios entre los arcos y ecos de campanarios vírgenes y bandolas nostálgicas, inicia una estirpe de tradición que nos honra hasta nuestros días.

Desde aquellos marineros temerosos, quienes junto al Almirante perturbaban el silencio oceánico de las tardes en aquella intranquilidad incierta y abismal, elevando la Salve Regina, implorando misericordia a Dios en un mar desconocido, en aquellas carabelas atormentadas por el oleaje encrespado, que estrenaría furioso en la violencia cataclísmica de las iras indianas y el coraje terco de la conquista, el ropaje del superhombre de una nueva historia; hasta cinco siglos después, cuando se abren inmensas las manos del cielo para honrar al Bienvenido Bustamante de pensamiento alado, con el signo glamoroso que su nombre encierra y su coral de Salves de manos con el tiempo, y junto a otra heroína, como aquella codiciada Helena que desbocara Troya, nos siembra en el alma para siempre, con la fuerza incontenible de la voz y el genio, las tristezas y temores de aquel mar de incertidumbres, trocándolas en alegrías y requiebros hermosos, cuando tararea: *Viene la luna, la luna bella y acompañándola vienen miles de estrellas* o *Qué bonitas son, qué bonitas son, ¡qué bonitas son!.. las flores por la mañana.*

Pasan 23 largos años desde aquel último e ignorado Festival de la Canción Dominicana, y cuatro décadas de silencio imperdonable, desde que Rafael Solano y Niní Cáffaro convirtieron nuestra música en una enorme bandera universal que hemos paseado con orgullo de niños por el Mundo, gracias a

los frutos imperecederos de aquel fabuloso encuentro entre el talento y la gloria.

Construyamos y honremos de nuevo el tablado hermoso donde vibren los héroes del gran escenario del mañana. Dibujemos alas y notas sobre las huellas y las esperanzas de esta generación abandonada y dejemos que con sus voces, su poesía, su música y su talento continúe la historia su coral de siglos. Desde aquellos centelleantes areítos y los primeros cantores anónimos que adornaron de serenatas, amores y romanticismo las madrugadas nostálgicas de la aventura, como aquella legendaria Isabel, negra esclava de desbordado talento, que hizo exclamar a Méndez Nieto con orgullo, ser *la mejor voz de todas estas Indias*, tocadora de arpas y órganos, treinta años antes de que Teodora y Micaela Gines y aquellos madrugadores de bandolas conquistadoras, sembraran el Son Caballero en el corazón del Santiago cubano, hasta los que hoy pasean por el mundo, con nuestra música en el alma como una bandera, el hecho feliz de haber nacido, como todos nosotros, dominicanos. ¡Volvamos al festival!

Al pie de la vieja ciudad



Catedral Primada de América, ícono inquebrantable de la vieja ciudad.

**D**etrás del nacimiento de esta ciudad antigua, ha quedado flotando, escondida en la bruma de los siglos, una idílica, virginal, edénica y paradisíaca, historia de amor. Miguel Díaz, fue uno de aquellos súper hombres de la conquista que fecundaron esta tierra. Sumidos en las tensiones selváticas de la fiereza conquistadora, quebrantaron las horas largas de sus días y noches, enfermos de soledades y nostalgias, de besos de madre y amores tormentosos dejados atrás. Embrutecidos en la incertidumbre temerosa del reto desafiante y el dardo rabioso del aborigen rebelde. Expuestos a las flechas del orgullo, maldecidas con el veneno mortal del *Guaio*. Cada vez más ignorados por un lejano mundo civilizado y cada vez más cercanos a la fiera instintiva, que dormita escondida en el espíritu primitivo de cada ser.

Sin que pudieran percibir su rol, ese conquistador, es el hombre-creación, enfrentado a uno de los capítulos más dramáticos de la historia. La estatura de las capacidades y enterezas de aquellos hombres podrían entenderse, en la temeridad insana y pretenciosa del arrojo personal, o en las habilidades filosas de una espada traviesa, cabalgando, más que en el estribo y la armadura lustrosa de caballero hidalgo, en el puño enfurecido del aventurero sin pujos de conciencia, comprometido a sobrevivir, por encima del odio de los cerros sublevados o las inconveniencias interesadas de una España insaciable y golosa. Era un duelo a muerte frente al reto de aquel enigma, aun sin respuestas. Ese es el suspenso histórico que enfrentó el coraje noble de nuestra herencia aborigen, base de un espíritu

criollo ilustre, que eternizó este primer eslabón de un Nuevo Mundo, donde en cada calle, en cada esquina, en cada balcón o campanario, palpita y late el espíritu de fantasmas de capa y espada. Sombras de colones y virreyes y cronistas ilustres, sollozos misteriosos de Virreinas dignas junto a su corte grácil, donde trasciende el eco nobiliario de apellidos que posaron sus taconeos y risas enrejadas detrás de un abanico de sueños y riquezas, que perfumaron faroles y sombras en las Calles de mil Damas, multiplicando sus voces en las aceras del tiempo, sobre las bandolas y adoquines más ancianos de este Nuevo Mundo. Testigos elocuentes en el principio de un lugar nacido por destino y de una historia, de la que somos herederos humildes todos los dominicanos.

Miguel Díaz entra en conflicto con uno de sus temerarios compañeros, en aquel intento de La Isabela. Había recién arribado en el viaje de estreno de un rígido Bartolomé Colón. Se enfrentan en duelo a muerte. Aquel valiente capitán, de quien heredamos hermosas y antiguas moradas empedradas de siglos, que hoy ocupan las oficinas de un banco muy Popular de la Isabel la Católica, vence fatalmente a su trágico rival, e intentando escapar de las iras del cadalso, presumiendo haberle arrebatado la vida, emprende presuroso la huida, junto a sus compañeros. Un destino tortuoso y enigmático, sin puntos cardinales ni destino.

Costeando las caderas del oleaje al este del entorno virginal, desafiando la terquedad de los acantilados furiosos, venciendo los abismales peligros de la tierra desconocida con la fortaleza que solo dan el coraje y el miedo, arribaron, de repente, a un inesperado escenario edénico de belleza indescriptible, un balcón tan hermoso y exuberante como bella era su Reina, a quien la historia llama Mairení u Ozema. Un óleo alucinante y paradisiaco, de mar azul de lunas llenas y horizonte de gaviotas y sueños, recreaba la creación esplendorosa y el abrazo de su orilla de juncos, perfumes enamorados y ceibas monumentales aguardando la historia. Aquella corriente de músculos de

animal desbocado y salvaje que llamaban Ozama, recostado a un pueblillo de areítos deslumbrantes y bohíos breves como posados en las colinas, encendidas de vírgenes desnudas de cuerpos nobles y almas candorosas, contemplando el pasear de un escenario de canoas y teas luminosas en su mirada larga, caobales intocados dormidos al este de la ribera bronca, la cadera aturdida de follajes y jobos sagrados, que aún perduran en el entorno ignorante, en un rincón de la historia donde solo nos ha quedado, la huella solitaria de una pequeña iglesia de ojos vacíos.

La bella cacica Mairení u Ozema, luego bautizada Catalina, y el recio capitán español Miguel Díaz, se amaron en un recodo del génesis, en aquel rincón paradisíaco y remoto en donde ella reinaba a orillas del Ozama. Cuando aún don Bartolomé no había amarrado la historia a una Ceiba encantada, Catalina ya entregaba amorosa sus suspiros selváticos de Reina aborigen y Miguel se hacía dueño galante de todos sus secretos. El oro de las minas prodigiosas donde se acostaba con celo rumoroso el Haina, no pudo ser más fuerte que la pasión encendida de Miguel por la que fuera su amante esposa y madre de sus hijos, y embarca su regreso con la prisa enfebrecida del amante enamorado. Es Mairení, de candidez enamorada, quien desnuda sus formas y el lugar escondido de aquellas fabulosas Minas del Haina hacia el oeste del río, y regala a su amante el argumento fértil para obtener el perdón. Miguel cruza las nubes y cerros del Cibao legendario con la prisa del destino y retorna audaz a una La Isabela tambaleante, enferma de esperanzas y tumbas, con sus manos golosas cargadas de sueños turbulentos y la ebriedad aventurera, sedienta de riqueza tentadora. Se entera allí para su suerte, que el temerario rival de su delito había sobrevivido y que no era, de hecho, un sentenciado.

Fue fácil convencer el entusiasmo atrapado del Adelantado y despertar el ansia incontenible de dorados tesoros en aquella tropa aventurera, hijos de una Madre Patria insaciable, avara e insensible. *Más al sur, hay un lugar muy fresco y saludable, con*

*una ría hermosa peinada por una mar doméstica, donde las velas pueden fondear y minas de oro abundante hacia el oeste, argumentaría quizás. Retorna desde La Isabela y detrás viene la ciudad como una tormenta. Bartolomé funda una Nueva Isabela, antes que Ovando cruce el Ozama junto a un huracán, levante las piedras primadas de la historia y renazca Santo Domingo, soñando atormentada frente a un mar con alas al sur de los acantilados. Crecerán sus amores entre areítos, guitarras y serenatas y se hará eterna la voz y el canto de una ciudad de romances taínos, entre las cuerdas de vibrar hermoso y el retumbar del mayohuacán, sembrando, en la música desnuda de la danza encendida, las caderas sinuosas de la guitarra virgen y los cuerpos briosos de metal cobrizo, las herencias primarias en la aventura inevitable del nuevo ser. Santo Domingo quizás nunca hubiese existido, si no se hubiesen amado.*

Las historias de amor, ejemplares, como María de Toledo y Diego Colón, apasionadas y felices, como Miguel y Catalina, trágicas como María de Cuellar y Diego Velásquez o Mencía y Enriquillo, fluyen palpitantes y desde siempre, entre las otrora empedradas calles de nuestra Santo Domingo. Tórridos romances de traje largo y taconeo de botas pretensiosas, rimaron sus coquetas aventuras, sus sonrisas insinuantes detrás del abanico en el claroscuro de faroles y sombras de la calle de aquel Conde adoquinado de Peñalba. Sus enrejados balcones, sus encajes alegres de flores inocentes o alegóricas trinitarias ruborizadas, contemplaron cómplices los trágicos amores de un Scanlan, que se enfermó de versos y serenatas, y enfrentó con fiebre desafiante de poeta enloquecido, el disparo fatal en que estrelló su vida, arrastrando en la tormenta hacia las manos insaciables del cadalso, al infeliz marido que recogió su honra. Las angustias lejanas del poeta Eugenio Perdomo y aquel soldado confiado, que abre la madrugada de la cárcel y le permite salir a visitar a la amada por última vez, antes de ser ejecutado al amanecer a su regreso, y honrando su palabra de caballero, muere al alba frente al pelotón de fusilamiento.



Reflejos de una época sembrada de poesía y atardeceres en las aceras del tiempo y su cosecha hermosa de sentimiento y patria. Palomas que quebraron sus alas frágiles entre buitres feroces que atormentaron el ocaso ciudadano, sin desmedro de que el caballero levantara el sombrero al paso de la dama altiva o comprometiera el bigote heroico con su honra y su palabra, o aquel que marcara el inaudito coraje de un Francisco del Rosario Sánchez, atado inseparable a su bandera compañera, frente al pelotón de ejecución, cuando abandonara la silla infame que postraba sus piernas heridas y gritara desafiante e imponente, incorporándose en pie, cubriéndose con su gloria y su cruz y el eco enorme que aun retumba entre los montes: ¡Tiren ahora! Tan elocuente y trágico, el tétrico episodio del fusilamiento infamante de su hermana María Trinidad por el obtuso Gral. Santana, en ese mismo escenario ciego, donde las caricaturas o las fotos de cualquier *click* de moda, parecen ser más importantes que la Historia Gloriosa donde se sembró la Patria. María Trinidad cae aún con vida ante la furia de la primera descarga y su vergüenza de mujer decente se estremece moribunda, cuando su falda pudorosa sublevada, desarropada en sangre, hiere la compostura y desnuda la flor guardada de sus rodillas de rezos vírgenes. Hay un alto en el tiempo ensangrentado de aquel minuto sin gloria. María hace un gesto que congela el pelotón infame, pide altiva que la vuelvan a poner de pié para cubrir sus pudores heroicos y grita con la misma fuerza que hoy nos hace libres. ¡Tiren ahora! Una ciudad es su gente, su vivir y convivir y esa es la huella profunda que ha transitado con paso orgulloso esta ciudad. La que heredamos y exaltamos, con sus tragedias, su poesía iluminada y su brazo en vilo de fusiles heroicos.

Cantores de capa y espada están entre las sombras del asfalto y la estridencia, sonriendo la canción de amor agazapada en la disco, la lágrima colgando de la tonada inconfesada en la bachata de burdel, lloviznando la madrugada como el vaho de un verso arrojado al oleaje rompiente en

el viejo malecón, a la luz de lujo de un hotel de luna. Desde la Guitarra Bohemia de Juan sin Tiempo a los amores desconcertantes de Carne o de Hierro de Fernando Arias, todos acabamos suicidados en la bohemia lejana, sin saber realmente que ciudad queremos, si aquella de sonrisas de abanico, retretas y versos o esta locura, a la que nunca parece que alcanzamos a conquistar, inaccesible y frívola, tormentosa, pero impregnada de la fuerza telúrica del hombre que comenzó hace cinco siglos, se sembró en la raza, se enfermó de tamboras y negras de fuego y aun no alcanza a comprender ni le importa, el porqué la paradoja suicida de una mega-fría de amor de malecón, el pote de amargue prostituto en las alturas o el desdoble en el pasado, vencido en brazos de un bolero de Julito Dechamps, el tufo de un zarpazo bohemio de Héctor Díaz, devotos del ayer, rezando a San Radio Millón, añorando entre nostalgias y tragos 100 Canciones y un Millón de Recuerdos y apóstoles dominicales en duelo en la última cena de aquel otro Jesús de sonetos y versos al oído del Macorís del Mar, y su recordado: De Fiesta con el Recuerdo.

Toda esa carga sin memoria de poesía y cantores, de amor sublimado y caballeresco, se resume en el álbum empolvado que guardan las cálidas madrugadas, los afiebrados amores, las angustias poéticas y las tragedias de cafetines de nuestra vieja ciudad. En ello sintetiza el espíritu romántico que ha caracterizado nuestro pueblo. La ciudad muestra, como abuela anciana a quien dignifican las arrugas en el rostro, la sonrisa satisfecha de una gran tradición musical y de vida, evocando la época lluviosa y enfermiza del romanticismo. Sus huellas están no solamente en las guitarras, boleros y sones, sino, además, vibran en la fuente luminosa de nuestra poesía, literatura, novela y cuentística, desde aquellos tiempos. Aun son parte del espíritu del hombre que taconeas sus huellas paganas, cómplice de fantasmas y sombras misteriosas que flotan embozadas entre las piedras, levitando en las aceras nostálgicas de faroles

antiguos y adoquines; ecos que retumban de vez en cuando su ronca carcajada de puerto y vino misterioso junto al turista desconcertado, develando el timbre hermoso que se quedó vibrante en el misterio de las calles, paseando con orgullo de novia en serenata la noble voz de Eleuterio Brito en los recodos del silencio de la noche, vibrando sollozante el gorjeo eterno de su queja enloquecida, huérfano de sus aldeas y mulatonas de gloria, perdido en la injusticia incomprensible de una celada inmerecida de la vida, o en la bandola pura de Diego de Nicuesa en la esquina marinera, desparramando el vino en los carrillos de la Taberna de los Cuatro Vientos, o Teodora y Micaela Ginés pisando el son primario de la inmortalidad con su gracia santiaguera.

Camino a veces por la ciudad vieja con orgullo tímido; siento gran respeto por aquel convento en abandono, amurallado de monjes, que se atrevió a ser ciudad, a ser país, a elevarse a la tesoría de los dioses y se envolvió desafiante en su mágica poesía de guerras, de patriotas y mártires eternos. Sus clarines desbordados y sus himnos vibrantes nos han legado un hombre recio marcado de cicatrices en el alma, aun con su rabia harapienta en busca de motivos, y una ciudad abuela cargada de nostalgia. Quijotes amargados, plena de Sanchos fieles y bastardos rocinantes, igualmente enfrentados a esperanzas y sueños de distinto bagaje y horizontes, que siguen y seguirán como Juan Pablo y su guitarra joven, alzando eternamente *Nuestro canto con viva emoción*, inventando el camino de contrastes que nos salva de la noche y la vida, que cambia sus matices en Nelson Lugo, que siembra de flores *las arenas de un desierto* en Cabral Ortega, un Manuel Troncoso, decorando en un óleo de nubes el pétalo tranquilo del ocaso, *cómo el cielo a través de sus colores luce estar lleno de flores* y en Solano, traduciendo el grito de la razón de ser de aquel principio pleno de manzanas y mordidas edénicas: *Por amor, se han creado los hombres en la faz de la tierra*. Aunque seamos Adanes defectuosos y fieros y a

nuestras Evas les entusiasme más el ripiao' atrevido de los cuerpos, afiebrando los muslos de un merengue llameante, o la entrega en el abrazo enamorado del bolero indiscreto que madruga un poema de caderas desnudas y rimas de suspiros, todos esperamos que sigan aleteando palomas y esperanzas al pie de las mañanas del Descubridor en la faz serena de su plaza intranquila frente a la primera Catedral donde rezó un Nuevo Mundo.

De todos modos, no obstante la rapiña que incubó Ovan- do, algo queda en la poesía intrínseca de esta ciudad, ya sea en los entrastes del canto de viejo diapasón y los caballeros del ayer, la nostalgia envejecida del Jaragua, el merengue honrado de Alberty y las miradas temerosas a *la luna celosa de tanto esplendor* mientras purgábamos el cálido merengue de la Era; en la responsabilidad sedienta de nuestros intelectuales de todo tiempo, en el ejército invencible de los Pedro Mir y el mundo de rubores mágicos de los Ramón Oviedo, en el abrazo heroico que quisiéramos haber visto en plena gloria entre Manolo y Francis Caamaño, en el aliento barato de las bachatas lacriputas, en la herencia iluminada de Juan Luis, en la tenacidad discreta de José León, en la taza de sabiduría humeante que compartían como carne de la historia Nabú y don Chito Henríquez, con la misma serenidad digna con que miran los árboles centenarios desde la altura el cadalso de Anacaona, Cotubanamá y los bancos empequeñecidos por la estatura de la grandeza; en los combos carnavalescos de merengue manoseado, en el bastión Ciudad Nueva que contagió de bravura las azoteas, incendió las gradas con su Licey-Escogido y desbordó una pasión callejera que sube galopante a Cooperstown; en la juventud que desespera buscando la cantina estridente o el Café a media luz, dónde descifrar la ecuación de la felicidad; en la chispa genial inalcanzable de Paco Escribano quien nos enseñó el sano reír, o en el escapismo marginado que desata el volumen de su protesta proletaria en el colmadón de barrio,

pero fundamentalmente, en el recio linaje histórico de aquel Santo Domingo, que comenzó su niñez malcriada amarrada a una Ceiba, que ha tenido que defender su adultez violentada de huracanes y Cesarismos, a mordiscones y, no obstante, sigue cantaleteando, mulata presumida y carcarriente al paso de su Cervantina historia, no importa, como diría una grata bachata de prostíbulo, que hayan roto *su amante corazón en mil pedazos*.



# La canción lírica como folklor





**L**irismo. Una manifestación de alta trascendencia emotiva, que se envuelve y crepita en el romanticismo como una llama. Un movimiento que caracterizara toda una época, no muy lejana, en la conducta humana.

La cultura española del momento del Descubrimiento, con todas las estridencias caballerescas, galanterías de alcoba, serenatas al pie de la vieja ciudad, sus villanos y aventureros, sus tragedias y quebrantos, irrumpió vigorosamente en nuestras puertas y con ello llegaron, penetraron y se establecieron, las ideas, conductas y pasiones del ser de aquel momento. El primer contacto con el *lirismo* en los campos de la poesía, literatura, pintura y sobre todo de la música, es nuestro; comienza con nosotros en toda esta América. Sin embargo, el lirismo está en el hombre intrínseco, no es una propiedad particular de nadie, es una opción general, que parece estar signada por los más nobles valores del ser.

Su origen etimológico deriva de la palabra lira. Originalmente, un fino, antiguo y emblemático instrumento musical. Desde su origen el *lirismo* crece fascinante y se hace adulto con el hombre, de manos de la poesía, el canto, la literatura, y, metafóricamente, matizando una conducta retórica, donde con sus hechos y pasiones exaltadas, desafiante ante la realidad o la prudencia, suele el hombre expresarse frente a eventos y hechos de marcada trascendencia, con frecuencia de notoriedad histórica, subrayando actos de nobleza y heroísmo. Podríamos decir que en la empresa romántica de aquel Cristóbal Colón que cambiara el rostro y el ropaje del

Mundo, legando un nuevo continente, hay una manifestación de lirismo onírico, cargado de angustias, sacrificios y esperanzas, de la que nosotros fuimos y seguimos siendo parte. Quizás la parte más hermosa de ese sueño. Por ello aquel enorme don Cristóbal Colón, el grande almirante, prefirió permanecer por siempre junto a nosotros.

Una expresión de edénico lirismo decora entre espumas y ruiseñores las orillas del Ozama virgen. El capitán español Miguel Díaz, escapando del destino, cruza los caminos hacia el sur y a la orilla de un sueño romántico donde revienta el mar, conoce la hermosa cacica Ozema, luego cristianizada Catalina. Descubren que se aman y sobre el abrazo desnudo de amantes, la entrega de su cuerpo y su poder de reina, surge rotunda nuestra canción crecida de palomas, rincones y callejuelas adoquinadas, abrazada a las paredes antiguas del espíritu como un beso eterno enredado en el alma, una ciudad de campanarios y ruiseñores enamorados. Santo Domingo.

El gesto enorme que eleva al cacique Enriquillo sobre las montañas invencibles de la rebeldía, es un drama de tremendo de lirismo romántico, como lo es a su vez, el episodio triste del cacique Guarionex, donde están presentes las mismas causas rompientes: el amor de una mujer; igualmente, el gesto de valor inconcebible de un desafiante cacique Hatuey en Cuba, quemado vivo, sin proferir una sola queja. Más sofocante en el rastro de la lírica: la locura trágica del poeta Scanlan, quien provoca y arrastra al cadalso a su ofendido matador, desbordado por un amor irracional y enfermizo, como si escribiera adrede la tragedia buscada de su último poema. El caso inconcebible del poeta Eugenio Perdomo y su guardián, quien solo confiado en su palabra de honor, le permite salir de la cárcel aquella última noche, para despedirse entre las fiebres del lecho de la amada y éste regresa a la cárcel para ser fusilado al amanecer, cumpliendo su palabra.

No puede ser ajeno, como un detalle de Lirismo puro, el momento de abstracción sublimada que despierta lejano al

hombre, como sonar de campanas de pueblo triste, transformando el drama apocalíptico de la ferocidad del cadalso trujillista, y al susurro del viento prisionero de los dioses al oído, desata el incendio que le quema el alma. Juan Bosch escribe un canto de amor a la libertad en alas de La Gaviota, en mitad del infierno de una cárcel en aquella Era. Episodios que caracterizaron una época romántica y que fortalecieron la herencia de Lirismo genético y romántico de nuestro ser histórico.

Desde los tiempos de Diego de Nicuesa y su yegua bailarina, su bandola y sus serenatas, en aquel Santo Domingo niño de los colonos, época descalza de los primeros *chantres* en nuestras iglesias, cuando un Diego Bartolomé risueño siembra el nido de su escuela de música antes de partir a México, o Pedro de Gantes en el obispado de La Vega, quien va insertando sobre el surco de la música y el canto de nuestros aborígenes, las esperanzas y los salmos de la religión cristiana; cuando nuestra primada universidad, apenas en 1538, tensa las armonías amanecientes estableciendo en su pensum el estudio de la Música, o Méndez Nieto, quien coloca en la historia a Isabel, aquella dotada negra esclava, tocadora de arpa y órgano y le llama: *la mejor voz de todas estas indias*, treinta años antes de que dos negras exesclavas, oriundas del Santiago de los Caballeros, sembraran en Cuba el canto embotonado de su pueblo. Desde aquellos tiempos míticos, fluye una simbiosis fértil y acelerada, que se sintetiza en el puro pueblo y que fue enriqueciendo y conformando el canto, el espíritu y el rostro urbano particular de nuestra sociedad.

La canción española se fue convirtiendo en el tiempo, en la canción de timbre soleado en La Española, con sus ritmos de piel vigorosa, sus tambores y negras, indias y blancas, criollas cantoras, de cinturas alocantes y cuerpos sensuales. Los instrumentos y el canto comenzaron a sonar a la manera criolla, con un sentido particular isleño, identificado con el hombre de esta tierra. Reflejando sus inquietudes, sus sufrimientos, sus nostalgias, sus esperanzas y sus alegrías. Las generaciones que

suplantaron a los primeros aventureros de la Conquista, tuvieron que haber sentido el tono de la vida y de la música de forma diferente a las primeras oleadas de la aventura. Enfermos de océanos y soledad, estaban ya sembrados de pié y raíz en el corazón de esta tierra. Así la amaron, la sintieron y la cantaron. Como olvidaron la Z, desvistieron su idioma y muchas otras cosas; así comenzaron a silbar la canción del hombre de trabajo del ser urbano, marcando el compás en la azada, la del fiestero pisando el son de las Ginés, la del madrugador enamorado en serenata guitarrera, con un ardor maduro y diferente, rebuscando en el vientre de la raza el parto multicolor de la nueva canción del ser criollo, bohemio, callejero.

El primer síntoma de síntesis urbana se manifiesta en el encuentro con el Son. Es la muestra más antigua recogida y conservada, como expresión de la música popular, en el Nuevo Mundo. Como referencia al punto de partida de lo que llamamos música popular, es válido tanto para cubanos como para dominicanos. Señalemos la elocuencia histórica que confirma el dato, el haber sido dos negras horras dominicanas, oriundas del Santiago de los Caballeros, quienes llevan el Son a la hermana Antilla: Teodora y Micaela Ginés.

Nuestra primitiva sociedad es el primer núcleo que logra integrar una síntesis de aquellas tres culturas coincidentes en su formación como pueblo y establece con ello una expresión particular muy suya y diferente de las influencias culturales recibidas. Nos referimos al producto cultural llamado: son. Las Hermanas Ginés son el ejemplo más rotundo de lo que representa la dinámica sociedad dominicana de aquellos tiempos, estamos hablando de 1582, cuando los resultados de un censo en Santiago de Cuba, determinaron que ellas y sus músicos eran el único grupo artístico que existía allí. Tampoco los había en aquella Habana recién nacida.

La fusión y síntesis urbana en el ejemplo de Teodora y Micaela, pone de manifiesto con categórica e intensa claridad, el país que desde entonces latía en nosotros:

Sus nombres y apellidos vienen de la gracia española. No se adornan con nombres africanos. El instrumento que van tocando y que interpretan ellas mismas, la bandola, es instrumento europeo. No fueron tocando ningún tambor ni aditamento africano. Sus músicos todos eran europeos; portugueses y españoles de distintas regiones, ninguno africano, y, finalmente, fueron cantando en idioma español, no en ningún lenguaraje de tribu alguna.

Ese es el reflejo feliz de lo que constituía nuestra sociedad desde esos tiempos, en términos, no solo de cultura musical urbana, sino en lo que significaría la apertura de oportunidades y estatus para el hombre o la mujer de color, para la esclavitud negra o blanca, recordemos que en nosotros, la esclavitud no estuvo nunca signada por el color del pellejo. En nuestra tierra el hombre no estaba condenado a morir siendo esclavo, podía comprar su libertad u obtener la manumisión. Un detalle de lirismo histórico que habría que agradecerlo a los afanes del padre Las Casas, a Montesinos y otros muchos suicidas del púlpito, quienes, evidentemente, lograron con su sacrificada prédica, nutrir nuestra idiosincrasia desde aquellos tiempos, transformar nuestros valores y convertir aquella incipiente sociedad en un ente cualitativamente distinto al resto de la crueldad del entorno, hecho que honra y engrandece nuestro pasado como pueblo. Por eso disfrutamos el país sin tormentos raciales que somos hoy en día.

La *salve* es un canto fundamentalmente de carácter religioso. Todos los pueblos del Nuevo Mundo recibieron, de un modo u otro, al través de la prédica del evangelio en las iglesias y aquellas tradicionales e integradoras cofradías, el canto de *salve*. Los marineros que vienen con Cristóbal Colón en las carabelas de la aventura, entonaban al atardecer el canto misericordioso de la *salve*. Sin embargo, aunque todos los pueblos recibieron este himno religioso, solo el pueblo dominicano, en su rica fertilidad creativa, ha logrado hacer de la *salve* una canción integrada a su lírica cantora urbana. Todos hemos

disfrutado de nuestra emblemática Reina de la salve, Elenita Santos y hemos escuchado y bailado aquel canto de esencia profundamente religiosa, repicado con la tambora y la güira de nuestra canción barrioter. De la Iglesia a las calles desde hace cinco siglos.

Quizás la más elocuente huella de la transición, la deja escrita la historia hace dos siglos. El relato viene como en canasto de fruta dulce de manos del inglés Walter Walton, sobre lo que era el *Estado Actual de las Colonias Españolas*. Editada en 1810, describe ya el gusto y la pasión de los criollos dominicanos por el bolero y otras estridencias de salón. Donde el *criollo* ponía el paso, ponía el corazón. Walton dice:

La más elegante, científica y típica de todas las danzas es el bolero. Proporciona a la mujer bien formada la oportunidad de desplegar su grácil persona, así como su destreza y agilidad de movimientos, pasando por varios cambios y posiciones interesantes, acompañándose de la guitarra y de la voz.

Habla del Fandango:

Mucho más movido que el bolero y también se acompaña de voz y guitarra.

Luego menciona:

El chandé es esta danza llevada a su extremo y no puede ser observado por los ojos de la modestia.

E incluye:

Las tonadillas, seguidillas, boleros y tiranas, son canciones nacionales generales y otras como la malagueña.

Todo aquel acervo español de belleza retinta nos baña en una época virgen y fértil, de espléndidos areitos y africanías culturizadas, cristianizadas, pulidas. Esas mezclas sonoras y líricas están detrás de cada poeta, de cada cantor, de cada luz, de cada lágrima, de cada creación o de cada grito o gemido de nuestras gargantas. Lo que revela el carácter callejero y urbano que iba convirtiéndose en criollo el cantar español, se ve claro en esta obra de Walton cuando dice:

Aunque se ven bailar a veces en la América española, estas danzas no son por lo general practicadas en sociedad, la cual ha adoptado el vals, además de la contradanza.

La importancia mayúscula de este dato, está puntualmente señalado en el notorio evento de que el bolero en particular, desprendido totalmente de la mantilla y la castañuela española, ya estaba en manos de puro pueblo, porque, como bien señala, la sociedad había adoptado otras expresiones. Cuando una expresión musical escapa de los salones de sociedad y se entrega al lenguaje y manoseo de las calles, tiene, necesariamente, que experimentar cambios estructurales cualitativamente profundos y determinantes en el tiempo. El bolero perdió en nuestras esquinas faroleras y adoquinadas, los complicados aditamentos de la coreografía de salones y se conservó solo como la expresión bohemia de voz y guitarra urbana que conservamos hoy en día.

Un descriptivo párrafo con olor a son urbano y romo de patio a pico de botella, es expresado por el autor inglés en una observación instrumental histórica. Sus afirmaciones testimoniales, desarman las pretensiones cubanas sobre la creación de las claves o palitos, al punto de haber provocado los temerarios desajustes chauvinistas del enjundioso escritor cubano Fernando Ortiz, pretendiendo que lo atestiguado de haber visto y escrito Mr. Walter Walton, no es lo que este vio, sino lo

que imagina que vio. Es como pretenderse Dios y retorcer y cambiar la voz de la historia:

Citamos en español lo escrito por el Sr. Walton:

La clase baja de la gente española de color, acompaña sus grotescas danzas con gritos y música, creada por trocitos de madera de sonido fuerte, un estriado calabazo, rascado rápidamente con un hueso fino, el Banza, el traqueteo hecho poniendo piedrecitas dentro de una calabaza, los dientes fijos en la quijada de un caballo, raspado rápidamente, y el tambor.

Walton no menciona las palabras *clave* o *palitos*, como usualmente se les ha denominado, porque sencillamente no las conocía, estaba contemplando por primera vez un curioso y novedoso instrumento de los dominicanos. Esta particular descripción de instrumentos apunta hacia lo que podría haber sido un grupo sonero “callejoneo”, como muchos de nosotros vimos y escuchamos en nuestra niñez. Solo haría falta en el conjunto nuestra marimba, uno de los pocos instrumentos que los cubanos reconocen a regañadientes haber recibido de los Dominicanos. Unos palitos, una güira, el banza: *guitarra de los negros de tres cuerdas*, realmente un tres, unas maracas, la quijada de burro y el tambor y ¡que siga la fiesta! Este grupo es, como cuestión de sentido común, lo que más se asemeja a un grupo sonero urbano. La quijada de burro, adoptada luego por músicos jazzistas de New Orleans, aparece en esta nota muchos años antes en Santo Domingo y no es el único instrumento que aparece en New Orleans, cuya referencia habría que buscarla antes en nuestra cultura instrumental urbana, como el tres o la canoita, cuyo nombre, este último, de origen elocuentemente taino, deja abierto un interesante capítulo a estudiar con más profundidad.

Las barcarolas nos llegan en el equipaje de los grupos italianos que emigran desde la Liguria, al final de la primera



mitad del siglo XIX, en el norte de Italia y nos conquistan con su romántica nostalgia y sus hermosas gondoleras venecianas. Muchas de aquellas familias de inmigrantes, hoy son emblemáticos apellidos que han jugado un honroso papel en el desarrollo de esta Nación. En ese momento ya teníamos, como parte de nuestro cordaje musical urbano, una expresión muy parecida en su medida y su tonada, recibida, adoptada y transformada, de los aportes canarios que nos bañaban desde los primeros asentamientos de la conquista. Entiéndase que la mayoría de nuestros pueblos se formaron con inmigrantes de las Islas Canarias. La media tuna es un seis por ocho al igual que la criolla, solo que su acento es diferente. La media tuna era, en ese momento, la expresión romántica campesina. La criolla se convirtió en la expresión romántica citadina. Estas coincidencias facilitaron la fusión y propiciaron la deserción de la media tuna y la adopción de una versión criolla, urbana, dominicana y trascendente, cuando nuestros compositores se dedicaron a escribir las versiones locales de aquellas hermosas barcarolas italianas, que en principio fueron denominadas barcarolas criollas y finalmente criollas, a las que nuestros creativos músicos incorporaron la clave o palitos para acentuar y distinguir aquella romántica criolla, que cautivó y caracterizó de lirismo romántico toda una época de la canción urbana desde la segunda mitad del siglo XIX.

El merengue es la expresión histórica más rotunda de nuestra música urbana. En su instrumentación se retrata la síntesis de nuestras culturas de origen. Rechazado en sus primeras etapas, logra imponerse y conquistar al alma urbana popular. Es creación medular de los dominicanos. La presencia remota de nuestro merengue queda establecida en los escritos del padre Labat, quien ubica su presencia repicante, entre sus experiencias testimoniales en los años en que permaneció en la isla desde 1694 a 1705.

Toda expresión cultural, aunque desaparezca, deja siempre su huella, y la música, su instrumentación y sus cultores,

como manifestaciones de la tradición popular que son, no constituyen excepción. Merengue es *tambora* y *güiro* probablemente desde sus orígenes, porque están en el origen de nuestras culturas. La *tambora* es el acriollamiento de un instrumento de origen aborigen, el cual, miembros de alguna tribu Taina, arribando desde la costa norte desde Suramérica, y que solo se establecieron en La Española, logró aclimatar. De haberse establecido en otras islas del Caribe, la *tambora* estuviese igualmente en la tradición instrumental de Cuba, Puerto Rico o Jamaica. El hecho de que no aparezca tampoco en Haití es una confirmación categórica de que no es instrumento procedente de la cultura africana. No hay ninguna referencia escrita por Cronistas de Indias alguno que le mencione, y menos afirmen, que el instrumento *tambora*, cuya génesis idiomática viene del español *tambor*, surge con la presencia africana.

*Tambora* es término del idioma español, no africano. Todos los instrumentos aportados por la africanía, conservaron hasta hoy sus denominaciones y nombres. Su adopción tiene que ver, no solo con el golpe que determina y establece el género técnico del merengue, sino también con lo que se percibe claramente, es parte de un ritual de construcción que lo distingue, inclusive del resto de los demás instrumentos que hoy conocemos de la cultura africana. Si hubiese sido de otra manera, la *tambora*, su manejo y sus rituales se conocieran en otros lugares del Caribe. Insistimos: la cultura deja su huella. ¿Dónde está la *tambora* puertorriqueña o cubana? ¿Dónde fueron a parar sus respetados rituales de construcción para poder conservar el auténtico sonido ancestral? ¿Dónde fueron a parar sus *tamboreros*? ¿Y, finalmente, donde fue a parar la memoria histórica del golpe tradicional de ese merengue, en esos lugares?

Los datos que dan base y sustancia histórica a la argumentación sobre la naturaleza aborigen de nuestra *tambora*,

aparecen expuestos en el T. I. de *Historia de la Conquista de la Isla Española* de Antonio de Herrera, trasuntada por J. Peguero, p.115:

Sus instrumentos músicos, eran flautas hecha (sic) de caña, caracoles, bosinas, y unos higerillos que desian maracas, y pequeños tamborillos, que hasian de un calabaso largo entre dos pieles de jutias y otros sin pieles mayores de solo un madero hueco.

Su origen y procedencia son confirmados en las *Décadas* de Pedro Martyr (T. II. P. 701), refiriéndose a los grupos chiribichenses del Darien:

También fabrican pequeños tambores adornados con variadas pinturas, vaciando el contenido de una calabaza o ahuecando incluso un trozo de madera mayor que el brazo de un hombre.

Este último, evidentemente, el mayohuacán.

La Lírica urbana de hoy es generosa, no importa la camisa de fuerza de un mundo cada vez más descarnado e insensible. Aunque las serenatas hayan quedado vibrando en la nostalgia, y las guitarras limosneras se empolven de harapos en la compraventa de barrio. Aunque ya no se escriban cartas de amor, ni nos plantemos en las esquinas bajo del farol del tiempo a esperar el paso de unos ojos hermosos, ni adornemos los recuerdos del conde de Peñalba con piropos del alma y pretendida poesía, la lírica y el romanticismo están y estarán presentes, sencillamente, porque el ser de la creación nació enamorado. Probablemente aquel galán desnudo del Edén, escondiendo una pasión irresistible en el verde inocente, escapando detrás de la lluvia perfumada de los manzanos desnudos, contemplando las caderas de aquel pétalo sublime que estrenaba las formas y los tiempos, abrumó de florecillas silvestres y versos

de atardeceres y trinos, aquella Eva intocada y ansiosa de comenzar la historia.

Siempre habrá poesía, cantores, ruiseñores y nubes, siempre habrán sollozos y besos encantados, siempre la elocuencia enamorada de una mujer desnuda que aparta afiebrada la cantata hermosa de unos muslos de fuego y nos entrega sus sueños y su alma, estará sembrando en ello la especie fértil de la pasión futura, el nudo del placer de hogar y el rostro del amor preferido que ata la vida para siempre a la mejor compañera. El vibrar de su música eterna nos encanece el verso, adornará nuestra ruta de risas infantiles y el lecho del hogar nos crecerá de pétalos y mamas con vientres de nidos y carcajadas de inocencia. Simplemente porque el hombre que hoy somos, sencillamente fue romántico, es romántico y será eternamente romántico.

En términos del hoy, el humo de la vida nos recrea un novedoso *bolero rítmico* al que llamamos *Bachata*. Agresiva, irrespetuosa a veces, música romántica callejera, que traduce el lenguaje mal vestido y las pasiones atrevidas de nuestras capas sociales más desnutridas, pero no por ello de menos riqueza cultural ni histórica, y por otro espacio, con pasos y notas robadas al cielo, la música fértil y esplendorosa que pasea Juan Luis Guerra. Dos expresiones de la lírica romántica, que sintetizan y caracterizan, la gran creatividad notoria del primer pueblo donde creció un Nuevo Mundo, donde el criollo transformó la historia en el rostro de una nueva sociedad y el canto creció con el lenguaje de sus calles empedradas y sus serenatas en el ventanal enamorado.

La patria dejó de ser ajena, cuando descubrimos que podíamos entonar, con todo el lirismo que aporta nuestra fortaleza histórica, los salmos sagrados de aquel instante iluminado y compartido de lírica suicida y nobleza heroica de Reyes y Prud'Homme. Hacer nuestra su inalcanzable carga de palpar romántico y patriótico. Un Juan Pablo Dios y una canción eterna y ensangrentada, a veces en

harapos, pero plena de orgullo, que estaremos repicando a los vientos como campanas con alas y corazón. El más urbano de nuestros cantos, pleno de lirismo eterno: *Quisqueyanos valientes, alcemos nuestro canto con viva emoción y del mundo a la faz ostentemos nuestro invicto, glorioso pendón.*



# El robo del siglo



*Tres músicos* de Diego Velázquez.



**T**odo enfrentamiento histórico es delicado. No podíamos correr el riesgo de equivocarnos a la hora de defender nuestras verdades históricas. Frente a estos motivos, una seria y profunda investigación de más de 30 años, sirvió de base para producir nuestro libro *Santo Domingo, Tesoro de la Cultura Musical Antillana*. Tratándose de una confrontación con la envanecida historiografía cubana, solo la certeza de que estábamos manejando con lúcida conciencia verdades históricas irrefutables, nos permitiría desmentir y dismantelar las inconsistencias temerarias, anticientíficas e históricamente contaminantes de la musicología cubana. Sabíamos que la indigestión iba a causar agruras y predisposiciones, pero jamás respuestas.

El intento más que atrevido, riesgoso, desesperado, solo explicable en el hecho simple de no poder ensamblar argumentos históricos válidos defendibles, fue la *prestidigitada e insólita desaparición del cd, con el texto del libro completo, misteriosamente sustraído de las oficinas del piso 11 del prestigioso banco que había comprometido su edición*. Hasta el día de hoy, no hemos recibido explicación ninguna a tan espectacular robo. Dejamos a la imaginación del lector, a manos de quienes fue a parar.

Recibí llamada desde el banco estando con mis quebrantos en Miami, informándome sobre la posposición de la salida del libro para el año siguiente. A mi regreso les solicité, me fuera devuelto el CD con el texto del libro, así como el fólder con las gráficas. Pensaba editarlo yo mismo. Fui a recibir las propiedades y para mi asombro, solo se me hizo entrega del fólder

con las gráficas. Reclamé el CD, porque el CD, lógicamente, ¡es el libro! Se me dijo, olímpicamente, que yo no lo había entregado. Ante tan irresponsable e insólita situación, contacté al eminente abogado Dr. Héctor Cabral Ortega, hoy lamentablemente desaparecido, para reclamar la devolución mediante acto de alguacil. Se le dijo al Dr. Cabral Ortega que ellos me habían entregado el CD-Libro. No me dejaban otro camino que los tribunales. Es obvio que el Departamento Legal del banco en cuestión entendería que aquella posición mentirosa, sin recibos de entrega, era indefendible y que ante un tribunal estarían perdidos. La desaparición inconcebible, la espectacular sustracción, era mortal para la imagen maquillada en pasarela de cualquier banco. Transigieron; se presentaron a la oficina del Dr. Cabral Ortega dos exalumnos del prestigioso abogado, miembros del equipo legal del banco, y admitieron, olímpicamente, que ellos habían perdido el CD-Libro. Indelicadamente y sin rodeos, plantearon que:

¡Cuánto dinero yo quería!

Nuestra respuesta fue:

Héctor, tú me conoces bien, desde que éramos muchachos. Quiero que les repitas palabra por palabra lo que voy a decirte, dímeles que: ¡No me interesa su dinero! Me importa mi libro. Para mí, esto no es un problema *legal*, es un problema *moral*. Lo que yo quiero es mi libro...

Nunca apareció.

¿Qué se esconde detrás de todo esto? ¿Qué tan importante o dañino resulta su contenido para determinados intereses? El sentido común indica que solo aquellos que pudieran sentirse irremediamente afectados por el contenido del mismo, y no tuviesen argumentos válidos para defenderse, tendrían el neurótico interés y la temeraria preocupación por hacer desaparecer el libro o intentar sabotear su salida, como de hecho ocurrió más adelante, evidentemente, sin resultado. ¡No tiene sentido robar un CD donde se puede robar dinero! El libro plantea un enfrentamiento histórico,

irrefutable, a las mentiras cubanas sobre el origen de ritmos, instrumentos y acontecimientos históricos desde el principio del Nuevo Mundo. Es obvio que si alguien tenía interés en su desaparición o evitar su salida, serían los afectados.

El pánico en la musicología cubana es obvio. Se saben derrotados, aunque el método luce ser, ceder hasta donde la inteligencia dominicana pueda presionar. Es más fácil destruir un átomo que un prejuicio (Einstein), y los prejuicios cubanos son muchos.

Murguecía es quien primero percibe la inconsistencia de los argumentos que definen el origen cubano con respecto al Son, y trata, desesperadamente, enfrentando al propio Carpentier y al resto de la musicología cubana antigua, de invalidar las referencias históricas que certifican la responsabilidad de las hermanas Ginés y la aparición del son y el tres en un Santiago de Cuba de apenas ¡20! vecinos, cuando, desde Santiago de los Caballeros, con su grupo sonero, partiendo de Puerto Plata emigraron hacia Cuba (Oscar Wagner, 1929).

Ni Carpentier ni la musicología respetuosa contestaron a semejante desatino. La razón es clara y es ahora cuando toma cuerpo la infección, tratando de dar cabida a otra novelesca aberración cubanera sobre el origen del Son y del Tres. *La razón inevitable y mortificante es que las hermanas Ginés ¡eran dominicanas! si hubiesen sido cubanas, no habrían de inventarle otro origen al son y el tres, después de cinco siglos.*

La noción básica como muestra histórica del surgimiento como punto de partida de lo que llamamos hoy música popular, es ese *Son de la Ma' Teodora*. Es la muestra de música popular más antigua que existe y desde este hito remoto, comienza a denominarse con este nombre toda creación del criollismo musical callejero en el Nuevo Mundo. Luego, el hecho histórico trascendental de que es el pueblo dominicano, el primero que sintetiza las incisiones de la cultura española, aborigen y africana y las convierte en una expresión propia y diferente cuando transforman y acriollan el son, corresponde

a la Historia dominicana, no a la cubana, entendido que somos el primer pueblo en este Nuevo Mundo donde surge una expresión cultural independiente y propia, diferente a las incisiones culturales recibidas. Es un aporte histórico-cultural al desarrollo humano universal. Detrás del *Son de la Ma' Teodora* no hay música popular en aquella incipiente América.

Somos, inevitablemente, el Génesis de todo en este Nuevo Mundo, inclusive del coloniaje inicial de Cuba. Ese es el nudo mortificante que lastima las alergias cubanas y desdice de su nobleza. Es por ello que, ahora, infantilmente, como si la Historia fuese un juguete, se intenta pretender que las legendarias hermanas Ginés no existieron. Si hubiesen sido cubanas, repetimos, tal aberración, tan innoble como mezquina e irrespetuosa, no se les hubiese ocurrido. Algunos nombres ilustres estarán removiéndose avergonzados en sus tumbas.

30 años atrás, en la Reunión de Escritoras del Caribe celebrada en Puerto Rico en 1979, nuestra brillante intelectual Aida Cartagena Portalatín, se vio precisada a hacer frente y responder a los mismos desatinos interesados cubanos. En sus Conclusiones doña Aida expresa con visión crítica, el mismo juicio nuestro: *pensamos que tal vez por el hecho de ser las Ginés de otra provincia española y no de la suya, Murguecia trate de reducirlas a la condición de leyenda o mito*. El problema obsesivo cubano es sacar, a como dé lugar, frente a sus históricas carencias creativas, el origen del Son de manos de los dominicanos, aunque haya que *lastimar su propia historia*. No asumir que es el pueblo dominicano el primer conglomerado social que logra, musicalmente, sintetizar una expresión cultural propia y diferenciada, en este Nuevo Mundo. La mezquindad hace a los pueblos innobles, inferiores a su propia gloria.

Hasta ahora, la musicología cubana, no había disfrazado sus atrevimientos con la tesis enfermiza de Murguecia, abortada más de 40 años atrás. Díaz Ayala, en su libro *Música cubana, del areyto a la Nueva Trova*, citando a Carpentier y obviamente descalificando a Murguecia, dice:

Su bandola (la de las Ginés) parece haber perdido dos órdenes de cuerdas, transformándose en un instrumento similar al Tres, que aún se usa profusamente en la música popular cubana. Si las coplas son de herencia española, los rasgueos son de inspiración africana. Los dos elementos, puestos en presencia, originan el acento criollo (Carpentier).

Y luego, aún dentro de los argumentos que validan y comprometen la presencia histórica de las dominicanas Ginés, afirma:

De manera que la Ma' Teodora puede considerarse también la inventora de nuestro primer tres. (Díaz Ayala).

Ambas afirmaciones, tanto en Carpentier como en Díaz Ayala, resultan eminentemente subjetivas y aventureras; obedecen, fundamentalmente, a que no existe en la musicología cubana referencia histórica alguna que respalde el proceso de transformación que en época tan temprana y en una sociedad endeble (Santiago de Cuba tenía 20 vecinos), sufrieron los instrumentos recibidos de la incisión española en su acriollamiento. No hay cómo explicar el Tres ni el Son cubano que no sea en la corriente dominicana. Estas transformaciones instrumentales obedecen, científicamente, a fenómenos de inevitable dinámica sociocultural, no particular. Hubo de haberse producido en la estructura virgen del entramado social, todo un largo proceso latente e improvisado, como discurre en el vientre social con toda incisión cultural en gestación, entre caprichosos y nostálgicos bandoleros y tocadores de instrumentos "cordófonos", frente a limitaciones e imposiciones del medio, que los llevaran a improvisar e inventar métodos y estilos para tocar aquel novedoso instrumento de solo tres cuerdas.

Ese proceso no podía darse en aquella Cuba endeble y desmantelada, donde, según el propio Carpentier, no existían músicos.

40 años después, Díaz Ayala, reniega, no solo las verdades históricas que defendiera en sus libros y que son base imborrable de la antigua musicología cubana, sino que enloda sus propias capacidades. ¿Por qué no descalificó a Carpentier en aquel momento y defendió las elucubraciones acomodadas de Murguecía desde 1971, 40 años atrás? ¿Qué está molestando al cubano hoy, para que el papel histórico de las hermanas Ginés, pretenda ser borrado? Simplemente, están admitiendo que las referencias cubanas que daban soporte histórico al origen del Son como creación cubanera, son científicamente insostenibles, según la propia Historia cubana, que inevitablemente involucra a las Ginés. No hay Son en Cuba si no están las dominicanas. La ecuación desnuda un endémico amateurismo improvisador y desesperado: ¡borrando las Ginés, como historia, borramos lo dominicano!, empañetemos las crónicas cinco siglos después y nos apropiamos del son. Así se maneja la ingenua ¿musicología? cubanera...

Díaz Ayala, acaba de donar una valiosa colección de música cubana y latinoamericana a la Florida International University de Miami (FIU). En el análisis que encabeza el contenido de tan interesante donación, Díaz Ayala, sin ningún pudor, reniega irrespetuosamente de sus propios juicios históricos en sus escritos y de la huella de toda la musicología cubana antigua con respecto al origen del Son. No perdamos de vista el detalle, aparentemente intrascendente, que trata de decorar, lo que él denomina son rural con un entorno inocentemente distanciado del tres tradicional, instrumento que él integraba en sus escritos 30 años atrás, en apoyo a Carpentier, siendo capaz de insinuar a las Ginés como *creadoras del primer tres*, lo que, de hecho, constituye un solemne disparate. Observemos en su improvisado planteamiento la mención a la guitarra y la bandurria en primer término y, después el tres, tratando

de llevarnos a lo que insinuía, candorosamente, una tardía integración posterior. El problema es que la musicología cubana no tiene como dar sentido histórico a la aparición de un instrumento como el tres, ligado a los orígenes primarios y fundamentales del Son. Por ello, Carpentier, se adelanta y asume subjetivamente que *la bandola de las Ginés debe haber perdido dos órdenes de cuerdas, e intenta convertirla caprichosamente en un tres*. Juicio en que el ambiguo Díaz Ayala, con entusiasmo aventurero y torpe, argumenta artesanalmente a las Ginés en ese momento, como: *inventoras del primer tres*. Como si los capítulos bíblicos de la historia se pudieran transformar cubanamente a voluntad. La ambivalencia de juicios confirma una admisión tácita de que el cubaneo sabe que tanto el tres como el Son fueron desde Santo Domingo, pero, admitirlo resulta humillante y sacrílego, tratándose de lo dominicano. Díaz Ayala se desdice ahora en el documento introductorio de la donación. Dice:

El son es el género musical más importante de la música cubana y el menos estudiado. Por mucho tiempo se le dio al son un origen antiquísimo, en el siglo XVI, partiendo del libro "Las Artes en Santiago de Cuba" de Laureano Sánchez Matóns, publicado en 1893. En 1971 el investigador Alberto Muguercia probó con sólida argumentación la falacia de esta teoría, y tanto él como otros investigadores, como Danilo Orozco fijan el origen del son en la zona montañosa de Sierra Maestra, en la provincia de Oriente, en la segunda mitad o fines del siglo pasado. Estos estudios también coinciden en que este son rural, muy simple, acompañado de guitarra o bandurria y después de tres, y algún instrumento de percusión, fue estableciendo las características básicas del género, como lo es la forma de diálogo entre solista y coro que le responde, y otras. Parecen coincidir también los autores en que el son llega a la Habana en 1909.

Los diálogos entre solista y coro, aparecen ya en los Areytos de nuestros aborígenes. El único Areyto que recoge la Historia cubana fue el que celebrara Hatuey, un indio heroico y sobrehumano que, al igual que Máximo Gómez y las Ginés, honran la historia cubana y por ende, nuestra particular Historia.

En su libro *Música Cubana, del Areyto a la Nueva Trova*, editado 10 años después de las elucubraciones enfermas de Murguencia, que él hoy asume, dedica su tercer capítulo (Los Primeros Tiempos de la Colonia) a las hermanas Ginés y a los músicos que les acompañaron desde Santo Domingo y que ahora resultan ser todos parte de una invención, un mito histórico. Confunde que haya sido escrito por la misma persona y que esa sólida argumentación no hubiese sido despejada por su bíblica inteligencia desde 40 años atrás, cuando expresaba:

A fines del siglo XVI surge el primer conjunto u orquesta “cubano” y la primera composición “cubana” de que tengamos noticia; en efecto, existía en Santiago de Cuba una pequeña orquesta de dos tocadores de pífano, un sevillano, tocador de violón, pascual de Ochoa y dos negras libres, dominicanas, oriundas de Santiago de los Caballeros, llamadas Teodora y Micaela Ginés. Esa orquesta formada para las fiestas, tacaba también para iglesias. Dos de sus músicos, Pascual de Ochoa y Micaela Ginés se trasladaron a la Habana, y a fines de Siglo se unen en un cuarteto con el malagueño Pedro Almanza, violinista, y Jácome Viceira, portugués, clarinetista. Este conjunto nos dice el cronista, solía aumentarse con acompañantes que rascaban el calabazo y tañían las castañuelas.

Las elocuentes comillas sobre las palabras “cubano” y “cubana”, ¡no son nuestras!

Hay sobradas referencias históricas que invalidan las subjetividades de Díaz Ayala y Cia., que ya enfrentara doña Aida Cartagena en 1979. Lo primero es que son era un tipo de



música regional española, que se inserta en Santo Domingo con el Descubrimiento. Más de una generación asimiló en La Española estas influencias, cuando aún Cuba ni siquiera existía. Cuba comienza a ser colonizada partiendo desde Santo Domingo en 1511.

No puede pretenderse crear música trascendente simplemente silbando o tarareando, primero debe existir la instrumentación adecuada con que crearla, tocarla y establecerla. Es por lo que Carpentier, perdido en un vacío histórico sin referencias, improvisa la imaginación maliciosa en la bandola ginesiana y trata de convertirla en tres, con lo que estuvo, aparatosamente, de acuerdo, Díaz Ayala. Las referencias a ese y otros procesos de conversión, de acriollamientos de guitarras, bandolas y otros instrumentos, están claros en la historiografía dominicana. La musicología cubanera no ha podido aportar ningún elemento de comprobación histórica a esta delicada e imprescindible huella. Por eso huye, maliciosamente, de ella.

La aparición del son en México, 100 años antes que en Cuba, es un mentís catastrófico para la nueva tesis cubanera del origen del son y a la vez, una confirmación rotunda a los antecedentes del son antiguo en las hermanas Ginés. Veamos lo que dice la historia:

Pero sí en otros templos, donde la música y la cultura profanas penetraron sin cortapisa alguna, pues ya las fuerzas del Santo Tribunal de la inquisición flaqueaban frente a las del siglo.

Así ya en la última década del XVIII, el bachiller José Máximo Paredes, clérigo presbítero domiciliado en el arzobispado de México y ministro de la catedral, se quejaba amargamente de lo que veía en ciertos acontecimientos religiosos: novenarios que llamaban posadas, en las que se cantaba mientras se hacían procesiones con San José y la Virgen, y como éstas, otras escenas de religiosidad popular nada acordes con el respeto que él entendía debía tenersele

a la iglesia y sus santos. El colmo de su indignación tiene que ver con nuestro asunto, la música empleada en los templos. Cuenta el clérigo, que los excesos se cometían aun frente al Santísimo Sacramento expuesto en los templos, como lo contactó personalmente.

Llegando mi experiencia a tal (dice un escrito al arzobispo), que me fue necesario, estando celebrando misa solemne (en uno de los conventos de las mojas recoletas de esta ciudad), pararme en el canon y enviar al organista un recado, porque, para el tiempo de alzar, *se puso a tocar el son comunmente llamado Pan de manteca, quien tuvo valor de mandarme responder que quien pagaba su dinero gustaba de aquello...*” María del Carmen Velázquez, *El Siglo XVIII, Historia Documental de México*, T. I., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964, p. 414. (*Música y Músicos de la Época Virreinal*, Jesús Estrada, pp.154-55).

Es obvio que en esas etapas las regionalizaciones del Son mejicano aún no habían cuajado, de haber existido, la referencia lo hubiese registrado. Pero lo que, irremediablemente, echa por tierra las pretensiones cubaneras de descalificar la huella musical dominicana y las Ginés, es la aparición en vivo, la comprobación rotunda, no solo de que sí existieron las Hermanas Ginés en la cultura musical dominicana, sino, igualmente, la presencia irrefutable del *Son de la Ma. Teodora* en nuestras tradiciones musicales remotas.

Sus vivencias en la propia Cuba e innegable profundidad profesional, hacen de don Augusto Vega un conocedor argumentado *in situ*, para deshilvanar el tema de Teodora y Micaela Ginés y el *Son de la Ma. Teodora*. Veamos:

Augusto Vega ha compuesto unas trescientas obras, incluyendo la ópera *Indígena*; dos oberturas para orquesta: *Folklor Sinfónico* (de temas dominicanos) y *Juan Pablo Duarte*, esta última tocada varias veces en los Estados Unidos; dos obras para coro que son muy conocidas en la América Latina: el *Himno*

*Filial* y el *Himno Hispanoamericano*; una colección de ochenta y seis canciones escolares y gran cantidad de músicaailable.

Nació en Puerto Plata el 10 de Octubre de 1885; reside actualmente (1944) en San Pedro de Macorís. Durante un corto tiempo fue discípulo de José María Rodríguez (Arresón); más tarde de Arturo Cosgaya y Caballo en Mérida, Yucatán. Ha sido profesor en varios conservatorios en Cuba y también director de la banda de esa isla. En la República Dominicana ha sido director de la banda municipal de Puerto Plata e instructor de las Escuelas Normales. Su música ha sido publicada en La Habana, por la Tipografía Musical de Pedro Acosta y en los Estados Unidos, por Alpha Music (Nueva York), (Coopersmith).

Esta brillante figura histórica de nuestra música, considerado por Coopersmith junto a José de Jesús Ravelo, Manuel de Jesús Lovelace y Gabriel de Orbe, como lo que:

Representa el eslabón entre el romanticismo del siglo diecinueve y el principio de la verdadera escuela nacional que en la actualidad usa la música folklórica de la República como base de mayores formas musicales.

Es este consagrado cultor, quien nos rescata en partitura escrita, más de medio siglo atrás, la indesmentible noción de la presencia viviente de las Ginés y del *Son de la Ma' Teodora* en las tradiciones remotas dominicanas:

Versión cubana:

(Elena Pérez Sanjurjo)  
*¿Dónde está la Ma' Teodora?*  
*Rajando la leña está*  
*¿Con su palo y su bandola?*  
*Rajando la leña está (repite)*  
*¿Dónde está que no la veo?*  
*Rajando la leña está.*

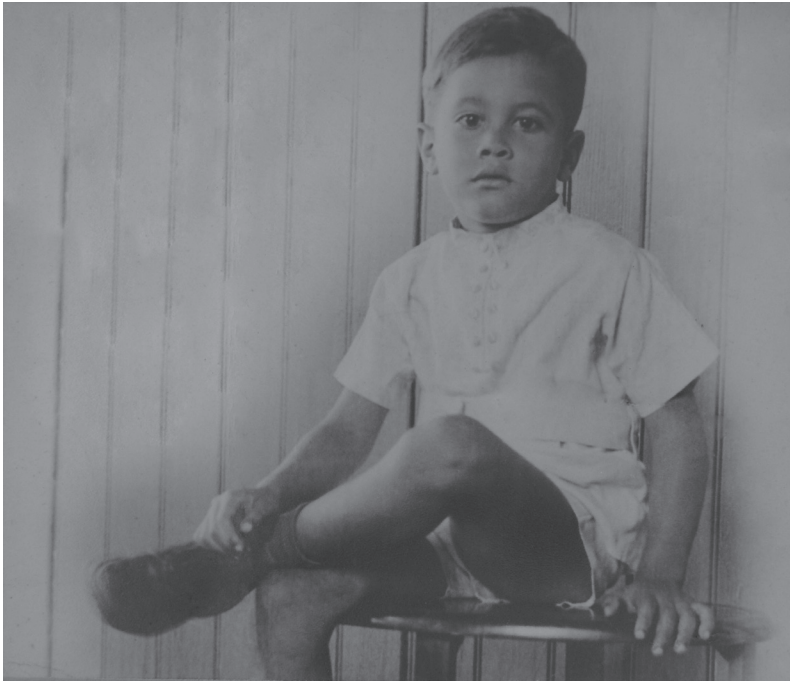
## Versión dominicana:

(Augusto Vega)

*¿Dónde está la Ma' Teodora?**que la vengo a visitar,**Con mi cuatro y mi mandola**vengo ya para ensayar.**Jaleo: La Ma' Teodora**Rajando la leña está**En la cocina**Pronto cantará (repite)*

No hay dudas de que el canto estuvo, fue conocido y cantado primero en Santiago de los Caballeros, de donde eran nativas, como recoge la propia información cubana. Se conoce que partieron por el embarcadero de Puerto Plata hacia Santiago de Cuba con sus músicos. Como se nota, las letras dominicanas preservadas son, ligeramente, más explícitas que las breves referidas por la musicología cubana.

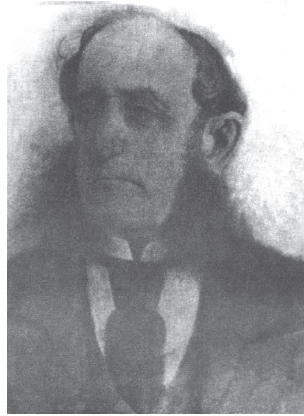
Los Idus bohemios de marzo



Fernando Casado a la edad de 5 años.

**T**odo fue tranquilo aquella noche refrescante en las fronteras del invierno sobre el Maniel. Correteando en la brisa como una adolescente, los olores silvestres descendían, irrespetando el neblinaje y el claror asomado en luna llena de aquel 4 de marzo, cuando los *Idus* estarían distraídos en la ensoñación intranquila de perfumadas estrofas bucólicas o madrugando en bohemia enamorada, repartiendo los ecos del guitareo y las serenatas entre las callejas dormidas del pueblo. Lo cierto es que San José de Ocoa recibió esa noche un nuevo inquilino que según doña Celeste Linares Carrillo y don Arturo Casado Read aseguran, se abstuvo terca y respetuosamente de llorar, no obstante la aplicación discreta de cariñosas nalgaditas. Aunque tentado a llamarle William, como su padre y abuelo, terminó llamándole Fernando Arturo como él, estrenando un rasgo inusual de vanidad pueblerina y haciéndole responsable para toda la vida de una respetada tradición de familia.

Don Arturo tocaba la guitarra y más de una noche antigua se atrevió junto a Colás Casimiro a serenatar duetos en madrugadas, alargando las resacas, luego del programa que juntos presumían en HIG en tiempos inmemoriales, sin que le entusiasmara mucho aquella sana bohemia de juventud. Doña



William Read, abuelo paterno de Fernando Casado.

Celeste descubrió a su vez, con mucho fervor, que podía atreverse a cantar los himnos cristianos en la Iglesia Evangélica, un poco más tarde.



Celeste Linares Carrillo, quien tiene en sus brazos a su hijo, el Magistrado con dos años.

Descendían de inmigrantes. El abuelo paterno, Irlandés que vino desde Boston a Santo Domingo, casó con una morena hermosa, nacida en Brasil, de padres oriundos de la Guinea portuguesa, de apellidos Rodrigues Isambert, así, con S, no con Z. Tuvieron diez hijos. Al tercero de ellos le llamó William como él. Aquel fue el abuelo educador, don Bobito. Arturo no pudo llevar el apellido de su padre y no fue culpa de la belleza tentadora de doña Heroína Casado, sino del desgajamiento institucional de la cultura de aquellos tiempos, que solo el mal humor de Trujillo se atrevió a resolver en época de un Ramfis nacido al margen, y que impedía, a su vez, que Fernando hubiera heredado el pulposo apellido Read y no Casado, aunque él asegura que le ha sentado lo más bien.

Don Gregorio Linares y doña Clementina Carrillo, los abuelos maternos, emigraron desde Puerto Rico a San Pedro de Macorís. Allí nacieron sus tres hijas, Mercedes, Patria, y la más joven, Celeste, madre de Fernando, antes de establecerse en la antigua Santo Domingo, a

Descendían de inmigrantes. El abuelo paterno, Irlandés que vino desde Boston a Santo Domingo, casó con una morena hermosa, nacida en Brasil, de padres oriundos de la Guinea portuguesa, de apellidos Rodrigues Isambert, así, con S, no con Z. Tuvieron diez hijos. Al tercero de ellos le llamó William como él. Aquel fue el abuelo educador, don Bobito. Arturo no pudo llevar el apellido de su padre y no fue culpa de la belleza tentadora de doña Heroína Casado, sino del desgajamiento institucional de la cultura de aquellos tiempos, que solo el mal humor de Trujillo se atrevió a resolver en época de un Ramfis nacido al margen, y que impedía, a su vez, que Fernando hubiera heredado el pulposo apellido Read y no Casado, aunque él asegura que le ha sentado lo más bien.



unos pasos de la vieja muralla en la frontera con Villa Francisca.

Fernando no sabía, ni se imaginaba que podía ser capaz de cantar canciones, hasta que doña Elila Mena estuvo en la escuela Gerardo Jansen de Villa Consuelo preparando aquella Hora Escolar de tiemposidos, que cada institución de la época transmitía por la emisora HIN. Cuando circunstancialmente le escuchó cantar Maibá, despidió



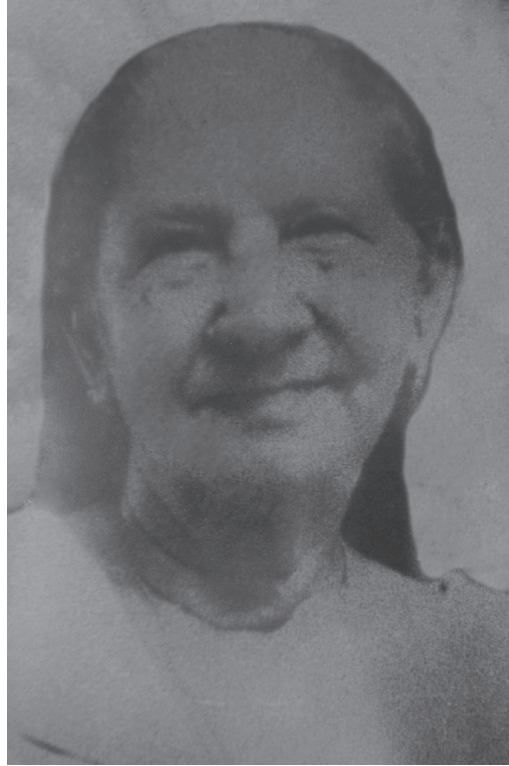
Fernando Arturo Casado Read, padre de Fernando Casado.

del puesto a su caro amigo Manén, arruinándole su glamorosa carrera artística. Conste que el flamante Gómez Pietersz no ha lamentado para nada el incidente, aunque Fernando no ha podido desprenderse del cargo de conciencia.

Completando sus estudios en el Teatro Escuela de Arte Nacional, doña Antonia Blanco Montes, aquella notable actriz española, esposa del consagrado revitalizador de nuestro Teatro don Emilio Aparicio, le incorporó al elenco de galanes del emblemático cuadro de comedias de Radio Teatro Sterling. Maravillosa oportunidad de cultivarse junto a las grandes figuras históricas de la época: Monina Solá, Carmen Rull, Ana

Gómez, Santiago Lamela, Freddy Nanita, Marino Hoepelman, Rafael Gil, Julio Aníbal Sánchez, Jesús Lizán, Oscar Iglesias, José Antonio Estévez y otros.

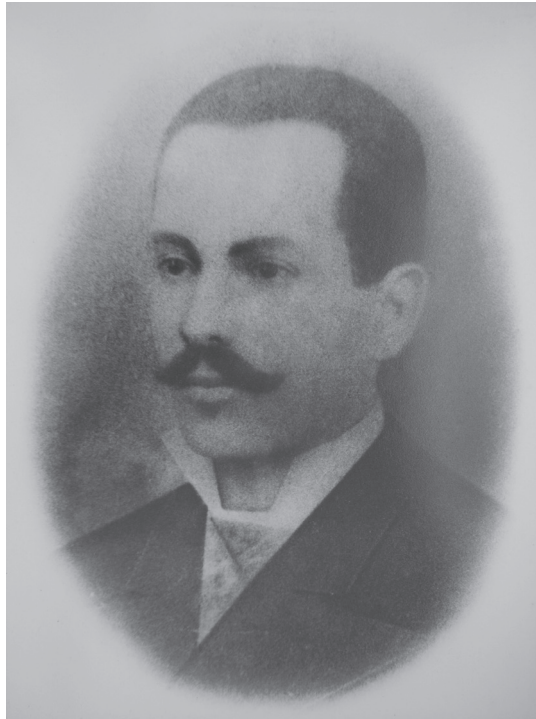
Fernando hubo de pasar por las manos de don Frank Hatton en la consagrada HIZ junto a Alfonso Martínez, Manuel Ruiz Bastardo, Freddy Mondesí, Fabián Damirón, Ellis Pérez, Homero León Díaz, doña República Saladín, Félix Acosta Núñez, Billy Berroa, María Fabián Damirón, Rosita de la Rosa y María Medrano cuando, en un rasgo de sublimi-



Heroína Casado, abuela del Magistrado.

dad mística, el maestro Rafael Solano se apareció con su varita mágica al banco donde trabajaba, invitándole a su histórico programa La Hora del Moro en Rahintel, Canal 7. Desde ese momento cambió el rumbo de su vida. Junto a Niní Cáffaro, Aníbal de Peña, Horacio y Rafael Pichardo, Tito Saldaña y Nandy Rivas, Luis Newman, Arístides Incháustegui, Luchy Vicioso, Aida Lucía, Mariíta Montez, Julio César Defilló, José Lacay, Ivette Pereyra y muchos otros, entró a formar parte del más hermoso dolor de cabeza que ha tenido el gran maestro de *Por amor*.

Un maravilloso día Fernando renunció, sin remordimientos, de aquel Banco ilustre y se lanzó al vacío. En el vacío, afirma, hace un fresco delicioso, una atmósfera libérrima y conquistable, plena de oportunidades para el buen talento. Todos pensaron que Fernando había enloquecido, que había perdido la razón. Él asegura que ha sido, sin dudas, el paso más importante que ha dado en su vida, y que no le ha pesado para nada. Juzgue usted.



William Read Rodrigues, abuelo de Fernando Casado.



# Galería



Elenco teatral donde aparecen de pie Lidia Ariza, Fernando Casado y Anahilda García. Sentadas, Estela Cuesta, la directora Germana Quintada, y Monina Solá.

**"MARIO MORENO"**  
**CANTINFLAS**  
Y SU FABULOSO SHOW

¡ATENCIÓN SANTIAGO!

VIÉ SABADO en el ESTADIO CIBAO  
A LAS 7:00 P.M.  
y mañana Domingo en el ESTADIO QUISQUEYA  
A LAS 10 P.M. - 10:00h

**VEA ESTE GRANDIOSO ESPECTACULO**

Cartel de 1963 cuando Cantinflas visitó el país, aparecen Niní Cáffaro, Fernando Casado y otros artistas.

Don Luis Kalaf y  
Fernando Casado.



El Magistrado y Luchy Vicioso.





El Magistrado Fernando Casado recibiendo su premio Soberano.



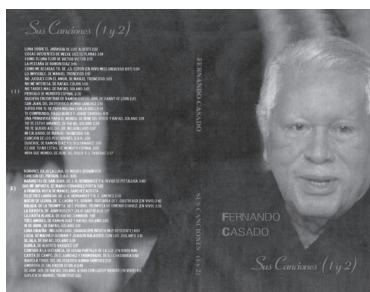
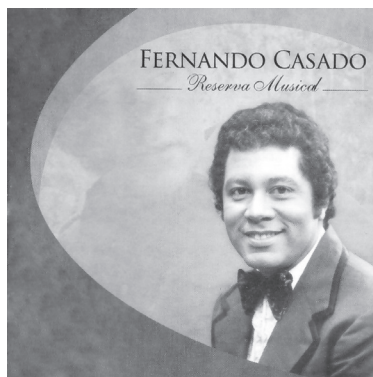
En la escena aparecen Miguel Alfonseca, Julio César Matías (*Pololo*), Monina Solá y Fernando Casado.



Fernando Casado en sus años mozos.



Fernando Casado, Rafael Solano y Niní Cáffaro.



Algunos álbumes de larga duración del Magistrado Fernando Casado.

## Índice onomástico

### A

Abbes García, Johnny 13, 32-33, 38, 41, 43-46, 49, 51, 57, 60, 79-83, 86, 92, 97, 106-108, 111, 127, 130-131, 133  
Abkarian, Gabriel 59, 95  
Acosta Núñez, Félix 68, 370  
Acosta Tejada, Luis 148, 170-171, 179, 181, 188  
Acosta, Pedro 363  
Aguiló 183  
Alberty, Luis 104, 332  
Alberty, Herminio 237  
Alfonseca, Juan 378  
Alfonseca, Miguel 178  
Alfonso, Nobel 123, 281, 284  
Alighieri, Dante 184  
Allen, Peter 266  
Almanza, Pedro 360  
Almoína Mateos, José 37, 48-53, 56, 125, 127  
Almonte, Chino 277-278, 280, 283-284  
Álvarez, Braulio 299  
Álvarez, Lisette 271  
Álvarez Sánchez, Virgilio 102  
Álvarez, Ch. 109

Anacaona 293, 332  
Andreoni, República 68  
Aparicio, Emilio 369  
Arias, Fernando 251, 330  
Asunción, Luis Armando 148  
Atlee Phillips, David 171-173  
Ayuso, Juan José 178

### B

Bach, Juan Sebastián 281  
Báez Asunción, Mario 143, 145, 148, 169, 178  
Báez Tisol, Héctor 205  
Báez, César 218  
Baeza, Charo 245  
Balaguer, Joaquín 32, 53, 138, 173, 199, 277, 292, 295-301, 303-308  
Baldwin, Karen 267  
Barbour (*mamá*) 109, 111  
Barker, Bob 250-251, 262, 266-267  
Batlow Martin, John 156  
Bautista Espínola, Juan 313  
Bayle (míster) 233, 238, 245, 247  
Bebel, Gilberto 268

- Bello Andino, Rafael 305  
 Bello, Ricardo 297  
 Bello, Ricardo 307  
 Beltré, Armando 43  
 Bennett, Tapley 172  
 Beras Goico, Freddy 183, 284  
 Beras, Hugo 238  
 Bermúdez Pippa, José Armando  
 (*Poppy*) 304  
 Bernal, Juan 73  
 Berroa, Billy 370  
 Betancourt, Rómulo 37, 139  
 Billini (los) 289  
 Billini, Roxanna (*Niobe*) 115,  
 117, 122-128, 130-133, 183,  
 289  
 Blanco Montes, Antonia 11, 18,  
 21-22, 34, 369  
 Bludorn, Dominic 238  
 Bolocco, Cecilia 267  
 Bonetti (los) 289  
 Boone, Pat 266  
 Bosch, Juan 138-139, 163, 199,  
 286, 291-294, 304, 311, 339  
 Brea, Leonte 205  
 Brito, Eduardo (Eleuterio Brito)  
 287, 301, 315, 319-320, 331  
 Brown, Melanie 268-269  
 Bryson, Peabo 267  
 Bush, Billy 268  
 Bustamante, Bienvenido 321,  
 Bustamante, Gregorio R. (ver Al-  
 moina Mateos, José)
- C**
- Caamaño Deñó, Francisco Al-  
 berto 166, 172, 179-181, 194,  
 200-202, 204, 208, 211, 332  
 Caba, Nelson 175  
 Cabral Ortega, Héctor 331, 354  
 Cáceres Michel, Luis Manuel  
 (*Tunti*) 226  
 Cáceres, Ramón 312, 314  
 Cáffaro, Niní 27, 42, 103, 104,  
 123, 215, 219, 242, 244, 277,  
 278, 287, 321, 370, 375, 379  
 Calderón, Félix 226  
 Cambero, Héctor 161  
 Cambiaso (los) 289  
 Campusano, Tito 147  
 Canevaro (los) 289  
 Careto (oficial) 227  
 Carlo, Lilian 190  
 Carmona (Ver Almoina)  
 Carpentier, Alejo 355-359, 361  
 Caruso, Enrique 314  
 Carrillo, Clementina 368  
 Carson, Johnny 266,  
 Casado, Celeste 4  
 Casado, Fernando 9-14, 18-21,  
 24, 27, 28, 54, 57, 62, 104, 119,  
 120, 143, 145, 180, 194, 199,  
 200, 205, 218, 219, 232, 233,  
 237, 239-241, 245, 247, 250,  
 251, 260, 266, 270, 280, 305,  
 307, 366-371, 374-380  
 Casado, Fernando 4  
 Casado, Fernandito 4  
 Casado, Lugueris 4  
 Casado Read, Arturo 367-369  
 Casado, Heroína 368, 370  
 Casado, Hugo 183, 185  
 Casado, Maribel 4  
 Casado, Mirtha 183  
 Casado, Nancy 4  
 Casado, Rhina 91  
 Casado, Verónica 4  
 Casas Romero, Luis 290  
 Casimiro, Nicolás (*Colás*) 367  
 Castellanos, Socorro 284  
 Castro, Baldemiro 205  
 Cedeño, Pedro Livio 92, 226-  
 227, 283  
 Cercheró, Pasquale 314  
 Cerón, José Dolores 14, 259, 265,  
 270

- Chester, Eric Thomas 157, 163, 168  
 Clark, Dick 267  
 Cohen, Andy 268-269  
 Collado (oficial) 227  
 Collingwood, Charles 266  
 Colón, Bartolomé 326-328, 339  
 Colón, Cristóbal 320, 337-338, 341  
 Colón, Diego 328  
 Cordero, Orlando 14  
 Cordero, Pupo 19, 59, 70  
 Corporán de los Santos, Rafael 147  
 Cosgaya, Arturo 363  
 Cotubanamá 293, 332  
 Courlander Duarte, Hernán 75  
 Crawford, Michael 267  
 Crespo, Elvis 267  
 Cruz, Fabriciano de la 226  
 Cuéllar, María de 328  
 Cugat, Xavier 245
- D**
- D'Alessandro, Guido (*Yuyo*) 125-128  
 Damirón, Casandra 19  
 Damirón, Fabián 68, 370  
 Dechamps, Julito 330  
 Defilló, Julio César 201-202, 204-205, 215, 370  
 Demorizi, Carlos 93  
 Denver, John 267  
 DeWitt, George 266  
 Diego Bartolomé 339  
 Dhimes Pablo, Luis 138  
 Díaz Ayala 315, 356-361  
 Díaz Fernández, Osvaldo 51  
 Díaz Quesada, Modesto Eugenio 326  
 Díaz viuda Díaz, Cristina (*Chana*) 92
- Díaz, Héctor 330  
 Díaz, Juan Tomás 92  
 Díaz, Lilín 104, 107, 111  
 Díaz, Miguel 325-327, 338  
 Dickson, Elizardo 264  
 Disla (oficial) 227  
 Domínguez, Franklin 169, 174, 176, 178, 182, 186-189, 194, 196, 278  
 Don Francisco 203, 270-271  
 Duarte, Juan Pablo 209, 362
- E**
- El Tíguere de la Cañita (apodo) 205  
 Enriquillo 209, 328  
 Escalante, José 182  
 Escribano, Paco 332  
 Espada, Rafael 73  
 Espaillat, Aída 314  
 Espaillat, Arturo 102  
 Espaillat, Freddy 161  
 Espinal, Julián (*Potemkin*)  
 Estefan, Gloria 268  
 Estévez, José Antonio 370  
 Estrada, Jesús 362  
 Estrella Sadhalá, Luis Salvador 226  
 Eversman, Alice 315
- F**
- Fabián Damirón, María 68, 370  
 Farland, Joseph 49, 125, 127, 129-130, 132-133  
 Félix Gimbernard, Julito 144, 147-149, 169  
 Feris, Miguel 281  
 Thomen, Augusto 202, 204, 281  
 Fernández Simó, Alfredo 51-52  
 Fiallo, Federico 74, 76-78

Finnessey, Shandi 268  
 Foxes, Zedd 269  
 Franco, Francisco 223  
 Frann, Mary 267  
 Fuentes, Daisy 267-268  
 Furtado, Nelly 268

### G

Galíndez, Jesús de 48-49, 51-52,  
 125-126  
 Gallegos, Gerardo 50  
 Gantes, Pedro de 339  
 Garay, Sindo 291  
 García Castro, Gregorio 138  
 García Godoy, Héctor 185-186  
 García, Enrique 301  
 García, Fellito 241  
 García, Iván 186-187  
 Gardiner, Margaret 267  
 Garibaldi (*Dino*) 126  
 Gautreaux (familia) 199  
 Gautreaux (los) 257  
 Gautreaux Piñeyro, Bonaparte  
 (*Cabito*) 292  
 Gautreaux, Fernando 238, 244,  
 257-258  
 Gautreaux, Julio 292  
 Gibbons, Leeza 267  
 Gibbs, Charles 23  
 Gil, Rafael 370  
 Ginés, Micaela 322, 331, 340,  
 355-363  
 Ginés, Teodora 340, 355-363  
 Giró, Valentín 205  
 Giudicelli, Pablo 51-52  
 Godfrey, Arthur 266  
 Goen, Bob 267  
 Gómez Pietersz, Manuel Emilio  
 10, 369  
 Gómez, Ana 370  
 Gómez, Divina 19  
 Gómez, Fiume 177  
 Gómez, Humberto 80  
 Gómez, Maximiliano (*el Moreno*)  
 205  
 Gómez, Máximo 291, 360  
 Gómez, Selena 269  
 González Canahuate, Almanzor  
 300  
 González Fabra, Luisito 281  
 González, Narciso 183  
 Goulet, Robert 266  
 Graveley, Héctor 161  
 Grigolo, Vittorio 268  
 Grillo (doctor) 183  
 Grisanty, Raúl 235  
 Grullón, Leopoldo 205  
 Grullón Cordero, Francisco 120-  
 122  
 Guerra Figueredo, Juan 72  
 Guerra Pacheco, Gilberto 71-76,  
 78-79, 80-83, 99, 133  
 Guerra, Juan Luis 83  
 Guerra, Pepito 205  
 Guetta, David 268  
 Gutiérrez Félix, Euclides 138,  
 177, 291  
 Guzmán, Machilo 297-301  
 Guzmán, Maximiliano (*Ver Ma-  
 chilo*)

### H

Hatton, Frank 11, 18, 22-23, 59,  
 67-68, 370  
 Hatuey (Cacique) 338, 360  
 Henríquez (los) 77, 78  
 Henríquez Vásquez, Francisco  
 (*Chito*) 76, 332  
 Henríquez y Carvajal, Federico  
 291  
 Henríquez, Enriquillo 77  
 Henríquez, Nabú 76  
 Henríquez Ureña, Pedro 288  
 Hermann, Dardo 62, 202



Hermann, Hamlet 205  
 Hernández Silvi, Rafael 52  
 Herrera, Antonio de 347  
 Herrera, Fabio 196  
 Hicks, Albert C. 76  
 Hoepelman, Marino 370  
 Holmes, Clint 267  
 Hunter (míster) 59  
 Hunter, Edward 23

**I**

Iglesias Jr., Julio 267  
 Iglesias, Enrique 267  
 Iglesias, Oscar 370  
 Imbert Barreras, Antonio 156,  
 164-166, 168, 172  
 Incháustegui, Arístides 42, 242,  
 248, 370  
 Inoa, Fabio 261  
 Isabel (esclava) 322, 339

**J**

Jackson, Michael 241  
 Jane, Martha 178  
 Jimenes, José León 275, 277-280  
 Jiménez Belón, José 182  
 Jiménez, Manolín 137-138, 199  
 Johnson, Lindon B. 157, 160,  
 163-164  
 Jones, Tom 267  
 Jordan, Claudia 268  
 Jordan, Montell 267  
 Josefina 290

**K**

Kennedy, Jayne 266  
 Koz, Dave 267  
 Kressley, Carson 268

**L**

Lacay Polanco, Ramón 57-58  
 Lacay, José 244, 277, 370  
 Lachapelle, Héctor 201-203, 205  
 Lamela Geler, Santiago 34-37,  
 39, 42, 370  
 Landry, Ali 267  
 Lara, Agustín 215  
 Larancuent, Cesar Federico 70  
 Lendor, Frank 205  
 León Díaz, Homero 68, 370  
 León, Luis José 225-226  
 Linares Carrillo, Celeste 367-368  
 Linares Carrillo, Mercedes 368  
 Linares Carrillo, Patria 368  
 Linares, Fernando C. 21  
 Linares, fray Tomás de 290  
 Linares, Gregorio 368  
 Linkletter, Jack 266  
 Liz, Domingo 241  
 Lizán, Jesús 370  
 Lizardo, Fradique 233, 241  
 Lockhart, June 266  
 López Balaguer, José Manuel  
 (*Lope Balaguer*) 27, 34, 215,  
 217, 219, 244  
 López, Mario 268  
 Lora Iglesias, Carmen Josefina  
 (*Piki*) 177, 183  
 Lora Medrano 161, 175-176  
 Lora, Milán 176  
 Lovatón (señor) 26  
 Lovelace, Manuel de Jesús 363  
 Lucía, Aida 370  
 Lugo, Nelson 331  
 Lugo, Varilla 73  
 Luis 94-96  
 Luperón, Gregorio 209

**M**

Mahealani Lee, Brook 267-268

- Mai, Jeannie 268  
 Mairení (*Ozema*) 326-327  
 Mann, Thomas 163  
 Maples, Marla 267  
 Marc Anthony 268  
 Marichal, Juan 202  
 Marmolejos, Euclides 22  
 Martí Otero, José 40, 49, 53, 56-57  
 Martínez, Alfonso 59, 62, 66-70, 370  
 Martínez, Horacio 202  
 Martínez, Rafelito 199  
 Mártir, Pedro 347  
 Mateo, Joseíto 91, 104  
 Mathis, Johnny 236  
 McKeever, Stuart A. 49  
 Meadows, Jayne 266  
 Medrano de Figueroa, Luz Mercedes 38  
 Medrano, María 68, 370  
 Mella, Ramón Matías 241-242  
 Mena, Elila 10-11, 369  
 Mencía 328  
 Mendes, Sergio 268  
 Méndez Nieto 322, 339  
 Meneses y Bracamonte (*conde de Peñalba*) 328, 347  
 Mercier, Agustín 20, 43, 215  
 Meyer, Edward 164  
 Michaels, Bret 268  
 Milán Lora (apellido) 176  
 Milán, Lita 218, 225  
 Minervino, Dante 226  
 Miniño, Josefina 244  
 Minnillo, Vanessa 268  
 Mir, Pedro 332  
 Mirabal, Gloria 34  
 Molina, Artemio Servando 51  
 Molina, Papa 244  
 Mondesí, Freddy 68, 370  
 Montag, Heidi 268  
 Montes Arache, Manuel Ramón 185, 203, 205, 211  
 Montez, Mariíta 370  
 Moorer, Thomas 167  
 Morales, Alfredo 289  
 Morales, Natalie 268  
 Moran, Julie 267  
 Moreno, Jorge 227  
 Morillo López, Manuel de Jesús  
 Mota, Manuel 200, 202  
 Moya Valdez, Rafael (*Moyita*) 171, 176  
 Muguercia, Alberto 359  
 Muñiz, Fernando 201  
 Muñiz, Marco Antonio 124, 200  
 Muñoz Batista, Pedro 148
- N**
- Nanita, Freddy 35, 370  
 Newman, Luis 370  
 Newton, Todd 267  
 Nicuesa, Diego de 331  
 Núñez del Risco, Yaqui 233  
 Núñez Fernández 145-146, 148
- O**
- O'Connell, Helen 266  
 O'Dell, Nancy 268  
 Ochoa, Pascual de 360  
 Oliva García, César 102  
 Orbe, Gabriel del 363  
 Ornes Coiscou, Germán Emilio 229  
 Orozco, Danilo 359  
 Ortiz, David 320  
 Osmond, Donny 266  
 Ovando, Nicolás de 292, 328, 332  
 Oviedo, Ramón 332

## P

Pablo (don) 91  
 Pacheco, Irene 72  
 Padilla, Julito 22  
 Palma, Byron 266  
 Palmer, Bruce 155-158, 165, 167,  
 169-171, 174, 177-178, 181  
 Paredes, José Máximo 361  
 Pastoriza Neret, Roberto Rafael  
 226  
 Patín Maceo, Manuel 301  
 Pedro Livio Cedeño 92, 226-227,  
 283  
 Peguero, J. 347  
 Pellerano (los) 289  
 Peña Gómez, José Francisco 204  
 Peña Taveras, Mario 203-205  
 Peña, Aníbal de 370  
 Peña, Guillermo 20-21  
 Perdomo, Eugenio 328, 338  
 Pereña Pamies, Alfredo 127-128  
 Pereyra, Ivette 370  
 Pérez Martínez, Salvador 10, 22  
 Pérez Sanjurjo, Elena 363  
 Pérez, Ellis 22  
 Pérez, Humberto 314-315  
 Pichardo, Horacio 109-110, 178,  
 219, 280  
 Pichardo, Lidia 47  
 Pichardo, Rafael 103, 370  
 Pichardo, Viruta 91  
 Pittaluga (los) 289  
 Pol, Miguel de 21  
 Popó 183  
 Pou, Max 278  
 Prud'Homme, Emilio 311, 313,  
 348  
 Puello, José Joaquín 283  
 Pujols, Albert 320

## Q

Quintana Valdez, Francisco Ma-  
 nuel 51  
 Quiroz, el Pollito 175  
 Quiroz, Manolo 175, 177

## R

Ramírez, Henry 70  
 Ramírez, Rhina 123, 244  
 Rancic, Giuliana 269  
 Ravelo, José de Jesús 363  
 Rayburn, Gene 266  
 Read (apellido) 188  
 Read, William 367  
 Read Rodrigues, William 371  
 Reyes Cerda 201  
 Reyes, José 311, 313, 321, 348  
 Risco Bermúdez, René del 183,  
 205, 275-283  
 Rivas, (Don) 109  
 Rivas Jerez, Rafael 201  
 Rivas, Nandy 44-45, 104, 109-110,  
 278, 370  
 Rivera Batista, Ramón 21  
 Riverón 143-144, 149  
 Riviére, André (el Francés) 184  
 Roberts, Thomas 269  
 Robiou (doctor) 229  
 Rodrigues Isambert (apellidos) 368  
 Rodríguez, Adriano 260-261  
 Rodríguez del Prado, Cayetano  
 A. 205  
 Rodríguez, José Luis 267  
 Rodríguez, José María 363  
 Rodríguez, Rafaelito 244  
 Rojas Alou, Jesús 202  
 Rojas Torres, Pedrito 161-162  
 Román Fernández, José René  
 (*Pupo*) 225  
 Romero Alcántara, Pedro  
 María 226

- Roquel (sargento) 20  
 Rosa, Rosita de la 68  
 Rossó Pérez, Pablo 175  
 Rotellini (los) 289  
 Rowan, Carl 160  
 Rowland, Kelly 268  
 Ruiz Bastardo, Manuel 11, 18, 22, 68, 370  
 Rull, Carmen 369  
 Russell, Bob 266  
 Ryan, Hewson 162
- S**
- Saillant Valverde, César 225, 228-229  
 Saladín, República 370  
 Salas, Tati 270  
 Saldaña, Tito 370  
 Samms, Emma 267  
 Sánchez Cabral 225  
 Sánchez Córdoba, René 205  
 Sánchez Matons, Laureano 359  
 Sánchez Rubirosa, Gilberto (*Pirulo*) 216, 226-229  
 Sánchez, Francisco del Rosario 329  
 Sánchez, Julio Aníbal 242, 370  
 Sánchez, María Trinidad 329  
 Sánchez, Mery 144  
 Sánchez, Rafael 177  
 Santamaría Demorizi, Abraham 20-21  
 Santana, (General) 329  
 Santana, Manolín 176  
 Santana, Norma 185  
 Santoni (los) 289  
 Santos, Elenita 34, 104, 342  
 Sardiñas, Blanca Aurora 254  
 Schecker, Luis (*Luisito*) 202  
 Schneider, John 267  
 Scoggins, Tracy 267  
 Sean Paul 268
- Secada, Jon 267  
 Silvestre, Sonia 248-249  
 Simms, Phil 268  
 Smith, Rex 267  
 Solá, Monina 34, 141, 369, 374, 378  
 Solano, Rafael 11, 23, 24-25, 28, 33, 41-42, 106, 108-109, 111, 178, 202, 215, 219, 244, 248, 255, 280, 287, 314, 321, 331, 370, 379  
 Solís, Javier 113, 115-118, 121  
 Sommer, Elke 266  
 Soto, Miñín 177, 275, 277-278, 281, 283  
 Spignolio (los) 289  
 Springer, Jerry 268  
 Stephan, Conchita 60  
 Sturla (los) 289  
 Supsup, Shamcey 269
- T**
- Tavárez Justo, Manuel Aurelio (*Manolo*) 183  
 Taveras, Jorge 236, 293  
 Tejeda Pimentel, Huáscar Antonio 226  
 Tejeda, Gustavo Adolfo 171  
 Tena Reyes, Jorge 152  
 Thicke, Alan 267  
 Thicke, Robin 268  
 Thomén, José Augusto 202, 204, 281  
 Toledo, María de 328  
 Torres Tejeda, Jesús 300-301  
 Torres, Braulio 205  
 Torres, Candito 57  
 Troncoso, Bienvenido 301  
 Troncoso, Manuel 331  
 Trujillo Martínez, María de los Angeles (*Angelita*) 107

- Trujillo Martínez, Rafael Leonidas (*Ramfis*) 94, 213, 217, 219, 224-225, 228
- Trujillo Molina, Héctor Bienvenido (*Negro*) 74, 77
- Trujillo Molina, José Arismendy (Petán) 19-21, 33, 68, 159, 175-176
- Trujillo Molina, Rafael Leonidas 32-33, 39, 48-51, 59, 75, 77-78, 81, 86, 90, 96-97, 101-102, 104-105, 107-108, 111, 125-128, 130-132, 138-139, 172, 217, 219, 225, 238, 241-242, 368
- Trujillo Molina, Romeo Amable (*Pipi*) 95-96
- Trujillo Valdez, José 60
- Trujillo, Luis Rafael (*Nene*) 13, 59-62, 64-66, 73-74, 78, 86-90, 93-94, 96-99, 223
- Trujillo, Radhamés 34, 42
- Tsopei, Corinna 266
- Tugonon, Janine 269
- Tyler, Steven 269
- Vega, Augusto 362, 364
- Vega, Bernardo 51, 74, 126,
- Vela Zanetti, José 49
- Velásquez, Diego 328, 352
- Velazco, Raúl 270
- Velázquez, María del Carmen 362
- Veloz Burgos, Ercilio 170-171, 176
- Veloz, Rolando 22
- Ventura Simó, Juan de Dios 225
- Viceira, Jácome 360
- Vicini (familia) 264, 289
- Vicioso, Luchy 27, 244, 370, 376
- Villeta, Cholo 67
- Visser, Angela 267
- Vissi, Anna 267
- Vizcaíno (licenciado) 260

**W**

- Wagner, Jack 267
- Wagner, Oscar 355
- Walton, Walter 342-344
- Wessin y Wessin, Elías 219

**V**

- Valenzuela, Fabio 171, 176
- Valerio, Licinio 201
- Valle, Rebeca del 104
- Van Ark, Joan 267
- Vargas Matos, Plinio 170-171, 176

**Y**

- York, Robert 156-157, 164, 167



## Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Rouse, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.



- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*. Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXXVIII *Escritos 2. Ensayos.* Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas.* H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental.* Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá.* Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad.* Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos.* Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista.* Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos.* Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897.* Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano.* Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido.* Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental.* Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras.* Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras.* Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas*. María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch*. Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-*

2008. Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables* (2<sup>da</sup> ed.) Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2<sup>da</sup> ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944.* Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana.* Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano.* Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción.* José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología.* Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano.* Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939).* Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa.* Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas.* Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939).* Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961).* Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961).* Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898.* Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España.* Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina.* Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte.* Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960.* Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.



- Vol. CLXXX     *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI    *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII   *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII   *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.
- Vol. CLXXXIV   *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV    *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI   *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII   *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX   *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC        *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI        *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Véloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacóismo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3<sup>ra</sup> edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2<sup>da</sup> edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico*. Francisco Álvarez

- Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill

- Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones*. Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guananí y Mayaguáin, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo*. Volumen 1, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo*. Volumen 2, tomos III y IV. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931.* Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965.* Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia.* Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014).* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives).* Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II.* Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy.* Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello.* Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití.* Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquica burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos. Francisco Alberto Henríquez Vásquez (Chito)*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquita. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teódulo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...* Volumen 3. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios*. Departamento de

- Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias.* Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924.* Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol.* Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo.* Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo.* Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana.* Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional.* Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIX *El gran olvidado.* Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916.* Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962.* José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad.* Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV.* Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D.N., 2017.
- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo.* Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D.N., 2017.



- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965*. Emelda Ramos, Santo Domingo, D.N., 2017.

## COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.  
 Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.  
 Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.  
 Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.  
 Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.  
 Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.  
 Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.  
 Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.  
 Vol. IX *El montero*. Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.  
 Vol. X *Rufinito*. Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

## COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.  
 Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.  
 Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.  
 Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América*. Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

## COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve.* Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación.* Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos.* Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

*Palabra, canto y testimonio* de Fernando Casado,  
se terminó de imprimir en los talleres gráficos  
de Editora Centenario, S.R.L., en abril de 2018,  
con una tirada de 1000 ejemplares.

